

Lorenzo Marone

LA
TRISTEZA
TIENE
EL SUEÑO
LIGERO



HarperCollins
Narrativa

Lorenzo Marone

LA
TRISTEZA
TIENE
EL SUEÑO
LIGERO

Editado por HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

La tristeza tiene el sueño ligero

Título original: La tristezza ha il sogno leggero

© Lorenzo Marone, 2018

Published & translated by arrangement with Meucci Agency - Milan

© 2018, para esta edición HarperCollins Ibérica, S.A.

© De la traducción del italiano, Ana Romeral

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Diseño de cubierta: Lookatcia.com

Imágenes de cubierta: Getty Images

ISBN: 978-84-9139-248-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Índice
Dedicatoria
Algo bueno
Como una zarigüeya
El árbol ha dado un solo fruto
La excomuni3n de Raffaele Gargiulo, alias mi padre
Mario y los superpoderes
Kant y la esperanza
Pequeña reflexi3n sobre la esperanza
¡Tachán!
Como en los viejos tiempos
Imprevistos y probabilidad
El Gaviscon en el bolsillo
Un «no sé» apenas audible
Una de las mejores expresiones lingüísticas de mi familia
El taquillero del castillo de Lord Sheidon
Los caballeros de la mesa redonda
Odio a tu madre
Los padres siempre vuelven
Giovannino y sus hermanos
Tucán
El accidente
Tengo que dar las gracias al rodeo
Ten dudas
Pequeña reflexi3n sobre dudar
Estatua de cera

Giulia y el desnudo
Entrada en el terreno de juego
Doscientas mil válidas razones
La batalla de Raffaele Gargiulo
La infantería contra el mundo
Los que sufren son estúpidos
Pequeña reflexión sobre el sufrimiento
Medio hijos
El sillón de polipiel del doctor Iazeolla
Un gran timo
La belleza de los gestos humanos
Un insólito arrepentimiento
Como las ocas de los aristogatos
Demasiado delante
Anestesia
Samuele es raro
No habrás pensado votar a Berlusconi, ¿verdad?
Intento inconsciente
Los que son como nosotros se contentan con la duda
La Moleskine
De la agenda que Matilde dejó a la mitad
El primer «no» a Matilde
La definitiva
El paso atrás
Pequeña reflexión sobre la perfección
Los secretos demasiado secretos
Créditos pendientes
Los sueños cuestan
Un primer balance
Las heridas se curan mientras vivimos
De la agenda de Matilde dejada a la mitad
Una nueva mujer de la que depender
Al menos una vez en la vida
No soy alguien que hace gilipolleces
Tu hermano no puede estar sin ti
Algo muy de Erri

Deseos sin prospecto
Pequeña reflexión sobre la felicidad
Mario se cansa el primero
Un terrible peso
Seis meses para zarpar
Homo sapiens
Ochenta y un años es una edad muy respetable para morir
Entiendo poco de felicidad
De la agenda de Matilde dejada a la mitad
Aquella tarde
Ya no me juego la vida
La mirada de admiración de una madre
Una visión desencantada
La mejor fantasía del mundo
La palabra adecuada es «aniquilación»
Pequeña reflexión sobre el perdón
El *chi*
Prepárate para lo peor
Yo, la oscuridad y Pearl Jam
Un buen abuelo
El poder de la hibernación
De hombre a hombre
Como una cabra
De la agenda de Matilde dejada a la mitad
No me lo puedo permitir
El yo de Clara
Pequeña reflexión sobre los arrepentimientos
Un bote lleno de esqueletos de erizo
La danza de las pequeñas cosas
Sirio
No era voluntad, era miedo
Todos herimos y a todos nos hieren
De la agenda de Matilde dejada a la mitad
Gambino me saluda desde lejos
Los buenos solo ganan en las novelas
El rey de los primogénitos

No tienes por qué hacer esa pregunta
Marta no se dejaba
De la agenda de Matilde dejada a la mitad
No será un medio hijo
Agradecimientos
Si te ha gustado este libro...

*A mi hijo.
Nunca dejaré de contarte mis historias.
Ni de escuchar las tuyas.*

ALGO BUENO

Dicen que el carácter de una persona se forja en sus primerísimos años de vida. Son estos primeros años los que influyen en el resto. Una auténtica putada. Porque basta con que por un motivo u otro las cosas no vayan como tienen que ir para que estés jodido para siempre.

Te dan ganas de salir a buscar qué fue lo que te hizo ser como eres, qué acontecimiento provocó que, en determinado momento, te desviaras de tu camino. Con el tiempo, ese fatídico instante se pierde en los meandros de tu memoria y se vuelve casi imposible recuperarlo.

Quizá para los demás. No para mí. Estaba en el pasillo de casa, con mi madre a un lado y mi padre al otro. La crisis de mis padres venía de largo, pero aquella noche explotó con toda su fuerza y el tsunami fue devastador. A papá le tocó el sofá; a mí, en cambio, elegir. Y no precisamente quién de los dos tenía que acompañarme a la cama, sino a quién tenía que dar la espalda.

Mientras lloraba, ellos me decían que me tranquilizara, que no pasaba nada; pero yo sabía que no era así: si con cinco años te encuentras con que tienes que elegir entre tu madre y tu padre, no puede ser que todo vaya bien.

En aquel momento debería haber tomado la primera decisión importante de mi vida. En cambio, me acurruqué con la espalda contra la pared y cerré los ojos, a la espera de que uno de los dos viniera a por mí, mientras mi estómago bullía.

Han pasado treinta y cinco años, y mi pobre órgano no ha parado de hacerse notar, de reclamar algo bueno con lo que de verdad alimentarse.

COMO UNA ZARIGÜEYA

Hace un año, mi mujer Matilde volvió del trabajo y se me plantó delante. Yo estaba con el ordenador y solo le dirigí un rápido movimiento de cabeza.

—Erri —dijo la primera vez con voz glacial.

—Un momentito —respondí, volviendo a la pantalla.

Al día siguiente tenía una reunión importante en la oficina.

—Erri...

Alcé la mano con el índice en alto, como pidiendo otro segundo más de paciencia; pero a ella este gesto no le gustó para nada y me encontré mi pobre dedo apresado entre sus fauces.

¡Mi mujer me estaba mordiendo! Me di la vuelta, y habría soltado un grito de sorpresa y dolor si no me hubiera topado con sus ojos furibundos. Fue en ese instante, con una mano en su boca, cuando comprendí la terrible realidad: Matilde me odiaba.

Aún me persigue su mirada cargada de rabia; aún hoy, después de un año, tiene el poder de transportarme a los despiadados ojos de mi madre, cuando me acorralaba en un rincón, y con el cucharón trazaba parábolas destinadas a romperse contra el antebrazo que yo había adelantado para protegerme. Lo único, que yo era demasiado rápido y ella demasiado lenta, por lo que buena parte de sus trayectorias se hacían añicos en el vacío o contra la pared que había a mis espaldas, haciendo aumentar desmesuradamente el nivel de odio palpable en su mirada. Por suerte, en determinado momento me volví adulto y mi madre anciana, y aquella mirada desapareció de mi vida y de mis recuerdos. Al menos hasta el año pasado, hasta que Matilde me aferró el índice entre sus dientes.

En cualquier caso, los años que había pasado huyendo de la ira desatenta de mi madre me habían entrenado, y la reacción fue instantánea: aparté la mano con un rápido movimiento y retrocedí hacia la pared, protegiéndome con el brazo estirado. Sin embargo, Matilde no me siguió como hacía mamá.

Se quedó mirándome desde lejos. Cuando levanté la mirada, me crucé con su rostro embadurnado: la raya diluyéndose en una lágrima que le manchaba la mejilla, el pelo desgreñado y el pintalabios corrido.

Debería haber dicho algo, algo que pudiera romper aquel silencio nauseabundo; pero me quedé callado. Como siempre.

Fue ella la que habló:

—Por lo menos ahora me escucharás.

Me acaricié la piel del índice, aún marcada por sus incisivos, y volví a mirarla. Había conseguido mi completa atención.

—Me estoy follando a Ghezzi —dijo sin ninguna modulación en la voz.

Silencio.

—¿Ghezzi? ¿Qué Ghezzi? ¿El encargado de *marketing*? ¿Pero no tiene sesenta años?

Fueron las únicas preguntas que se me ocurrieron.

Había tantos porqués, que podríamos habernos tirado así una semana, como el depredador que tiene que hacer salir una presa de la madriguera. En lugar de eso, con una ráfaga de preguntas idiotas había conseguido acallar todas aquellas inteligentes que me revolvían el estómago, al igual que todas las posibles respuestas de mi mujer.

—¿Has entendido lo que te he dicho? Me estoy follando a otro.

Pero yo no tenía fuerzas para hablar, no tenía valor para elegir saber. Así que ella prosiguió:

—Hace dos meses que me lo follo.

Había repetido «follo» tres veces en un minuto; ella, que en los anteriores quince años de coqueteo se había valido del verbo «follar» solo una vez, en el momento álgido de una de nuestras relaciones «programadas», como las llamaban los médicos.

Durante varios años las relaciones programadas minaron nuestra vida sexual, sepultando el deseo de ambos. Básicamente, era su ginecólogo el que decidía cuándo debíamos «follar»; el que se divertía buscando los horarios y las situaciones más alucinantes, como aquella vez en la que tuve que alcanzar la erección en el baño del Frecciarossa^[1], porque Matilde estaba ovulando y para llegar a Nápoles faltaban todavía cuatro horas. En cambio, cuando tenía suerte, ella me llamaba a la oficina y yo corría a casa, me aflojaba la corbata, me bajaba los pantalones y me acercaba a ella, que la mayoría de las veces se encontraba ya encima de la mesa de la cocina. Y fue precisamente en una de

estas ocasiones cuando Matilde dejó escapar el grito en cuestión, un grito prolongado, inhumano, liberador y animalesco, que me rogaba que la follara sin parar, como una zarigüeya.

Con frecuencia me he preguntado si la zarigüeya es un gran amante o un fiel servidor.

Pero volvamos a aquella noche. Nos quedamos mirándonos un rato que me pareció infinito. Luego Matilde se quitó la falda, las bragas, la camiseta y el sujetador, y se quedó desnuda enfrente de mí. Estaba tan atontado por años de relaciones programadas que solo se me ocurrió preguntarle una cosa.

—¿Estás ovulando?

Ella cerró los ojos y puso cara de asco. Entonces dio media vuelta y, sin decir palabra, se dirigió hacia el baño. Mientras oía el chorro de agua que, me imagino, borraba de su piel la babosa saliva de Ghezzi, y miraba su ropa esparcida por el suelo, debería haber hecho varias cosas: ir corriendo al baño y echarle en cara mi resentimiento. O, quizá, debería haber cogido la maleta de encima del armario y llenarla con las pocas cosas que habría necesitado para la noche. O mejor aún, debería haber hecho que ella se encontrara la maleta ya lista e invitarla a que se fuera para siempre.

En lugar de eso, me acurruqué con la espalda contra la pared y esperé una vez más a que fuera otro el que decidiera mi vida.

[1] Tren de alta velocidad italiano. (N. de la T.)

EL ÁRBOL HA DADO UN SOLO FRUTO

Me he pasado la vida rodeado de mujeres sin aprender nada. No sé llegar tarde; todas las veces me preparo, miro el reloj, me digo que es pronto y que es mejor esperar un poco más, para al final salir igualmente y presentarme, como siempre, antes de tiempo. Es inútil, soy un cagaprisas crónico. Por eso, cuando mi madre abre la puerta, me basta echar un vistazo para entender que aún no ha llegado nadie, y una sensación de malestar empieza a oprimirme el pecho.

Ella parece darse cuenta, deja de sonreírme y pregunta: «Erri, ¿qué pasa? Estás un poco pálido».

Es su manera de darme la bienvenida. «¡Llevo pálido toda la vida, mamá! —así debería responderle—. Fuiste tú la que me hizo con esta especie de papel maché mojado que tengo por piel».

En cambio, me quito la cazadora y voy a la cocina, donde una mujer asiática que no conozco está cogiendo los platos de un armario. Nada más verme para y me sonrío, pero yo no le devuelvo la sonrisa, hago solo un imperceptible movimiento de cabeza y abro el frigo que, como de costumbre, está lleno de comida. Si lo comparo con el mío, me entra vértigo; así que agarro el primer zumo que pillo, miro la etiqueta, y no puedo reprimir un gesto de chasco o, mejor dicho, de decepción. Con cuarenta años, mi cerebro todavía no ha perdido la agotadora costumbre de producir dolor a través de *flashbacks* inesperados.

Desde pequeño soy alérgico al melocotón; pero, a pesar de ello, el frigo de casa Ferrara siempre ha sido un canto a los zumos de melocotón, los preferidos de mi hermano Giovanni, el último en llegar, aquel que puede con todo, porque todo se le permite. Y aunque ahora vive con su mujer, nuestra madre continúa impertérrita comprando una botella de zumo de melocotón para cuando venga su «Giovannino».

Vuelvo a meter la botella en el frigo y busco otra bebida. Hay solo un

cartón de zumo de mango sin azúcares añadidos. ¡Como no podía ser de otra manera! Algún día grabarán la siguiente frase en la lápida de mi madre: *Dedicó su vida a combatir el azúcar*. En casa Ferrara nunca entró la Coca-Cola, ni siquiera los bollos, las galletas o la Nutella. Todo prohibido; al igual que la televisión, que podíamos ver solo de dos a tres, antes de los deberes.

Abro el cartón y el olor a mango invade mis fosas nasales. No es que me encante la fruta tropical: hace tiempo, mi madre me hinchaba a plátanos; hoy, con solo sentir su olor, me entran ganas de vomitar. Al principio, Matilde volvía siempre del supermercado con un bonito racimo de plátanos con la etiqueta azul, los colocaba en la cesta del centro de mesa y los dejaba allí a que se pudrieran. Si le decía: «Perdona, pero ¿por qué los compras si no te los comes?», ella respondía que en el centro de mesa el amarillo combinaba bien con el rojo de las manzanas.

Mi mujer se parece un poco a mi madre. Valerio (mi otro hermano) me repetía una y otra vez que había sido capaz de ponerme bajo el mando de un nuevo superior, como si mis primeros veintiséis años de vida no me hubieran bastado para comprender que necesitaba cualquier cosa menos un jefe.

Me sirvo el zumo y me acomodo en la mesa de la cocina, con los pies sobre una silla, mirando a la asistenta que sigue apilando los platos para la cena. Esta noche nos han reunido a todos bajo la explícita invitación de nuestra madre y Mario, que tienen algo importante que decirnos. Por un momento pensé que tendrían que anunciarnos la llegada de una nueva sobrina después de Renata, la hija de Giovannino, que se llama como su abuela, como nuestra madre. Normalmente es a los padres a los que se homenajea de esta forma, pero en mi familia el problema es que se necesitarían al menos dos sobrinos para satisfacer a otros tantos padres.

Aquella noche de hace treinta y siete años fue mi madre la primera en cogerme de la mano y en acompañarme a la cama. Papá se quedó un rato de pie en el umbral del salón; después se tiró en el sofá, donde se quedó más de un mes, al término del cual hizo las maletas y se marchó. Cinco años después llegó el divorcio. Que sin duda no fue lo más traumático de mi infancia. De hecho, unos años después de la separación llegaron en rápida sucesión mi hermano Valerio, mi hermana Flor y el pequeño Giovannino. Ninguno de ellos era hijo de mis dos padres.

Aquel árbol podrido dio un solo fruto antes de secarse.

LA EXCOMUNIÓN DE RAFFAELE GARGIULO, ALIAS MI PADRE

Mario Ferrara, el marido de mi madre, el padre de Valerio y Giovanni, o sea, mi padrastro (aunque me resulte difícil definirlo así) tiene setenta y seis años, es más alto que yo, pesa ciento veinte kilos, y tiene una larga y poblada barba blanca como la de Papá Noel. Es la imagen del padre perfecto y, a decir verdad, lo es. Al menos en lo que a mí respecta; especialmente si lo comparo con mi verdadero padre, que se llama Raffaele, tiene seis años menos que Mario y está delgado como un fideo. Mario es también mi padrino, el que me acompañó a la pila bautismal cuando, con doce años, poco después del nacimiento de Giovanni, decidí que me bautizaran. En mi familia era el único que no estaba bautizado, porque en su día mi padre había zanjado el tema sosteniendo que sería yo, el día de mañana, el que decidiera mi futuro.

Odia la Iglesia, y aún a día de hoy, en su dormitorio, campean dos cuadros: el primero es el decreto de 1949, por el cual el Santo Oficio excomulgaba a los comunistas; el segundo es su propia excomunión de hace unos años. De esta última, en particular, está muy orgulloso, y con frecuencia lo he oído reflexionar en voz alta sobre la posibilidad de llevar el cuadro al salón; lo que pasa es que su segunda mujer no ha querido saber nunca nada del tema.

En determinado momento, papá cogió papel y lápiz y escribió una carta a mano a la curia, rogando (por usar un eufemismo) al papa en persona que lo desbautizara con efecto inmediato. Durante unos meses no se supo nada, y cada vez que él hablaba de ello yo asentía, como se hace con un viejo tío chocho. Sin embargo, al poco, llegó la tan esperada respuesta: un sobre que contenía la anulación del bautismo y la excomunión oficial del señor Raffaele Gargiulo, alias mi padre.

Gracias a él, yo era también el único niño de la familia que no llevaba el apellido Ferrara. Y esto era lo que más me hacía sufrir de todo, no solo porque me convertía en un extraño en mi propia casa, sino también porque

me recordaba a cada momento que el ser barrigudo y con barba que se ocupaba de mí, jugaba conmigo y me ayudaba con los deberes no era mi verdadero padre. Él era el padre de Valerio y Giovanni. Si no podía cambiar de apellido, al menos yo también tendría un bautizo como el de mis hermanos.

Fue Mario el que dio la noticia a papá, a pesar de que mamá insistiera en que era yo el que debía decírselo, que ya era mayor, que mi padre era un cabrón y que «dime tú lo que le va a importar tu bautismo». La palabra «cabrón» y «tu padre» estaban y siguen estando en relación semántica en casa Ferrara.

Aquellos pocos años de relación habían bastado a mamá para conocer a fondo a Raffaele Gargiulo, que, efectivamente, no montó ningún numerito. No sé si realmente no le importó, pero su reacción no fue desproporcionada. Al contrario, esbozó una especie de sonrisa que solo años después comprendí, cuando mi hermana Flor empezó, estando yo presente, su guerrilla personal con nuestro padre para que la bautizaran como al resto de sus compañeros de clase.

—Incluso Erri está bautizado —le dijo, buscando con la mirada mi colaboración.

—Ya, pero la situación de Erri es diferente.

—¿En qué sentido?

«Eso, ¿en qué sentido?», habría tenido que preguntarle yo, en lugar de quedarme callado.

—Él se ha querido bautizar para ser como el resto de sus hermanos.

Flor se me quedó mirando, creo que a la espera de mi entrada en el terreno de juego; pero con mi padre, al menos hasta los treinta años, siempre me pareció inútil dar mi opinión, así que comprendió que tendría que vérselas ella sola y rebatió:

—Vale, yo también quiero ser como mi hermano.

Aquella frase soltada así, un poco por despecho, se me quedó grabada, y aún a día hoy hace que me entren escalofríos. Tenía quince años, bastantes granos y los sobacos no siempre me olían bien; me masturbaba con asiduidad; mi mirada nunca se había cruzado con la de una chica; estudiaba poco y mal; ya recibía poca atención de mi madre; no tenía el valor de abrir el pico frente a mi padre y para mis hermanos era el otro hermano. Que mi hermana quisiera seguir mi ejemplo, que en parte deseara imitarme, era un

acontecimiento tan desproporcionado, que ni siquiera podía hacerle frente.

Y, de hecho, no le hice frente. Habría tenido que apoyar su batalla, abrazarla, animarla, tratar de imbecil a nuestro padre; pero en lugar de eso me quedé callado, a pesar de las palabras de apoyo de Rosalinda a la tesis de su marido: «Tu hermano es mayor, y ya...».

Una frase que por sí sola no significa nada, pero que, a pesar de ello, me hizo sentir pequeñín pequeñín. Con quince años no se es tan mayor. Es más, con quince años lo único que se necesita es un ejemplo a seguir. Y yo aquel ejemplo lo tenía ante mí cada día. Era aquel hombre barrigudo y con barba blanca que tenía un único y enorme defecto: no era mi padre.

MARIO Y LOS SUPERPODERES

Pero volvamos al presente. Sigo sentado a la mesa de la cocina dando tragos al zumo de mango, cuando entra mi madre que, dirigiéndome una rápida mirada de desaprobación, suelta:

—Erri, ¿cuántas veces te he dicho que no pongas los pies en la silla? ¡Me las han tapizado hace nada!

Bajo las piernas sin responder y me ventilo el resto del zumo. Entonces la miro con una sonrisita amarga dibujada en la cara. Con casi setenta años sigue siendo guapa, a pesar de los brazos flácidos que asoman de su vestido color vainilla y del ápice de tripa bajo el tejido ajustado.

—¿De qué te ríes?

—No, de nada. Estaba pensado en lo guapa que eres.

Ella sonrío y se acerca, me abraza y exclama:

—Gracias, amor. Tú también eres guapo, ¡como toda nuestra familia, por otra parte!

Aparece Mario por la puerta con las manos cruzadas por detrás de la espalda y los ojos cargados de luz. Querría decir algo, pero su mujer empieza a echar la bronca a la pobre asistenta, culpable por haber sacado del armario un número excesivo de platos. Un segundo antes de salir de la habitación, mamá vuelve a dirigirme la palabra:

—Si quieres, en el frigo hay también zumo de melocotón.

Me quedo mirando su espalda desnuda llena de manchas mientras se aleja hacia el salón a paso ligero, y no me doy cuenta de que Mario me apoya una mano en el hombro, mientras con la otra abre el frigo y coge el zumo de melocotón. Coge un vaso y lo llena. Finalmente, se acomoda con esfuerzo en la pequeña silla de la cocina y se lo lleva a la boca, mirándome con una sonrisita cómplice. Aparto la mirada, incómodo y temeroso de que la persona que más se acerca al concepto de padre pueda haber intuido mis indecentes pensamientos que, a fin de cuentas, no son otros que solo me equivoqué de

óvulo. Habría bastado con esperar e instalarme en el que estaba destinado a Valerio; metérsela doblada a mi hermano, vamos. Ahora todo sería distinto, y yo también tendría un padre cariñoso y presente que me ayudaría a digerir el sentimiento de soledad que me invade cada vez que me encuentro en esta casa.

Por suerte, Mario no tiene superpoderes y no puede comprender lo que se me pasa por la cabeza, pero igualmente me sale con una frase que hace que me dé la vuelta de golpe: «Mamá es un poco despistada, pero sabe que eres alérgico al melocotón, no te preocupes».

Un segundo antes de que mi hermano Giovanni llame, como siempre, tres veces al telefonillo, ya he entendido que me había equivocado: Mario tiene superpoderes.

—¡Hola, cariño! —grita nuestra madre con las manos entrelazadas y las rodillas un poco dobladas nada más aparecer Giovanni y familia por la puerta.

Intento recordar si ha recibido mi llegada con el mismo entusiasmo, pero un segundo después ya estoy listo para besar la mejilla de mi cuñada Clara y de mi sobrina Renata. Giovanni, en cambio, me da la mano a la americana y me regala una amplia sonrisa. A pesar de ser invierno, va por ahí con una camisa azul con sus iniciales, con los dos primeros botones desabrochados por los cuales se entrevé un pecho henchido y lampiño.

—¿Cómo estás? —pregunta.

Y sin escuchar mi respuesta, se lanza en brazos de Mario que, mientras tanto, se ha unido a nosotros.

Entonces doy un pellizquito cariñoso a la nariz de Renata que, en contra de lo que había imaginado, no se ríe, sino que esconde asustada la cara entre el pelo de su madre. No se me dan muy bien los niños, lo reconozco. Nunca sé cómo comportarme con ellos, qué hacer o qué decir. Es que cuando hago el imbécil, me doy cuenta de que soy imbécil y me entra vergüenza, por lo que termino pareciendo falso, y los críos se dan cuenta si estás fingiendo. En cualquier caso, es un problema relativo, ya que los niños en mi vida son como una licenciatura: todos tienen una menos el aquí presente.

—Renata tiene que comer —dice Clara dirigiéndose a mi madre.

Por lo que acto seguido nos encontramos todos en la cocina: Clara porque

sigue a su suegra; Giovanni a su mujer; Mario a su hijo; y yo porque con mucho gusto me quedaría en el sofá viendo la tele, pero después nuestro sargento me tacharía de asocial o, en el mejor de los casos, de antipático.

Así que los sigo y me meto yo también en la cocina, justo en el momento en el que la asistenta hace su enésimo viaje al comedor con una pila de platos en la mano. No querría equivocarme, pero creo que en su rostro había un gesto de irritación. Vete tú a saber si es por el trajín en el que se ve envuelta; si es por nuestra presencia, que le dificulta el trabajo; o si, como creo, es porque la pobre ya está exhausta de vivir con Renata Ferrara.

Desde hace veinte años, en casa Ferrara el tema «asistenta» es de actualidad. Semejante intervalo de tiempo no ha bastado para que nuestra madre sustituyera de manera digna a nuestra primera y única tata, la inigualable Luisa que, hasta el día de su muerte, se ocupó de nuestra familia en orden decreciente, de mí a Giovannino. Desde entonces, mamá sigue en busca de otra tata que le haga competencia; una búsqueda infructuosa, en primer lugar porque ya no necesitamos una tata, y en segundo porque solo ha habido una Luisa. De hecho, ella era la única que le plantaba cara, la única que soportaba sus órdenes, la única que la quería realmente. Que, por otro lado, tampoco es que se pueda culpar a las que han venido después por no haberse encariñado con la déspota señora Ferrara. Por alguna parte Valerio y yo deberíamos tener guardada una clasificación completa hecha hace unas Navidades. Es la lista de las últimas dieciséis asistentas a cargo de la casa que se han ido sucediendo, en función a su tiempo de permanencia. Si no me equivoco, en primer lugar había una filipina que aguantó mucho tiempo, antes de estallar en un llanto desconsolado y huir por la noche. Justo después, pisándole los talones, debería ir la albanesa sonriente y diminuta que un día tiró un plato al suelo y mandó a freír espárragos en su lengua materna a la señora Ferrara. Valerio y yo intentamos hacerla cambiar de opinión, le explicamos que unos días más y superaría a la filipina, pero ella nos miró confusa antes de cerrar la puerta tras de sí. Tengo que preguntar a mi hermano dónde está la lista, para actualizarla.

Clara se pone a dar de comer a su hija, mientras que Giovanni se sirve un poco del zumo de melocotón que hay aún en la mesa y pregunta:

—Y bien, hermanote, ¿qué me cuentas de nuevo?

Por suerte, Renata decide que le da asco la papilla y la escupe sobre la mesa. En ese momento se monta la marimorena y me libro. De no haber sido

así, me habría tocado revelar ante toda la familia que mi exmujer espera un hijo.

KANT Y LA ESPERANZA

Mario es dueño de uno de los estudios de ingeniería más importantes de la ciudad, en vía Toledo, y a pesar de ello, el único que ha seguido sus pasos ha sido Giovanni. En lo que a mí respecta, mi carrera universitaria quedó interrumpida nada más nacer, al quinto examen. La cuestión es que, a pesar de la presión de nuestro sargento y su voluntad de transformar a sus hijos en rudos soldados que se enfrentaran al mundo con el cuchillo entre los dientes y a la vida a dentelladas, nosotros, los tres hermanos, hemos acabado siendo de todo menos soldaditos listos para la guerra.

Yo hace poco que abrí una tienda de cómics en una calle poco transitada, Giovanni me temo que trabaja de ingeniero más por complacer al sargento que por propia elección, y Valerio... ¿Qué hace ahora Valerio? A ver si me acuerdo de preguntárselo.

En cambio nuestra madre, en los años dorados de Democrazia Cristiana (para entendernos, aquellos de Gava, De Mita, Pomicino y compañía), fue una política bastante famosa de Campania. En pocos años consiguió abrirse camino y convertirse en una figura de peso dentro del partido, al menos hasta que su ascenso no se topó con el asunto de Manos Limpias[2]. Fue Tangentopoli el que puso fin a la gloriosa carrera de Renata Ferrara, que como consecuencia atravesó un breve período de depresión.

Yo por aquel entonces apenas era mayor de edad y tenía otras cosas mejores de las que ocuparme: en primer lugar, el examen de selectividad, en el que sin abrir el pico saqué un nada desdeñable cinco raspado; en segundo lugar, la gestión psicofísica de la traición de la que entonces era mi novia, Giulia, a la que, según había descubierto, le gustaba amar a más de un hombre a la vez y, sobre todo, hacerme sufrir lo máximo posible. Han pasado más de veinte años y todavía me pregunto con quién tenía el problema, contra quién se dirigía realmente su venganza. Apostaría una discreta suma contra su padre, que por aquel entonces nunca estaba y que al final, lo supe después,

terminó por irse de casa.

Tiene gracia eso de que hagamos pagar a los demás por los errores de nuestros padres. Vamos por ahí con un montón de sufrimiento acumulado desde la infancia, en busca de la persona adecuada para que pague un poco por las injusticias sufridas. Algunos consiguen detener la cadena de odio gracias a un granito de amor encontrado por casualidad; pero la mayoría, por desgracia, continúa inconscientemente haciendo girar el engranaje. Giulia me encontró a mí; aunque no me quejo, yo también hice lo mismo con un par de mujeres inocentes.

Pero, como de costumbre, me he perdido en mis divagaciones. Estaba hablando de la depresión de mi madre y, antes de eso, de la relación de la familia Ferrara con el trabajo. Y también ha quedado en el aire la grandiosa noticia de mi exmujer embarazada, aunque antes querría terminar la historia de Renata.

La conjunción astral Tangentopoli-citación del juzgado-notificación de investigación-escena muda del hijo en el examen de selectividad contribuyó a lo largo de varias semanas a hacer mella en la robusta coraza de mi madre. Si hubiera sabido que justo en ese período estaban investigándola, por lo menos habría intentado regalarle un «éxito escolar del primogénito»; pero con dieciocho años apenas sabía quién era Di Pietro y sus compañeros, por lo que cuando me preguntaron por Kant, arrugué la frente y estiré el cuello como un tonto. A mis espaldas, mamá se alejaba del aula con paso sigiloso, con las manos en la cara para esconder su vergüenza por aquel hijo inútil. Y eso que el día antes me había sometido a un interrogatorio improvisado para imitar lo que ocurriría al día siguiente. «Hay que estar preparados para lo que venga», le gustaba repetir en aquellos años. Creo que la vida, a pesar de todo, le ha enseñado algo; porque hoy sostiene que es inútil prepararse, que, total, cuando llegan los problemas siempre te pillan por sorpresa.

En cualquier caso, aquella tarde en el sofá terminó precisamente con una pregunta sobre Kant. Farfullé algo; ella se llevó los índices a la nariz, se quitó las gafas, suspiró y dijo: «Pues ¿qué te voy a decir? Que esperemos que no te pregunten justo a Kant».

Creo que aquel episodio contribuyó a que se replanteara también el concepto de «esperanza».

[2] Con este nombre se conoce a una serie de investigaciones y procesos judiciales llevados a cabo a principios de los noventa, que revelaron relaciones fraudulentas entre políticos, empresarios e industriales italianos. El proceso pasó a llamarse Tangentopoli (*tangente* significa «soborno» en italiano) por la opinión pública. (N. de la T.)

PEQUEÑA REFLEXIÓN SOBRE LA ESPERANZA

«Me llamo Erri Gargiulo y estoy enganchado a la esperanza desde hace cuarenta años».

Si existiera un grupo de apoyo para adictos a la esperanza, debería presentarme así.

Empecé a esperar cuando tenía cinco años, cuando me hacía ilusiones de que mis padres dejaran de discutir. Después esperé que mi padre volviera a casa y que mi madre no se enamorara de otro hombre. Después que mamá se enamorara de Mario y que este no se marchara como había hecho papá. Esperé que raptaran a mis hermanos, que Arianna (de la cual hablaré pronto) se convirtiera en mi novia, que Giulia no me dejara tirado, esperé tirarme a Matilde, que el Nápoles ganara la liga y que tarde o temprano consiguiera trabajar como dibujante de cómics.

Al final he comprendido que no es verdad que la esperanza no se transforme nunca en realidad. Es cuestión de números: cuantas más cosas desees, mayor será la posibilidad de acertar.

¡TACHÁN!

Pues eso, que estaba en la tienda de cómics un día como otro cualquiera, cuando de pronto se presentó Flor con una botella de *spumante*, un ramo de margaritas y un imponente libro bajo el brazo.

Flor tiene más de treinta años, pero aparenta muchos menos. Siempre viste con flores de colores chillones, con bufandones que le cubren media cara, solo lleva zapatos planos con faldas largas, tiene un pendiente en el labio, el pelo rizado y dibuja cómics o, mejor dicho y para ser exactos, novela gráfica.

—Hermanote, ¿cómo estas? —soltó mientras apoyaba la botella y el libro en el mostrador.

Luego me regaló el ramo de flores con una sonrisa encantadora.

Tengo que precisar dos cosas. La primera es que todos mis hermanos me llaman «hermanote», recordándome en todo momento que soy el más viejo. La segunda es que Flor es demasiado alegre y está demasiado enamorada de la vida, lo que me hace dudar que realmente sea hermana mía y, sobre todo, hija de mi padre.

—Estoy —me limité a contestar. En este período que esté, que siga existiendo, no me parece para nada tan obvio—. ¿Son para mí? —pregunté después, cogiendo el ramo.

—¿Y para quién si no?

—Eres la primera mujer que me regala flores.

—Entonces eso quiere decir que has salido con la gente equivocada —respondió sin perder la sonrisa.

El primer ser vivo al que conté la traición de mi mujer fue precisamente Flor, un segundo después de cerrar la puerta de casa tras de mí. Ella y Arianna son las únicas con las que consigo hablar abiertamente de mis emociones.

—Ya —respondí, y en nuestro intercambio de miradas se materializó por un instante la figura de Matilde. —¿Y la botella a qué viene? —pregunté

justo después.

—Tenemos que brindar.

—¿Una nueva novela?

—¡Tachán! —trompeteó Flor, enseñándome la portada de su último esfuerzo literario.

Ya he comentado que mi hermana dibuja novela gráfica, dejando de lado el pequeño detalle de que aún no ha encontrado editor. Las edita ella misma (también en este caso con mi colaboración) y me las cuela en la librería, normalmente en el escaparate o en la mejor estantería.

—Qué bonito —comenté mirando la portada con dos chicos rubios besándose bajo una tormenta de nieve.

—¿La pones en el escaparate?

Con una sonrisa le dije que sí con la cabeza, y se le iluminaron aún más los ojos.

—Pero no es lo único que tenemos que celebrar —añadió después.

—¿Hay algo más? —Por toda respuesta, abrió su bolso de tela verde con flores rosas y azules, y sacó un palito. Luego se me quedó mirando con una sonrisilla pícaro—. ¿Qué es?

—¡Tachán! —volvió a gritar, y me plantó el chisme bajo las narices.

Tardé unos segundos en focalizarlo, después abrí la boca de par en par, echando el cuello hacia atrás como un pavo.

—Qué, ¿no dices nada? —preguntó decepcionada por mi reacción.

—¿Embarazada? —Flor asintió y siguió sonriendo—. ¿Y de quién?

—¿Aaah? —respondió, encogiéndose de hombros.

—¿Cómo que «¿Aaah?»?

—Jopé, Erri, no me estropees el momento. Eres el único que lo sabe, creía que te haría ilusión tener una sobrina.

—Bueno..., estoy contento, pero no entiendo...

Ella dejó de sonreír y, ceñuda, contestó:

—¿Qué hay que entender? ¡Quería un hijo y aquí lo tengo! El resto da igual. Además, estos discursos me los podría esperar de papá, no de ti.

—Eso, justo, papá. ¿Qué opina él? —pregunté.

—Perdona, y yo qué sé. Te he dicho que eres el único que lo sabe.

—¿Pero de verdad no tienes ni idea de quién puede ser el padre?

Flor cogió la botella de *spumante* por el cuello y respondió, cada vez más mosqueada:

—Algo de idea tengo, pero ya sabes... Es que quería un hijo antes de hacerme vieja... Así que se puede decir que me he puesto las pilas.

—¿Hacerte vieja? ¡Que tienes treinta y tres años!

—Demasiados. ¿Quieres que traiga al mundo una hija cuando ya no tenga ni fuerzas para criarla? Además, tú, ¿con cuántos años querrías ocuparte de una sobrina, cuando te mees encima y no te quede un diente en la boca?

Pasando por alto el hecho de que debería ser yo el que me ocupara de la niña, respondí:

—Vale, haz lo que te dé la gana. Total, estás loca.

En ese momento, Flor me abrazó.

—Venga, no pongas esa cara. Por fin tendrás una sobrina con la que desfogar tus reprimidos deseos de paternidad, que a Renata apenas dejan que la toques. ¡Menos mal que estará Soledad en tu vida!

—¿Por qué, cómo sabes que es niña?

—Seguro que lo es, yo quiero una niña.

Flor tiene una dudosa visión de la existencia, cree que se despliega a su paso, como la alfombra roja para las princesas de los cuentos.

—Imagínate qué bonito, dentro de quince años tendré una amiga con la que salir por ahí, ir de compras...

—Ya —me limité a responder.

Entonces ella me espachurró los mofletes y añadió:

—Además, mi pobre Erri ya está rodeado de machos alfa Ferrara. Al menos por parte de los Gargiulo tendrás una mujer que se ocupe de ti cuando seas viejo.

—¿Por qué, no puedo encontrar pareja?

Ella hizo una mueca.

—Bueno..., si yo fuera tú, no contaría demasiado con ello. No es nada fácil estar contigo. A saber cómo hiciste para encontrar una...

—Cabrona —respondí, y ella soltó una carcajada mientras descorchaba la botella.

Justo después me pasó el índice mojado por detrás de la oreja y se pegó al *spumante*.

—Pero ¿qué haces? —le dije, quitándole la botella—. Ahora no puedes beber.

—Ah, ya —contestó perpleja, cogiendo entonces el paquete de cigarros del bolso.

—Y tampoco fumar —añadí.

—Erri, dame un respiro. Ves lo pesado que eres, ¿cómo quieres que alguien esté contigo? En lugar de eso, deberías ponerte las pilas, que para tener un hijo ya estás en las últimas. En pocos años tu próstata se jubila.

—Siempre sabes cómo subir la moral a la gente —respondí mientras colocaba su novela en el escaparate.

—Deberías hacer como yo —continuó, echando el humo.

—¿Hacer qué?

—Tener el mayor número de relaciones posibles, así aumentan las posibilidades. Vamos, que deberías follar con más mujeres.

—Y tú, en cambio, deberías hacer que te viera alguien, pero alguien bueno.

—Si no fueras mi hermano, podría ayudarte yo, aunque no me gustes demasiado.

—¡Y dale, Flor!

—Vale, te dejo con tus cosas. Besos, hermanote.

Y me plantó los labios en la mejilla.

Me quedé en la puerta mirándola dar brincos entre la gente, y me pregunté cómo hace para estar siempre tan alegre, siempre tan chiflada. Tenemos el mismo padre, y aun así ella es feliz y yo no.

Antes o después tendré que reconocer que la tesis de la responsabilidad subjetiva tiene su porqué.

COMO EN LOS VIEJOS TIEMPOS

Estaba reflexionando sobre la noticia bomba que acababa de recibir de mi hermana, cuando me sonó el móvil. Era Matilde.

—Erri, tengo que hablar contigo.

—Adelante —respondí con voz gélida.

—Por teléfono no.

—¿Por qué?

—Es de algo importante.

—Si es de algo importante, no me lo cuentes a mí, cuéntaselo a Huevos Colganderos.

Desde el día en que me vi obligado, a mi pesar, a abandonar el techo conyugal y mi vida precedente, siempre he evitado pronunciar el nombre del amante de mi mujer. Por otro lado, ¿cómo podría definirlo en una conversación? ¿Él? ¿El otro? ¿Tu amante? ¿Ghezzi? No, sería ridículo, mejor un término «cariñoso».

—¿Puedes dejar de hacer el imbécil de una santa vez? —contestó alzando la voz.

—No —respondí seco.

—Te lo pido por favor, necesito hablar contigo. —Silencio—. Ha pasado algo...

En ese momento entró el señor Bracale, jubilado de la RAI y obsesionado con los cómics, por suerte para mí. Cada dos días se acerca a comprar un par de volúmenes que pasan a engrosar su nutrida colección, y si aún no he echado el cierre es en gran parte gracias a él. Lo único es que Bracale, al ser mi mejor cliente, espera que se le trate como tal, y cuando entra en la tienda yo debo echarme a sus pies como si fuera un felpudo.

Pero en aquella ocasión no podía hacerlo, estaba ocupado luchando contra mi mujer y su nuevo intento de reconciliación.

La verdad es que no soy especialmente atractivo, para qué andarnos con rodeos. Soy desgarbado, tengo una cara bastante inexpresiva, unos ojos pequeños al fondo de unas gafas de culo de botella, una boca que parece el signo de la resta y un mechón de pelo ralo en medio de la calvorota. Por mi color de piel parezco un personaje de un dibujo animado de Tim Burton, tengo los pies planos, los pectorales que caen rendidos a la ley de la gravedad y la típica barriga de cuarentón insatisfecho. Si a esto añadimos que la mayoría de las veces tengo gesto de enfado, pues no se hable más: mis posibilidades de tener una relación quedan reducidas al mínimo. Es una pescadilla que se muerde la cola: cuanto más tiempo paso sin una mujer, más me parezco a Charlie Brown. En resumen, me río poco. En cambio, parece que de pequeño lo hacía a menudo, antes de que la vida se me echara encima como una ola que te pillas de espaldas un segundo antes de que consigas llegar a la orilla.

Y con todo y con eso, ¿cómo se hace para mirar a otro lado si tu exmujer te da a entender que quiere echar un polvo? Ha ocurrido dos veces en los últimos tres meses. La primera, en la fiesta de una pareja de viejos amigos que me habían invitado también a mí, a pesar de que al día siguiente de nuestra separación mi nombre hubiera acabado en la casilla «amigos de pareja de los que se pierde la pista una vez que ya no son pareja».

Aquella noche, cada vez que me daba la vuelta descubría que Matilde me estaba mirando. En determinado momento me siguió al baño y, después de cerrar la puerta tras de sí, susurró:

—Te echo de menos.

Llevaba un vestidito ajustado azul que se ceñía a sus caderas y piernas, y dejaba al descubierto un pecho generoso.

—Te tiembla el párpado —añadió después con una sonrisita.

Es difícil fingir indiferencia con la mujer que te ha acompañado durante quince años de tu vida. Matilde sabe perfectamente que en determinadas circunstancias empieza a molestarme el párpado. Una vez incluso fuimos a un especialista, que dijo que era por culpa del estrés, que ante la perspectiva de una relación sexual mi cuerpo se ponía nervioso y empezaba a contraer los músculos. «¡Lo importante es que no se contraiga aquel músculo!», exclamó finalmente, soltando una sonora carcajada.

Desde entonces cambié de especialista.

El caso es que en aquel baño intenté resistirme, lo juro; pero ella me pasó

la mano por detrás de la nuca y apretó mi lóbulo entre sus dientes, envolviendo al mismo tiempo mi muslo con el suyo. Era presa de una enorme pitón.

—¿Qué quieres de mí? —dije.

—Nada, necesitaba tu olor...

Habría podido ganar. Si simplemente hubiera abierto la puerta y hubiera regresado a la fiesta, ella habría vuelto a ser mía, enamorada y rechazada. Pero en lugar de eso, la abracé y la empujé contra la puerta.

Hicimos el amor con un deseo que no sabíamos que sentíamos aún el uno por el otro, como nunca en los últimos años. Fue un minuto largo de abundante y ardiente pasión. Inmediatamente después, ella estaba de nuevo en aquella fiesta anónima, sonriendo a gente que no me importaba nada.

La segunda vez tuvo lugar en la tienda de cómics. Matilde se presentó una tarde con la excusa de querer comprar algo para su sobrino. Echó un vistazo y comentó:

—Me alegro, ¡al final lograste tu sueño!

—Ya —respondí—, y pensar que fuiste tú la que me hizo comprender que había llegado el momento de cambiar.

—Lo habrías comprendido también tú solo, tarde o temprano. Aquel trabajo no era para ti.

Poco antes de separarnos, estábamos en el coche, parados en un atasco, cubiertos por un cielo gris insólito para nuestra ciudad, cuando me salió con esta frase:

—Si no te gusta tu trabajo, cámbialo.

Me di la vuelta de golpe, pero Matilde no me miraba, así que me quedé mirando su perfil, que se dibujaba sobre un fondo blanco sucio.

—Pero ¿qué dices?

—Digo que si tienes que ser infeliz con un trabajo estable, prefiero que seas feliz y precario.

—¡No digas bobadas! —comenté.

Trabajaba en la empresa de paneles solares de mi suegro, Natura S. L., un coloso de la agricultura de Nocera que ofrece soluciones de economía sostenible a toda Europa. Crispino del Gaudio es amigo cercano de Mario, y había sido precisamente mi padrastro el que había insistido en que me

contrataran. Es así como conocí a Matilde, joven y ambiciosa encargada, licenciada desde hacía poco, que ya ayudaba a su padre; y también a Ghezzi, por aquel entonces cuarentón y ya responsable del *marketing* de la empresa.

Ella se calló, y yo volví a mirarla. Por la ventana, detrás de su figura, seguía haciendo mal tiempo.

—¿Aún me quieres? —preguntó de improviso.

—¿Tú me quieres? —fue lo único que conseguí decir.

—No me has respondido.

—Tú tampoco.

Durante el resto del trayecto no abrimos la boca, con dos preguntas que se quedaron en el aire, yo mirando la calle, ella con los ojos cerrados y apoyada en el reposacabezas. Mientras la música de la radio llenaba el silencio que deberían haber ocupado nuestras palabras, le daba vueltas a su pregunta. ¿Era posible que ya no nos quisiéramos? ¿Era posible que solo nos hubiéramos dado cuenta en ese momento? ¿Y que nos lo estuviéramos confesando en el coche, en medio del atasco de un día normal? ¿Mientras el cielo gris que nos cubría se derretía en gotas que se deslizaban por los cristales, y la música se transformaba en noticiario?

Era un día como otro cualquiera para decirse todo lo que había que decirse, un momento banal, un intervalo de aburrimiento. Después he comprendido que las verdades salen a la luz justo en los momentos de monotonía, cuando el cansancio de un día cualquiera y siempre igual nos parece el peor de los males.

Pues eso, que estábamos allí, en la tienda de cómics, hablando de nosotros, y no pude contenerme.

—¿Cómo puedes estar con un viejo?

—No es viejo.

—Tendrá sesenta años...

—Cincuenta y siete.

Incómoda, se puso a hojear un libro.

—Además —continuó—, ¿no querías un hijo a toda costa? ¿Crees que vas a tenerlo con un sesentón?

Con mirada a la vez ofendida y decepcionada, respondió:

—No voy a tener hijos, y lo sabes bien.

«Creo que ha llegado el momento de aceptarlo», le había dicho una noche, después de la enésima prueba negativa de embarazo.

Y aun así, a pesar de mi pregunta fuera de lugar, al rato nos volvimos a encontrar en el baño de la tienda de cómics, ella con el culo en el lavabo, yo con los pantalones bajados, igual que en los viejos tiempos.

—Un segundo solo —susurré a Bracale, alejando el auricular de la oreja.

Él sonrió y no se apartó del mostrador, a menos de un metro de mí.

—No puedo hablar —susurré.

—Es urgente.

—Te vuelvo a llamar yo.

—No lo harás.

—Lo haré.

Ya estaba liado enseñando a mi cliente un tocho de seiscientas páginas de un dibujante iraní que había muerto hacía poco, cuando me llegó un mensaje al móvil. Desde entonces, lo miro una y otra vez con la esperanza de que me dé fuerzas para tomar una decisión. Al menos por una vez en mi vida.

Estoy segura de que no me habrías llamado. Ahora supongo que sí lo harás. Estoy embarazada.

IMPREVISTOS Y PROBABILIDAD

No le he devuelto la llamada. Al menos, aún no. Cuando estoy a punto de hacerlo, basta con que mire el mensaje y me echo atrás. He sopesado la situación y he llegado a la conclusión de que este hijo no puede ser mío. Sería una cruel broma del destino. Durante años, el vientre de Matilde ha sido teatro de horribles tragedias, una auténtica y genuina carnicería para millones de mis espermatozoides felices e ingenuos, que se han inmolado como soldados en el frente. Nuestras relaciones programadas se transformaron muy pronto en un montón de pequeños desembarcos de Normandía, con mis tropas mermadas en cuanto ponían el pie en el continente. Dentro de mi exmujer hay una hilera de torretas repletas de francotiradores que patrullan el terreno, y adentrarse en su interior es prácticamente imposible.

Por tanto, cabría preguntarse cómo ha conseguido resolver el problema Huevos Colganderos. Quizá entabló una negociación. Sabiendo que solo podía contar con milicias de una cierta edad y ya hartas de combatir, decidió sentarse a la mesa de las negociaciones y salió vencedor. Sí, tuvo que ser así. Por otro lado, no querría entrar en detalles, pero el *coitus* consumado en el lavabo del baño debería entrar con todo merecimiento entre los catalogables en el subgénero de *interruptus*. Al menos, así me pareció, aunque no tenga certezas científicas, ni en un sentido ni en el otro. Y este es el problema.

Vamos, que aún no he hecho la llamada, pero sé que antes o después me tocará hacerlo.

—El otro día vi a Matilde —dice Clara, que se acaba de sentar a mi lado en el sofá.

—Ve a llamar a tu hermano, la cena está casi lista —oigo decir a mi madre, dirigiéndose a Giovanni.

—¿En serio? —pregunto.

Pero Clara, como un sabueso, ya tiene puesta la nariz en el pañal de su hija.

—¿Se ha hecho caca mi princesa? —exclama con voz infantil.

—¡No a Erri, a Valerio! —grita mi madre desde la cocina, siempre dirigiéndose a Giovanni, que ahora está de pie frente a mí.

—Pero ¿por qué?, ¿está aquí Valerio?

—¿Está aquí Valerio? —pregunto a su vez.

—Sí, está durmiendo en su habitación. Al menos eso creo, que dormía — responde Mario con una sonrisita que no consigo interpretar.

—¿A estas horas? —pregunta Giovanni.

—¿Dónde viste a Matilde? —pregunto.

Clara se levanta y responde:

—Acompáñame a cambiar a Renata y te cuento.

—¡Menudo gilipollas, nuestro hermano! —oigo decir a Giovanni, mientras se dirige hacia la que en un tiempo fuera la habitación de Valerio.

Clara apoya a su hija en el borde del lavabo y empieza a lavarla.

—Me la encontré el otro día en un bar, estaba con una amiga... —La escucho, pero Clara está más pendiente de la operación de cambio de pañal que de lo que está contando—. Estuvo muy cariñosa...

—¿Y qué os contasteis?

—¿La sujetas un segundo?

Y me tiende a Renata, que aún tiene el culo al aire. Después saca un nuevo pañal del bolso.

—¿Y bien?

Clara vuelve a coger a su hija, me mira a los ojos y continúa:

—Yo creo que deberíais hablar y quizá volver a intentarlo de otra forma.

—¿Cómo de otra forma?

—No sé, más...

—¿Más?

—Más.

—¿Más y punto?

—Eso eso —responde, y me guiña un ojo.

Después apaga la luz del baño y se dirige al salón.

Que Clara hable de «más» resulta paradójico. Precisamente ella, que desde

que es madre a tiempo completo ha ido recopilando una serie indefinida de «menos».

Después del parto es menos simpática, menos disponible, menos alegre, va menos maquillada, es menos tolerante, menos mujer. Lo siento por Giovanni, obligado a soportar semejante autodegradación. También porque fui yo el artífice de su encuentro. O mejor dicho, no exactamente yo, más bien Matilde.

Recién licenciada en Economía, Clara se presentó en nuestra empresa (en aquel entonces la llamaba así) para hacer prácticas. No es que aquello me molestara; al contrario, la llegada de la joven promesa despertó mucho el interés en Natura, entre otros, por desgracia, también en mi mujer. A Matilde no le costó mucho darse cuenta de que la joven en prácticas me rondaba más de la cuenta, y una tarde comenzó a tantear el terreno.

—Qué mona es Clara, ¿verdad? —exclamó nada más salir esta de mi despacho. Yo hice como si nada y continué mirando la pantalla del ordenador, aunque Matilde no desistió—. ¿No te parece?

—¿Qué? —respondí, esta vez viéndome en la obligación de prestarle atención.

—Decía que esa chica es realmente mona.

—¿Tú crees?

—Yo creo.

Me volví de nuevo hacia el ordenador, observando su reacción por el rabillo del ojo.

—Estaba yo pensando... ¿Y si se la presentamos a Giovannino?

—¿A Giovannino?

—Sí, quizá así deje de ir detrás de su ex.

Así que a la semana siguiente Matilde organizó el encuentro. A los dos meses, los dos tortolitos estaban enamorados, en cuestión de un año se habían prometido y casado, después compraron una casa, trajeron al mundo una hija e incluso la bautizaron.

Las vidas de los demás transcurren con rapidez, mientras que la mía permanece anclada desde tiempos inmemoriales. A saber por qué, algunas vidas parecen fichas del Monopoli que corren hacia la «Salida»; mientras que otras van a empellones, intentando en vano esquivar la casilla de «Suerte».

Durante casi cinco años intenté darle un hijo a mi mujer, el mismo tiempo que necesitó la mayoría de nuestros amigos para catapultar sobre este extraño

planetita al menos a dos nuevos monstruitos parlantes.

O quien lanza los dados es terriblemente injusto, o me da que he pillado la carta «Salta un turno».

EL GAVISCON EN EL BOLSILLO

Una de mis no elecciones más difíciles fue la de la universidad. Era demasiado inmaduro para tomar una decisión autónoma sobre este tema, así que fueron mi madre y Mario los que me inscribieron en Ingeniería, fueron ellos los que pagaron las tasas y me compraron los libros. Yo, en cambio, me tiraba las tardes jugando a la PlayStation con Valerio, que por aquella época es verdad que era un niño con gafas redondas, granos y aliento pestilente; pero también era el campeón absoluto de, al menos, tres videojuegos: Battle Arena Toshinden, Worms y Doom, uno de los primeros videojuegos de disparos.

¡Imposible estudiar con aquel diablillo que se pasaba todo el tiempo en la habitación de al lado cargándose monstruos! En cuanto salía Renata, lo cual por aquel entonces sucedía a menudo, apartaba a Giovannino de la consola y comenzaba mi campaña fratricida personal. En cinco años (que fue lo que necesitó mi madre para entender que los estudios universitarios no eran para mí), acumulé algo así como mil setecientas derrotas a videojuegos de disparos; otras tantas a Worms, que era aquel juego de los gusanos que se lanzaban bombas; y sacrifiqué no sé cuántas vidas a Doom.

Una noche, debía tener más o menos veintiséis años, mamá se acercó y me dijo:

—He hablado con tu padre.

—¿Con mi padre?

—Sí —Me la quedé mirando incrédulo. Nadie conseguía hablar con mi padre, ni siquiera sus hijos. ¿Cómo se las había apañado ella?—. Me ha dicho que quiere hablar contigo.

—¿Hablar? —repetí como un papagayo.

—Sí, sobre tu futuro.

—¿Sobre mi futuro?

—Tendrás que hacer algo...

Bien, demos a «Pausa». Con mi madre delante, el *joystick* de la PlayStation en mano y mi personaje de Doom que yacía muerto mientras sus enemigos continuaban atacándolo, tendría que haber respondido: «¿Sabes, mamá? La verdad es que me importa una mierda ser alguien. No quiero ser ingeniero ni médico ni abogado. Es más, me encantaría vivir un palmo por debajo de vuestras expectativas, estoy seguro de que mi vida saldría ganando y de que no me vería obligado dentro de diez años a ir por ahí con el Gaviscon en el bolsillo y el estómago en pie de guerra cinco días de siete».

En lugar de eso, fui a casa de mi padre.

UN «NO SÉ» APENAS AUDIBLE

—¡Eh!, hermanote —suelta Valerio en cuanto me ve.

Tiene los ojos hinchados de sueño y el mismo aliento de cuando jugaba a Battle Arena. La diferencia es que ahora no lleva a cuestras a Giovannino, sino a una chica asiática de cara celestial y con un par de piernas fabulosas. Los ojos se me salen de las órbitas de la sorpresa antes de que me presente a Tomoko.

—Encantado, yo soy Erri —pronuncio con extrema lentitud.

—Soy italiana, mi madre es japonesa —responde Tomoko tendiéndome la mano.

Valerio me da una palmadita en la espalda. Es invierno, pero él luce una camiseta y su perenne sonrisa.

Mis dos hermanos dan muestras de un bienestar psicofísico envidiable. Y es justo este el término exacto que describe lo que siento mientras observo a Valerio y a su increíble novia sentarse a la mesa. Envidio a mi hermano por ir acompañado de una mujer tan guapa, porque se enfrenta a la vida en camiseta y porque hace lo que quiere en su día a día. Lo envidio y me parece increíble que hace una veintena de años fuera él el que me envidiara a mí. Me miraba flipado si llevaba una chica a casa, si me encendía un cigarro o si iba a la discoteca. Era su hermano mayor, él tenía once años, yo veinte, es normal que sintiera admiración y envidia. Lo que es menos normal es que la sienta yo ahora. O quizá sea normal también esto, porque ni siquiera con treinta años estuve yo con semejante bellezón.

También sobre Valerio tengo una no elección que contar. Durante un tiempo se estuvo presentando en mi habitación para pedirme que le dejara dormir conmigo. A veces, si volvía tarde, me lo encontraba ya bajo las sábanas. Entonces lo desplazaba a un lado, me tumbaba y me ponía a fumar. Total, él ni se daba cuenta.

La primera vez que me lo encontré a los pies de mi cama me levanté de un salto, asustado. Pero cuando me dijo que había tenido una pesadilla, sonreí y le deje hueco. A las pocas noches volvió a aparecer, le pregunté qué había pasado y respondió:

—Nada.

—¿Y por qué no duermes en tu habitación?

Se encogió de hombros.

—No sé...

Las visitas continuaron a intervalos regulares durante todo el invierno, y nunca me paré a pensar por qué, nunca le pregunté el motivo de su comportamiento anómalo; me conformé con su silencio y con un «no sé» apenas audible. En realidad, no es que me conformara, es que no conseguía coger el toro por los cuernos.

Una noche entró y me encontró en la cama con Giulia (la misma que más tarde descubriría que frecuentaba otras camas). Esperábamos a medianoche para estar seguros de que mi madre y Mario durmieran, y luego nos colábamos en casa. Nada más ver a mi hermano, ella gritó; Valerio huyó; y yo me levanté, fui tras él, le cogí del brazo y exclamé: «¡Ni se te ocurra contárselo a mamá, o no te vuelvo a dejar dormir conmigo!».

Él abrió los ojos como platos y dijo que no con la cabeza. A pesar de ello, fue la última vez que se presentó de noche en mi habitación, y yo estuve encantado. Solo muchos años después (estábamos en una boda, todos los hermanos en la misma mesa), Valerio decidió revelarme el motivo por el cual se refugiaba en mi habitación.

«Es que los dos de la habitación de al lado armaban tal jaleo, que no conseguía dormir y me tiraba toda la noche con las manos en las orejas esperando que terminaran con sus gruñidos animalescos».

Lo dijo riendo, mientras daba un trago de vino, y todos le siguieron el juego, empezando por Giovannino, que se sintió en la necesidad de precisar que él no recordaba nada al respecto.

A mí, en cambio, a pesar del número de copas de vino que llevaba encima, no me vino la risa. Acababa de aprender que, a veces, las preguntas no hechas, al igual que las elecciones, pueden hacer daño a quien nos importa.

UNA DE LAS MEJORES EXPRESIONES LINGÜÍSTICAS DE MI FAMILIA

Pues eso, que aquel día de hace quince años me presenté en casa de mi padre, listo para hacerme valer. Por fin le revelaría mis deseos, el sueño que acariciaba a escondidas y que no tenía el valor de confesar a nadie. Aún seguíamos los cuatro a la mesa, justo después de cenar, cuando soltó:

—He hablado con tu madre.

—Lo sé —respondí de golpe.

Me había preparado durante días para nuestro encuentro hombre a hombre, a pesar de que nunca hubiéramos hablado en serio.

—Por fin ha entendido que la universidad no es lo tuyo. —Solté un suspiro de alivio y fingí no comprender la alusión al hecho de que, en realidad, él siempre había pensado que los estudios de ingeniería no eran lo mío—. No todos estamos hechos para el estudio. Lo importante, en cambio, es tener un objetivo, una meta, un sueño que alcanzar.

Mis ojos brillaron con la palabra «sueño». Yo sí que tenía un sueño, por eso inspiré profundamente y mascullé:

—Había pensado probar como dibujante de cómics.

E inmediatamente después empecé a frotarme como un loco las manos en los vaqueros para secar el sudor.

—¿Dibujante de cómics?

Fue su pregunta-respuesta.

—Sí.

En ese momento estaba listo para una reacción hostil, una bronca, incluso para la humillación, aunque en veintiséis años apenas me hubiera regañado. Para Raffaele Gargiulo incluso gritar a sus hijos era agotador, y lo hacía con parsimonia. En cualquier caso, por cómo arrugó la frente, estoy seguro de que estaba preparado para cansarse. Y sin embargo, ocurrió lo imprevisto. Rosalinda, que estaba sentada a mi lado, nada más escuchar mi proyecto dijo

textualmente:

—¡Guau, qué bonito, dibujar cómics!

Estoy seguro de que sin su intervención, la discusión habría tomado otros derroteros. En cambio, mi padre se dio la vuelta perplejo para mirar a su mujer.

—¡Qué buena idea! —continuó ella con injustificado entusiasmo.

—¡Sí, grandiosa! —la siguió Flor, que por aquel entonces estaba en plena adolescencia y le hablaba a todo el mundo de los magníficos cómics de su «hermanote».

Papá se llevó las manos a la barba y se me quedó mirando serio, a lo que yo, instintivamente, saqué del bolsillo la hojita gurrugada en la que por la noche había apuntado cuidadosamente las cuatro posibles alternativas a la profesión de dibujante de cómics en orden decreciente de mis preferencias.

Por suerte, no fue necesario enseñársela, porque a los pocos segundos comentó:

—Hace tiempo quise abrir una librería...

—Lo sé —respondí rápidamente.

—¿Lo sabes?

—Sí.

—¿Te lo he contado yo?

—No, mamá.

—Mamá. Me imagino lo que te habrá contado.

Me quedé callado, la discusión corría el riesgo de ponerse fea, como ocurría siempre que traía a colación a mi madre. A decir verdad, también ocurría cuando era él el que asomaba en alguna discusión con ella. Mi infancia ha sido un continuo esfuerzo para evitar pronunciar el nombre de mis padres.

Pero este es otro tema.

En definitiva, cuando estaba convencido de que me tocaría bajar al menos un par de peldaños en mi escala de sueños, mi padre me salió con la frase que, quince años después, permanece en los anales como una de las mejores de la familia Ferrara/Gargiulo.

—¡Bueno, en el fondo siempre es mejor que hacer Ingeniería!

Y soltó una gran carcajada que se convirtió en tos convulsa, dado que ya por aquel entonces fumaba una cajetilla de toscanos[3] Garibaldi al día.

[3] Variedad toscana de puros, hechos con un tipo de tabaco proveniente de la zona centro-meridional de Italia. El llamado Garibaldi es uno de los varios tipos de toscanos existentes. (N. de la T.)

EL TAQUILLERO DEL CASTILLO DE LORD SHEIDON

Llegados a este punto, me siento en el deber de examinar más en profundidad la figura de Raffaele Gargiulo, que a muchos se les podría antojar bastante controvertida. Esto me ofrece también la posibilidad de explicar el significado de mi nombre, que no es que sea muy normal, como, por otro lado, tampoco lo es quien me lo puso.

Licenciado en Derecho, Raffaele Gargiulo se formó en los turbulentos años setenta, y muy pronto se dejó seducir por el movimiento juvenil y por un grupo anarquista muy importante en Nápoles. A pesar de su temperamento rebelde, era un buen chico, culto, enamorado de las mujeres y de la vida complicada. No es casualidad que en aquellos años se ocupara del derecho y de la lucha política; así como de su matrimonio, de mi nacimiento, del sucesivo abandono de la carrera legal, después del de su mujer, y por fin de su fuga de Italia a consecuencia de algún lío que ha quedado sin aclarar. Solo sé que alguien le reveló que su nombre aparecía en una investigación judicial de la magistratura, y que la policía lo quería enchironar. Por eso, a finales de los setenta, decidió expatriarse a casa de un amigo en Ibiza, donde abrió un pequeño bar y conoció a Rosalinda.

Años después, resultó que el soplo era una trola: nunca había acabado en la lista de anarquistas a los que tener vigilados. Que, por otro lado, tampoco es que Raffaele Gargiulo hubiera hecho nunca nada realmente imperdonable.

Aparte de dejar una mujer y un hijo, y rehacer su vida en el extranjero.

Además de ser anarquista, papá era también un gran lector. Amaba la literatura y se habría matriculado con mucho gusto en Letras, si sus padres no hubieran decidido hacerle expiar los errores del hermano mayor, el tío Vittorio, encauzándolo contra su voluntad en la carrera de abogado. Carrera

que, muy a su pesar, se interrumpió al poco, cuando el ya no tan joven Raffaele, con un matrimonio fracasado a sus espaldas y un hijo con un nombre no nombre auestas, comprendió que el derecho no sería su futuro y dejó de esforzarse por seguir a su jefe, un viejo abogado amigo de su abuelo, para dedicarse exclusivamente a sus pasiones: la lucha política y la literatura. De la lucha política ya he hablado; de la literatura, en cambio, hay poco que hablar: papá intentó hasta el último momento hacer realidad su sueño de abrir una librería, lo que pasa es que no le dio tiempo porque se vio obligado a huir a España.

A su vuelta traía consigo a su pareja ya embarazada, así que no le quedó otra que aceptar el puesto de taquillero en el castillo de Lord Sheidon que le ofreció un viejo compañero de lucha. El castillo de Lord Sheidon, para quien no lo sepa, era la atracción más de moda de Edenlandia, el parque de atracciones más grande del sur.

A mis ojos y a los de mis amigos de aquel entonces, era el mejor trabajo del mundo, porque me permitía entrar y salir cuando quisiera de la fortaleza. El trabajo de papá tuvo mucho que ver en mi ascenso personal entre mis compañeros de primaria, visto que cada sábado por la tarde era yo el que nombraba a los afortunados que formarían parte de la expedición al castillo. Fue así que muy pronto mis compañeros empezaron a idolatrarme y a pelearse entre sí para ver quién me ayudaba con los deberes. Gracias al trabajo de papá, pasé los mejores años de mis estudios; incluso conseguí dar un beso en la boca a Celeste, la niña más guapa del colegio, que durante muchos sábados seguidos se encontró en primera fila frente a la mansión.

Por desgracia, incluso aquel período rico en alegrías terminó. Celeste me retiró el saludo al final del colegio, mientras que a mis compañeros de secundaria les importaba muy poco que mi padre fuera el taquillero del castillo de Lord Sheidon. Con el tiempo comprendí que tampoco es que su trabajo fuera tan prestigioso. Sin duda no tanto como el de Mario, cuyo estudio contaba cada vez con más colaboradores; así que empecé a mentir si alguien me preguntaba al respecto.

En aquellos años, según mis respuestas, Raffaele Gargiulo ocupó el puesto de director de colegio, profesor, ingeniero (en este caso, si hacía falta, siempre podía decir que me había confundido con Mario), piloto de avión, biólogo marino, profesor de artes marciales y, una vez incluso, mecánico de Ferrari. Esta última mentira trajo consigo bastantes problemas, porque dos

compañeros flipados con la Fórmula Uno se pegaron a la tele para averiguar quién era mi padre entre todos aquellos hombres atareados alrededor del coche de Nigel Mansell.

En realidad, papá se quedó cortando billetes y fumando toscanos fuera del castillo durante ocho años.

Su modo de vida me enseñó mucho: gracias a él comprendí que se puede asistir perfectamente al hundimiento de los propios sueños sin amargarse o deprimirse. Basta con tener una cajetilla de puros a mano y una pareja atractiva que te espere en casa. Y Rosalinda era atractiva, no veas si lo era.

Para concluir, volviendo a la pasión del joven Gargiulo por la literatura, entre todos los autores que amaba, había uno en particular que le había robado el corazón: Henry Charles Bukowski.

Cuando nací, hubo una larga discusión familiar entre mamá, que habría querido llamarme Valerio, y papá, que en cambio quería darme el nombre de su único y verdadero ídolo. Al final, Renata se vio obligada a ceder y Raffaele se fue tan contento al registro, donde un empleado calvo y con una gran verruga en la nariz (en realidad, con los años nacieron numerosas leyendas sobre el empleado en cuestión; una lo hace ser mujer, y bastante guapa) transcribió el nombre del escritor cambiándolo de Henry a Erri. Sin ni siquiera la ene.

Tampoco con el nombre conseguí dar una satisfacción a mi padre.

Una última precisión: en la hojita arrugada que dejé hecha una pelota debajo de la mesa aquel lejano día, en el segundo puesto de los trabajos de la lista estaba precisamente «Abrir una tienda de cómics».

Una tienda de cómics es la mejor alternativa para quien no ha conseguido llegar a ser dibujante de cómics. Mirándolo bien, ya entonces había entendido que uno siempre puede volver a levantarse de una caída, mientras siga habiendo un sueño de repuesto que perseguir.

LOS CABALLEROS DE LA MESA REDONDA

—Bien, estamos todos —suelta nuestra madre, visiblemente agitada.

Cuando me llamó hace unos días para preguntarme si estaba libre esta noche, no le di mucha importancia a la afirmación de que ella y Mario tenían que decirnos «algo importante». De hecho, últimamente mamá ha usado con frecuencia esta fórmula. La última vez lo que era tan importante era el embarazo de Clara. Qué pena que por aquel entonces estuviera con nosotros también Matilde, para quien la buena nueva no fue para nada buena.

Mi exmujer esbozó una sonrisa, e inmediatamente después apoyó con elegancia la servilleta sobre la mesa, apartó en silencio la silla y se tiró en el baño diez embarazosos minutos. Cuando fui a buscarla, estaba delante del espejo e intentaba secarse el maquillaje corrido por el llanto. Mientras la abrazaba, le rogué que volviera porque ya no podía sostener las miradas perplejas de mi familia.

Nada más sentarnos, mi madre cogió la mano de Matilde y le dirigió una breve sonrisa.

—La próxima vez os tocará a vosotros.

Mario dio una vuelta rápida para llenar de *spumante* los vasos; mientras Giovannino y Clara nos dedicaban miradas compasivas desde lo alto de su vida que fluía ligera; y Valerio... Valerio escribía mensajes en el móvil.

—Valerio —le llamó la atención nuestra madre cuando ya estábamos todos de pie con las copas en la mano, listos para brindar por el primer heredero de casa Ferrara.

Valerio guardó corriendo el móvil en el bolsillo y, levantándose con el vaso en las manos, preguntó:

—Entonces, ¿qué estamos celebrando?

Una vez en casa, Matilde se vino conmigo a la cocina mientras me preparaba para enfrentarme a la noche ingurgitando el enésimo Gaviscon.

Giovannino estaba a punto de ser padre; y yo, en cambio, continuaría masturbándome por los baños de Nápoles con la esperanza de que antes o después mis espermatozoides logaran la ardua empresa de fecundar a mi mujer.

—Quizá haya un sentido detrás de todo esto —mencionó Matilde—, quizá nos hayamos equivocado en algo.

Me di la vuelta y me quedé mirándola. ¿En qué podíamos habernos equivocado?

—No creo que Giovannino conozca secretos sobre el sexo que yo desconozca —respondí, molesto, y me tragué el líquido viscoso de la medicina.

Estaba harto de aquellas discusiones con Matilde, de los eternos sentimientos de culpa con los que justificaba nuestros fracasos. Para ella siempre había un motivo si finalmente no llegaba el niño, un presunto fallo nuestro.

—No quería decir eso —prosiguió—, es solo que quizá ellos lo hacen de otra forma, ponen más pasión, más ardor.

«Y por supuesto —me habría gustado responder—, llevan juntos poco tiempo, pueden hacer el amor sin pedir permiso a un matasanos y no se han instalado una aplicación en su iPhone para calcular el día de ovulación».

En lugar de eso, respondí:

—Tienes que dejar de buscar siempre un motivo, no hay un porqué, nadie sabe el porqué, nadie entiende nada. Lo que está claro es que no es culpa nuestra.

—Mientras tanto, Clara se ha quedado embarazada a los pocos meses de casarse y nosotros estamos todavía así.

—Clara tiene veinticuatro años y Giovannino ni siquiera treinta —solté de sopetón.

Ella me miró y resopló.

La verdad es que habíamos esperado demasiado antes de empezar a intentar tener un niño, y ahora nos extrañaba que la naturaleza no se postrase ante nuestra responsable y juiciosa elección. En realidad, la naturaleza se pitorrea del juicio. De nada sirve ser sensato para traer al mundo un hijo, lo que sirve es un buen número de espermatozoides que no les dé miedo escuchar el seductor canto de un útero joven que para la ocasión se disfraza de Circe.

—¡No estamos todos, falta Arianna! —exclama Mario, con la mano apoyada en el respaldo de la silla que le dará asiento durante la cena.

—¿Viene también Arianna? —pregunta Giovannino.

—¿Viene también Arianna? —repito yo.

Arianna. Le dedicaré más de un capítulo, pero ahora no porque, ni hecho aposta, suena el telefonillo.

—Aquí está —prorrumpe nuestra madre cada vez más agitada, sentándose.

Si hubiera sido su hija, habría corrido hacia la puerta. Pero Arianna no es su hija, y Renata Ferrara no gasta sus energías y su amor en quien no es sangre de su sangre. Así que somos yo, Mario y la asistenta (que mientras tanto ya tiene nombre, Pari, y ciudadanía india) los que le damos la bienvenida. Arianna asoma por la puerta y besa a su padre en la mejilla. Después viene hacia mí y me abraza sin decir palabra. Y entonces vuelvo a notar su perfume de canela, el mismo que acompañó mi infancia y que me notaba por la noche, después de haber jugado con ella toda la tarde.

Arianna es mi hermanastra, además de la primera mujer de la que me enamoré, a la edad de siete años. En realidad, siendo tiquismiquis, Arianna no tiene ningún parentesco conmigo, nació del primer matrimonio de Mario. Incluso él, en el fondo, no es pariente mío. Pero si me pongo realmente así, estaría casi solo en el mundo, ya que mi vida está llena de vínculos con personas que no son nada mío. Así que le devuelvo el abrazo y sonrío. Ella me clava los ojos y simplemente susurra: «Erri». Un segundo después llega el resto de la tropa y una sucesión de besos, abrazos y preguntas de rigor. Cuando llegamos al comedor, mi madre ofrece la mejilla a Arianna sin levantarse, y exclama sin demasiada convicción: «¡Qué guapa estás!».

Finalmente, nos sentamos en torno a la mesa redonda comprada por Renata Ferrara hace un par de inviernos con la excusa de que «quiero disfrutar de las veces que estamos juntos y teneros a todos cerca». La cruda realidad es que la última Navidad la habíamos pasado en la vieja mesa rectangular de madera maciza, desde la cual nuestro sargento no conseguía controlar la conversación. Con una mesa redonda resolvió el problema y ahora, rodeada de sus fieles caballeros, puede interpretar sin trabas el papel de rey Arturo.

No hace falta especificar cuál de los hermanos es Lancelot.

ODIO A TU MADRE

El primer recuerdo que tengo de Arianna se remonta a principios de los años ochenta. Era domingo, tendría unos siete años, y mi vida, ya tocada por el divorcio de mis padres, transcurría tranquila. Papá se había marchado, es verdad, pero tampoco se puede decir que nunca hubiera estado realmente. Además, sin su presencia en casa, toda la atención de mamá recaía en mí. Una conquista para nada desdeñable.

Otra de las ventajas de la separación había sido que la parentela me había inundado de regalos. Por eso, durante un breve pero intenso período, fui un niño traumatizado y con su padre lejos, es verdad; pero también uno muy envidiado por sus primos y amiguitos. Si a ellos les compraban como mucho cinco bolsitas de juguetes, a mí mamá me compraba toda la caja. Fui el primero que terminó el álbum de fútbol y el que tenía más cromos «repes» para cambiar. También fui el primero que tuvo el famoso barco pirata de Playmobil. Vamos, que gracias al sentimiento de culpa con el que convivía mi madre, yo sacaba provecho.

Aquel domingo de otoño iba tan tranquilo en el asiento del copiloto del viejo dos caballos, pegando cromos Panini en mi envidiable álbum. En cuanto mamá paró el coche, levanté la cabeza y por la ventanilla me encontré con la carota sonriente de Mario, que se presentó y apresó mi manita con la suya, enorme. Luego se apartó y detrás de él apareció Arianna. Tenía la misma cara menuda que hoy día, la piel lechosa y pecosa, los pómulos marcados, los ojos claros un poco hundidos y el pelo rojizo cortado *a carré*. No sonreía, tenía los brazos caídos y la mirada triste; pero a pesar de ello me tendió la mano y se presentó. Quedé fulminado y el corazón empezó a latirme con fuerza.

Cuando mamá me pidió que me pusiera detrás junto a Arianna para que Mario pudiera ocupar mi puesto, me eché en el asiento de atrás y no volví a abrir el pico, mientras mi vecina miraba por la ventanilla, y mamá y el

hombre barbudo parecían divertirse. Después, en determinado momento, Arianna clavó sus ojos tristes en el álbum de fútbol apoyado en mis rodillas, y preguntó:

—¿Es tuyo?

Dije que sí con la cabeza.

—¿También los cromos? —preguntó inmediatamente después, mirando el taco que apretaba entre mis dedos como si fuera un tesoro.

Volví a asentir. No tenía valor para hablar. Ella, en cambio, parecía no darse cuenta y con la mayor naturalidad me preguntó:

—¿Me los regalas? —Abrí los ojos de par en par. Luego miré primero el taco de «repes» y después a ella, que me miraba con ojos inexpresivos—. ¿Y bien?

Ya casi había recuperado el habla para decir que no, que por nada del mundo me separaría de mi colección de «repes», cuando añadió:

—Me harías feliz.

Nunca había conocido a alguien como Arianna. La mirada melancólica y la seriedad con la que me hablaba me incomodaban, pero al mismo tiempo me atraían y me hacían sentir mayor de lo que era.

Así que alargué la mano y le tendí el taco. Ella lo apretó y me sonrió un instante antes de contestar:

—Gracias, no lo olvidaré.

Entonces no podía saberlo, pero aquel gesto acababa de abrirme camino hacia su inaccesible corazón.

Pasamos el día en un restaurante en el lago Averno. A pesar de lo avanzado del otoño, el sol seguía calentando y Mario pidió al camarero que nos preparara una mesa en la terraza. Nunca había visto a mi madre tan serena y sonriente, ni siquiera antes de que papá se trasladara al sofá. Comía encantado mi filete empanado, mirándola un poco a ella, prendada de las historias de Mario, y un poco a Arianna, que en cambio comía circunspecta mirando el plato. Al poco, Arianna se dirigió a su padre.

—¿Podemos ir a jugar Erri y yo?

—Claro, pero no os alejéis —respondió él, a pesar de que no hubiéramos terminado de comer.

Miré a mamá con preocupación, pero ella solo parecía tener ojos para

aquel hombretón; así que me aparté de la mesa en silencio y atrapé la mano que me ofrecía mi nueva amiga.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunté.

—Casi siete —respondió de golpe—, ¿y tú?

—Siete y medio —contesté todo orgulloso.

—¿Qué nombre es Erri? —preguntó después, mientras nos sentábamos a horcajadas en un muro que delimitaba el aparcamiento del restaurante.

—Un nombre como otro cualquiera —respondí, molesto.

Todo el mundo me preguntaba por mi nombre, todos querían saber su porqué. Lo que pasa es que yo todavía no lo sabía.

—Me gusta mucho —dijo en cambio ella.

—¿En serio? —fue mi reacción sorpresa.

—Sí —respondió mientras jugaba con una hormiga que se había aventurado por la yema de su dedo—, es original, ¡solo tú lo tienes!

Fue en ese preciso instante que me empezó a gustar el extraño nombre que llevaba encima como un peso.

La observé mientras se miraba las manos y el pelo le caía por los ojos, volviéndola aún más misteriosa. De su vestidito asomaban dos piernas delgadas y blanquísimas, con las rodillas raspadas; y al cuello llevaba un colgante en forma de efe.

—¿No te llamas Arianna? —le pregunté entonces.

—Claro.

—¿Y por qué llevas en el cuello una efe?

Me miró a los ojos y respondió sin inmutarse:

—Es la inicial del nombre de mi madre.

—Entiendo —susurré, pero ella ya se había bajado del muro para arrancar una flor amarilla que asomaba por las grietas de la piedra.

—¿Y dónde está tu madre? —pregunté entonces, sin saber qué decir.

Ella respondió con voz gélida, haciendo girar la florecita entre sus manos:

—Está muerta. —Me quedé mudo y entorné los ojos. Nunca había conocido a una huérfana y me hubiera echado a llorar si Arianna no hubiera continuado la conversación como si nada—. ¿Tu padre también está muerto?

—¡No! —grité asustado de solo pensarlo.

—Perdona —susurró. Luego, al rato, añadió—: Y entonces, ¿dónde está?

—En su casa.

—¿Dónde?

Reflexioné y respondí:

—Ni idea.

—¿Él y tu madre lo han dejado?

Asentí. En ese momento decidió que se había cansado de hablar y jugamos el resto de la tarde, mientras mamá y Mario nos lanzaban miradas divertidas y satisfechas desde lejos.

Antes de volver a subir al coche, Arianna se acercó a mi oreja y susurró:

—Tengo que decirte una cosa.

La miré, ebrio del perfume a canela que brotaba de sus labios, y esperé a que me revelara su secreto.

—Odio a tu madre —bisbiseó con las manos alrededor de la boca.

Luego se metió en el coche y no volvió a dirigirme la mirada.

En casa, mamá me abrazó y me preguntó si me caía bien Mario y si me lo había pasado bien jugando con su hija. Respondí que sí a las dos preguntas, y ella, antes de deshacer el abrazo y marcharse a la cocina, comentó: «Bien, me alegro mucho de que te caiga bien Arianna. ¿Sabes?, pronto podría convertirse en tu hermanita».

En el momento no entendí que, con aquella frase soltada sin más, mamá me acababa de comunicar que a partir de entonces habría un padre más en mi vida.

Mi único dilema aquella tarde era que si Arianna se convertía realmente en mi hermana, nunca podría ser mi novia.

LOS PADRES SIEMPRE VUELVEN

Durante unos días, la frase de Arianna estuvo resonando en mi cabeza. Me preguntaba por qué odiaría a mi madre, y si el hecho de que la odiara a ella quería decir que me odiaba también a mí. Además, ¿cómo se hacía para odiar a una persona? No había entendido muy bien qué era exactamente eso del odio. Es verdad, algunos compañeros de clase no me caían bien, y lo mismo podía decir de los pretendientes de mamá que de tanto en tanto asomaban el morro por mi vida; pero eran sentimientos distintos a algo tan fuerte como el odio.

Si Arianna odiaba a mi madre, quería decir que había hecho algo muy grave para hacerse odiar, aunque hasta ahí llegaban mis hipótesis. Entre otras cosas, porque por aquel entonces mamá gustaba mucho. Era cariñosa conmigo como nunca más lo sería, nunca alzaba la voz y siempre me llevaba a ver cosas nuevas.

Una tarde de domingo me llevó a Astroni, el parque natural de los alrededores de Agnano, lleno de caminos arbolados, zarzas, ardillas, zorros, bellotas, barro y ciénagas. Justo en un laguito de agua estancada advertí tres ranas que croaban tan a gusto encima de los nenúfares. Me quedé quieto, eufórico, y le señalé el punto a mi madre. Mamá se sentó en un tronco partido, me apoyó en sus piernas y después empezó a fantasear sobre las tres ranas (mamá rana, papá rana e hijo rana), que mientras tanto, a pesar de nuestra presencia, charlaban tan panchas.

—¿Qué se están contando?

—Creo que la mamá quiere saber qué les apetece para cenar a sus hombres.

—¿El hijo es chico? —pregunté.

—Sí —respondió ella segura.

—¿Y qué comen?

—Insectos.

—Puaj —comenté horrorizado.

—Bueno, a ellos les gustan un montón.

Tras un rato en silencio, pregunté:

—¿Cuál es el padre?

Mamá observó las tres ranas, idénticas entre sí, e indicó la rana que era un poco más oscura que el resto.

—Aquella.

Me quedé mirándolo, hasta que el anfibio soltó un ruido y se lanzó al agua.

—¿Adónde va? —pregunté preocupado.

—Quizá a cazar insectos para la cena —respondió rápidamente ella con una sonrisa.

—¿Y después vuelve?

—¿Por qué no debería volver?

—No sé...

Ella me dejó en el suelo y me miró durante un buen rato. Finalmente, con voz dulce, dijo:

—Erri, escucha, los padres siempre vuelven. Antes o después vuelven.

Le agarré un mechón de pelo y se lo alisé. Renata me besó en los labios, se levantó, me cogió de la mano y añadió:

—Y ahora vamos, que también nosotros tenemos que cenar.

Aquel episodio hizo distraer mi atención del odio que Arianna alimentaba por mamá. Mi único pensamiento era aquella frase: «Los padres siempre vuelven».

Ya.

El problema es que, muchas veces, no vuelven a tiempo.

GIOVANNINO Y SUS HERMANOS

Vamos por el postre, cuando el móvil me vibra en el bolsillo. Es un mensaje de Flor.

¿Has hablado con papá?

Sí.

¿Y?

Luego te llamo.

Jopé, Erri, no me dejes así. ¿Cómo ha ido?

Me tomo unos minutos para teclear la respuesta.

¿Pero no eras tú a la que se la traía al fresco el juicio de nuestro padre?

¿Y qué tiene que ver?... Siento curiosidad.

—Y ahora que hemos disfrutado de la cena, ¡ha llegado el momento de hablar! —exclama Mario.

—Erri, deja el teléfono —dice mi madre.

—Un segundo.

No puedo hablar, te llamo luego.

¡Que te den, hermanote!

—Vamos, Erri, Mario tiene que comunicaros una decisión importante. ¡Ya

luego hablas con tu amiguita!

—No tengo amiguita, mamá —respondo, y apoyo el teléfono en la mesa.

—Por eso siempre estás triste, hermanote —interviene Valerio, soltando una carcajada y mirando a Tomoko a la que, en cambio, no parece hacerle gracia.

—¿Ha pasado algo? —interviene Giovanni visiblemente preocupado.

—No, no —se apresura a responder Mario antes de echarse otro vaso de vino.

—Entonces, si nos lo permitís, Clara y yo querríamos decir algo... — declara con una sonrisa apurada.

Ante estas palabras, todos se giran hacia él. Mamá se lleva las manos al pecho y susurra:

—No me digas que...

Mis ojos deberían dirigirse hacia mi hermano pequeño, a la espera de que nos haga partícipes de su segunda buena nueva. En cambio, a saber por qué, se dirigen hacia Arianna, que está sentada a mi lado y acaba de agachar la cabeza, apretando las mandíbulas. Cierro los párpados un instante para borrar la sensación de *dejà vu* que acompaña la escena. Después Giovannino y consorte se levantan mano en mano, y él declara:

—Bueno, pues eso, ya lo habréis entendido... ¡Clara está otra vez embarazada!

Entre la última palabra pronunciada por Giovanni y el grito de alegría de nuestra madre pasan pocas milésimas de segundo. Si fuera una carrera automovilística, Renata Ferrara acabaría de conquistar la primera posición.

—¡Qué buena noticia! —exclama Mario.

—¡Tocado y hundido! —dice Valerio.

—Enhorabuena —contesta Tomoko.

—Enhor... —intento por fin decir yo, pero mamá me calla para gritar que esta vez «será un niño y se llamará Mario», que «Giovanni y Clara sois los únicos que me dais alegrías», que «qué noche más bonita, ¡hay que celebrarlo!» y que «soy feliz porque todos mis hijos son felices».

Me caben muy pocas dudas de que Valerio sea un hombre feliz, basta con mirar a la japonesita que tiene al lado para tener algo de lo que alegrarse. En cambio, que Giovanni y Clara estén contentos está por ver. Independientemente de lo que piense mi madre, no basta con hacer un hijo cada vez que en la tele no ponen tu serie preferida para estar satisfechos con

la vida. En lo que a mí respecta, el bienestar psicofísico y el aquí presente viven, al menos desde hace treinta y cinco años, en dos universos paralelos.

Y finalmente está Arianna. También para ella el discurso sobre la felicidad está, como mínimo, fuera de lugar. Basta con mirarla a la cara.

Pero, para Renata, Arianna pertenece al subapartado *Hijastros* del capítulo titulado *Giovannino y sus hermanos*.

TUCÁN

El término «infancia» deriva del latín y de la unión del verbo *fari*, que significa «hablar», con el prefijo *in-*, que tiene valor de negación. Los antiguos englobaban en este vocablo el período de la vida en el que aún no se ha aprendido a hablar. En la Edad Moderna, la infancia adquirió una connotación diferente, y la acepción actual cubre un período de tiempo mucho más dilatado. Si quisiera ceñirme al significado de los latinos, en este momento estaría saliendo de la fase infantil. Me he tirado los primeros treinta años utilizando el lenguaje de manera totalmente accesoria, y solo últimamente he aprendido a decir lo que pienso en alguna rara ocasión, aunque nunca de forma categórica. Al contrario, esas pocas palabras las balbuceo, todavía incapaz de afirmar mi existencia en el mundo. Como un niño de ni siquiera dos años, solo a los cuarenta empiezo a escupir las palabras que necesito.

No sé qué dije cuando empecé a hablar; pero recuerdo el día en que Giovanni, en brazos de mamá y con una marea de parientes alrededor, empezó a señalar a Mario y a torcer la boca en un intento de articular su primera palabra. Sé que su papá le sonrió, listo para recibir la primera de tantas alegrías que el último en llegar le daría. Pero el bribón de mi hermano se salió diciendo «tucán», e indicó la simpática carota de un gran pájaro de pico amarillo que asomaba por unos dibujos animados en la tele que tenían detrás.

No hace falta decir que su gesto me dejó sin palabras. Con poco más de un año, Giovanni había tenido el valor de abrir la boca para decir algo diferente a lo que quien tenía delante quería oírle decir.

A mí, para hacer lo mismo, me ha costado alguna década más.

EL ACCIDENTE

Se necesita cierto talento para pasarte la vida entera en compañía del resentimiento reprimido. Pero no puedo atribuirme todo el mérito, porque la capacidad de inhibir mis estados de ánimo fue un regalo de mi padre, el rey de las emociones pisoteadas en nombre de una presunta paz interior.

Por eso, si hoy voy por ahí con cara de malas pulgas y el estómago hinchado, es en parte gracias a él. Pero como no me apetece parecer el típico perdedor que con cuarenta años echa la culpa de sus fallos a su padre, cabe decir que también mi madre tiene su justa dosis de responsabilidad. En lo que se refiere a emociones dejadas a la deriva, también ella tiene lo suyo.

Es gracioso pensar que dos personas tan distintas puedan haberse empeñado en buscar un punto en común. Pero lo más gracioso es que ese punto sea yo. Gracias a mí han podido alardear de total ineptitud en el papel de padres; he sido yo el que les ha dado la posibilidad de poner en práctica el sistema doctrinal del control emotivo tan querido por ambos. Y es verdad, que el único punto realmente en común entre los dos sea este, roza lo grotesco.

Por lo demás, no sé cómo hicieron para casarse y traer al mundo un hijo. Pero este mismo hecho respalda la teoría por la cual he peleado durante meses con Matilde, a saber, que detrás del nacimiento de un hijo no hay secretos especiales, fórmulas algebraicas o errores que expiar: solo coincidencias. Yo, como millones de personas, soy fruto de un acontecimiento fortuito, de un accidente, si queremos llamarlo así.

Sí, en mi caso el sustantivo va como un guante.

Por lo que sé, se conocieron en una manifestación. Él se acababa de licenciar, ella estaba en Ciencias Políticas. Una noche que tenía ganas de confidencias, mamá me explicó el porqué de aquella lejana elección tan «chalada».

Papá era feúcho (en palabras suyas), con veinticinco años ya tenía poco pelo y una barba poblada, gafas de culo de botella y la frente llena de arrugas. Vamos, que no era precisamente un chico despreocupado y alegre, no le hacía reír, no la llevaba a tomar un helado, como hacían los novios de sus amigas. No, él era un oso, odiaba la diversión y hablaba citando a filósofos, escritores y políticos. Era antipático, pero culto y fascinante, con sus ojos oscuros con frecuencia perdidos en el vacío, la boca contraída y una barba que sabía a tabaco. Fumaba puros y siempre llevaba puesta una boina a lo Che Guevara, el héroe revolucionario de las banderas —en palabras de mi madre—, al cual quizá quería parecerse.

Llegados a este punto, me gustaría aclarar un detalle relevante, como fue la causa del nacimiento y de la súbita muerte de su amor; así como el giro que después daría la vida de Renata Ferrara y, por consiguiente, la de sus hijos, empezando por el aquí presente.

De origen humilde, mamá creció en un barrio popular de la periferia. Precisamente ella —la misma que ahora responde molesta a los chicos de color en los semáforos—, en sus primeros veinte años de vida conoció la pobreza, y después se tiró los restantes cincuenta años intentando olvidarla, borrar aquel pasado ignominioso. Si hubiera puesto tanto empeño en cuidar las relaciones humanas, a su muerte propondrían inmediatamente beatificarla.

Es fácil entender por qué el chico culto que hablaba como un filósofo y recitaba poemas de Neruda terminó por conquistar su corazón. Ella, que tenía hordas de chicos que la rondaban y, en potencia, innumerables helados y paseos en moto, eligió a Raffaele Gargiulo y su lucha política. Y con tal de estar a su lado, terminó por imitarlo y combatir sus mismas batallas.

Si hubiera sido un poco más madura y hubiera estado menos cegada por su deseo de redención social, habría comprendido que las batallas de su amado nunca serían las suyas; porque es cierto que sus padres eran ignorantes y tenían poco que ofrecer a sus hijos, pero le habían dado todo lo que estaba en sus manos sin esperar nada a cambio. En resumen, es verdad que mamá tenía un pasado que olvidar, pero podría haber construido su presente como más le gustara. Al contrario, el joven que hablaba de Kant y de lucha política tenía una familia culta a sus espaldas, de la que tenía que defenderse cada día. Estaba en juego su identidad, por la cual peleaban dos padres invasivos para recuperarse del dolor que les había provocado el primogénito (el famoso tío Vittorio, del cual hablaré tarde o temprano).

En conclusión, mi padre y mi madre se han pasado la vida con la ilusión de rescatar su infancia. Y para conseguirlo, ella apostó por subir, él por bajar: ella con su mundo mágico de sillones floreados, tapicerías y amigos poderosos; él con la idea de que, a fin de cuentas, destruir su propio futuro no era tan horrible si con ello se lo hacía pagar también a sus padres.

TENGO QUE DAR LAS GRACIAS AL RODEO

Pero ahora quiero contar lo que pasó cuando volví a casa con la noticia de que papá había apoyado mi idea revolucionaria de hacerme dibujante de cómics.

Me sentía feliz y orgulloso de mí mismo, me había enfrentado a aquel hombre gruñón que se decía mi padre, le había confesado un sueño, le había convencido. Vamos, que había triunfado donde durante veintiséis años había fracasado: había hecho una elección e iba a llevarla a cabo.

Me estaba engañando.

«Y bien, ¿qué te ha dicho tu padre?», preguntó mamá.

Mario estaba en la habitación con Giovannino para ayudarle con el dibujo técnico.

Cuando era adolescente, solía ocurrir que Mario me explicase o me ayudase, con matemáticas o con dibujo; y en esos momentos hasta me parecía bonito estudiar, incluso me parecía posible llegar a ser ingeniero, como el hombre grande y bueno que tenía al lado. Recuerdo que con frecuencia me lo quedaba mirando, preguntándome cómo hacía una persona tan serena para pasarse la vida al lado de mi madre, que ya por aquel entonces era la antítesis de la serenidad. Me preguntaba qué tendrían en común esos dos, que en mi presencia nunca habían intercambiado una caricia o un beso.

Lo vi todo más claro un día, muchos años después, cuando me había alejado de Matilde y estaba inmerso en mi silencio. Mario se sentó a mi lado en el sofá, me apoyó su gran mano en el muslo y susurró:

—Que no nos oiga tu madre, pero también hay algo positivo en la ruptura de un matrimonio —sonrió pícaro y añadió—: Yo, por ejemplo, si no me hubiera separado, no habría conocido a tu madre.

Pues sí, aquella tarde de domingo en el muro, Arianna me había contado una enorme mentira. Su madre, como pude descubrir tiempo después, no estaba para nada muerta; al contrario, le iba bastante bien. Se había

enamorado locamente de un fotógrafo americano que había conocido durante un viaje en un rodeo, y había dejado que Mario se refugiara en los brazos de mi madre. Es fácil de entender que Arianna considerase que estaba muerta, a sus ojos y ante los niños ingenuos como yo.

Si la mamá de Arianna no hubiera ido al rodeo, yo no habría disfrutado de un segundo padre que rellenara un poco mi agujero en el estómago. Sobre todo, nunca habría conocido a Arianna, y esto habría sido incluso peor que no conocer a Mario.

Volviendo a nosotros, también Mario había conocido el dolor de la pérdida, de la ruptura y del abandono. Sabía lo que estaba sintiendo, lo que me esperaba.

Habría podido preguntarle cómo superar el momento, a qué agarrarme, en qué pensar, cómo recuperar la dignidad y un poco de atractivo. En lugar de eso, me salió espontáneamente una única pregunta:

—¿Cómo has hecho para tirarte todos estos años con mi madre?

Él soltó una carcajada y dijo:

—Una madre puede hacer mucho más daño que una mujer.

Después me ofreció un cigarro y encendió el suyo.

Al rato se me ocurrió una segunda pregunta.

—¿Cómo se hace para estar con alguien tanto tiempo?

Esta vez ni siquiera me miró y respondió soltando el humo por la nariz:

—¿Sabes, Erri?, hay individuos que dicen creer en el amor, pero no están dispuestos a ceder una porción de cama; hablan de compartir y no aceptan encontrar el baño ocupado; se les llena la boca de proyectos y después se alteran si la televisión está en el canal equivocado. Gracias a ellos he entendido que existen personas que aman a otras personas, y personas que aman solo la idea de amar a otras personas. Con estas últimas se puede, como mucho, ir de cena romántica. Con las primeras, en cambio, se puede también desempaquetar las cajas de una mudanza.

Antes o después me da que tendré que dar las gracias a mamá por haber elegido con tanto esmero a mi segundo padre.

TEN DUDAS

—Y bien, ¿qué te ha dicho tu padre?

Antes de responder a la pregunta de mamá, tengo que volver a dar a «Pausa». La vida me estaba poniendo a prueba, estaba comprobando mis ganas y mi capacidad de lucha para hacer realidad un sueño. Una vez más, podía elegir o dejar que alguien lo hiciera por mí.

—Que hago bien en hacer aquello en lo que creo.

—¿Por qué, en qué crees?

—Quiero ser dibujante de cómics.

—¿Dibujante de cómics?

—Eso.

—O sea, ¿hacer dibujos?

—Sí.

—¿Qué historia absurda es esa?

—Es lo que quiero.

—Pero es como no hacer nada. ¿Cómo piensas tú que vas a vivir dibujando cómics?

—Muchos viven de ello.

—¿Y tu padre te ha dicho que vale?

Asentí.

—Ese inadaptado irresponsable —graznó Renata Ferrara mientras iba y venía por el salón con las manos en las caderas—. Y yo que hasta lo he llamado y te he empujado a hablar con él creyendo que realmente querría animarte a estudiar.

—Yo no sé estudiar, mamá —observé tranquilo.

Ella se detuvo y graznó:

—¿Qué tontería es esa? Es solo cuestión de voluntad. ¡Querer es poder, que no se te olvide nunca!

«Querer es poder» es la frase preferida de mi madre. Y de todos aquellos

que creen que pueden hacer que el mundo gire a su antojo.

—Ya lo tengo decidido —contesté sin mover un músculo—, es inútil que te molestes.

Estaba orgulloso de mi valentía, de la arrogancia con la que estaba afrontando la discusión. En realidad, no era del todo mérito mío: antes de volver a casa, me había fumado un porro con un amigo. Gracias a la hierba, hasta mi madre me parecía afable.

—¿Ah, sí? —gritó presa de una crisis de histeria—. Ahora mismo llamo a tu padre y que me diga la verdad, ¡a ver si luego sigues tan bravucón!

«Llamo a tu padre» ha sido el íncipit de buena parte de los capítulos de mi infancia. Esta simple frase era capaz de provocarme una especie de ataque de ansiedad. Porque cada vez que hablaban por teléfono empezaban los gritos, las recriminaciones, las acusaciones, las largas perífrasis para terminar diciendo que la culpa de mi ineptitud la tenía el otro. Cada llamada telefónica me catapultaba al pasado, a cuando se decían las mismas maldades cara a cara, conmigo en la habitación intentando concentrarme en lo que decía por televisión Barbapapá para no escucharlos, aunque las absorbiera sin darme cuenta, como si fueran radiaciones.

Pero aquella vez Renata Ferrara me sorprendió. No llamó por teléfono a mi padre, hizo algo mejor: por la noche mandó a Mario a mi habitación.

Los años que había pasado en política le habían enseñado que hay muchas formas de alcanzar un objetivo. Mamá interpretó el comportamiento de Raffaele Gargiulo como el de aquel que se ofrece voluntario a sacrificar el futuro de su hijo con tal de herir a su exmujer. En su manera de pensar, no se contemplaba la hipótesis de que, por una vez, a papá se le hubiera ocurrido dejarme elegir a mí. Mamá nunca deja las decisiones importantes a los demás, y mucho menos a los principales interesados.

Y fue así como me encontré teniendo que hacer frente a Mario, un enemigo mucho más potente que mis padres. De hecho, de él me fiaba, sabía que solo quería mi bien y que no me obligaría a tomar un camino que no me interesara. Por eso, hice justo lo que mi madre esperaba: me senté tan tranquilo y me quedé escuchándolo toda la noche, dejando que sus palabras infundieran en mí la duda de que mi proyecto era una enorme bobada. Infundir la duda es la única técnica de contrastada eficacia para quien quiere

frenar el avance de quien está dispuesto a todo con tal de no sacrificar sus propios sueños. Si aquella noche Mario me hubiera obligado a seguir estudiando ingeniería, lo habría mandado a freír espárragos y ahora, quizá, dibujaría cómics como mi hermana Flor.

Mario no impuso ninguna prohibición, no se permitió proclamar verdades o dar consejos. Se limitó a decirme que me lo pensara bien; que el camino del dibujante de cómics era arduo; que pocos vivían realmente de ello; que a determinada edad una mujer se fija en estas cosas, en el trabajo de su pareja, en la seguridad económica; que yo no estaba acostumbrado a una vida de miserias. Que, en cualquier caso, nada me impedía seguir dibujando como pasatiempo, para desahogarme, quizá por las noches o los fines de semana. Terminó diciendo: «Ahora que lo pienso, un muy amigo mío al cual hago de consultor está buscando personal para su empresa de energía solar. Es el trabajo del futuro, en continua expansión. Allí podrías encontrar tu hueco. ¿Qué me dices, te apetece probar? Si no te gusta, siempre eres libre de marcharte».

Estaba tan aturdido por su interminable charla y por el poco cannabis que todavía me corría por la sangre, que asentí y le agradecí sus palabras, porque se había esforzado en encontrar una solución alternativa sin gritar, como en cambio habría hecho mi madre.

Solo una decena de años después me enteré de que la idea de pedir aquel favor a su buen amigo no había sido suya, sino de Renata.

Lo primero que diría a un hijo, una vez adulto, sería: «Haz todo lo posible para que aquello que te gusta no se convierta solo en un pasatiempo de fin de semana. Es el camino más rápido para convertirte en un infeliz».

Eso es lo que debería haberme dicho Mario.

A veces, quien se preocupa por ti puede hacerte mucho más daño que quien apenas se da cuenta de tu presencia.

PEQUEÑA REFLEXIÓN SOBRE DUDAR

Dicen que la duda es para las personas inteligentes y que el superficial no duda de nada, que tiene un buen matrimonio, un empleo que le satisface y un dios al que dar gracias. Yo no tengo un buen matrimonio, durante mucho tiempo tuve un empleo poco satisfactorio y mi dios no evita que dude de todo. Vale, soy una persona inteligente y llena de dudas. Debería estar contento. En cambio, por la noche en la cama no consigo estarme quieto ni un minuto, a veces parece que me falta la respiración, tengo pesadillas recurrentes y me despierto sobresaltado.

Si digo que tengo el sueño ligero, me aconsejan manzanilla.

Más que manzanilla, para apoyar la cabeza en la almohada y empezar a roncar me haría falta una potente infusión de superfelicidad.

ESTATUA DE CERA

—No, mamá —exclama Giovannino con voz firme—, esta vez le toca a Clara decidir el nombre.

Renata Ferrara aprieta las mandíbulas durante una milésima de segundo, luego cierra los puños y los apoya sobre la mesa. Solo entonces consigue esbozar una sonrisa y contesta:

—Pues claro, cómo no, me parece justo. ¿Y qué nombre has pensado, querida?

En este momento, la escena es idéntica a la que se ha venido repitiendo ante nuestros ojos durante años, cuando nuestras diferentes novias intentaban hacer frente a la sargento. Clara, que evidentemente no brilla por su valentía y determinación, se pone roja y, tras algún que otro golpe de tos, murmura:

—Si es otra vez niña, como esperamos, había pensado en Luisa, el nombre de mi abuela.

En la mesa se hace el silencio y, visto que todo el mundo la mira, Clara se ve obligada a bajar la mirada. Todos menos Valerio, que está pringando un trozo de pan en el aceite que ha quedado de la ensalada. Nuestra madre se da la vuelta instintivamente hacia él.

—¡Valerio, pero qué modales son esos, ni que fueras un bárbaro! Nosotros, desde luego, no te hemos enseñado a comer así. Además, joder, ¡que ya has tomado el postre!

—Tranquila, mamá —contesta él sin levantar la cabeza de la ensaladera—, vosotros no tenéis la culpa, soy yo, que no tengo solución.

Mamá mira un segundo a su marido y responde:

—Sí, no tienes solución. De verdad que no entiendo cómo hace la que tienes al lado para aguantar tanta mala educación.

Sonrío frente al nuevo récord establecido por la señora Ferrara: ha conseguido criticar a la pareja de su hijo dos horas después de haberla conocido. Pero Tomoko no se da por aludida o, por lo menos, no parece

ofenderse. Quizá las dinámicas pequeñoburguesas del italiano medio son desconocidas a su cultura mixta. A lo mejor será justo esta distancia cultural la que la salve. En cambio, a Valerio parece traérsela al fresco el bagaje cultural de su novia. Se da la vuelta hacia ella y exclama con media sonrisa:

—Cariño, eso iba dirigido a ti, es una especie de rito de iniciación.

Tomoko ríe por no llorar, por lo que interviene Mario.

—Tomoko, ¿en serio sabes lo que estás haciendo? ¿En serio estás con Valerio por voluntad propia?

La japonesa responde con otra sonrisa y así nuestra madre puede volver a su nuera preferida.

—Perdóname, tesoro —le dice—, no quiero entrometerme en cuestiones que no me incumben. Es vuestra elección, pero, si puedo dar mi opinión, Luisa no me parece precisamente el nombre adecuado. Es un poco popular, ¿no te parece?

—Nuestra tata se llamaba Luisa —comenta Valerio, con la cabeza aún inclinada sobre la ensaladera.

—Exacto —contesta seráfica Renata.

—A mí me gusta, es un nombre importante para nuestra ciudad, para nuestra cultura —se entromete Arianna, rompiendo su propio silencio.

Mamá dilata los agujeros de la nariz y casi le sale humo por ellos. Entonces, por suerte, llega la respuesta de Clara.

—Bueno, no sé, es que me gustaría por mi abuela, fue importante para mí.

—Mamá —interviene Giovannino—, todavía no lo hemos elegido, es pronto. Cuando llegue el momento, se verá. Ahora es inútil ponerse a discutir.

En este momento, Renata se deja caer sobre el respaldo de la silla y, cargada con la mejor sonrisa de circunstancias de la que es capaz, exclama:

—Me rindo. Vuestras decisiones no van conmigo. Pero si el día de mañana vuestra hija os echa en cara vuestra elección, luego no vengáis a mí. Además, no entiendo por qué hay que desear que sea niña. A mí, en cambio, ¡me encantaría que fuera niño!

Finalmente apoya las muñecas en la mesa y se queda ahí, embalsamada por la espesa base que le esconde la cara; por las pulseras de oro amarillo que le ciñen sus brazos bronceados todo el año; por el vestido ajustado que, como por arte de magia, disimula la faja que, estoy seguro, lleva puesta también esta noche.

GIULIA Y EL DESNUDO

Tras el breve período de depresión ligado a la caída de Democrazia Cristiana y a la notificación de investigación, mamá decidió que no se abandonaría, que reaccionaría a su manera, con vehemencia. Al principio se negó, pero después comenzó a aceptar invitaciones de varias redacciones televisivas de Campania, que la animaban a que comentara sobre la incipiente Segunda República. En poco tiempo, las emisoras regionales se convirtieron en su salón y no había programa político en el cual Renata Ferrara no estuviera presente para dar su opinión. Hasta que llegó el 26 de enero de 1994. No puedo olvidarlo, fue uno de los peores momentos de mi vida, solo superado por la noche en que Matilde me hizo partícipe de su relación con Ghezzi.

Pero volvamos al noventa y cuatro. Cuando metí las llaves en la cerradura de casa, acababa de fumarme dos porros junto a un amigo de aquel entonces, Orlando. Más que un amigo, era más bien un compañero de «fumadas»: como a mí, no le debía de ir muy bien con su familia, y cuando te topabas con él tenías claro que ibas a gorronear un poco de hierba. En aquellos tiempos, Orlando era mi único rayo de sol. Era la época de Giulia, la traicionera, y del amargo descubrimiento de mis veinte años: si la infancia te ha dejado como regalo un vacío por rellenar, está claro que los demás no se encargarán de colmarlo, sino que chapotearán en él como un niño en una piscina hinchable.

Giulia había chapoteado mucho tiempo en la piscina que yo tenía dentro.

La cosa había sido así. Ella estaba en el último año de instituto y en noviembre del noventa y tres los estudiantes, como cada otoño, ocuparon la escuela por no sé qué protesta. Por tanto, una mañana de diciembre se me ocurrió la brillante idea de darle una sorpresa. Me colé entre los chavales y vagué por los pasillos del instituto en busca de mi novia. Al no encontrarla, me metí en una clase y asistí a una ruidosa y aburridísima asamblea en la que dos chicos (un chico y una chica), de pie en la mesa, parloteaban de reformas,

cultura, ministros, panfletos, revuelta, ocupación, policía cabrona y mucho más. La mayoría los seguían con entusiasmo, otros hacían todo lo contrario.

También entonces mi instinto venció fácilmente a mi escasa moral, y me uní al trío que, al fondo de la habitación, estaba concentrado haciéndose un porro. El más joven no debía de tener ni dieciséis años; mientras que el más mayor, que era yo, tenía diecinueve y debería haber estado en clase de Física General y no en un instituto ocupado. Pero mi escasa química con el estudio es ya conocida por todos.

Estaba fumando y charlando con aquellos simpáticos chavales, cuando hizo acto de presencia Giulia.

No me había dado tiempo a esbozar una sonrisa, cuando me di cuenta de que iba de la mano de un chico con rastas y una camiseta verde de manga corta, a pesar de la temperatura.

Debería haberme levantado, ir hacia ella, insultarla, abofetear al Bob Marley del que se hacía acompañar y pirarme del aula. En lugar de eso, por enésima vez elegí no elegir y me quedé apartado, haciéndome mala sangre mientras mi amada se morreaba con el rastafari insensible al frío. Y es que en aquella época todavía nadie me había explicado que esto es como la sabana, y que si no haces de león, te toca hacer de gacela, la cual, pobrecita, lleva realmente una vida de mierda.

Aguanté toda la asamblea y cuando llegó el turno de votar incluso levanté la mano, participando en la decisión de continuar la ocupación, porque «a nosotros, los estudiantes, no nos asusta luchar por nuestros derechos».

Yo ya no era alumno de instituto; y en cuanto a lo de luchar por mis derechos, pues bueno, en diecinueve años nunca había tenido el gusto.

Esperé a que el aula se vaciara y salí a hurtadillas de la escuela. Luego vagué por las calles, intentando no dejarme vencer por el llanto ante la pérdida de aquel que creía que era el amor de mi vida. Ya lo he dicho, la vida no tardó mucho en explicarme que los amores no colman los vacíos, en todo caso añaden más. Teniendo en cuenta mi ingenuidad de aquel entonces, esta verdad podría haberse revelado fatal.

Por suerte, al final de este fatídico paseo, me topé con Orlando, que sabía bien cómo matar el regusto amargo que te queda en la boca cuando llega la verdad, cuando descubres que todavía eres un niño, que todavía eres incapaz de plantarle cara al devastador impacto de la vida.

Mi querido amigo me ofreció un porro y compró seis botellas de cerveza.

Me río yo de vivir, amar, follar, reír, comer, bailar. Aquella noche me convencí de que la mejor arma para ser feliz era otra: beber.

ENTRADA EN EL TERRENO DE JUEGO[4]

En el fatídico instante en que abrí la puerta de casa, el 26 de enero de 1994, había pasado poco más de un mes desde que descubriera la traición de Giulia. En aquel breve período, destronado sin mayor problema por el rastafari, había dejado de ser su novio para convertirme en su amante. La cuestión es que ya por aquel entonces convivía con un problemilla que todavía hoy impide el pleno disfrute de mi sexualidad: era feo y, por supuesto, no podía compararme con el epígono del rey del *reggae*, que brillaba con luz propia. A pesar de ello, conseguía rascar un poco de sexo aquí y allá, algún restregón en alguna pared o algún banco, a la espera de que ella se viera con su novio y yo buscara refugio en los canutos de Orlando.

En resumen, era esclavo de mis defectos. Si solo hubiera sido un poco más mono, con una pizquita más de autoestima, si las carencias de mi familia no me hubieran obligado a una carrera sin fin para alcanzar el amor y la atención que no había recibido de ellas, no habría aceptado aquel lamentable papel: habría dejado a Giulia y me habría lanzado a la conquista de otra mujer. En cambio, me contenté con hacer de amante de mi exnovia, un poco por las razones antes mencionadas, y un poco porque yo a Giulia la quería.

La quería como se podía querer a una chica con veinte años hace veinte años, es decir, con el corazón a mil; porque después de muchos días conseguía quedar con ella otra vez, porque me encantaba verla reírse con sus amigas a unos metros de distancia con la esperanza de volver a formar parte de su vida. La amaba con la ilusión de que fuera ella la que me pidiera perdón. Vamos, que estaba colgadísimo de Giulia, y todos aquellos discursos sobre el amor y la autoestima me importaban tres cojones.

La vida, por otro lado, es un continuo conocer a gente equivocada. Entre otras cosas, porque si siempre nos topásemos con la gente adecuada, quizá empezaríamos a poner en entredicho la idea de que uno solo se enamora de verdad una vez. Creo que es más correcto decir que, si tenemos suerte,

conocemos a una persona adecuada en nuestra vida. Las otras miles, que también lo serían, por desgracia no podemos encontrarlas.

Aquella fatídica tarde había aceptado verme con ella en el lugar de siempre, un muro de una calle apartada de nuestro barrio, lejos de miradas indiscretas. Ella me había dejado que le tocara el pecho, pero a regañadientes, como si me estuviera haciendo un favor. ¡Me conformaba con migajas de sexo sin amor y encima le estaba agradecido!

Giulia, por su parte, parecía dejarse llevar más para llenar un hueco de la tarde que por otra cosa. Y cuanto más llenaba ella sus huecos temporales, más grande se hacía mi hueco en el estómago.

Tenía más que motivos para alejarla y recuperar un poco de dignidad; y sin embargo, mientras me frotaba contra su cuerpo, ella me pasó la mano por la cabeza, se la puso delante de los ojos, se rio y comentó: «Erri, ¿estás perdiendo pelo? No, madre mía, no, ¿sabes lo feo que estás sin pelo?!».

Luego, sin esperar mi respuesta, me dijo que se había hecho tarde y que tenía que quedar con el rastafari. Volví a casa con la moral por los suelos y me fui corriendo al baño. Encendí la luz y me pasé la mano por el pelo. Sí, clareaba un poco, pero eso no quería decir que también yo fuera a quedarme calvo, como papá. Además, mi madre tenía una buena melena, ¿no podía haberla heredado de ella?

Después los vi: tres pelos muertos entre los dedos. Era el principio del fin. Estaba a punto de echarme a llorar, cuando Renata Ferrara, sin ni siquiera llamar, abrió la puerta del baño y dijo estas palabras textuales: «Erri, ven, tenemos que celebrarlo, ¡tu madre acaba de decidir entrar en el terreno de juego!».

Aquel día, otro personaje bastante más poderoso que Renata Ferrara había tomado la misma decisión. Mamá había puesto la tele para ver el mensaje de Silvio Berlusconi retransmitido en todos los canales de Fininvest^[5] y había comentado: «Por fin se vuelve a ver la luz al final del túnel. Por fin alguien que libera Italia de las garras de las togas rojas».

Diez minutos después ya había decidido volver a la política en las filas de Forza Italia. Con una carta escrita de su puño y letra a Berlusconi, «un héroe

que sacrifica sus empresas por el bien del país», le agradecería la oportunidad.

Frente a la alegría incontenible de su mujer, Mario, que ya tenía sus dudas sobre las verdaderas intenciones del Cavaliere, se vio obligado a celebrarlo con *spumante*.

Aquella noche la familia Ferrara al completo (menos Arianna, que ya por aquel entonces no se la consideraba indispensable en nuestras celebraciones) se reunió en torno a la mesa para celebrar el renacimiento de su mujer. Aquella lejana noche del noventa y cuatro, todos estábamos contentos a nuestra manera: mamá, porque con casi cincuenta años tenía un nuevo objetivo y otro apasionante trabajo en el que ahogar las frustraciones que seguían brotando bajo su buenismo; Mario, porque de aquella forma buena parte de dichas frustraciones no volverían a recaer sobre él; nosotros, sus hijos, porque el hombre calvo y bronceado que sonreía por la tele nos liberaría de la presencia del sargento en casa.

[4] En el original, *discesa in campo*, hace alusión al término futbolístico que utilizó Berlusconi en 1994 para anunciar su candidatura a las elecciones. (N. de la T.)

[5] Uno de los mayores grupos financieros de Italia. Fundado en 1978 por Silvio Berlusconi, fue creando y adquiriendo cadenas televisivas, entre las que destaca Canale 5. (N. de la T.)

DOSCIENTAS MIL VÁLIDAS RAZONES

—Creo que ha llegado el momento de desvelaros el porqué de esta reunión —dice Mario.

Arianna, que está sentada a mi lado, alza la mirada hacia su padre por un instante y vuelve a mirar el plato. Giovannino se coloca mejor en la silla, Valerio bebe otro poco de vino y Tomoko juguetea con el anillo que lleva en el índice.

—Como sabéis, últimamente no han ido demasiado bien las cosas por el estudio. He tenido unos cuantos problemas por razones que no voy a explicar aquí, pero que Giovannino conoce bien. —Todos nos giramos hacia el menor de nuestros hermanos y este confirma las palabras del padre con una mirada—. Pero al igual que todos vosotros, Giovannino no conoce los motivos de esta reunión.

—Nadie sabe nada —interviene mamá—, es una elección hecha por vuestro padre y por mí, por el bien de todos vosotros.

—Resumiendo... —retoma la palabra Mario—, hace un tiempo que llevo pensando en ello. Ya no soy tan joven, y la idea de qué voy a dejaros a cada uno sigue rondándome por la cabeza...

—Y dale, papá... —exclama Giovanni, en un intento de borrar por lo menos la idea del fallecimiento de su padre.

—¿Y dale qué? Tarde o temprano llegará. Pero ese no es el asunto. El asunto es que hay dos motivos que me han empujado a tomar esta decisión. El primero tiene que ver con la familia Ferrara. Somos una familia grande y bonita, que se quiere mucho —afirma, y dedica una mirada a cada uno de nosotros—, pero no podemos negar que somos también un poco particulares...

—Papá, si no ha pasado nada grave, te pediría por favor que aceleres —interviene Valerio—. A medianoche tengo que estar en casa, empieza el torneo *online*.

Quien conozca a Valerio, aunque solo sea por encima, no haría ni caso a la frase. En cambio mamá, como el aguijón de un escorpión, se eriza y grita:

—¡Pa chasco que no fueras a perder la ocasión de hacer el imbécil! ¡Tu padre está contando algo importante y tú pensando en tus juegucitos!

Entrenado por años y años de crisis uterinas, Valerio ni se inmuta y contesta:

—¿Pero qué juegucitos? Estoy hablando de trabajo.

—¿Qué trabajo? —suelta en ese momento Giovanni.

—El mío.

—¿Y cuál es ese trabajo, si quieres hacernos partícipes también a nosotros? —pregunta Mario, acostumbrado a no perder la calma.

—¡Ah, claro, que todavía no os lo había contado! Ahora soy jugador profesional de póquer.

Mamá se echa para atrás en la silla y casi se cae de culo al suelo, Mario murmura una blasfemia que se pierde en los meandros de su barba, y Giovannino suelta una carcajada.

—Joder, ¿qué tiene de gracioso? —pregunta Valerio con cara de enfado.

—¡Eres un genio! Hacer pasar el póquer por un trabajo...

—Giovanni, ¿pero tú qué hablas de trabajo? Lo que hay que oír... —contesta Valerio.

—¿Qué quieres decir? —replica el otro, echando el cuerpo hacia delante.

Es Mario el que, como siempre, echa agua al fuego. Tiene que calmar los ánimos para evitar que su mujer nos eche una bronca general que, estoy seguro, terminaría por caer también sobre el aquí presente, que ni siquiera ha abierto la boca.

—Bueno, chicos, ya tendremos ocasión de hablar del trabajo de Valerio; pero ahora me gustaría volver a nuestra familia, que si bien está muy unida...

—¡No, ahora me explicas qué querías decir con esa frase! —explota Giovannino, mientras Clara lo agarra del brazo.

—Sabes muy bien lo que quiero decir, que no querías ser ingeniero, ¡e ingeniero has acabado siendo!

—¿No querías ser ingeniero? —pregunta nuestra madre con un hilo de voz y los ojos brillantes.

Giovannino agacha la mirada un segundo, con la cara roja, y después se lanza al ataque.

—¡Anda, cállate, que sigues comportándote como un chaval que juega al

póquer y liga con chicas!

Tomoko hace ademán de decir algo, pero Valerio contesta repentinamente:

—Me comportaré como un chaval, ¿pero sabes cuánto he ganado en el último año gracias al póquer?

—¡Ya basta! —interviene mamá, que se levanta y da un golpe con la mano en la mesa, despertando de sopetón a Renata, que dormía en el carrito. La pequeña se echa a llorar y Pari cierra la puerta de la cocina presa del terror.

—A ver, ¿cuánto has ganado? —continúa Giovannino, como si su madre no hubiera dicho nada y su mujer no se hubiera levantado para calmar a su hijita.

—Doscientos mil.

En la habitación se hace el silencio.

—¿Doscientos mil qué? —dice Giovanni.

—Doscientas mil válidas razones para jugar al póquer... —contesta Valerio divertido.

—¿Doscientos mil euros? —pregunta entonces Mario.

Su hijo asiente.

—¿Doscientos mil? —repite nuestra madre, que de golpe ha vuelto a la calma.

—¿Doscientos mil? —repito yo por último, y mi pensamiento se dirige hacia el balance anual de la tienda de cómics, que tiene un cero menos.

—¿Doscientos mil? —hace eco Arianna—. ¡Yo con todo ese dinero me iría al fin del mundo para no volver a ver vuestros caretos!

—Pero, bueno, papá estaba hablando —retoma Valerio como si nada—, dejémosle terminar, luego os cuento lo de mi trabajo. Y bien, papá, somos todo oídos...

Mario da un trago de vino y dice:

—No recuerdo por dónde iba.

—Por la familia Ferrara, que está tan unida... —interviene de nuevo Arianna con tono irónico, arrancándome una sonrisa.

Mario parece reflexionar un instante, después echa la silla hacia atrás y dice:

—¡Idos al cuerno!

—Mario... —exclama nuestra madre irritada y, al borde de las lágrimas, corre detrás de su marido.

Clara lanza una mirada impaciente a Giovanni y se refugia en la habitación

que les está destinada en caso de visita, mientras Tomoko susurra un «perdonadme» y desaparece en el baño.

Solo entonces Valerio se dirige a Giovanni y, con aire amistoso, dice:

—Y bien, hermanito, volvamos a nosotros. Estábamos hablando del póquer...

Me doy la vuelta para buscar a Arianna, pero ella tampoco está.

LA BATALLA DE RAFFAELE GARGIULO

Una de las causas de la gran diferencia que hay entre mis hermanos y yo se debe sin duda a nuestra educación. Mis padres también consiguieron discutir sobre la elección de pública o privada. Si para la guardería papá había dejado que fuera ella la que decidiera, también por una serie de comodidades relativas al horario (me podían dejar allí hasta bien entrada la tarde); con primaria se quejó porque Renata había elegido sin preguntarle.

En secundaria el problema se volvió a repetir, pero el instituto era solo un pretexto para echar más leña al fuego en asuntos que nada tenían que ver con mi educación, sino más bien con mi dieta malsana en casa Gargiulo por un lado, y por otro con el continuo flujo de regalos (en palabras de mi padre «estúpidos e idiotizadores») que me hacían mi madre y Mario.

Una vez en secundaria, mi madre decidió que no volvería a ceder ante Raffaele Gargiulo. Mi experiencia en los primeros años de instituto en la pública había sido, según ella, catastrófica: había entablado amistad con los peores elementos de clase, los más holgazanes, los más maleducados, los que venían de un estrato social más bajo (aunque esto último nunca se haya atrevido a decirlo).

Efectivamente, mi mejor amigo era un niño gordo que decía un montón de palabrotas, haciendo que me tronchara de risa, que mandaba a freír espárragos a los profesores y que ya sabía montar en motocicleta. Se llamaba Peppino y era el hijo del frutero de debajo de casa. Después estaba Angelo, otro de los pilares de la distinguida comitiva con la que salía los sábados por la tarde en busca de conquistas. Llevaba el pelo embadurnado de gomina, un pendiente en la oreja y hablaba casi exclusivamente en dialecto. El padre de Angelo era el peluquero de mamá, por eso era frecuente que se lo encontrara en casa a la hora de la comida y no pudiera hacer otra cosa que sonreír. Y finalmente estaba Pasquale, el más macarra de todos. Con doce años presumía de haber hecho ya el amor con tres mujeres (una de las cuales, por

cierto, iba al instituto), tenía agujeros en ambos lóbulos, un tatuaje de verdad en el hombro (una rareza por aquella época), una cicatriz en la barbilla que vendía como una cuchillada, y un ojo ciego que apenas mantenía abierto. No tenía padre (sobre su muerte corrían las más disparas leyendas) y en tres años a su madre no se la vio ni una sola vez por el instituto. Fue el único que no me invitó nunca a su casa, así que a día de hoy aún no sé dónde vivía. A veces decía que vivía con su madre y un hermano más mayor en Vomero, pero al poco tiempo se olvidaba de la mentira y decía que era de Chiaia o de Arenella[6]. Una vez soltó una gorda y contó que vivía en el paseo marítimo y que su habitación daba a Capri.

En cualquier caso, Angelo, Pasquale y Peppino fueron muy importantes en la formación de mi adolescencia. De hecho, si no los hubiera conocido, a la primera bofetada que me dio la vida me habría caído de bruces al suelo. Pero dado que empezaba a hablar como ellos, a gesticular como ellos y a reír como ellos, mamá decidió que iría a un instituto privado.

Ahora bien, debía ajustar cuentas con papá, y él contestó que por nada del mundo permitiría que yo me criara entre algodones, junto a hijos de burgueses ricachones y aburridos. Como todo el mundo, tenía que ir a un instituto público, que contribuiría a ampliar mis horizontes y a darme la educación adecuada. Él tiraba por el Genovesi, mamá por el Nazareth. Al final, fue Mario el que medió proponiendo el Sannazaro que, por lo menos, estaba en Vomero.

Muchos años después, Renata Ferrara se tomó su revancha con mis hermanos, que fueron a colegios privados sin rechistar.

Ellos se han criado entre algodones, en un ambiente protector y entre las caricias de dos padres presentes; yo, en cambio, he aprendido a ganarme la atención más difícil, aquella que no te corresponde. Si alguna vez me encuentro abrochando el babi a mi hijo, le acariciaré la cabeza y le diré textualmente: «Venga, aprende a hacerte aceptar por quien no está obligado a hacerlo».

Además de ser el único en ir a un colegio público, también fui el único de la familia que tuvo el gusto de ser lobato *scout*. Mamá se convenció de que los *scouts* me ayudarían a crecer; que haría nuevas amistades distintas a las del colegio; que sería una experiencia útil para comprender las dinámicas de

grupo, aprender a apañármelas solo, amar la naturaleza y a los animales. No había contado con Raffaele Gargiulo, que comenzó una nueva guerra. Pero tampoco él había contado con la tenacidad de ella, que al final salió vencedora. Así fue como me convertí en lobato y participé en el campamento de verano en un lugar perdido de Irpinia. Los peores tres días de mi vida, peores que los mucho más famosos «tres días» que necesitaba el ejército para reclutarte. En efecto, más que un campamento *scout*, parecía una base militar. Nos obligaban a dormir en una habitacioncita helada, sobre una esterilla y metidos en el saco de dormir para luchar contra la humedad del suelo. Nos despertaban a las seis de la mañana, encendían la luz y gritaban que nos diéramos prisa (nunca entendí qué era aquello tan urgente que teníamos que hacer), después nos obligaban a correr alrededor de la parroquia llevando solo puesta una camiseta de tirantes. Para comer teníamos que encender un fuego y calentar nuestra bazofia. Finalmente, por la noche participábamos en las «pruebas», una especie de tortura infligida a un lobato al azar que debía probar lo curtido que estaba, a lo mejor ventilándose un tubo entero de pasta de dientes o quedándose atado a un tronco durante una hora.

Al segundo día llamé lloriqueando a mi padre y le supliqué que me viniera a buscar. «¿Qué campamento de verano —repetía en el camino de vuelta, conmigo todavía secándose las lágrimas en el asiento de atrás—, ni qué campamento de verano? ¡Aquello es un campo de concentración! Las reglas... ¡me río yo de ellos y de esa mierda de reglas! ¡Con diez años se tiene que jugar a la pelota y punto!».

Aquel día terminé mi breve aventura en los *Boy Scouts*. Con el tiempo he comprendido que no todo fue inútil, que las tan vilipendiadas «reglas» son, en parte, justas y razonables; que, con frecuencia, los recuerdos de los niños tergiversan la realidad (creo que las temibles pruebas eran simples juegos de grupo); y que a mí lo del «scoutismo» me sirvió para comprender dos cosas: la primera es que comer pasta de dientes no hacía que te volvieras más fuerte. La segunda es que es inútil curtir a los niños con pruebas, total, ya se encargará de ello la vida. Mejor jugar a la pelota, hasta que se pueda.

[6] Vomero, Chiaia y Arenella: tres de los barrios más ricos de Nápoles. (N. de la T.)

LA INFANTERÍA CONTRA EL MUNDO

El colegio no fue el único factor que me hizo diferente a mis hermanos. También cuenta la edad; ellos crecieron en otra época, se divertieron con otros juegos. Por ejemplo, cuando ellos eran adolescentes ya casi no se usaba el Subbuteo, relegado al recuerdo de un tiempo lejano para padres nostálgicos. O bien los dibujos animados. En los años setenta y ochenta tenías suerte si pillabas dibujos en la tele regional. Valerio y Giovanni no han jugado con el Commodore, los Playmobil o los Lego. Y, sobre todo, no han leído *Topolino*^[7] o Astérix.

Es verdad, también en su época había cosas para leer, pero mamá, en este sentido, nunca los animó. En cambio, conmigo encendía cada noche la lámpara de la mesilla que tenía al lado y me leía cómics del Pato Donald, Abuela Pato y Obélix. A veces no le apetecía leer y me contaba cuentos de los hermanos Grimm; o se inventaba historias fantásticas cuyos protagonistas eran mis juguetes, que por la noche cobraban vida y vivían a la espera de que volviera a utilizarlos al día siguiente.

Una de sus historias más estrambóticas tenía que ver con los soldaditos, la infantería, los indios y vaqueros que descansaban todos juntos en una larguísima repisa. En la imaginación de mi madre, aquellos seres luchaban de noche, los vaqueros contra los indios, y la infantería contra todo el mundo. Se escondían en los pliegues de la alfombra, entre los libros, a los pies de mi cama o en el alféizar, y se tiraban así horas, en una tensa batalla sin vencedores ni vencidos. Después, con las primeras luces del día, se retiraban a la repisa y volvían a ocupar sus posiciones, a la espera de la oscuridad y de otra batalla.

Que yo recuerde, con Valerio y Giovanni todo esto no ocurría. En parte porque con frecuencia era su padre el que hacía que se durmieran; en parte porque mamá, con los años, se tragó su imaginación y se convirtió en la mujer práctica y resoluta que tanto daño ha hecho.

En cambio, a finales de los setenta, Renata Ferrara era todavía una joven soñadora, y su imaginación era un refugio seguro para ambos. Una forma de olvidar la extrañeza de vivir solos. Ella, yo y nadie más.

Fue ahí donde nació mi pasión por los cómics, los dibujos, la literatura, el cine; en las noches en las que mamá me contaba historias y me acariciaba el pelo.

Es desde entonces que me valgo de la imaginación con la esperanza de volver a encontrar a aquella mujer que ya no existe.

[7] Revista infantil de Disney, muy difundida en Italia. (N. de la T.)

LOS QUE SUFREN SON ESTÚPIDOS

Entro en la que en un tiempo fuera mi habitación y me encuentro a Arianna de espaldas mirando por la ventana. Cierro la puerta y me acerco, pero ella no se da la vuelta; así que durante unos segundos permanecemos callados y en el aire reina el mismo silencio de las tardes de verano en las que Ari, así la llamaba entonces, venía a jugar conmigo. Casi siento el olor del Big Babol que mascaba con voracidad para después retarme a hacer pompas cada vez más grandes. Tampoco entonces reía casi nunca, si no era cuando explotaba mi pompa pringándome toda la cara. Yo también me reía, a pesar de tener los labios pegados. Pero a veces ella reía tan fuerte, que la risa se volvía llanto, y entonces se daba la vuelta para esconderme sus lágrimas. Yo me limpiaba la boca y guardaba silencio, justo como ahora, preguntándome qué había pasado, dónde me había equivocado; por qué la niña que habría podido tener todo el amor que quisiera prefería mantener las distancias con el resto.

—Cuando de pequeña me encerraba aquí contigo, tenía la sensación de ser feliz, aunque solo fuera por una tarde —exclama mientras continúa mirando la calle.

Alargo la mano hasta su espalda, esperando a ver si aceptará el contacto. Por suerte, no se aparta, no se da la vuelta. Al contrario, continúa:

—Esta habitación era mi refugio, mi parque de recreo, así la llamaba. Aquí dentro pensaba que todo sería posible, incluso vivir para siempre a tu lado, jugando y dibujando.

—Un mundo perfecto —comento.

—Ya —contesta ella con amargura.

Con diez años ya me encantaba dibujar, así que iba a la biblioteca de Mario y sacaba un *Penauts*[8] al azar. Él tenía una colección inmensa que aún hoy luce en el salón. Volvía a mi habitación e intentaba reproducir aquellos magníficos personajes irreales, de Snoopy a Linus, pasando por Charlie Brown. Mis ojos se perdían en los contornos de las caras que esbozaba con

paciencia y precisión; seguían la línea de un párpado, la curva de una sonrisa, el círculo de una pupila. Y después descendían hacia el suelo, donde mi mano había aprendido a hacer brotar un arbusto con un rápido movimiento de muñeca; o ascendían hacia el cielo, adornado con un montón de suaves nubecitas hinchadas de sonrisas. Al dibujar entraba en aquel mundo maravilloso y me olvidaba por un momento del mío, de mi mundo, que no era tan maravilloso, sino simplemente extraño: para ver a mi padre, el fin de semana tenía que hacer la maleta y trasladarme a su casa, sin mi habitación, mis juegos, mis álbumes, mis lapiceros, mis ceras. Sin mi madre y sin Mario. Sin Arianna. En los cómics no ocurría todo esto. En realidad, en el mundo de los cómics los padres no existían, y a mí, hasta cierto punto, me parecía mejor así.

—No ha quedado nada de la habitación de entonces —comenta Arianna, mirando a su alrededor.

Tiene razón, ya no queda nada que me pertenezca, ni siquiera un dibujo, un póster, un cómic, un libro. Como si mi vida hubiera sido borrada para siempre.

—El bote con los esqueletos de erizo sigue ahí —digo con media sonrisa.

—Sí, al menos él ha resistido al tiempo.

Algunas veces Arianna llegaba a mi habitación y, sin pedirme permiso, se ponía a colorear las viñetas que todavía estaban por acabar. Yo dejaba que lo hiciera, esperando de esta forma robarle una sonrisa; pero ella nunca reía.

—Estaba pensando... —prosigue—, que tú y yo estamos atados por un hilo invisible. —Sonrío y aprieto mi mano contra su hombro. Ella se gira finalmente—. ¿Te acuerdas del día que te enseñé las tetas?

¿Y cómo podría olvidarlo? Estábamos tumbados en la cama leyendo, cuando de pronto Arianna se dio la vuelta con su típico gesto dibujado en la cara y me preguntó si quería verle el pecho.

Tenía once años y bajo la sucia camiseta de tirantes que llevaba puesta lo único que había era una pequeña protuberancia. A pesar de ello, abrí los ojos como platos y asentí, mientras el corazón se me salía del pecho. Arianna se levantó la camiseta cubriéndose la cara, y me preguntó si me gustaba.

—Sí —conseguí decir, pero quizá ella esperara que dijera algo más.

En cualquier caso, se bajó la camiseta y retomó su lectura como si no

hubiera pasado nada. Por la noche no conseguí pegar ojo y estuve dando vueltas en la cama durante horas.

—Pues claro que me acuerdo —respondo.

—Era una niña estúpida —dice después.

—Pero ¿qué dices?, ¡no lo eras en absoluto!

—Todos los que sufren lo son. Estúpidos, quiero decir. Uno no debería pasarse la infancia sufriendo.

—¡No es que podamos decidir si sufrimos o no!

—Pues claro que podemos.

No sé qué contestar, y ella continúa:

—Tú también eres estúpido —dice, y me roza la punta de la nariz con el dedo—, tú también te pasas el día sufriendo.

—¿Y tú qué sabes a qué dedico yo mi tiempo? —pregunto con voz irónica.

—Basta con mirarte. Malgastas demasiado tiempo y energía con el dolor, cuando deberías pensar en vivir.

La miro sin entender del todo sus palabras. Entonces ella esboza una sonrisa y dirige sus tristes ojos a los míos.

—Mira Valerio y Giovanni. Sus vidas transcurren más o menos tranquilas. Por lo menos en apariencia, parecen satisfechos con su recorrido. En cambio, los que son como nosotros nunca están satisfechos.

—No hemos tenido una infancia muy feliz —intento justificarme.

—La infancia no es feliz para nadie —responde seria.

Con Arianna nunca sé qué responder, cuál es la frase justa, el adjetivo adecuado. Siempre te descoloca. Lo hacía también de pequeña. No creo que sea algo muy normal, pero a mí me gusta igualmente.

De pronto, me abraza y dice:

—Además, alguien que tiene tanta belleza interior, no puede no estar contento. Sería un desperdicio.

Pues eso.

Un día, mientras construíamos un castillo de Lego, se detuvo de golpe y dijo:

—Tengo que confesarte un secreto, pero no se lo puedes decir a nadie.

Dije que no con la cabeza y me quedé quieto con un ladrillito de color en la mano. Ella se llevó las manos a la boca y la boca a mi oreja, y luego

susurró:

—He pensado un plan para deshacerme de Barry.

Barry era el americano obsesionado con los rodeos y con su madre.

Sus palabras me provocaron un pequeño escalofrío por detrás de la nuca: sabía que Arianna nunca bromeaba y que siempre hacía lo que decía. Por eso no contesté y esperé a que continuara.

—Puedo acusarlo de haberme tocado a escondidas.

Me di la vuelta y la miré incrédulo, no entendía.

—¿En qué sentido? —pregunté entonces.

—Diré que me ha puesto las manos en el chichi y en el pecho, y que después se ha desabrochado los pantalones y me ha enseñado la cola.

Me quedé con la boca abierta y le pregunté:

—¿En serio te ha enseñado la cola?

—No, pero se la vi una vez que salía de la ducha. Es grande y negra.

—¿Grande y negra?

—Sí.

Entonces volvió a los Lego y nos olvidamos de su plan. Barry nunca fue acusado de pedofilia, pero a los pocos años dejó a la madre de Arianna sin más, y volvió a América.

—¿Qué, volvemos ahí? —pregunto al rato.

—Esta familia es patética. Estas cenas son patéticas.

—Sí, puede ser, pero es nuestra familia —puntualizo.

Ella ríe.

—¿Todavía no lo has entendido?

—¿Qué?

—Si esta hubiera sido mi familia, esta habría sido mi habitación, mi casa. Y aquella loca de ahí, mi madre.

La miro y, como siempre, no sé qué contestar. Me gustaría decirle que a veces exagera, que debería emanciparse de su papel de víctima, que está hablando de no sentir dolor y que, sin embargo, chapotea en el dolor. Pero me quedo callado, sé que sería inútil, que solo conseguiría hacerla huir. Arianna siempre escapa, ahora ya lo he entendido.

—Tú no eres nada mío, y aun así eres lo más parecido al concepto de familia para mí —dice después.

La abrazo y ella no opone resistencia. Entonces intento hacerla reír.
—¡Soy el mejor hermano! —exclamo guiñándole un ojo.
Arianna se aparta y me mira seria antes de contestar:
—No, no me refería en ese sentido.
Después sale de la habitación y me deja solo con mis recuerdos.

[8] Tira cómica creada por Charles M. Schulz, más conocida en España con el nombre de Snoopy. (N. de la T.)

PEQUEÑA REFLEXIÓN SOBRE EL SUFRIMIENTO

Dicen que el sufrimiento vuelve mejores a las personas.

Yo soy una persona sensible gracias al dolor que he ingurgitado.

Es verdad, ojalá supiera qué hacer con toda esta sensibilidad.

Porque será todo lo cierto que quieras que quien ha sufrido es más delicado y profundo, pero son siempre los felices los que te sonríen sin un porqué.

MEDIO HIJOS

Valerio y Flor se llevan dos meses; él es de mayo, ella de julio. Un día, unos meses antes de que naciera Valerio, Arianna me llevó fuera, a la terraza, y con su típico aire sombrío me dijo:

—Ahora todo será diferente. Este niño no será un medio hijo.

—¿Qué quieres decir?

—Tú y yo somos medio hijos, un poco aquí, un poco allá. En cambio, él será completo, no tendrá que estar en un lado y en otro, esta será su única casa.

Con nueve años Arianna ya hablaba como una adulta, y a veces no la entendía. Aquello me asustaba y me fascinaba, volviéndola a mis ojos cada vez más bella.

En cualquier caso, a pesar de no haber tomado bien la noticia del embarazo de mamá, nunca había pensado en el nacimiento de Valerio en estos términos. Así que me encogí de hombros, como diciendo que ciertos discursos eran demasiado complicados para mí y que prefería volver a nuestros juegos.

Pero ella me aferró el brazo y prosiguió:

—¿No lo entiendes? Él llegará y se llevará el amor de nuestros padres, la casa, quizá esta habitación. Tenemos que estudiar un plan para impedirlo. Tenemos que unirnos y ser más fuertes que él.

—Pero ¿qué dices?

Arianna resopló y añadió:

—Erri, eres un niño realmente estúpido. O mejor dicho, ¡medio niño estúpido!

Yo aparté el brazo y respondí con resentimiento:

—¡Y tú una media niña mala!

Unos meses después, cuando nació Flor, Arianna vino corriendo a

preguntarme cómo era.

—Como todos los niños pequeños —respondí.

—¿Es más guapa que yo?

—No —respondí de inmediato. Era verdad, una recién nacida no podía ser más guapa que Arianna, que cada día lo era más.

—¡Tienes que prometerme algo! —exclamó entonces.

—¿Qué?

—Que siempre me querrás más a mí. Que yo seré tu única hermana. ¡Para siempre!

Sonreí, pero ella no reía en absoluto, y al poco una lágrima surcó su mejilla. Entonces me puse serio y mentí:

—No llores. Siempre serás mi única hermana.

Pero el ser pequeñito, que ya desde que estaba en la cuna siempre reía, empezaba a caerme bien. Flor era hija de un padre al que, en el fondo, temía, y con el cual hablaba poco; y de una española que me sonreía con amabilidad y que de vez en cuando jugaba conmigo, pero que sabía que nunca me querría como a un hijo. Sobre todo, Flor no era hija de mi madre. Y aun así, me parecía que la quería.

—Serás mi única hermana —repetí a Arianna para que dejara de llorar.

En el fondo, no había mentido del todo. Arianna no sería mi única hermana; pero nuestra forma de ser especiales, el superpoder que nos distinguía de los demás, nos uniría para toda la vida.

Solo nosotros dos seríamos medio hijos para siempre.

EL SILLÓN DE POLIPIEL DEL DOCTOR IAZEOLLA

Los primeros tiempos después de mi separación con Matilde fueron difíciles de digerir; entre otras cosas porque Orlando, que había sido tan importante en mi primera crisis amorosa, había desaparecido de mi vida hacía tiempo. No pudiendo entregarme a sus cuidados, tomé la decisión de dirigirme a alguien que escuchara cómo me desahogaba contra Matilde.

Antes de sentarme en el cómodo sillón de polipiel del famoso doctor Iazeolla, no podía saber que al final hablaría poquísimo de mi mujer.

El impacto no fue fácil. Sabía que Arianna había estado siguiendo una larga terapia después de lo del aborto (pues sí...), y era a la única a la que podía pedir consejo.

Ella me dirigió a su viejo terapeuta, recomendándome que me preparara para sufrir y cuestionar mis certezas. Sufrir ya sufría, certezas tenía muy pocas; así que le pedí que me diera el número y cogí cita.

Tiene gracia, uno se tira la vida intentando olvidar y dejar atrás el pasado (al menos el que no gusta), y luego, superados los cuarenta, se encuentra con que tiene que hacer el camino a la inversa, recuperar lo irrecuperable.

Me recibió un hombre bajito, ni joven ni viejo, con ojos azules, pelo corto y negro salpicado de blanco, una bonita sonrisa, una perilla poblada, y con una voz suave que en la segunda sesión me interrumpió para preguntarme qué tal llevaba mi día a día.

—No lo llevo —respondí.

—¿No lo lleva?

—No, lo sufro.

Iazeolla se llevó una mano a la cara y se me quedó mirando. Había entendido que se encontraba ante un tipo duro. De hecho, desde niño luché contra una parte de mí que no acepta ayuda, que cree que no se la merece. Pero quizá la verdad sea incluso más sutil: lo que con mi arrogante comportamiento pretendía hacer comprender a mi madre las veces que

intentaba «echarme una mano», y a mi terapeuta, era que nadie mejor que yo conoce el camino que estoy trazando; que aunque esté lleno de hoyos y barro, creo que es el único capaz de hacer que no me pierda.

—Debería retomar algún tipo de vida social —respondió él—, recuperar el gusto por salir, distraerse. Cuanto más nos encerramos, antes nos encuentra el dolor. En cambio, si nos confundimos entre la muchedumbre, cabe la posibilidad de pasar inadvertidos.

Ya, aunque juegues con ella al escondite, la vida termina por encontrarte, y la mayoría de las veces te toca ligártela.

—Aquí podemos hacer mucho —continuó Iazeolla—, pero la terapia debe ir acompañada de un cambio en su vida cotidiana. Si no, será inútil.

Ya habíamos llegado al quid de la cuestión, a aquello que sabía y que hacía como si no supiera: tenía que volver a vivir.

—¿Entiende lo que le quiero decir?

—¿Me está diciendo que debo cambiar mi presente? Creía que para el psicoanálisis todo residía en el pasado, que éramos el resultado de lo que fuimos de pequeños. De cómo eran nuestros padres. El típico discursito que soltáis un poco a todos.

Él pareció no pillar el chiste y respondió tan pancho:

—Creo que usted tiene serios problemas en la esfera emotiva... tiene miedo a dejarse llevar, a vivir plenamente sus emociones, bien sean positivas o negativas. Probablemente haya visto a su madre comportarse así y ha pensado que es normal temer a las emociones. Y ha aprendido tan bien la lección, que ya no necesita repasarla, como se dice en la jerga escolar. La culpa no es suya, aquel niño no podía tenerla. Pero la persona que tengo delante, y que no hace nada para romper el círculo vicioso, sí que es responsable. Y mucho. —Intenté elaborar una respuesta, pero él se me adelantó—: La verdad es que si se pasa la vida intentando no sentir ni miedo ni dolor, terminará por no sentir nada en absoluto.

Nos tiramos semanas hablando de Matilde; de su traición; de Ghezzi; del matrimonio que, sin hijos, se había replegado sobre sí mismo. Después, un día en el que parecía menos dispuesto a escuchar cómo me desahogaba, dijo:

—Si quiere, podemos seguir hablando de su matrimonio durante años, pero sería más útil centrarnos en su problema.

Lo miré perplejo:

—¿Qué problema?

Él sonrió y respondió con su habitual calma:

—El mayor de todos: su madre.

UN GRAN TIMO

Estoy a punto de volver con los demás, cuando la puerta de mi antigua habitación se abre. Es Clara, con Renata dormida en el carrito.

—Perdona —susurra—, ¿puedo dejarla aquí? Nuestra habitación está demasiado cerca del comedor y no querría que tu madre la volviera a despertar.

—Ningún problema, pero te advierto de que con Renata uno nunca está a salvo. No sabes la de veces que me he despertado con sus gritos.

Clara se me queda mirando y contesta:

—Perdona, no debería decirlo, sé que es tu madre, ¡pero algunas veces consigue ser realmente insoportable!

Sonrío espontáneamente y Clara parece sorprendida, así que añado:

—¿Qué pasa, te parece raro que lo encuentre divertido?

—No, es que con Giovanni nunca se puede hablar de vuestra madre: si se me ocurre decir algo, inmediatamente explota y empieza a hablar de la mía. Y entiéndeme, está claro que cada familia tiene sus problemas, solo que... pues eso, Renata a veces es realmente difícil.

—Ya, así es.

Clara me mira y no comprendo qué quiere de mí.

—Me gustaría poder hablar así también con Giovanni, pero él tiene sus certezas, y no se pueden tocar.

—Giovanni no ha conocido al doctor Iazeolla —respondo.

—¿Quién es el doctor Iazeolla?

—Nada, nada. Es solo que la vida me ha llevado a la fuerza a desarrollar cierto sentido crítico.

Se me queda mirando, se ve que querría abrirse, que lucha por no dejarse llevar.

—Esta vez seré yo la que decida el nombre de mi hija —comenta después, una vez se ha armado de valor.

—Haces bien —respondo de sopetón.

Clara sonríe y pienso que, a pesar del embarazo y de la colecci3n de «menos», sigue siendo una chica realmente guapa. Y mientras reflexiono sobre la suerte, que besa siempre a quien no lo necesita, llega el que es centro de mis pensamientos.

—Clara,  qu  haces aquí? —pregunta Giovanni—. Arriba, venga, que nos hemos vuelto a sentar. Papá todavía tiene que revelarnos el motivo de esta reuni3n. —Luego se da cuenta de mi presencia y añade—: Erri,  d3nde est  Arianna?

—Ni idea, por all  debe andar.

—Dile que nos hemos trasladado a los sofás.

Querría preguntar a mi hermano por qué tengo que ser yo quien busque a Arianna, pero ya conozco la respuesta, algo como: «Eres el único que sabe c3mo tratarla» que sirve para ocultar el verdadero sentido de la frase: «Los locos os entend is entre vosotros». Trago y salgo de la habitaci3n. Total, sigo siendo el número uno en pasar del tema; desde mi matrimonio fracasado hasta mi primer dibujo (Woodstock, el pajarito de Snoopy), mi vida está hecha de millones de proyectos dejados a mitad. Por uno más, no se va a notar mucha diferencia.

Porque si mi hermano no hubiera abierto la puerta, habría preguntado a Clara si lo que había dicho Valerio sobre el trabajo de Giovanni era verdad, si ella también sabía que a su marido no le gustaba su trabajo, y si de alguna manera las dos Renatas (madre e hija) tenían algo que ver con la elecci3n de Giovanni: contentarse con llevar a casa un sueldo. Y si, considerada la influencia de la primera Renata en su vida, también su matrimonio no se podría atribuir más a la voluntad de nuestra madre que a la de Giovannino. Es una suerte que en esta ocasi3n la intenci3n haya muerto al nacer: habría sido complicado explicar a Clara que, en general, cuanto más perfectas parecen las vidas, más timo son.

LA BELLEZA DE LOS GESTOS HUMANOS

El día que nació Giovannino estaba de viaje con papá, Rosalinda y Flor. Era a principios de agosto y me encontraba en la soleada Andalucía con mi segunda familia. Rosalinda es de un pueblecito cerca de Málaga, y aquel verano íbamos precisamente allí, a ver a sus padres. Papá, para la ocasión, había alquilado una furgoneta un poco vieja a un amigo y se pasaba todo el día conduciendo, con la sonrisa en los labios. Estaba feliz como pocas veces lo había visto, y hablaba más que de costumbre, incluso conmigo.

Mientras nuestra furgoneta atravesaba la península ibérica, él nos contaba viejas historias de los romanos, que fueron los primeros en dominar Andalucía; y después de la invasión de los vándalos, a los cuales, según algunos historiadores, debe su nombre. De hecho, parece ser que los árabes la llamaron Vandalicia, la tierra de los vándalos.

Y mientras lo escuchaba perderse en la historia, me preguntaba cómo hacía para saber todo aquello.

Al principio no quería ir, no me apetecía alejarme de mi madre y de Mario, dejar mi casa para tirarme el día con un hombre que rara vez me dirigía la palabra. Se lo conté a mamá, que se puso roja como un tomate y empezó a gritar que estaba cansada, que no podía estar a todo, que ya era mayor y que tenía que colaborar, que ella tenía que dar a luz y no podía estar detrás de mí, que en Nápoles hacía calor y que qué iba a hacer todo el verano en casa. A mí me importaba un bledo el calor, me bastaba con tener mis videojuegos. Habría hecho lo que fuera para tirarme un mes entero jugando en mi habitación. En cambio, también en aquella ocasión fue Mario el que se hizo cargo de la situación.

—¿Por qué no quieres ir con tu padre?

Él, al contrario de mamá, siempre empezaba con una pregunta. Efectivamente, en aquellos años necesitaba alguien que me preguntara el porqué de mi comportamiento, y que se preocupase primero por lo que me

pasaba por la cabeza y después, en todo caso, decirme qué hacer.

—Me hartó —fue mi primera respuesta.

—«Me hartó» no es una respuesta —dijo él.

Suspiré y lo volví a intentar.

—No quiero estar sin vosotros.

—Son solo quince días.

—Quince días son muchos.

—¿No te apetece pasar un poco de tiempo con tu padre?

—No.

—¿Y con tu hermana Flor? ¿Ni siquiera con ella?

—Es demasiado pequeña.

Se rascó su poblada barba y cambió de estrategia.

—Espérame aquí —dijo, y desapareció por el salón. Cuando volvió, me confesó—: ¿Sabes?, llevo toda la vida deseando ver esos sitios. España es un país precioso, rico en tradiciones; y Andalucía es una tierra llena de color, de olor... —Yo apenas lo escuchaba, así que me dio una cámara de fotos—. ¿Me harías el favor de hacer algunas fotos por mí? Así, cuando vuelvas, podremos verlas juntos y tendré la sensación de haber estado también yo contigo.

Se me agrandaron los ojos y me quedé mirando la cámara de fotos profesional con objetivo gigantesco que tantas veces me había quedado admirando mientras Mario lo giraba en busca del enfoque.

Después de que naciera Valerio, Mario se había tirado días inmortalizando a su hijo. Con la cámara siempre a mano iba sacando fotos todo el tiempo, tanto es así que en determinado momento mamá dijo: «Mario, deja un poco la cámara y coge a Valerio».

Para ser sincero, Mario también nos solía fotografiar a mí y al resto de la familia, y muchas de nuestras fotos todavía siguen colgadas de las paredes de casa.

—¡Venga, cógela! —me pidió.

Alargué la mano y atrapé el inesperado tesoro. Después, pregunté:

—¿De verdad me la regalas?

—No, regalártela no —se apresuró a precisar—, te la presto. Pero sabes lo importante que es para mí, cuánto cariño le tengo. Te lo pido por favor, cuida de ella como si fuera tuya. ¡Y haz fotos a todo lo que puedas!

Sonreí feliz antes de darme cuenta de que no tenía ni idea de cómo usar

aquel chisme.

—Esta noche damos una clase rápida —dijo.

Todo satisfecho, le planté un beso en su larga barba. Él sonrió, me alborotó el pelo y después añadió:

—Y cuando vuelvas con las fotos, te encontrarás con otro hermanito para recibirte.

Me quedé de piedra y pregunté preocupado:

—¿Y tú cómo harás para hacerle fotos?

—Esperaré a que vuelvas —respondió, tranquilo.

En realidad, tenía otra cámara de fotos, pero eso lo descubrí solo después.

Me tiré todo el viaje por Andalucía con la cámara de Mario colgada al cuello. Sacaba fotos a cada momento, tanto es así que, en determinado momento, papá dijo:

—Erri, ¿por qué no miras el paisaje en lugar de estar siempre con esa cosa en las manos?

—Déjalo tranquilo —intervino Rosalinda—, ya verás como se convierte en un gran fotógrafo.

Y me guiñó un ojo.

Una tarde, el día antes de llegar a nuestro destino, nos paramos en un claro, a la sombra de un gran árbol. Recuerdo que hacía un calor insoportable y que Rosalinda, que llevaba un bikini y unos pantalones cortos, se secaba continuamente el pecho, sobre el que centelleaban gotitas de sudor. Yo intentaba mantener apartada la mirada, pero estaba en pleno desarrollo y el espectáculo no me dejaba indiferente. A papá, en cambio, no parecía que le molestara el bochorno, y se quedaba sentado en una piedra fumando su puro y mirando al horizonte.

En determinado momento, Rosalinda cogió en brazos a su hija y se puso a hacerle pedorretas en el cuello. Flor reía como loca, y cuanto más reía, más continuaba su madre. Hasta papá empezó a divertirse y se acercó. Fue entonces cuando saqué mi primera foto a seres humanos. En aquel páramo desierto, mis ojos se percataron por primera vez de la belleza de una sonrisa, de una mirada, de un abrazo. Pillé rápidamente la cámara y me puse a hacer fotos.

Salió la foto más bonita del viaje: papá con el puro entre los dientes y la

barbilla baja mirando a Rosalinda, que ríe y a su vez mira a Flor, panza abajo y con la cabeza mirando hacia atrás, con gesto de felicidad y terror al mismo tiempo.

Entonces no podía saber que la foto se quedaría durante años en la mesilla de Rosalinda. No podía saber que durante años me sentaría al borde de su cama mirando embobado la imagen y pensando que sí, que lo había hecho realmente bien. No podía saber, mientras hacía la foto, cuánto habría deseado estar también yo en el marco; y que la dulce mirada que Rosalinda dedicaba a su hija existiera, en alguna parte del mundo, también para mí.

UN INSÓLITO ARREPENTIMIENTO

Un vez llegados al destino, casi me olvido de mamá, Mario y Valerio. Casi me olvido del segundo hermanito que llegaría en pocos días. Y el mérito no fue solo de la casa de los padres de Rosalinda, una especie de vieja granja llena de animales que por sí sola habría bastado para hacer inolvidable el viaje. El mérito fue también, y sobre todo, de Inés, la hermana mayor de Rosalinda, que había decidido pasar las vacaciones con sus padres y había llevado consigo a su hija de doce años.

Cuando a nuestra llegada me crucé por primera vez con la cara de Clarinda, los ojos se me salieron de las órbitas y tragué la saliva que se me había quedado en la garganta. Era la niña más guapa que jamás hubiera visto (después de Arianna, obviamente), con un largo pelo castaño, la piel color ébano, los ojos negros un poco almendrados y una forma cantarina de hablar que me conquistó de inmediato.

Aquellos diez días volaron. Clarinda y yo nos pasábamos todo el tiempo jugando, hablando (aunque no siempre nos entendiéramos), dibujando e inspeccionando los alrededores de la granja. En cuanto se dio cuenta de que se me daba bien lo del lápiz, me rogó que le hiciera un retrato. Era la primera vez que alguien me lo pedía y, aunque el resultado no fue de los mejores, ella pareció igualmente contenta.

Me olvidé de la tarea asignada por Mario y dejé que la cámara de fotos cogiera polvo en la mesilla de nuestro dormitorio, hasta que Clarinda me pidió que le enseñara a usarla. En un par de días le saqué una veintena de fotos, y al finalizar las vacaciones estaba perdidamente enamorado. Solo tenía ojos para ella y apenas prestaba atención a los demás; comenzando por mi padre, que se pasaba gran parte del día tumbado en su hamaca leyendo libro tras libro, y por la noche, después de la cena, fumando en compañía de su suegro, un simpático hombre de mediana edad con las mejillas siempre coloradas. Dos días después de nuestra llegada, había llamado Mario. «¡Ha

nacido Giovannino! —había gritado eufórico, obligándome a alejar el auricular de la oreja—. Mamá está bien y te manda un beso grande».

Yo casi no pronuncié palabra, pero, total, él estaba demasiado feliz para darse cuenta. Me despedí de él, pasé el teléfono a papá y volví con Clarinda.

Ya había vivido la experiencia, primero con Valerio y después con Flor. Sabía que los días después del parto los adultos están centrados en el recién llegado. También sabía que la emoción duraría poco, que después iría disminuyendo. Y aun así, a pesar de mi experiencia, también en aquella ocasión me tiré toda la noche dando vueltas en la cama con un buen nudo en el estómago, una mezcla de sentimiento de culpa, porque no me alegraba por mi nuevo hermano, y de desconsuelo porque quizá, hace mucho tiempo, también mi llegada al mundo provocó la misma exaltación en mis padres. Lo que pasa es que no podía saberlo.

La noche antes de que nos fuéramos estaba tristísimo y no quería irme a dormir. Deseaba saborear a fondo las sensaciones que aquel lugar me ofrecía, así que me quedé bajo el porche mirando el campo donde los girasoles descansaban lánguidos a la luz de la luna, escuchando el alboroto de los insectos a mi alrededor, con la esperanza de que antes o después llegase Clarinda.

En diez días no había sido capaz de declararle mi amor, había algo dentro de mí que me lo impedía. Y no por falta de valor: era como si instintivamente me contentara con pasar tiempo con ella, como si supiera que no podía obtener nada más.

Mi condición de niño con dos familias, dos casas, dos padres, una madre y media y no sé cuántos hermanos me había despojado de mi papel de hijo, de las sensaciones que los niños sienten en la barriga sin siquiera saberlo; una mezcla de valor y fuerza que nacen cuando uno se siente importante, el centro de atención de sus familiares. Yo, simplemente, no tenía esa fuerza.

No llegó Clarinda, sino Rosalinda. Se encendió un cigarro, sonrió y se sentó a mi lado. Entonces, con su aún mal italiano, me preguntó:

—¿Estás triste *que* nos vamos? —Asentí—. Yo también.

Me la quedé mirando, y ella prosiguió:

—Es que aquí se está bien, aquí me he criado, aquí están mis raíces. ¿Me entiendes?

Volvía a decir que sí con la cabeza, aunque el concepto de raíces me fuera extraño.

—¿Te lo has pasado bien? —dijo, envuelta por el humo del cigarro.

—Mucho.

—No lo dudaba. —Nos quedamos un rato más en silencio, y finalmente dijo—: Y ahora cuando vuelvas, te encontrarás con un nuevo hermanito. Qué bien, ¿no?

—Sí —mentí.

Rosalinda terminó de fumar y se estiró la falda, por la que asomaban dos piernas bronceadas y musculosas.

—¿Sabes?, quizá mi hermana nos venga a ver a Nápoles en Navidad. — Me giré de golpe, con la boca abierta—. Claro está, con su marido y Clarinda.

—¿En serio?

—Se están organizando. Esperemos.

—Esperemos —repetí.

Después de un segundo de pausa, añadió:

—Algunas personas se pasan la vida entera a tu lado y ni siquiera te das cuenta, otras te rozan apenas un instante y se te quedan grabadas para siempre. —Luego se dio la vuelta para sonreírme—. Es así, ¿verdad?

No sabía qué responder, así que me plantó un beso en la mejilla y concluyó:

—¿Vamos a dormir?

—Vale.

La sola esperanza de volver a ver a Clarinda me tranquilizó. Seguí a Rosalinda y me metí en la cama, donde me perdí tras un nuevo e insólito arrepentimiento. Durante años me había amargado la idea de que Mario no fuera mi padre y de que la familia Ferrara no fuese totalmente mía; ahora, en cambio, me encontraba pensando que si Rosalinda hubiera sido mi verdadera madre, me habría podido ir mejor y que, entre otras cosas, no habría tenido que esperar a ser mayor de edad para pedir el cambio de apellido de Gargiulo a Ferrara (uno de tantos proyectos abandonados por el camino).

Vamos, que hiciera lo que hiciera, siempre había una condición inalcanzable entre la paz y yo.

A la mañana siguiente, mientras papá cargaba la furgoneta, me armé un poco de valor y me colé en la habitación de Clarinda. Parecía que me

estuviera esperando, ya que no pareció muy sorprendida. A pesar de que el corazón se me saliera del pecho, intenté caminar derecho y no apartar la mirada mientras cubría los pocos pasos que me separaban de ella. Cuando la tuve enfrente, conté hasta tres, cerré los ojos y me lance a sus labios, en un momento de exultante locura. Pero nuestras bocas se tocaron por pocos segundos, porque cuando me atreví a meter una pizquita la lengua, Clarinda se apartó acalorada y me miró muy sorprendida. Después susurró un «perdona» y se escapó.

Me quedé mirando la pared de enfrente hasta que oí la voz de Rosalinda que me estaba buscando. Me tiré todo el viaje de vuelta acurrucado en el fondo de la furgoneta, intentando esconder a los demás y a mí mismo la decepción que llevaba pintada en la cara.

La vida me ha enseñado después algunas cosas: que no siempre un beso tiene que ser con lengua; que las disculpas no siempre borran las heridas; y que el amor, sea o no correspondido, sirve para recordarte que estás vivo, en medio de una marea de muertos.

Obviamente, Clarinda y su familia no vinieron a Nápoles ni esa Navidad ni las siguientes. Tuve que esperar más de veinte años para volver a verla.

Y hubiera sido mejor que no hubiera ocurrido.

COMO LAS OCAS DE LOS ARISTOGATOS

Entro en el salón y Arianna ya está sentada en el sillón delante del sofá. Efectivamente, ya están todos acomodados y parlotean entre ellos como si nada hubiera pasado. Mario hojea un periódico y mamá, con expresión de falsa culpabilidad, le acaba de preguntar a Clara por Renata. Valerio se está liando un cigarro y Tomoko juega con el móvil, indiferente a la maraña de incompreensión, frustración, palabras no dichas y emociones dormidas que embrollan nuestras relaciones.

Entonces Mario decide que ha llegado el momento de hablar.

—Basta de cháchara, si no me lo vuelvo a pensar —dice, cerrando el periódico—. El primero que se atreva a interrumpirme, lo echo de casa.

Por el rabillo del ojo me doy cuenta de que Valerio y Tomoko han levantado la mirada en dirección al cabeza de familia, y comprendo que están hechos el uno para el otro. O mejor dicho, somos tres los que estamos hechos uno para el otro. Yo también he pensado intervenir, así me echan de una vez por todas. Tengo que acordarme de preguntar a Valerio si estaría dispuesto a un trío conmigo y Tomoko.

—Pues eso, que después de darle muchas vueltas, de infinitas discusiones con vuestra madre y con el gestor, he llegado a la conclusión de que lo mejor es una donación.

Nos miramos, ninguno parece comprender lo que está sucediendo.

Por suerte, Mario acaba de empezar.

—Sí, mi idea es esta. En lugar de dejar testamento, os doy hoy lo que os debo y así evitamos problemas el día de mañana, cuando ya no esté. No quiero que haya peleas, descontentos y malentendidos. Deseo que cada uno de vosotros afronte la cuestión con madurez, de manera que me dejéis vivir en paz lo que me quede de vida.

En este momento, me siento en la obligación de intervenir:

—¿Ha pasado algo de lo que no estemos al tanto? ¿Estás enfermo?

—No, Erri, es solo que siento la necesidad de arreglar las cosas — responde sin mirarme. Se hace el silencio en la habitación. Nuestra madre carraspea mientras se acomoda en su parte del sillón—. Por otro lado, desde el punto de vista fiscal conviene la donación. Pero, antes de que conste por escrito, he preferido hablarlo con vosotros, no para pedir permiso, sino para daros la posibilidad de plantearme dudas y preocupaciones.

Se nos queda mirando durante un rato y sonrío. Después, añade:

—Ah, se me olvidaba. Vuestra madre y yo mantendremos el usufructo de cada propiedad. Esto significa que el beneficiario podrá disfrutar de ella solo a nuestra muerte. En realidad, para vosotros no cambia nada, solo se trata de abordar el tema conmigo delante, en lugar de conmigo en una fosa.

Giovannino es el primero en hablar. Retira el brazo de los hombros de su mujer, se lleva los codos a las rodillas y dice:

—Bueno, ¿no veo por qué deberíamos plantear dudas o preocupaciones sobre algo que has elegido tú!

—Espera al menos a conocer el reparto —interviene malhumorada Arianna, con los brazos cruzados.

Tiene las piernas igualmente cruzadas, y la que está encima se bambolea peligrosamente hacia delante y hacia atrás, rozando la mesita de cristal que hay a los pies del sofá.

—Arianna, ten cuidado —dice mi madre, que lleva varios minutos concentrada en la trayectoria de la bota militar.

Bueno, Erri, ¿me piensas llamar?

Un mensaje de Flor. Tecleo:

Después.

Tengo un problema.

—Tengo cuidado, no te preocupes —contesta sin demasiada amabilidad Arianna.

¿Qué problema?

Uno grave, hermanote.

Me levanto del huequito que me había hecho, acurrucado en la alfombra con la espalda apoyada en el borde del sofá, y me alejo. Si no conociera a Flor, me preocuparía. Pero sigo tranquilo, aunque sus mensajes me causen curiosidad.

Mientras tanto, Mario ha sacado una hoja escrita a bolígrafo y declara:

—Aquí hay un pequeño esquema de nuestras propiedades, de su valor hipotético y de cómo habríamos pensado repartirlas.

Giovannino alarga el cuello para echar un vistazo, pero Mario es más rápido y se acerca la hoja, así que nuestra madre añade:

—Queremos que antes de leerlo nos prometáis que las cuestiones económicas nunca serán motivo de diferencias entre vosotros.

«En realidad, tu juegucito, mamá, parece estar buscando precisamente eso». Lo pienso, pero no lo digo, y anuncio que tengo que ir al baño.

—¿Justo ahora? —dice ella.

—Tardo un segundo. —Me dirijo hacia el baño, después vuelvo atrás y, mirando a mis hermanos, declaro—: Eh, os lo advierto, ¡la colección de *Peanuts* es mía!

Entonces salgo de la habitación. Las palabras de Valerio me llegan apagadas, mientras recorro el pasillo.

—¡Entonces yo quiero la casa de la playa!

—Por fin te has decidido a llamarme —comienza Flor.

—Venga, ¿qué es eso tan urgente que ha pasado? —pregunto.

—¿Has hablado con papá?

—Te he dicho que sí, pero ya nos vemos con calma y te cuento.

—¿Eres gilipollas o qué? Venga, dime qué te ha dicho.

—¿Pero qué tiene de importante?

—Nada, solo que si no, no me habrías llamado.

—Flor, escucha, estoy en medio de una discusión con mi familia al completo, tengo que llamarte más tarde. Pero por «más tarde», me refiero a tarde tarde.

—¿Ah, sí? Entonces ahora mismo abro una botella de vodka y me emborracho, así mato a la niña.

—Flor, no hagas el gilipollas, que se te da de maravilla.

—No hagas tú el gilipollas. Siempre la mierda de familia Ferrara entre nosotros. Ellos siempre antes que los Gargiulo, siempre antes que yo.

Entonces cuelga y me quedo mirando el teléfono. En la pantalla sigue la imagen de mi hermana abrazando a Ernesto, el chucho de casa Gargiulo que durante tres meses vivió conmigo y con Matilde, hace un siglo. Intento volver a llamar, pero Flor ha apagado el móvil. Joder, no está tan loca como para atentar contra la vida que lleva en la barriga para fastidiarme, pero tampoco puedo descartarlo *a priori*.

—Erri, Erri.

La voz de mi madre fuera del baño me obliga a salir.

—¿Qué pasa?

—Muévete, es un momento delicado, tenemos que mostraros el reparto.

—Un segundo, joder... —susurro a sus espaldas.

Entonces arrugo la frente y la sigo, mientras meneas el culo por el pasillo y me hace venir a la mente las odiosasocas de *Los Aristogatos*.

DEMASIADO DELANTE

Antes de volver a la discusión en casa Ferrara, quiero hablar de Ernesto, el perro de Flor. Y no por un arrebatado animalista, sino porque Ernesto me permite hablar de Matilde o, mejor dicho, de Matilde y de mí en nuestros comienzos, cuando las cosas parecían ir a las mil maravillas.

Hacía poco que habíamos alquilado un apartamento de dos habitaciones en el corazón del Vomero y nos divertíamos decorándolo: nos pasábamos días enteros eligiendo unas cortinas, la funda del sofá, el espejo del baño o la estantería del salón. Por aquel entonces, entre otras cosas, el señor Ikea todavía no había asegurado el futuro a su familia por varias generaciones, y el punto de venta más cercano se encontraba en Roma. Por eso, cada quince días Matilde y yo nos tirábamos doscientos kilómetros hablando de lo que teníamos que comprar, calculando la cifra que íbamos a gastar y discutiendo sobre el color del reposapiés del salón (que, por otro lado, era la única habitación, aparte del dormitorio), ella con el catálogo sobre los muslos, yo con el volante en mano. Una vez allí, nos pasábamos el día vagando entre mesas y alfombras, Matilde con la mirada perdida entre los muebles; yo, en cambio, estudiando las personas que merodeaban a nuestro alrededor. En determinados sitios, lo más interesante son siempre las parejas, de cualquier edad y género. Se dividen entre *parejas novatas*, que están decidiendo si pasar por el altar o irse a vivir juntos, así que los ves dar vueltas entre los sofás con aspecto feliz, intercambiar opiniones, charlar amigablemente sobre el tipo de alfombrilla del baño, llamarse a gritos cuando el otro se ha adelantado demasiado y se le ha escapado una prueba fundamental. Y *parejas veteranas*, que te das cuenta de que si no estuvieran en Ikea, se habrían quedado delante de la televisión sin intercambiar una palabra. Normalmente, en este tipo de pareja el hombre camina un par de pasos por detrás de la mujer, para poder mirar sin ser molestado la marea de culos que se le presentan delante. Su pareja, por otro lado, sabe perfectamente lo que pasa a

sus espaldas, pero prefiere hacer como si nada para no entrar en una nueva discusión sin salida. Pero es única tendiendo trampas para, por lo menos, hacer sentir culpable a su pareja. Es por eso que, de vez en cuando, le hace alguna pregunta sobre una tela en particular o sobre una lámpara para el dormitorio, pretendiendo que él sitúe inmediatamente aquello de lo que se habla. Pero el pobrecillo no tiene ni idea de lámparas ni de telas, como mucho podría debatir sobre los *leggings* de la señora que tiene delante. Después están los que son como nosotros, como Matilde y yo, que estamos en el medio, ni demasiado felices ni quemados por la vida y el matrimonio. Aquellos que cada día intentan poner un poco de sí mismos en la relación y lo hacen de la mano. Porque es así como las cosas se van al traste sin darte cuenta, cuando uno de los dos empieza a caminar dos pasos por detrás de su pareja.

En cualquier caso, era un período lleno de novedades y, sobre todo, de expectativas. Esperábamos que la casa estuviera cada día más bonita, que creciera junto a nuestro amor, que un día nuestro trabajo fuera solo nuestro (mi suegro mediante), y que el día de mañana la vida nos diera un hijo que consolidara y completara el sentido de todo aquello que estábamos construyendo.

Éramos felices, y quien lo es siempre se siente un poco culpable con los demás, como si estuviera robando algo del plato común, como si la paz alcanzada le hubiera sido sustraída a alguien que la necesita más. Además, si proclamas al mundo que eres feliz, puedes estar seguro de que el mundo, en cuestión de dos minutos, te vomitará encima todas sus desventuras. Por eso, teníamos que expiar en parte nuestros errores: haríamos voluntariado o una donación.

Pero en lugar de ello, fue Flor la que nos ayudó a saldar nuestras cuentas con la vida.

Se presentó una noche que estábamos en el sofá medio desnudos, después de haber hecho el amor como por aquel entonces sabíamos hacer, sin frenos inhibitorios debidos a la búsqueda de la posición que favorecería la marcha de nuestros soldaditos. Estábamos viendo no sé qué película y picando patatas fritas, cuando llamaron al telefonillo. Corrí a abrir y ella ya estaba en la puerta, sonriendo. Y no estaba sola.

—Ernesto, este es el tío Erri. ¡Saluda!

Flor había encontrado a Ernesto en una carretera provincial cerca de Villa Literno, y no había podido por menos que cogerlo. Y quién no...

En el momento no me pregunté qué estaría haciendo mi hermana en Villa Literno, pero unas semanas después me enteré de que no se había encontrado el cachorro por casualidad, sino que lo había buscado. De hecho, desde hacía un tiempo formaba parte de una asociación de voluntarios que se dedicaba a rescatar perros abandonados. Una acción muy noble que, sin embargo, chocaba con el hecho de que la asociación (en realidad, un simple grupo de amigos un poco vivalavirgen) no tenía ni contactos con organismos ni un lugar donde meter a los perros que rescataban. Para eso estaban los familiares de los socios.

Aquella noche, también esto lo descubrí poco después, al pobre Ernesto ya lo habían echado, por este orden: de casa del padre de Matteo; del apartamento de la hermana de Alice; y, por último, de casa de papá en persona, que después de haber aceptado el mes anterior la llegada de Giacomo, un precioso cruce entre un setter y un labrador, había puesto punto final a la discusión diciendo: «Si entra él, me voy yo».

Por eso, a Flor y al pobre Ernesto solo le quedábamos Matilde y yo. Mi hermana y el perro invadieron nuestra casa con todo su esplendor, Ernesto saltando en el falso parqué de Ikea y metiendo el morro por todas partes, Flor toqueteando todo lo que pillaba y catalogándolo como «mono».

Entre Matilde y Flor nunca hubo sintonía. Demasiado rígida la primera y muy alocada la segunda para llevarse bien. Pero se respetaban y, quizá en cierta forma, se envidiaban. A Matilde le habría gustado tener un poco de la locura de mi hermana, y a Flor un poco de su determinación.

En cualquier caso, ya estaba listo para decirle que la casa era demasiado pequeña, que nunca estábamos y que Ernesto no podía quedarse con nosotros, cuando este cruzó su mirada con Matilde. Fulminada.

—Nos lo quedamos un tiempo —exclamó mi futura mujer, arrancándome una expresión de estupefacción—, hasta que le encuentres un lugar definitivo.

—¡Yuhuuu! —gritó Flor y corrió a abrazarla, obteniendo una respuesta mucho menos cariñosa.

Es que con la historia de los perros, Flor siempre llevaba encima latas de comida y un olor no precisamente agradable en la ropa. Además, tenía ya no sé cuántos tatuajes, rastas y un montón de pendientes. Cuando íbamos con ella por la calle, la gente se apartaba. A mí me hacía gracia, ella ya por aquel entonces ni le prestaba atención.

Siempre me ha gustado Flor, tanto en su fase rastafari como en la *punk*; pasando por el período más delicado de «hija de las flores», y llegando al actual, un poco pícaro y muy libertino. Cada una de sus formas de ser expresa su vitalidad y su absoluta ausencia de filtros internos. Es verdad, no es un tatuaje o un pendiente el que emancipa a una persona; pero Flor la libertad la lleva dentro, le corre por las venas. Es una de esas personas que no necesitan conquistar un lugar en el mundo, luchar por su propio espacio o por sus propias elecciones. En realidad, a ella no le interesa elegir, es libre precisamente porque no tiene vínculos con nadie. Su libertad consiste en eludir las decisiones.

A mí me da mil vueltas.

ANESTESIAS

Ernesto se quedó con nosotros. A los dos días ya lo queríamos, y a la semana no podíamos vivir sin él. Por la noche nos daba la bienvenida haciendo ruiditos y meneando la cola interminablemente, iba corriendo a coger su juguete preferido (un pequeño cocodrilo de peluche comprado en Ikea) y quería que se lo quitásemos de la boca. Se tumbaba a nuestro lado en el sofá y se quedaba dormido plácidamente mientras veíamos una película.

Los primeros días se tiraba todo el tiempo tumbado a nuestros pies, lanzándonos miradas melancólicas. Fui yo el que cedió. «¿Y si le limpiáramos las patas? ¿Qué te parece, así podría subir al sofá?».

Matilde me dedicó una de sus muecas divertidas y, tras una pormenorizada valoración de pros y contras, accedió.

Por la noche, después de cenar, era yo el que lo sacaba de paseo. Dábamos una larga vuelta a la manzana, él con la cabeza pegada al suelo olisqueando las distintas gradaciones de amoníaco presentes en las orinas, yo mirando las estrellas o los apartamentos de los vecinos. Mientras Ernesto vaciaba su vejiga, yo me perdía en la contemplación de la infinita variedad de vidas que había a mi alrededor, todas encerradas en aquellas cajas iluminadas que llamamos casas, y me preguntaba, ahora como entonces, si realmente toda la gente que había en su interior habría elegido estar allí en aquel momento, delante del televisor o detrás de una mesa, al lado de la misma persona de siempre. Vamos, si en alguna parte habría alguien que luchara por cambiar su vida y por ser realmente feliz.

Y entonces como ahora me decía que quizá el más infeliz de todos era precisamente el que intentaba rebelarse contra un camino que no sentía suyo. El resto, aquellos que se quedaban cómodamente viendo la tele con un desconocido a su lado, al menos estaban anestesiados.

Que, por otro lado, es la única forma que conocemos para no sentir dolor.

SAMUELE ES RARO

Entonces una noche se volvió a presentar Flor, con la cabeza rapada por detrás y a los lados, y el pelo largo por delante. La miré y me eché a reír. Matilde, en cambio, se quedó con la boca abierta.

—Hola, chicos, ¿qué tal? —preguntó, antes de presentarnos al joven que la acompañaba—. Este es Samuele.

Samuele levantó la mano y masculló un «hola». Era de un delgado que daba miedo, llevaba unos vaqueros negros ajustados, una camiseta negra corta que dejaba al descubierto su barriga peluda, y el pelo grasiento que le caía por los hombros.

Estaba cocinando y, visto que los dos seguían de pie mirándonos, me vi en la obligación de preguntar si querían unirse a nosotros.

—Encantados —respondió Flor—, ¿qué comemos?

—Espaguetis con tomate.

—Fenomenal —respondió entusiasmada, luego se lanzó en el sofá y se dedicó a rascar un buen rato a Ernesto.

Matilde añadió otros dos sitios en la mesa y yo serví los platos. Durante la cena Samuele no dijo ni pío, mientras que Flor no estuvo callada ni un momento. Con la mano derecha enrollaba los espaguetis, con la izquierda acariciaba a Ernesto. Tardó media hora en vaciar el plato, y nosotros lo único que podíamos hacer era esperar a que dejara de hablar o de comer.

Solo después de la cena nos dijo por qué había venido.

—He discutido con papá.

—¿Por qué?

—Bueno, presume tanto de ser un tipo alternativo, y luego va y se cabrea cuando anuncio que me voy de casa.

—¿Te vas?

—Sí.

—¿Y dónde?

—Samuele y yo —y apoyó la mano en el muslo de su compañero mudo— hemos encontrado un apartamento con un bonito jardín en Licola. Así podemos acoger a todos los perros que queramos. Hemos venido a llevarnos a Ernesto.

Al oír aquellas palabras me quedé de piedra, mientras que Matilde soltó un instintivo «no».

—¿En qué sentido «no»? —preguntó inmediatamente Flor.

—Eso, ¿en qué sentido? —repetí.

Matilde se dejó caer sobre el respaldo de la silla y respondió:

—No, me he encariñado con él.

—Podrás venir a verlo cuando quieras —contestó rápidamente mi hermana.

—Podremos ir a verlo cuando queramos —contesté yo, intentando hacer menos amargo el momento.

—Al menos podías habernos avisado antes —masculló Matilde.

—Es que lo hemos decidido hace poco. El lunes conocí a Samuele, ayer me comentó lo de la casa en Licola y hoy hemos decidido venir a recoger a Ernesto.

—¿Os conocéis desde hace tres días? —pregunté alucinado.

—Desde el lunes —respondió ella tan tranquila.

—Pues eso, tres días, a no ser que estés hablando de un lunes de hace unos meses o un año.

—Vale, sí, tres días. ¿Y? Erri, no te pongas pesado como papá.

Me llevé las manos a la cara y me topé con la mirada abatida de Matilde. Suspirando, intenté recobrar la lucidez.

—¿Sabe papá que os conocéis desde hace tres días?

—Sí, ya te he dicho que no se lo ha tomado bien...

—Y no lo culpo para nada —intervino Matilde, que hasta ese momento se había adaptado al mutismo de nuestro invitado.

—Está bien, chicos, os quiero mucho, os agradezco que os ocuparais de Ernesto, pero no hay necesidad de que también vosotros metáis las narices en mi vida.

Samuele seguía sin hablar, así que me dirigí a él.

—¿Y tú qué dices?

—¿Qué puedo decir?

—¿Cómo viviréis?

Flor se levantó, cogió del brazo a su pareja y exclamó:

—Vale, es hora de irnos. Gracias de nuevo. Si queréis venir a ver al perro, llamadme, así os explico el camino. No es difícil llegar.

Dicho esto, puso el collar a Ernesto y se dirigió a la puerta junto a Samuele, que para despedirse de nosotros se limitó a levantar la mano. Ernesto se detuvo en la puerta y se giró un instante, casi como si quisiera preguntarnos si estaba bien que siguiera a aquella extraña chica vestida de negro que hablaba todo el tiempo. Un segundo después ella tiró de la correa y el perro desapareció de nuestra vista.

Matilde seguía sentada a la mesa, yo apoyado en la encimera de la cocina. Empecé a llenar el lavavajillas, y ella rompió el silencio.

—¡Tu hermana está totalmente loca!

—Ya.

—El problema es que con su locura hace daño a los demás. A nosotros, a vuestro padre y a Ernesto, en este caso.

Agaché la cabeza. No sabía qué hacer.

—Además, ¿quién es ese tipo? ¿Quién lo conoce? Me parece raro, no ha abierto la boca. ¿Y si le hace daño?

—¿Tú crees?

—Creo que deberías llamar a tu padre.

—Flor es mayor de edad, puede hacer lo que quiera.

—Flor está como una cabra, deberías tenerlo en cuenta.

Después se levantó y se refugió en el dormitorio.

Me tocaba elegir, una vez más. Habría podido llamar a nuestro padre o imponerme y obligar a mi hermana a volver a casa y no hacer estupideces. Lo pensaría por la noche.

Cuando me metí en la cama, Matilde me daba la espalda. Un segundo antes de apagar la lámpara, declaró:

—Sea como sea, mañana voy a recoger a Ernesto. Contigo o sin ti.

Por suerte, al día siguiente fue Flor la que nos llamó. Eran las seis y cuarto de la mañana.

—¿Erri?

—¿Qué ocurre? —pregunté con el corazón en un puño.

—Nada —contestó Flor como si tal cosa. Hizo una pausa y dijo—: Oye...

¿qué te parece... si nos vienes a buscar?

—¿A quién?

—A Ernesto y a mí.

—¿Dónde estáis?

—En Licola.

—¿Qué ha pasado?

—Nada grave, luego te explico. Entonces, qué, ¿vienes?

Diez minutos después, Matilde y yo ya estábamos en el coche. Nos encontramos con Flor, que nos esperaba fuera de la casa, tras un oscuro paso subterráneo al final de una carretera llena de basura, drogadictos metidos en coches al borde del arcén y animales muertos.

Sonreía y sujetaba con dificultad a Ernesto, que ladraba.

—Joder, Flor, ¿dónde coño te has metido? —pregunté ya en el coche.

—Qué feo, ¿eh?

El perro no hacía más que lamer todo el tiempo las manos de Matilde y mis orejas.

—¿Qué ha pasado? —volví a preguntar.

Ella pareció titubear, pero finalmente habló.

—Nada, es que Samuele es un tipo raro.

—¡Anda ya! —intervino Matilde—. ¡No nos habíamos dado cuenta!

—Ayer por la noche nos ventilamos un par de porros y unas cervezas, y nos pusimos a follar —dijo después. Me habría gustado taparme los oídos para no escuchar los detalles, pero no había nada que hacer, estaba atrapado en aquel habitáculo—. Pero él estaba demasiado borracho. Al final cerró los ojos y me dejó toda la noche sola en aquella casa sucia que apestaba a humedad. Con las primeras luces del día he intentado despertarlo, pero nada, no recuperaba la consciencia. Entonces te he llamado.

—¿No se habrá muerto? —preguntó Matilde alarmada.

—Qué va...

—Flor, estás loca.

—¿Tú crees? —preguntó, y se echó a reír.

La acompañamos a casa y Rosalinda vino a nuestro encuentro llorando por las escaleras. En ese momento Raffaele Gargiulo se vio obligado a tragarse sus palabras y darse por vencido con aquella hija tan extraña que, a diferencia de mí, había aprendido a dar patadas con tal de recordarle que existía.

El bueno de Ernesto se tiró el resto de su vida al lado de Giacomo (el otro perro de casa Gargiulo), de mi padre y de Rosalinda. Flor, en cambio, se fue realmente de casa un año después.

El día que murió Ernesto, papá lloró. Al menos eso es lo que se cuenta en la familia. A pesar de haberse pasado buena parte de su vida en la calle, se había acostumbrado rápidamente a las normas de la casa y no se había hecho ni una sola vez pis en el suelo. Quizá también en el mundo de los perros el sufrimiento moldea almas más dignas.

NO HABRÁS PENSADO VOTAR A BERLUSCONI, ¿VERDAD?

Una vez en el salón, me hundo en el sofá y mamá se queda de pie dirigiendo la discusión. Con un cuidado y pedante uso de la mímica facial, pasa la palabra a uno y a otro como, por otro lado, lleva haciendo desde hace más de diez años, desde que su fracasada carrera política se convirtió en carrera periodística de éxito.

Eso, con ella me había quedado en la noche de 1994, cuando había decidido entrar en el terreno de juego junto al Cavaliere.

Los días siguientes fueron para mí bastante traumáticos. Mi padre, no sé cómo, se enteró de la noticia y no se lo tomó demasiado bien. Una noche me invitó a cenar para hablar de ello.

—Erri, ¿qué se le ha metido en la cabeza a tu madre?

—¿En qué sentido?

Me miró impaciente.

—En el sentido de que, al parecer, quiere presentarse candidata por Forza Italia.

—Ah, sí —respondí, y volví a mi tortilla de patata.

La tortilla de Rosalinda era lo mejor que se podía comer en casa Gargiulo. En realidad, la maestra de la tortilla de patata no era ella, sino su madre, que durante nuestra visita de años atrás a Andalucía me había agasajado durante días con tortillas de todo tipo.

En Italia había rogado a su hija que hiciera como su madre; así que las tortillas de patata de Rosalinda tenían el doble mérito de alegrar mi paladar, y transportarme con la mente a España y a Clarinda, mi amor de un solo verano que, sin embargo, seguía ocupando todas mis estaciones.

—No tiene ninguna gracia, Erri, ¡lo que tu madre está haciendo es inmoral!

—Raffaele, para —intervino Rosalinda—, y deja comer en paz a tu hijo.

—¿Por qué, no le interesa que su madre avergüence a toda la familia?

—Y eso sin exagerar.

—Sí, sin exagerar. Erri, escucha, tienes que hablar con ella, tienes que convencerla de que está cometiendo un gran error, que ese hombre es un sinvergüenza que llevará el país a la ruina.

—¿Qué hombre? —pregunté yo.

Él se puso rojo y contestó:

—Dios santo, ¿pero cuántos años tienes? ¿Veinte? ¿Cómo es posible que a tu edad pienses solo en chicas y cómics? ¿No te interesa la política?

Debería haber respondido con sinceridad y confesarle que la política no me atraía tanto como las otras dos opciones. Pero todavía faltaba bastante para que me atreviera a alzar la voz a mi padre; aunque, por otro lado, también a mí me parecía estúpida la elección de mi madre. Por todo esto, balbuceé:

—No, me interesa, pero ya conoces a mamá, dime tú si va a escuchar a alguien.

Se encendió un puro y se quedó mirando al vacío, a pesar de que Rosalinda le hubiera pedido mil veces que no fumara en presencia de Flor. Al final, mientras su mujer quitaba la mesa, volvió al ataque.

—No sé cómo me casé con ella. Tuvo que echarme un hechizo, esa mujer es una bruja. —Cualquiera le habría parado los pies para recordarle que la mujer de la que estaba hablando era mi madre. En cambio, me quedé escuchándolo como si nada—. ¿Y Mario qué dice?

—Ni idea.

Papá me miró con curiosidad, después se acercó y clavó sus pupilas en las mías.

—Dime la verdad, no habrás pensado votar a Berlusconi, ¿verdad?

Por un instante, su pregunta me hizo volver al año anterior, cuando tuvieron lugar las elecciones municipales en Nápoles. Era la primera vez que votaba y papá había dedicado un poco de su tiempo a explicarme su punto de vista sin olvidar indicarme a quién debería preferir yo. Así que el domingo de las elecciones estaba listo para cumplir con mi deber, para poner en práctica el «consejo» de Raffaele Gargiulo. Una pena que cuando abrí el cajón en busca de la tarjeta censal, me encontrara solo un trocito de porro que me había regalado Orlando.

Me tiré toda la mañana poniendo patas arriba la habitación; después me

acordé de que la noche anterior me había metido la tarjeta en los vaqueros (justo para asegurarme de que la llevaba conmigo a las urnas), y que me había ido a jugar al fútbol con mis amigos. Después del partido, todavía sudando y con las camisetas puestas, nos habíamos parado a fumar un canuto; y al final había vuelto a casa en pantalones cortos, con la camiseta con el número ocho y las zapatillas de tacos. En cuanto caí, volví corriendo al campo, pero no quedaba ni rastro de mi ropa.

Después de comer, llegó puntual la llamada de papá.

—Erri, ¿has cumplido con tu deber?

—Sí —mentí sin pensármelo, ganándome su estima.

Habría mentido y mentiría otras cien veces con tal de ganarme su atención. Porque si te tomas la molestia de querer ser querido, comprendes rápidamente que necesitas una nutrida reserva de mentiras para soltar en el momento oportuno.

INTENTO INCONSCIENTE

—Dime la verdad, no habrás pensado votar a Berlusconi, ¿no?

En realidad no había pensado en nada. Por aquel entonces tenía problemas mucho más graves que Berlusconi.

—Anda ya —respondí.

—No, porque si no te desheredo —continuó él, sin hacer caso a su mujer que, desde la cocina, le regañaba por su severidad.

En lo referente a la herencia, estaba y sigo estando tranquilo: cuando muera mi padre, Flor y yo solo tendremos que repartirnos los millones de libros que invaden su casita de alquiler. Pero por aquel entonces, estamos hablando de hace veintidós años, su colección de libros no era muy abundante; como su pelo, que ya había tenido un final muy poco glorioso.

Por eso, mientras él esperaba que me posicionara frente a las decisiones de mi madre, que había pasado de una juventud anárquica y filocomunista cuando estaba con él, a una edad adulta primero con el escudo con la cruz^[9], y después con el Cavaliere sonriente; yo me salí con esta pregunta, en un primer e inconsciente intento de rebelarme a él: «Papá, ¿a qué edad te quedaste sin pelo?».

Por toda respuesta, dio un golpe con la mano en la mesa y fue a refugiarse entre sus libros. En la mesa solo nos habíamos quedado Flor y yo, que por aquel entonces era una niña de once años. Fue a ella a la que le pregunté lo que más que cualquier otra cosa ocupaba mis turbulentas noches por aquel entonces: «Flor, según tú, ¿estoy perdiendo pelo?».

Por suerte, el destino decidió echarme una mano. No sé por qué, pero el Cavaliere no aceptó añadir a Renata Ferrara en sus listas; a pesar de que, en palabras de mamá, «la investigación no haya sacado ninguna conclusión, lo que demuestra que hubo un complot para quitarme de en medio, porque empezaba a dar miedo a las altas esferas».

Nadie en realidad, ni siquiera Mario, se creyó nunca la tesis del complot; pero nadie, ni siquiera Mario, se atrevió a cuestionarla. El hecho es que a partir de aquel momento comenzó la guerra personal de Renata Ferrara contra Silvio Berlusconi, aún en curso.

Cuando el recién nacido partido milanés rechazó amablemente su candidatura, mamá se puso hecha una furia. Se pasó días enteros al teléfono vociferando con uno y otro; y a todos les recordaba su glorioso pasado en las filas del «mayor partido europeo de los últimos cincuenta años», su experiencia de más de diez años, sus contactos, su conocimiento de la problemática del territorio y su red de influyentes amistades que con meticulosa paciencia había construido durante años. No permitiría a un «bufón bronceado» que arruinara su carrera política, no le permitiría que arruinara Italia. Así que aprovechó la invitación a un programa en directo en Canal 21 para empezar a despotricar contra Berlusconi, un «hombre salido de la nada, sin pasado, a no ser su gran amistad con Bettino Craxi[10], al que debe su suerte».

La cuestión es que a los productores y a los telespectadores de la emisora les gustó mucho el ímpetu de Renata Ferrara, la pasión con la que exponía sus razones, y en cuestión de tres semanas, se encontró presentando un programa político de entrevistas en hora punta de la noche. Un programa que duró en antena más de diez años, convirtiéndose pronto en una cita ineludible para los napolitanos.

El motivo de su éxito, para muchos, era que la Ferrara «¡tiene un par!».

En cambio, el doctor Iazeolla la describiría años después como una «madre fálica» y, ante mi carcajada, con mirada severa añadiría: «Yo, en su lugar, no me reiría tanto».

[9] Hace referencia al emblema del partido italiano Democrazia Cristiana, en el que aparecía un escudo con una cruz roja. (N. de la T.)

[10] Político italiano perteneciente al PSI. Durante su gobierno, llevó a cabo una serie de reformas que favorecían los negocios de Silvio Berlusconi, entre ellas el llamado Decreto Berlusconi. A cambio, las cadenas de televisión del político de Forza Italia servían a la imagen del PSI. Al verse involucrado en el proceso judicial Manos Limpias, Craxi huyó a Túnez, donde murió. (N. de la T.)

LOS QUE SON COMO NOSOTROS SE CONTENTAN CON LA DUDA

—Erri, papá ha querido atarnos a la fuerza —comenta Arianna.

—¿En qué sentido?

Me tiende la hoja en la que, con bolígrafo azul, Mario ha proyectado el reparto de las casas. Lo estudio un instante, luego me lo aparto de los ojos y miró a los demás, que esperan en silencio una explicación.

—Como veis, he intentado tomar la decisión que me parece más justa. Y os explico. El estudio y esta casa van en partes iguales a Valerio y Giovanni. El estudio porque Giovannino es el único que podrá seguir con su actividad, la casa porque el día de mañana podrán dividirla y vivir cerca con sus respectivas familias. Erri y Arianna, en cambio, os repartiréis la casa de Gaeta y la de Pescasseroli. Os habéis criado juntos, os lleváis bien y os queréis mucho. Sabréis llegar a un acuerdo.

—Cualquiera diría que tenéis miedo de un enfrentamiento entre Valerio o Giovanni y yo —exclama Arianna.

—No, es que entre tú y Erri existe una relación... más estrecha. Eso no se puede negar —interviene mamá.

—Quizá nos lo podríais haber dicho de otra forma —comenta Giovanni—, no así, en una cena familiar, con Tomoko, a la que apenas conocemos.

—¿Y qué tiene que ver Tomoko? —salta Valerio.

—Nada, no me apetece contar aquí mis razones, en este contexto.

—Hombre, cómo no ibas a tener tú algo que decir. ¿Qué pasa, tienes miedo de que alguien se quede con la mejor tajada?

—Ni te contesto.

—Si queréis, me largo —interviene Tomoko.

—Oh, venga —alzo la voz—, no sé a qué viene todo esto, pero no me voy a quedar aquí discutiendo sobre cómo repartir tus propiedades cuando estés bajo tierra. No quiero ni pensarlo. Es más, agradecería un poco más de vino y

contaros las cosas buenas que de Pascuas a Ramos me ocurren.

Solo entonces comprendo que me se me ha ido de las manos. De hecho, todos se dan la vuelta hacia mí y se me quedan mirando. Es Valerio el que formula la pregunta que cada uno de ellos tiene en la punta de la lengua:

—¿Y qué es eso tan bueno que te ha pasado? No teníamos ni idea.

Será por todo el vino que me he ventilado o porque así rompo el mal ambiente que inunda la habitación, pero me oigo pronunciar una frase que nunca habría creído escuchar de mi yo. Y en cambio, lo que estaba esperando mi yo era un momento así para alejar sus fantasmas y lanzarse al torbellino de la vida.

—Matilde está esperando un niño —susurro, e inmediatamente me pregunto por qué lo he dicho.

De hecho, como he hablado de algo «bueno», a nadie se le pasa por la cabeza preguntarme si el hijo es mío.

Mamá se lleva las manos a la cara, a Mario se le dibuja una gran sonrisa en el rostro, y Clara rompe el silencio.

—Pero ¿cómo es posible? ¿No os habíais dejado hace un año?

—Bueno, ¡está claro que nuestra querida Matilde ha estado jugando con dos barajas! —exclama Valerio, que acto seguido se levanta y me abraza—. Felicidades, hermanote, ¡es una gran noticia! ¡Tenemos que celebrarlo!

—Sí, tienes razón —interviene Mario—, ¡voy a por una botella de *spumante*!

Mamá viene hacia mí con los ojos brillantes y me apoya la mano en la mejilla.

—Soy tan feliz. ¡Pero si es niño ni se te ocurra llamarlo como tu padre!

En poco tiempo todos se levantan y me abrazan.

Giovanni me guiña un ojo y exclama:

—¡Por fin podré divertirme con un niño sin tener que preocuparme por educarlo!

Tomoko me acerca la mejilla y dice «felicidades», pero se ve que se la trae al fresco y que con mucho gusto se largaría de casa.

La última que se acerca es Arianna. Se me queda mirando un instante, después me abraza despacio, como hace siempre, y me susurra al oído:

—¿Estás seguro de que es hijo tuyo?

Yo sonrío y respondo entre dientes:

—No, pero los que son como nosotros se contentan con la duda.

LA MOLESKINE

Otra elección que habría hecho bien en hacer tiene que ver con el trabajo. En efecto, a la mañana siguiente de la revelación de mi mujer, me presenté puntual en la oficina, a pesar de haber dormido poco y mal en el sofá de mi hermano Giovanni, y a pesar de que aquella tarde tuviera que buscar nuevo alojamiento.

Matilde no se dignó a dirigirme la mirada durante todo el día, y el ímpetu con el que crucé la puerta de la oficina se apagó en cuanto me di cuenta de que Ghezzi no llegaría, quizá advertido por su amante. Me había preparado para comportamientos animalescos, miradas feroces y cargadas de odio destinadas a defender mi territorio; en cambio, me encontré tragándome poco a poco mi rabia. Cuando terminaron las ocho horas, solo quedaba la náusea para hacerme compañía.

Por la noche, en casa, no estaba Matilde. Había dejado una nota que decía: *He pensado que necesitarías un poco de tiempo para organizarte. Llámame cuando hayas encontrado alojamiento.*

La hice un gurrño y la tiré al cubo de la basura. Después llené la maleta de pocas y confusas cosas. Y fue al abrir un cajón de la cómoda cuando me encontré con la vieja Moleskine de Matilde, sepultada bajo una pila de jerséis que no le había visto puestos en la vida. La cogí y la abrí en el punto donde había interrumpido su escritura. Pero me bastó con leer unas pocas frases para volver a cerrar sus páginas deprisa y corriendo, con las lágrimas que empezaban a bañarme la cara. Se la había regalado hacía unas Navidades, y a la mañana siguiente me había abrazado mientras yo me afeitaba y me había dicho: «La usaré para escribir nuestros pensamientos, para que el día de mañana nuestro hijo entienda lo mucho que lo estábamos esperando».

Metí también la pequeña agenda en la maleta, cerré la puerta de casa tras de mí y volví a casa de mi madre.

DE LA AGENDA QUE MATILDE DEJÓ A LA MITAD

Estaba pensando en el día en que te enamorarás. En a quién traerás a casa. En el fondo, todos somos extraños antes de conocernos. También Erri y yo lo fuimos. Enamorarse es el mayor acto de confianza que pueda existir entre dos extraños. Piensa esto cada vez que te cueste entrar en una habitación llena de gente desconocida, o en el cine; si te encuentras al lado de alguien que no conoces, piensa que la vida te está dando simplemente una nueva oportunidad de encontrar a alguien especial.

No te diré, como muchos, que mantengas la guardia, que no te expongas demasiado. No, yo te diré que tengas confianza y que aprendas a aceptar a los demás. Cuantos más muros levantes, menos luz entrará en tu vida.

EL PRIMER «NO» A MATILDE

Durante días, Matilde y Ghezzi no vinieron al trabajo. Durante días, me quedé sentado detrás del escritorio sin intercambiar una palabra con nadie, mirando principalmente la pantalla del ordenador hasta que llegaba la hora de volver a la que en un tiempo fuera mi casa, la de mi madre y la de Mario.

Había creído que la cuestión podría permanecer en la privacidad, pero me había equivocado. En ninguna oficina una relación secreta entre dos compañeros permanece como tal.

Durante días me contuve para no poner la mano encima a Gambino, un compañero joven y rampante de treinta y cinco años, con el pelo siempre engominado, traje de raya diplomática y mocasines de punta a lo Aladino. Gambino y yo nunca nos habíamos soportado, en parte porque siempre lo había mantenido a su debida distancia (a veces, en realidad, incluso con infundada descortesía), en parte porque él siempre me había visto como el ahijado del jefe. Por eso, aquellos días iba por los pasillos de la oficina con una sonrisita plantada en la cara, y cuando se cruzaba conmigo, me saludaba con gran énfasis, riéndose por lo bajini de mi desgracia.

Una tarde, aprovechando que solo había dos trabajadores en toda la planta, me colé en el despacho de Matilde y me senté detrás de su escritorio. Entonces empecé a abrir cajones en busca de a saber qué. A los diez minutos ya había terminado mi mísera investigación. Me quedé mirando la pantalla del ordenador, pensando en las innumerables excusas que podría soltar en caso de que alguien abriera la puerta. Por otro lado, era el despacho de mi exmujer, no había nada malo en lo que estaba haciendo. Al menos a ojos de los demás.

Mientras tanto, el ordenador se había encendido e inspeccioné el escritorio en busca de algún archivo con nombre sospechoso. Después abrí su correo y leí como unos cien mensajes de los últimos meses. No había ni rastro de Ghezzi. Estaba a punto de apagar, desconsolado, cuando caí en comprobar el

programa que comunica vía chat los distintos ordenadores de la empresa. Y ahí encontré lo que buscaba, decenas y decenas de conversaciones entre Matilde y Ghezzi. Me bastó con el primer mensaje para cerrar de prisa y corriendo el programa y el ordenador. Lo había mandado él dos días antes de la confesión de Matilde.

Ya no puedo vivir sin ti.

Corrí hacia el baño y me lavé la cara con agua fría. Luego me quedé mirándome al espejo y me perdí en mis ojos cansados, en mi boca avinagrada, en los pelos blancos de mi barba y en las arruguitas de mi frente. Es el dolor sordo, el que no monta escándalo y no llega de improviso, sino que te acompaña silencioso, cada día y cada noche, y se infiltra poco a poco, hasta que te perfora la piel, igual que el agua erosiona el yeso.

Cuando llegué a mi despacho, estaba esperándome mi suegro. Tenía expresión de arrepentimiento, visiblemente avergonzado. Comprendí de inmediato que estaba allí para hablar conmigo. Después de la confesión de Matilde, tendría que haber ido corriendo a la empresa, coger mis cosas y despedirme de todos. En lugar de eso, permanecí en mi puesto durante casi una semana, esperando por enésima vez que alguien me dijera lo que tenía que hacer.

Tras un largo rodeo, Crispino del Gaudio me invitó a tomarme una pausa para ver cómo iban las cosas, si había alguna posibilidad de que se arreglaran. Dijo que se sentía mal, pero que como no podía obligar a su hija a que no se presentara al trabajo, se veía en la obligación de pedirme que me alejara durante un tiempo. Lo escuché sin decir palabra, como siempre; y, como siempre, no hice ninguna pregunta o petición de ningún tipo. Fue él, segundos antes de cerrar la puerta, quien precisó: «Erri, no sé qué ha podido pasar entre vosotros, pero te digo lo mismo que le he dicho a ella: antes de tirarlo todo por la borda, pensadlo bien. Un momento de crisis podemos tenerlo todos».

No contesté, me faltaron fuerzas para contarle a mi suegro la verdad, es decir, que nuestra crisis se remontaba a hacía un año. Desde la fatídica noche en que, por primera vez, dije que no a mi mujer.

LA DEFINITIVA

Tras cinco años de infructuosos intentos, Matilde y yo habíamos optado por la adopción.

Aún recuerdo el preciso instante en que tomamos la decisión, justo después de haber hecho el amor. Era uno de los días «adecuados» y, como cada mes, lo habíamos organizado pensando en la relación, rechazando una invitación a cenar y otra al cine.

Una vez en casa, nos esperaban una cena frugal y diez minutos de intenso sexo. A las cinco, ya estábamos tumbados en la cama y casi seguros de haber tirado por la borda una noche en compañía de amigos por una nueva e inútil «relación programada». Por eso, estábamos en silencio, con nuestros cuerpos entrelazados y fríos, cuando ella salió con la propuesta.

«No vamos ni a esperar a ver qué pasa este mes, mañana vamos a presentar la solicitud». Para ser sinceros, hacía ya tiempo que la adopción aparecía en nuestras charlas; pero más bien como paracaídas a nuestros fracasos mensuales, como si el solo hecho de saber que existía también aquella posibilidad nos ayudase a amortiguar la tunda de palos que nos caía puntual cada veintiocho días.

En cambio, aquella noche Matilde decidió ir más allá, no esperar a que le viniera el período para ponerse en marcha, sepultar de inmediato la esperanza de que «esta sea la definitiva». Porque pasan los meses, y después los años, y tú sigues ahí, diciéndote que será la definitiva, que antes o después lo conseguirás, como si fuera una partida de cartas infinita entre la naturaleza y tú.

«Solo tenéis que emborracharos y hacer el amor» nos habían dicho en más de una ocasión los distintos médicos a los que habíamos visitado en aquellos años. Una vez, visto que parecía que el secreto de las barrigotas que brotaban como setas a nuestro alrededor dependía solo de la adecuada elección del vino con el que bañaras una noche de amor, nos encerramos en casa con

cinco botellas de Barbera d'Asti, lo que se dice un vino «robusto».

Por desgracia, a mitad de la segunda tuvimos que parar: Matilde había salido corriendo al baño a vomitar, y yo medio reía medio lloraba. Más que un embarazo, lo que aquel vino nos trajo fue solo un magistral dolor de cabeza. A la mañana siguiente me desperté con la amarga certeza de que si era el alcohol la poción mágica que ayudaba a concebir, Matilde y yo nunca llegaríamos a ser padres.

En cualquier caso, hablaba de la adopción. Recibí con entusiasmo la propuesta de Matilde y, a la semana siguiente, después de preparar toda la documentación, fuimos al tribunal de menores para presentar la solicitud. A la salida nos sentíamos felices, como si hubiera pasado a saber qué. Lo que ocurría es que por primera vez en años teníamos la sensación de haber hecho algo en concreto en lugar de seguir esperando, como nos decían todos. Recuerdo que nos sentamos a la mesa de un bar y, mientras nos tomábamos un cruasán, nos pusimos a imaginar cuál sería el país de origen de nuestro niño.

Después de la solicitud, siguieron meses de entrevistas con el psicólogo y la asistente social encargados de averiguar si éramos una pareja lo suficientemente unida como para afrontar una decisión tan importante y, sobre todo, si de verdad habíamos abandonado la idea de un hijo «biológico» para ser padres de un niño nacido de otros padres, que con toda probabilidad no se parecería a nosotros en nada y que ya llevaba consigo su historia de rechazo y de abandono.

Nos costó un año obtener el tan ansiado decreto de capacitación para la adopción, con el que finalmente podíamos encargar a una entidad autorizada que pusiera en marcha el proceso de adopción en un país extranjero.

Volvimos otra vez a celebrarlo, y en poco tiempo elegimos una entidad de nombre sugerente: La grulla. El encargo nos costó tres mil quinientos euros, tras los cuales volvieron las entrevistas, esta vez con el equipo de la entidad. Sin embargo, la psicóloga dijo que no estaba muy segura de nuestra capacidad como padres, y nos propuso nuevos encuentros y todo tipo de test psicológicos, desde las manchas de Rorschach a las casi seiscientas preguntas del Minnesota Multiphasic Personality Inventory.

Una noche, la duda de que nos hubiéramos equivocado de entidad y de que

hubiéramos tirado el dinero, nuestros sueños y energías, hizo que dijera «basta». Un «no» sin «y si...» y sin «pero...».

Matilde me miraba sin comprender, quizá porque no podía creer lo que estaba oyendo. El hombre que se estaba oponiendo de manera tan inflexible no podía ser su Erri, el apacible y tranquilo Erri.

No volvería a hacer ninguna entrevista, no me volvería a emborrachar antes de hacer el amor, no volvería a escuchar a un ginecólogo darme consejos sobre la mejor forma de alcanzar el orgasmo y dejaría de esparcir mi semen por los laboratorios clínicos de la ciudad. Basta.

Al principio, Matilde reaccionó de manera impulsiva, diciendo que no podía echarme atrás, que la decisión no dependía solo de mí, que era un cobarde. Después empezó a llorar y me rogó que me lo volviera a pensar, que lo intentáramos una vez más, que no me rindiera.

«No puedo seguir arruinándome la vida a la espera. ¡Voy a terminar por odiar a este niño!», grité entonces, y ella me soltó un tortazo y se fue a la cama.

A la mañana siguiente me dio la razón.

«No podemos seguir así».

¡Oh! Por una vez había sido yo el que había tomado una decisión y el que había encarrilado la vida de ambos, asumiendo la responsabilidad de poner fin a un círculo vicioso. Así que me sentía orgulloso y extrañamente libre, como si me hubiera quitado un peso de la boca del estómago. Finalmente volveríamos a pensar más en nosotros; a hacer el amor cuando nos diera la gana; a volver a tomar las riendas de nuestra vida que, con cuarenta años, se nos iba de las manos.

Creía que mis palabras convencerían a Matilde, que su rendición había sido dictada por la convicción de que yo tenía razón. Creía que volveríamos a ser los de antes, una pareja. Me equivocaba. Durante el siguiente año hice de todo para construir; ella, en cambio, de todo para destruir.

Y al final lo consiguió.

EL PASO ATRÁS

Así fue como volví a mi antigua casa, a mi habitación de entonces. Lo único que allí ya no quedaba nada mío (aparte del bote con los esqueletos de erizos), y nada justificaba mi paso atrás, mi vuelta a casa de mi madre.

Y como para Renata los pasos atrás no son admisibles bajo ninguna circunstancia, una noche se presentó en mi habitación, se sentó al borde de la cama y comenzó: «Tesoro, en lo que a mí respecta, la situación es insostenible. No me quieres decir qué ha pasado con Matilde, está bien, ¡pero no puedes seguir así!».

Efectivamente, desde que mi amabilísimo suegro me había echado de la empresa con una serie de excusas más o menos educadas, me había limitado a vagabundear en pantuflas de la cocina a mi dormitorio, con el móvil en la mano, con la esperanza de que Matilde entrase en razón y me rogase que volviera a casa.

«¡Tienes que reaccionar, siempre te lo he dicho!», continuó ella. «No puedes y no debes dejarte vencer por las dificultades y por los fracasos, por muy dolorosos que te parezcan. Además, yo no te he enseñado a necesitar a los demás, la fuerza está en tu interior...».

«¿Por qué, qué tiene de malo necesitar a los demás? Todos necesitamos a alguien. Los superhombres no existen. Nietzsche decía gilipolleces. Les puede pasar incluso a los grandes». Así debería haberle respondido; pero me quedé paralizado frente a su boca con bótox, preguntándome de dónde sacaba la energía para mantener cada día la convicción de que nada podía derribarnos; si su continua y exasperada búsqueda de la fuerza interior no habría terminado por consumirla y no habría sido, en parte, la causa de su enfermedad (de la que aún tengo que hablar). Pero ahora me interesa analizar por qué Renata Ferrara siente aún a día de hoy la necesidad de reiterar su culto al rendimiento y al «mirar siempre adelante». Y fue precisamente esta frase la que enunció justo después: «Cualquier cosa que te haya pasado,

¡debes siempre mirar adelante!».

Por eso, mientras ella hablaba, yo reflexionaba sobre qué posibilidades reales habría de que mi madre cayese de un día para otro en un agujero, presa de una depresión delirante al final de la cual decidiera deshacerse de todos sus bienes y encerrarse en un convento. Y mientras ella seguía con su colección de frases hechas («puedes dar mucho más de ti de lo que has dado hasta este momento» o «yo creo en ti, demuéstrame que no me equivoco»), yo llegaba a la conclusión de que, en realidad, mi madre ya estaba deprimida y de que su desesperada búsqueda de la fuerza interior servía solo para empujar un poco más el magma que le hervía por dentro.

Aquello terminó en que mientras ella hablaba, yo le apoyé una mano en la mejilla y le sonreí. Se detuvo de golpe, desconcertada por la intimidad de mi gesto, y se me quedó mirando sin saber qué decir. Al final, se levantó y escapó.

Había bastado una caricia para hacer vacilar años y años de culto al rendimiento.

PEQUEÑA REFLEXIÓN SOBRE LA PERFECCIÓN

Renata Ferrara ha luchado toda su vida para alcanzar la perfección. Vistos sus resultados, a mí no me quedaba otra que seguir el camino contrario, apostar todo a la imperfección. Creo que he logrado mi objetivo mucho antes que ella.

LOS SECRETOS DEMASIADO SECRETOS

Dos días después estaba en el diván de Iazeolla. Mientras le explicaba brevemente mi situación, él me interrumpió (tiene esta mala costumbre) para comentar:

—Con esos aires de enfado que lleva encima puede convencer a su madre, pero desde luego no a mí. —Lo miré sin comprender—. Yo creo que, en el fondo, usted es una persona divertida y alegre, y que obtiene algo haciéndose un poco la víctima.

Los ojos se me salieron de las órbitas y estaba a punto de mandarlo a tomar viento, a él y a sus aires de sabelotodo, cuando una vez más se me adelantó:

—¿Nunca ha intentado comprender qué es lo que gana interpretando el papel del perdedor?

Me quedé mirando su sonrisita de satisfacción, y por un instante me entraron ganas de levantar el culo de la silla y pellizcarle la perilla entre el índice y el pulgar para después tirar con toda la fuerza que tuviera en los dedos. En lugar de eso, me salió esta frase de la boca:

—Desvíó mi atención.

Se echó hacia delante, encorvado sobre el sillón, con los ojos atentos y las orejas estiradas, como un lince que acaba de divisar un cadáver que zamparse.

—Muy bien, perfecto. ¿De qué?

—¿De qué, qué?

—¿De qué desvíó su atención? —Balbuceé, como atontado—. ¿Cuál es la verdad, Gargiulo? Venga, que lo sabe.

Me estaba tratando como a un niño de diez años. Le faltaba poco para coger una cuchara y metérmela en la boca haciendo el avioncito.

—Me da miedo volver a vivir.

Una sonrisa apareció por encima de su perilla.

—Bravo, Erri. Tiene que volver a vivir... antes de que se olvide de cómo

se hace.

Tenía que volver a vivir. Matilde no me había llamado y ante mis ojos desfiló una única imagen: ella y Ghezzi haciendo el amor en la que había sido nuestra cama.

Por eso, y también para apartar de mi cabeza la frase que había encontrado en su ordenador, decidí que tenía que pasar página, o si no me volvería loco.

Tenía que volver a empezar. El problema es que nunca lo he conseguido. Ya solo empezar me supone un importante gasto de energía, volver a hacer algo desde el principio no es lo mío. Con Giulia me había costado meses volver a una pseudonormalidad, y a cada paso adelante le seguía uno atrás.

Con Matilde no sucedería, era adulto y los adultos saben levantarse después de las caídas. Eso me decía.

Lo que pasa es que necesitaba un nuevo trabajo y otra casa.

Me tiré toda la noche rebuscando entre amigos y conocidos para ver quién podría ayudarme, y al final solo me quedó un nombre en la lista: Raffaele Gargiulo.

Mi padre.

Me presenté en el restaurante a media tarde. Papá se encontraba con un proveedor que estaba descargando cajas de vino, y nada más verme soltó:

—Ey, Erri, ¿qué haces aquí?

En efecto, había ido pocas veces a verlo y nunca a aquella hora insólita.

—Tengo que hablar contigo —respondí.

Él se puso rápidamente a la defensiva y rebatió:

—¿Problemas?

—Bueno, algún problemilla, efectivamente, sí que tengo.

—Espérame ahí —añadió sin mirarme.

Era la primera vez que acudía a él por un aprieto y aquello me ponía extremadamente nervioso. Tenía que explicarle lo que había ocurrido y pedirle por favor que me echara una mano. Y no sabía cómo se lo tomaría. De hecho, mi idea era ayudarlo con el restaurante durante un tiempo, el necesario para encontrar una alternativa. En realidad, las últimas noches que me había tirado mirando al techo ya se me había pasado por la cabeza la idea de aprovechar el cataclismo que se había abatido sobre mi mísera existencia para cambiar unas cuantas cosas y para hacer por fin lo que siempre había

soñado hacer. Además, si ni siquiera después de un terremoto te pones las pilas y empiezas a construir cimientos más sólidos, quiere decir que a la siguiente sacudida te mereces quedarte bajo los escombros. Yo sí que daría una sacudida a mi vida, a costa de trabajar como camarero para mi padre durante meses. Y el sueño de la tienda de cómics me permitiría resistir a la intemperie y volver a empezar desde cero.

Me colé en la cocina de Rosalinda, que nada más verme abrió los ojos de par en par y vino corriendo a abrazarme. Pero habiendo heredado, como única característica común a mis padres, su escasa emotividad hacia la vida y hacia los demás, le devolví su entusiasmo sin demasiado énfasis. A pesar de ello, creo que por su escasa costumbre a recibir gestos de cariño, el que yo echara los brazos para acoger su cuerpo le pareció la mayor demostración posible de amor.

La Sonrisa es el nombre de un gran hotel de la provincia de Nápoles, famoso por haber sido durante años teatro de numerosos programas de la RAI y de frecuentes bodas con la mayor tasa de «horterismo» de Europa.

Pero en el noventa y uno, cuando mi padre decidió llamar así a su pequeño restaurante de comida española, el hotel no existía. Años después le pregunté por qué no cambiaba el nombre, pero él no quiso atender a razones: lo había elegido como homenaje a la sonrisa española de Rosalinda y de Flor, y a la tierra de la que provenía su mujer. Los días que se había pasado cortando billetes y apretando cinturones de seguridad le habían servido para ahorrar una discreta cantidad de dinero que, unida a la pequeña herencia que había recibido a la muerte de sus padres, le había permitido convertir en realidad su sueño. Me gusta pensar que también yo he contribuido en parte al nacimiento de la idea y al éxito del restaurante, gracias a mi amor incondicional por las tortillas de Rosalinda.

Un día que estaba comiendo en su casa, papá me puso delante tres diferentes: además de la clásica de patatas, había una con chorizo, pimiento rojo y guisantes, y otra rellena de todo lo que Dios le dio a entender, verduras, ensaladilla rusa, jamón, panceta, queso.

—Prueba todas —dijo con media sonrisa.

—¿Todas?

—Todas. Y después me dices qué te parecen.

En mi familia era el catador oficial de tortillas, así que me puse manos a la obra y me ventilé los tres platos. Le dije que estaban todas buenísimas, pero

que mi preferida seguía siendo la clásica.

Solo después me explicó la idea que le rondaba por la cabeza: dejar de cortar billetes y abrir un restaurante de cocina española. Tenía dieciséis años, y el castillo de Lord Sheidon ya no me producía los escalofríos de tiempo atrás; así que me entusiasmó la noticia y le propuse participar en el proyecto trabajando con ellos. Pero papá fue categórico:

—No, tú estudiarás.

—Vale, pero os podré ayudar por la noche... —comenté.

—No —repitió—, tu estudiarás.

Me tragué mi chasco y no dije nada, pero en mi interior comenzaba a crecer mi deseo de rebelión frente a un futuro que no sentía como mío. El instinto me decía que persiguiera mis pasiones; mientras que para mis padres, en cambio, lo único que existía era el estudio.

Ahora sé que mi padre solo deseaba un futuro diferente para mí: él, que habría podido llegar a ser profesor, hombre de letras, político o intelectual, había acabado cortando billetes y alimentando la ambición de vender tortillas de patata.

Ahora sé que me ha tocado a mí pagar por el fracaso de su vida.

Por eso me puse a estudiar, a pesar de saber que no era mi futuro y que en mi interior albergaba el sueño secreto de llegar a ser dibujante de cómics algún día.

El problema, después lo he comprendido, es que con el paso del tiempo los deseos más secretos se vuelven secretos también para nosotros.

CRÉDITOS PENDIENTES

—A ver, ¿qué ha pasado? —preguntó mi padre en cuanto me tuvo delante. Había decidido que iría directamente al grano.

—Mi mujer me ha dejado y he perdido el trabajo.

Se quedó mirándome durante un largo instante, después sacó del bolsillo de la camisa el paquete de puros y dijo:

—Bueno, ha llegado el momento de saldar mis deudas pendientes contigo. Ven.

Lo seguí con la boca abierta. Acababa de descubrir que tenía créditos con mi padre.

Nos sentamos en una mesa al fondo del local y me preguntó si tenía hambre. Eran las seis de la tarde, pero el olor de la cocina me había abierto el apetito, así que respondí que sí. Papá desapareció y volvió a parecer a los cinco minutos con dos tortillas humeantes, un cestito de pan y una jarra de vino tinto. Luego se sentó y se puso con la tortilla, mientras la voz de Rosalinda, que conversaba con un camarero, llegaba tenue a nuestros oídos. Aún a día de hoy, Raffaele Gargiulo cena a las seis de la tarde, ya que después empieza a llegar gente. Si intentas hacerle ver que su presencia no es necesaria veinticuatro horas de veinticuatro, murmura algo y continúa haciendo lo que le da la gana. Pero me da que tiene razón: después de tantos años, la gente sigue yendo a La Sonrisa porque está él, que nunca ha sido simpático, pero sabe cómo entretener a la gente, habla de libros, de viajes, de películas, de encuentros. Desde este punto de vista, los años no lo han cambiado, su espíritu es el mismo del de aquel chico que le robó el corazón a Renata Ferrara.

Donna Rosalinda, como la llaman sus clientes, hoy tiene cincuenta y siete años, las caderas anchas, el pecho un poco caído, el pelo encrespado y las manos regordetas; y aun así, sigue emanando el encanto de hace tiempo.

Tiene la misma sonrisa de la fotografía que hay sobre la mesilla de al lado de su cama, y sus ojos verdes no han perdido la intensidad de cuando la conocí.

La primera vez que la vi, un par de meses después de la vuelta a Italia de papá, me quedé de piedra. Aquella chica de piel más oscura que la mía y ojos claros me gustaba, aunque me preguntaba si habría algo extraño en ello, si de alguna manera estaría faltando al respeto a mi madre. A pesar de mis dudas, nuestra relación se consolidó y la empatía surgida entre ambos se volvió muy pronto incompatible con mi papel de hijo abandonado por su padre y con el suyo de mujer que me lo había quitado. Rosalinda era divertida, le gustaba reír, escuchar música a todo volumen, bailar, dibujar y colorear. En poco tiempo me enamoré de ella, y si cuando volvía mamá empezaba con sus discursos sobre la ineptitud de papá y sobre la escasa moral de su pareja, subía el volumen de la tele e intentaba distraerme. Hacía lo mismo cada vez que Raffaele lanzaba una bromita sobre las numerosas obsesiones de Renata. El único que se mantuvo siempre al margen del intercambio de rencores fue Mario. Papá nunca dijo una palabra de él, y él nunca dijo nada de mi padre.

El problema de esconder a mamá la buena relación que se había creado con Rosalinda, evitando así accesos de ira y de celos, se resolvió solo con el nacimiento de Flor. A partir de aquel momento Rosalinda cambió, y toda la energía que había empleado para conquistar mi amor la desvió hacia su hija, con el fin de hacerla, como solía decir, una *niña*[11] feliz.

Si también mi madre hubiera desviado hacia mí la mitad de la energía empleada para demoler a mis ojos la figura paterna, y la hubiera usado para hacerme un *niño*[12] feliz, ahora no estaría aquí escribiendo sobre mi estómago que reclama algo bueno con lo que alimentarse.

[11] En español en el original. (N. de la T.)

[12] En español en el original. (N. de la T.)

LOS SUEÑOS CUESTAN

Terminamos de comer las tortillas en silencio. Entonces papá me llenó el vaso, me ofreció un puro y finalmente atacó:

—Erri, ahora por fin puedo decirte lo que pienso: ¡Matilde y tú no hacíais buena pareja!

Se me quedó mirando, quizá a la espera de que reaccionara de manera desproporcionada. Y la verdad es que sus palabras me habían puesto un poco nervioso. ¿Cómo se permitía opinar sobre mis decisiones? ¿Quién era para juzgar mi vida? Él, que había derrochado la suya sin ni siquiera darse cuenta.

Pero entonces lo miré mejor y vi algo que nunca antes había visto en su mirada: la fragilidad. Estaba intentando dar su opinión, aunque le costara gran esfuerzo.

Papá se llevó el puro a la boca y sopló al aire una gran nube de humo. El que tenía delante no era el mismo hombre que me había ordenado que estudiara, el que me reprochaba que tirara por la borda las oportunidades que me ofrecía la vida. Ahora tenía delante a un viejo que había vivido una vida distinta a la que había imaginado. Por eso guardé silencio.

Y él volvió al ataque:

—No te lo tomes mal, es que siempre me he preguntado por qué sentiste la necesidad de una mujer con un carácter tan fuerte, ya tienes a tu madre...

En ese momento exploté:

—¡Papá, no empieces otra vez con mamá!

—No, no quiero hablar de tu madre, no te preocupes. Quiero hablar de ti. —Dio la enésima calada y continuó—: Habrías necesitado alguien más maleable, menos disciplinado. Matilde es una buena chica, no me malinterpretes, pero demasiado encauzada. Además, lleva auestas una familia demasiado plasta y un trabajo que había terminado por absorberte también a ti. Dependías demasiado de ella.

Estaba cansado e intenté interrumpirlo.

—Vale, he pillado el mensaje y estoy aquí para pedirte ayuda, nada más.
Dio un trago de vino.

—Siento haberte dejado solo luchando contra tu madre —dijo entonces, soltando uno de sus típicos comentarios graciosillos de los que aún no se había cansado.

—Con todas sus limitaciones, ha sido una buena madre —me vi obligado a responder.

—Ya —replicó—, una buena madre, a pesar de sus numerosas limitaciones. Mejor que yo, sin duda.

No dije nada y él prosiguió:

—¿Sabes?, cuando eras muy pequeño las cosas entre nosotros ya iban mal, y empecé a pensar en dejarla. Lo que pasa es que la gente seguía repitiéndome que no mandara todo a freír espárragos, que teníamos un hijo que criar, que tu felicidad era lo primero y que ya no podíamos permitirnos hacer idioteces. Así que me pasaba los días convenciéndome de que amigos, familiares y conocidos tenían razón, que después de todo se trataba de personas mayores, con más experiencia; e iba tirando. Pero la cosa no funcionaba, no había nada que hacer, nos pasábamos las noches echándonos todo en cara y haciéndonos polvo con nuestras maldades. Finalmente nos dejamos. Si no lo hubiéramos hecho, si hubiéramos continuado juntos, habríamos seguido discutiendo toda la vida y tú, incluso, habrías tenido una infancia peor de la que te ha tocado. No podía salvaguardar tu felicidad, si yo era el primero en ser infeliz.

Seguía escuchándolo, frotándome las manos sudadas. Finalmente, lo interrumpí:

—Papá, no he venido a hablar de mi infancia. Lo pasado, pasado está.

—Por una vez que consigo contarte algo —replicó—, déjame terminar. No quiero hablar de tu pasado, sino de tu futuro. Te estoy diciendo que, entre dos opciones, siempre debes elegir la que en un principio te parece más difícil.

—¿Entre qué alternativas tendría que elegir?

—Entre intentar volver a conquistar a Matilde y dejar que se vaya. Y, más importante todavía, entre terminar ocupándote del restaurante junto a tu padre y perseguir, por fin, tus sueños. —Me quedé mirándolo. No entendía nada y él siguió a lo suyo—. No sé por qué tu mujer se ha cansado de ti, pero me alegra que te hayan despedido. Cuando hace años me comentaste tu sueño de ser dibujante de cómics, sabía que era una idea casi irrealizable, y a pesar de

ello recibí un poco decepcionado la noticia de tu empleo en la empresa de Matilde. Pensaba que estabas siguiendo un camino que no era el tuyo.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Porque habría acarreado una avalancha de problemas con tu madre —respondió con media sonrisa.

Habría podido mandarlo a freír espárragos, pero me quedé allí, casi impresionado por su sinceridad.

—Aquella idea que tenías hace tiempo... —exclamó después.

—¿Cuál?

—La tienda de cómics...

—¿Y tú qué sabes de la tienda de cómics?

Él sonrió, levantó una nalga de la silla y sacó la cartera. Mientras rebuscaba en su interior, yo miraba sus manos temblorosas y manchadas preguntándome cómo habría sido mi infancia si alguien se hubiera parado a decirme que el hombre por el que sentía tanto temor no era más que un adulto desencantado con la vida. Finalmente, sacó un papelito gastado y descolorido, lo abrió con cautela y lo colocó sobre la mesa. Durante un segundo se me cortó la respiración: era la lista de posibles trabajos que había apuntado hacía quince años.

—Me he permitido borrar el primer punto —dijo, siempre sonriendo—. La edad y la falta de práctica no juegan a tu favor para hacerte dibujante de cómics.

—¿Dónde la has encontrado? —pregunté, mientras miraba sorprendido mi caligrafía de entonces en aquel pequeño contenedor lleno de sueños que había ido perdiendo por el camino.

—Te la dejaste aquella noche. Por suerte, Rosalinda tuvo la precaución de cogerla mientras quitaba la mesa.

—¿Y la has guardado durante todo este tiempo?

—Bueno, a la espera de que vinieras a pedirme ayuda. Y en el segundo puesto, si no leo mal, está escrito «tienda de cómics». Para abrir una tienda de cómics la edad no cuenta.

—En realidad, había venido para pedirte que me contrataras como camarero.

Papá suspiró.

—Erri, tienes cuarenta años, ya va siendo hora de que dejes de hacer el hijo de padres separados que no ha tenido una infancia feliz. Ya vale con el

papel de víctima.

Levanté la mirada aún prendida en la hojita y respondí de sopetón:

—¿Quién dice que me esté haciendo la víctima? No creo yo que me haya quejado precisamente contigo.

—Créeme, sé de qué estoy hablando; yo soy el primero que me he arruinado la vida con tal de no dar una alegría a mis padres. Ahora tú tienes la posibilidad de cambiar el guion.

Estaba tan impresionado con lo que me estaba diciendo, con que hubiera guardado la hojita, que me hablara de corazón y, sobre todo, que tuviera tantas cosas que decirme en una sola vez, que casi me faltaba el aliento.

Por eso, me tomé algunos segundos para contestar:

—Los sueños cuestan, y yo no tengo todo ese dinero.

Él me volvió a soplar el humo a la cara y respondió:

—Te he dicho que tienes créditos pendientes. Bueno, ha llegado el momento de cobrarlos.

UN PRIMER BALANCE

Y es así que, de repente, con cuarenta años me encuentro con dos grandes novedades: un trabajo que me gusta y una nueva relación con mi padre.

Si tuviera que hacer balance de lo importantes que han sido mis padres para mi desarrollo, recuerdo que fue mamá la que me tendió la mano aquel lejano día de hace treinta y siete años, que fue ella la que se ocupó de mí todos los santos días mientras papá estaba en España y también después. Era ella la que estaba fuera del colegio cuando sonaba el timbre; y ella la que estaba el día de selectividad, con la famosa pregunta de Kant.

A pesar de sus numerosos defectos, Renata Ferrara me ha dado dos cosas fundamentales: presencia y atención.

Mi padre, en cambio, me ha salvado el culo.

LAS HERIDAS SE CURAN MIENTRAS VIVIMOS

Pues sí, porque además de permitirme abrir la anhelada tienda de cómics, me concedió las llaves de su estudio en los Quartieri Spagnoli, una inversión hecha de joven, justo después de la separación, antes de huir a España.

«Normalmente lo usa Flor, pero en este momento está en París y no parece que tenga ganas de volver».

De la noche a la mañana parecía que mi vida tomaba un nuevo rumbo: tenía una casa toda para mí y un proyecto para hacerlo realidad. Una buena base para empezar a olvidar a Matilde.

A la noche siguiente puse al corriente a mi madre y a Mario. Este último se alegró y dijo que era algo bueno, que la vida está en continua evolución y que había que seguirle la corriente, que hacía bien en perseguir mis sueños y necesidades. También dijo que su querido amigo Crispino había resultado ser un cabrón.

En cambio, mamá esperó a que su marido terminara para meter baza.

—No quiero entrar en el mérito de la decisión, ya eres mayor y si es esto lo que quieres para tu vida, me parece justo que lo persigas. Durante años he confiado en un futuro mejor para ti, pero ahora comprendo que eres diferente, que tienes una forma muy particular de ver las cosas. No sé si también yo tendré la culpa, pero seguro que tu padre tiene más. En cualquier caso, no quiero meter las narices en tus decisiones futuras, lo importante es que salgas adelante, con o sin Matilde.

—Bien —comenté conciso, provocando una risita a Mario, que veía la tele.

—Pero... —añadió inmediatamente ella.

—¿Pero?

—Pero no entiendo por qué has sentido la necesidad de pedir ayuda a tu padre. Entiéndeme, por una vez que se ocupa de ti, tampoco vamos a hacernos los tiquismiquis, pero ¿qué necesidad hay de vivir en aquella habitacionzucha mohosa? ¿En aquel caos, y estoy siendo amable, que son los

Quartieri? ¿No podías quedarte aquí y buscar con calma un alojamiento más digno?

—¿Quién te dice que es mohosa? —pregunté instintivamente.

—Me lo imagino. Algo que pertenece a tu padre seguro que ni está limpio ni huele bien.

—No estará limpia, pero al menos es gratis.

—Como prefieras. En cualquier caso, aquí siempre estará tu habitación. Cuando quieras...

He aquí la contribución de Renata Ferrara a mi causa.

A los dos días me trasladé a la habitación del tercer piso sin ascensor de un edificio antiguo, en uno de los muchos callejones a espaldas de vía Toledo. Me esperaba una especie de cuartucho lleno de trastos viejos y, en cambio, cuando abrí la puerta me quedé sorprendido. La decoración era espartana, pero con gusto. Los muebles viejos y un poco estropeados estaban pintados de colores chillones, así como los marcos de las puertas, los picaportes y la cocina: una explosión de azul, amarillo, violeta y verde. En las paredes había carteles de películas, portadas de cómics y de discos, y en el suelo una gran alfombra con dos pufs en los que sentarse. En un rincón había un pequeño sofá y el espacio para dibujar de Flor: un escritorio con una viñeta dejada a medias y el lapicero sobre la hoja. Los ceniceros estaban repletos de cigarros y canutos, en el lavabo había dos tacitas sucias de café y dos copas de vino. Encima de la televisión, un paquete de preservativos.

Abrí las contraventanas y el aire invadió la habitación. A pesar de ser un piso alto, había poca luz. Y aun así, me quedé en el minúsculo balcón alrededor de una hora, disfrutando del bullicio del callejón que diez metros más abajo se abría paso trabajosamente, como un riachuelo entre las piedras.

El paso de la vieja casa de Vomero, silenciosa y señorial, a la habitacioncita que daba a otro edificio a cinco metros del mío está claro que no sería fácil, pero a pesar de ello me sentía eufórico. El pequeño mundo que me acogía me pareció, a su manera, precioso.

Era una sensación distinta a cuando, con Matilde, nos habíamos instalado en la nueva casa. Aquella era felicidad en estado puro, el primer ladrillo de un edificio entero por construir. No era felicidad, era entusiasmo.

Entonces llamaron a la puerta. Fui a abrir y me encontré delante a una chica de color con trencitas y una bonita sonrisa. Detrás de ella, la puerta de su apartamento estaba abierta de par en par.

—Hola —dije.

—¿No está Flor?

—No, lo siento —respondí—, soy su hermano, Erri. Encantado.

—¿Qué nombre es Erri? —preguntó ella.

—¿Y tú cómo te llamas? —repliqué, dejando a un lado la típica pregunta.

—Malaika —dijo, y se quedó mirándome. Al rato preguntó—: ¿No tendrás tomates?

—Acabo de llegar, aún no he hecho la compra.

Inclinó la cabeza hacia un lado y añadió:

—¿Cuándo vuelve Flor?

—No lo sé. Por ahora estoy yo. Me quedaré aquí un tiempo.

—Bueno —dijo—, entonces bienvenido. Si necesitas cualquier cosa, házmelo saber.

Luego me guiñó un ojo y regresó a su casa. A los pocos minutos volvieron a llamar a la puerta. Esta vez era un chico de color con cara simpática, y la puerta abierta era la de enfrente.

—Hola, hermano, ¿ya no vive Flor aquí? —preguntó.

—Sí, pero ahora no está. Yo soy Erri. Encantado.

—¿Qué nombre es Erri?

—¿Tú cómo te llamas?

—Obi.

—¿En qué te puedo ayudar, Obi?

—¿Quieres hierba, hermano? Hace tiempo que no se ve a Flor.

—No, gracias, estoy bien así, tengo que arreglar la casa.

—Vale —dijo un poco triste. Luego pareció pensárselo y añadió—: Si necesitas una mano...

Fue así como conocí a Obi, que me ayudó a limpiar la casa mientras me contaba su vida. Venía de Senegal y había trabajado en varias cosas antes de encontrar lo que le había permitido ahorrar un poco de dinero: gracias a las amistades adecuadas, había empezado a vender hierba.

—Nos dicen que la vendamos nosotros —dijo—, así ellos no tienen problemas. Y nosotros acabamos en la cárcel. En vuestras cárceles, amigo —dijo con énfasis—, solo hay hermanos negros.

—Y Malaika, en cambio, ¿qué hace? ¿Tiene marido?

—¿Malaika? ¿Marido? Noo —dijo riendo—, *ella puta*. Muy simpática.

Justo después llamaron a la puerta por tercera vez. Hacía solo unas horas

que estaba allí, y el caos ya se había apoderado de mi casa bajo la forma de Malaika, con una bolsa de tomates en la mano.

—¿Y pasta tienes? —preguntó.

—Creo que sí —respondí titubeante, y se coló en la cocina, a pesar de la hora avanzada.

Parece increíble, pero me pasé la primera noche en mi nueva casa, la primera noche de mi nueva vida, a la mesa con dos simpáticos africanos bastante ilegales, comiendo pasta con tomatitos frescos.

Mientras disfrutaba de la comida y charlaba con mis nuevos vecinos, pensaba en Matilde y en el hecho de que si no se hubiera dejado ligar por Ghezzi, mi vida no habría cambiado: habría continuado siendo un trabajador aburrido y un marido adormilado, nunca habría cobrado el crédito de mi padre, no habría abierto la tienda de cómics y, claro está, no me habría encontrado compartiendo mesa con un camello y una prostituta. Una vez más, había sido Matilde la que había decidido por mí; con su cambio de aires había alterado mi vida y dado paso a un cambio trascendental.

A pesar del miedo por tantas novedades, aquella noche, por primera vez, me encontré pensando que quizá las heridas sirvan para poner a prueba nuestra capacidad de curarnos. Y que si queremos que se curen rápidamente, no debemos hurgar en ellas, sino apartar la mirada y continuar viviendo.

DE LA AGENDA DE MATILDE DEJADA A LA MITAD

Hoy me he dado cuenta de que había dicho una frase que repetía siempre mi madre. Cuanto más pasa el tiempo, más me parezco a ella. Es tan raro pensar que en tu interior siempre habrá una parte de mí. Es algo que asusta, ya que solo querría transmitirme cosas buenas. En cambio podrías acabar siendo de tripa sensible, tener alergia al moho o ser intolerante a la leche. Ese tipo de cosas, pequeños inconvenientes con los que acarrear, sin duda nada comparable a los miedos que te pasaré con mi conducta del día a día.

El ejemplo que damos a un hijo es mucho más fuerte que la genética. Me consuela que, al menos, los malos ejemplos pueden combatirse. Ahí no somos impotentes. Si a los pocos años empiezas a mostrar mis mismas inseguridades, mis fobias, mis inútiles paranoias, sabrás de dónde vienen y, con mucha buena voluntad y fuerza, podrás enfrentarte a ellas y vencerlas. Te darás cuenta de que solo es una parte imperfecta de mí, algo de lo que puedes prescindir. Al principio no lo verás; después, de pronto, empezarás a echarme la culpa de habértela transmitido; me juzgarás; me odiarás; y, finalmente, después de un largo recorrido, quizá me perdonarás.

Algunos lo consiguen.

UNA NUEVA MUJER DE LA QUE DEPENDER

A los dos días llegó mi madre, de improviso, como esos nubarrones negros veraniegos que parecen tragarse solo el horizonte, pero que, en cambio, cuando te das la vuelta para buscar el sol, ya los tienes encima.

Estaba centrado en buscar un local en alquiler para la tienda de cómics y en mis nuevos compañeros de vida, Malaika y Obi. Nunca habría pensado que Renata Ferrara viniera a buscarme al centro de Nápoles, llevando consigo a la asistenta de aquel entonces (la cingalesa que duró poquísimo) para limpiar aquella que, en su imaginación, era una asquerosa y escuálida habitacionzucha llena de polvo y cucarachas. Así, mientras mi madre pasaba revista al apartamento, la asistenta obedecía cada una de sus órdenes. Y fue durante la limpieza de los cristales (de la que ni mis amigos africanos ni yo habíamos visto necesidad) cuando empezó el interrogatorio.

—¿Cómo te encuentras aquí?

—Bien.

—¿Consigues dormir?

—Sí.

—¿Los vecinos cómo son, ruidosos?

—No tanto.

—¿Has hecho la compra?

Me vi obligado a interrumpirla.

—Mamá, hace años que no vivo en tu casa y las pocas noches que he pasado allí no me hacen volver bajo tu jurisdicción.

—Estúpido, es que antes estaba Matilde para preocuparse por ti, ahora estás solo.

—Me las apañaré.

Ella asintió y cambió de tema. Se quedó mirando el mueble azul que tenía delante y exclamó:

—Es verdad que tu hermana Flor está como una cabra. ¡Pero no la culpo,

con un padre así!

Me habría gustado precisar que el padre de Flor era también el mío, y que si hubiera bastado con tener un padre imperfecto para perder la cabeza, yo la tendría totalmente perdida. Pero preferí pasar del tema y ofrecerle un café, que exigí beber en un vaso de plástico.

Cuando finalmente se despidió, llevándose consigo a la chica (que, en realidad, me había venido muy bien), comprendí que no había servido de nada que me alejara: mi madre continuaría tratándome como el pobre hijo incapaz de valerse por sí mismo.

No habían bastado cuarenta años para que me emancipara. Tenía que encontrar cuanto antes una nueva mujer de la que depender, pero que no fuera ni mi madre ni Matilde.

Un problema no fácil de resolver.

Unas noches después, mientras estaba en la cama leyendo *Las correcciones*, de un tal Franzen, que mi hermana había dejado abierto en la mesilla (obtenida a partir de una de esas viejas sillas de colegio plastificadas y pintada de rosa), oí cómo metían las llaves en la cerradura.

Alarmado, me senté en la cama y me quedé mirando la puerta, que se abría lentamente. Reconocí el tono alegre de Flor incluso antes de ver su rostro y me tranquilicé. Conversaba y reía con alguien de voz familiar que se escondía tras ella.

Flor entró en casa y gritó asustada antes de darse cuenta de que era yo.

—¡Hola, hermanita! —exclamé para tranquilizarla, y sonreí.

Inmediatamente después apareció también por la puerta la persona de voz familiar.

Y la sonrisa se me borró de la cara.

AL MENOS UNA VEZ EN LA VIDA

Del encuentro casual y del descubrimiento de una relación clandestina de la cual nunca me debería haber enterado terminé por hablarle sin falta al doctor Iazeolla, quien intentó convencerme de que habría podido aprender algo del asunto y encontrarle el lado positivo. Vamos, ver el vaso medio lleno.

En retrospectiva, no estoy seguro de haber conseguido poner en práctica sus consejos, y si hay una lección que he sacado del acontecimiento, es que también los pequeños traumas, los golpes que parece que solo te rozan, a la larga te dejan un bonito hematoma.

Para hacerlo desaparecer, aquel hematoma, necesité ocho sesiones de terapia a ochenta euros cada una. Me da a mí que cuando el doctor Iazeolla hablaba del vaso medio lleno, se refería al suyo.

El individuo de sexo masculino que mi dulce hermanita llevaba consigo era Valerio. Sí, precisamente él, mi hermanito medio pirado, sin trabajo ni mujer fija. Nada más verme se quedó blanco y mudo, él, que siempre tiene una bromita estúpida para cada ocasión. Nos quedamos los tres mirándonos durante unos interminables segundos, antes de que Flor preguntase:

—¿Qué haces aquí?

—Vivo aquí. Papá me ha dado las llaves.

Él tragó saliva.

—Ey, Erri, esto debe quedar entre nosotros, ¿eh?, te lo pido por favor.

—¿Esto, qué?

Estaba acostumbrado a las *performances* sexuales de Flor y no me habría sorprendido siquiera que se hubiera presentado con un enano disfrazado de Führer. Pero una historia de sexo entre mis dos hermanos era demasiado. Nunca como en aquel momento sentí la ausencia de mi viejo compañero de armas, el bueno de Orlando. Me salvó el recuerdo de Obi.

—Flor, necesito un porro, ve a casa de Obi y pilla un poco de hierba.

—¡Gran idea! —contestó entusiasmada, y desapareció por el descansillo.

—¿Qué cojones te pasa por esa cabeza loca? —exclamé entonces mirando a Valerio con la peor expresión posible, aquella que había reservado inútilmente para Ghezzi.

—No quería... —comentó él.

—No querías, y una mierda —lo interrumpí.

—No, en serio, es que ya sabes cómo son estas cosas: una cerveza, un poco de cháchara, un porro, ese tipo de cosas...

—Es mi hermana.

—Lo sé.

—Y tú eres mi hermano.

—Ya.

—Hay algo perverso en todo esto.

Valerio se acercó dando un paso y contestó:

—Bueno, pero, mirándolo bien, entre Flor y yo no hay ningún parentesco.

—Lo sé.

—Como entre Arianna y tú.

—Lo que pasa es que yo no me estoy tirando a Arianna.

—Pero te encantaría hacerlo, ¿eh, hermanote? —afirmó Flor, que acababa de entrar con una bolsita de hierba.

Me levanté de sopetón y comenté:

—Eres una asquerosa.

—¿Porque digo la verdad?

—Prepara ese maldito porro y cierra el pico.

Ella se sentó y lio el papel, luego miró a su alrededor y declaró:

—¡Vaya, nunca ha estado tan limpia la casa!

Inmediatamente después preguntó por Matilde.

—Lo hemos dejado.

—Por fin —comentó, mientras me pasaba el canuto—. ¿Y ahora vives aquí?

—Sí, al menos durante un tiempo, si no te molesta.

—Dime tú, total, yo voy y vengo. Esta noche si acaso duermo en casa de Valerio.

—¿En mi casa? —preguntó él preocupado.

—¿Qué pasa, no sabías que Flor es así? —dije, volviéndome hacia mi

hermano.

—¿Así cómo? —intervino ella—. ¿Loca, quieres decir?

—Digámoslo así.

Flor se echó a reír; yo, en cambio, todavía no podía dar crédito a aquello, a pesar de que los efectos del cannabis empezaran a hacerlo todo más llevadero.

—Os conocéis de toda la vida, ¿cómo se os ocurre terminar en la cama?

—Madre mía, Erri, qué pesado eres. Que hayamos echado un polvo no significa que nos tengamos que casar... —respondió Flor, mientras se quitaba los botines y se lanzaba en la cama—. Y a ver, ¿por qué lo habéis dejado Matilde y tú?

—No me apetece hablar de ello. Pero... estoy a punto de abrir una tienda de cómics.

—¿Una tienda de cómics? —prorrumpió ella, clavando los codos en el colchón.

—Sí.

—Pero ¿qué dices? ¡Es una noticia increíble! ¡Tenemos que celebrarlo!

—Me parece que ya lo estamos haciendo —comentó Valerio.

—Qué guay, una tienda de cómics... —seguía repitiendo Flor, incrédula.

Luego, en determinado momento, se levantó y fue al baño.

—Esta historia tiene que terminar ya —susurré a Valerio.

—Por mi parte terminó cuando dijo que se venía a dormir a mi casa.

—Justo, eso es. Haced como si esto no hubiera ocurrido nunca. O mejor aún, anda, vete mientras ella está en el baño. Ya se lo explico yo.

—¿En serio? —dijo visiblemente aliviado—. Me harías un gran favor. —Entonces me apretó la cara entre sus manos y me dio un beso en la frente. Un segundo antes de marcharse, exclamó—: En cualquier caso, ahora que estás soltero, ¡llámame y nos vamos a tomar una caña!

A su vuelta, Flor ni se dio cuenta de la ausencia de Valerio. Se tumbó en la cama a mi lado, y me abrazó. Le dije que mi hermano se había largado y que su rollo terminaba ahí. Ella se encogió de hombros y apoyó la cabeza en mi barriga.

—Me siento realmente feliz de que estés aquí. Notaba tu ausencia, ¿sabes? —susurró entonces.

—¿En serio?

—Sí, y también me alegro de que hayas roto con Matilde. La vida es

demasiado corta para enamorarse una sola vez.

Nos quedamos un rato en silencio, con las voces de la calle que trepaban por las paredes del edificio y se colaban bajo la madera podrida de las ventanas.

—¿Te acuerdas de aquella vez, hace bastantes años, cuando me prometiste que viviríamos juntos?

—No te prometí que viviríamos juntos.

—¿Ah, no? ¿Y entonces qué? A ver.

—Que dormirías en mi casa los sábados.

—Y nunca mantuviste tu promesa.

—No me fui a vivir solo.

—Claro, otra maniobra de Erri, no intentar siquiera apañártelas solo. Madre mía, hermanote, ¡cuántos días de tu vida tirados a la basura!

—¡Flor, dame un respiro!

Se hizo otra vez el silencio, y al rato ella volvió a hablar.

—Tenía pensado volver a marcharme rápido, me ha escrito un amigo de Barcelona. Pero ahora quiero quedarme contigo, ayudarte quizá a abrir la tienda de cómics. Por cierto, ¿podrás vender mis novelas?

Asentí y ella me apretó más todavía.

—¿Y cómo la llamarás? A la tienda, quiero decir.

—Todavía no lo he pensado. Cómics «algo».

—Qué original —comentó irónica.

—¿Por qué, se te ocurre algo mejor?

—¿Por qué no la llamas simplemente Tienda de Cómics?

—Pues sí, no está mal...

Un segundo después, Flor clavó los ojos en mis calzoncillos y comentó:

—¡Ey, algo me dice que tienes una erección!

—Pero ¿qué dices?

—¡Tienes un buen juguetito ahí abajo!

—Flor, para ya, me estás avergonzando.

—Erri, no te puedes avergonzar con tu hermana. —No respondí—. Hablando de hermanas. A mí me puedes decir la verdad, ¿sabes? Desde hace treinta años te mueres de ganas de estar con Arianna.

—¡Flor, ya vale!

—Eres demasiado santurrón, Erri. Tu madre te ha echado a perder.

—A ti, en cambio, ha sido nuestro padre el que te ha echado a perder.

—Pero si estás soltero, y Arianna también, ¿no es el momento oportuno para tener esa charla pendiente desde hace treinta años?

—¿Arianna está soltera?

—¿Cómo, no lo sabías?

—No.

—Me la encontré hace un par de semanas, dice que está harta de compromisos y mentiras. Que el tipo con el que estaba no era la persona adecuada.

—Arianna nunca encontrará a la persona adecuada —comenté.

—Sí, es probable, pero al menos, mientras la busca, vive.

El humo del canuto aún daba vueltas como una pequeña galaxia alrededor de la única luz encendida. Por lo demás, el aire parecía inmóvil y nuestras respiraciones se entrelazaban rítmicas. Dentro de poco nos vencería el sueño.

—¿Me prometes una cosa? —farfulló al rato Flor con voz pastosa.

—¿Qué?

—Que si alguna vez te tiras a Arianna, me lo vendrás a decir.

—Estás loca. Duérmete.

—¿Estoy loca porque no lo harás o porque no me lo dirás?

—Duérmete.

Silencio.

—¿Erri?

—¿Qué pasa?

—Haz una gilipollez, al menos una, en la vida.

NO SOY ALGUIEN QUE HACE GILIPOLLECES

E hice la gilipollez. No, no me acosté con Arianna, sino con una tal Rebecca, una amiga de mi hermana que dibujaba cómics gore.

Aunque bajo una capa de locura (llevaba el pelo rapado por un lado y largo por otro, dos pendientes en la nariz, uno en la lengua y unos cuantos en las orejas, además de una especie de dragón tatuado en el pecho), se escondiera una chica de rasgos finos, no fue su belleza lo que me atrajo. Fui yo el que la atraje a ella; y por supuesto no por mi aspecto físico, sino porque Flor se pasó toda la velada elogiando mis dotes de gran dibujante y, sobre todo, de futuro propietario de una tienda de cómics.

Ante semejante noticia, decidió que aquella noche sería suyo y empezó a mirarme con ojos diferentes; lo cual me incomodó bastante, sobre todo porque mi párpado, oliéndose una noche de sexo, empezó con su típico bailoteo.

Aquella tarde había quedado con Flor en un bar. Se había mostrado entusiasmada por ayudarme y por decorar las paredes del local que acababa de alquilar. De hecho, mi sueño era transformar aquellas paredes blancas y frías en un lugar de culto para los apasionados de los cómics. Y mi hermana se presentó acto seguido con Rebecca, diciendo que su amiga dibujaba de toda la vida y que había obtenido no sé qué prestigiosos premios.

Mi discutible aspecto físico me ha enseñado a no juzgar a los demás por la primera impresión; así que tampoco me traumatizó tanto que Rebecca se paseara por los setenta metros cuadrados de mi nuevo local arrastrando sus botas militares por el parqué que había que pulir, después de haber tirado al suelo su chaqueta de piel tachonada. Lo que me traumatizaron fueron sus dibujos, que Flor tuvo a bien explicarme con todo lujo de detalles. Mujeres desnudas masacradas, cuerpos martirizados y comidos por los gusanos, escenas de sexo sadomaso, sangre y salpicaduras por todas partes, cadáveres y huesos en cada viñeta. Lo suficiente para comprender que Rebecca era una

tipa que cuanto más lejos, mejor. Pero hay un «pero». Y es que yo no estaba con una mujer desde hacía no sé cuánto, y Rebecca, a pesar de su aspecto, era una mujer, porque debajo de la camiseta de tirantes despuntaban dos buenos pechos, y esa especie de dragón tatuado que escupía fuego parecía apuntar justo a los pezones.

Rebecca se me pegó como un pulpo y, cuando Flor se despidió de nosotros, se quedó a mi lado. La miré un poco incómodo.

—Bueno, ¿tú qué vas a hacer? —le pregunté—. Yo debería irme...

—Voy contigo —respondió sin pensárselo dos veces.

—¿Conmigo? Vale —balbuceé.

Nos habían dado las ocho de la tarde y lo normal habría sido invitarla a cenar. Pero no me parecía la típica a la que llevas a un restaurante, sin duda no a los sitios a los que había ido con Matilde en los últimos quince años. Así que le propuse la única alternativa posible, una cena en mi casa, y a ella le entusiasmó. Total, Flor no volvía nunca antes del alba.

Una vez en casa, no me había dado tiempo a abrir el frigorífico, cuando ya la tenía encima. Me agarró por detrás y me mordió el cuello. Luego me tiró en el sofá con una llave de judo, me arrancó la camisa, y los botones salieron disparados por la habitación como metralla. Finalmente, se enganchó a mis pezones y empezó a excitarlos con su pendiente sublingual. Estar en manos de una endemoniada me debería haber hecho feliz y sin embargo, mientras me lamía por todas partes, no conseguía quitarme de la cabeza las imágenes de sus dibujos. Miraba embobado el dragón que envolvía con sus ardientes llamas sus pezones rosas llenos de pendientes; y no podía dejar de revivir la escena del hombre empalado por su mujer con una especie de bate, como un espeto.

La cuestión era que ahora estaba allí, y si me hubiera retirado, me habría arriesgado a un castigo aún peor. El punto positivo fue que viví en ascuas el acto, atento al más mínimo de sus movimientos, como si Rebecca fuera una viuda negra que al final de la relación arranca la cabeza a su pareja. Esto contribuyó a dilatar mucho mis tiempos normales.

De hecho, mi récord con un cuerpo nuevo seguía imbatible desde finales de los años noventa, cuando con una tipa de la que no recuerdo el nombre conseguí aguantar más de cuatro minutos, cuatro con cuarenta y dos, para ser exactos. Por eso, en cuanto rompí con Rebecca el umbral de los doscientos cuarenta segundos, me sugestioné y pensé que no lo conseguiría, que no

resistiría otros cuarenta segundos más. Entonces cerré los ojos y pensé en sus viñetas, y así superé el límite, mientras en mi cabeza repicaban campanas de fiesta, gritos de alegría y una miríada de aplausos enlatados como los de las comedias televisivas.

En esencia, con Rebecca quedé como el culo. Una pena que después del primero, ella no quisiera parar. Para aplacarla necesité dos horas y media, durante las cuales Rebecca me arañó la espalda y el pecho, me mordió los pezones, me abofeteó la cara y me arrancó el poco pelo que me queda en las sienes.

Finalmente, la muy loca se puso las botas militares, se encendió un cigarro y dijo:

—Estaba pensando en el dibujo de la pared de enfrente a la entrada. Si eso, mañana me paso a echar un vistazo. Podría echarte una mano.

En la puerta me rozó los labios y me tiró del lóbulo con su maldad residual. Luego sonrió y añadió:

—No te imaginaba tan malote. Tienes carita de bueno.

Acto seguido se marchó escaleras abajo. Cerré el doble pestillo de la puerta y me lancé sobre el teléfono.

—¿Qué pasa? —respondió Flor.

—¡Tu amiga está loca!

—¿Quién?

—¡¿Quién?! ¡Rebecca!

—Sí, efectivamente, está un poco loca. ¿Qué te ha hecho?

—Me ha estado torturando hasta hace nada.

—No te quejes, te ha ido bien. Su ex terminó en el hospital con no sé qué metido por el culo.

—¿Y tú me has dejado en manos de esa psicópata?

—Erri, ya eres mayor, puedes apañártelas solo. Además, deberías estar contento, tú también has hecho una locura. ¡Bienvenido a la gente que vive!

La noche con Rebecca me hizo comprender que no soy alguien que hace locuras. Y que la gente que vive no se preocupa demasiado de conservarla, la vida.

TU HERMANO NO PUEDE ESTAR SIN TI

Parecerá increíble, pero recuerdo haber visto llorar a Flor solo una vez. Tenía trece años y por aquel entonces iba por ahí maquillada como una gótica, con pantalones cortos y Dr. Martens en los pies, pintaúñas negro en las manos, una camiseta de rejilla y el pelo a cepillo. Había llamado a la puerta de casa a primera hora de la tarde y había preguntado por mí.

Fue mi madre la que le abrió, la miró de arriba a abajo, y no pudo por menos que comentar:

—Hija mía, pero ¿cómo te deja salir así tu padre? ¿Y tu madre? ¿Ni siquiera ella dice nada?

Flor respondió con un «no» seco, luego me vio y corrió a abrazarme.

—Necesito hablar contigo —dijo, mirándome fijamente a los ojos.

Le ofrecí un zumo y la llevé a mi habitación.

—¡Me tienes que ayudar a escapar! —exclamó, una vez tendida en la cama.

—Pero ¿qué dices?

—Has oído bien.

—Flor, tienes... ¿cuántos años tienes?

—Trece.

—Eso, justo, ¿dónde quieres ir? Eres pequeña.

Ella resopló.

—Pareces nuestro padre.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Me he enamorado.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Y de quién?

—Se llama Valdemar.

—¿Valdemar? ¿Y quién es, un vikingo?

—Casi, es finlandés.

—Ah.

—Es guapísimo, Erri, tiene el pelo rubio y largo, se parece a Axl Rose.

—Sí, vale, pero ¿qué tiene que ver con que te quieras escapar de casa?

—Tiene que ver, quiero irme con él.

—¿A Finlandia?

—Sí —respondió, sentándose en la cama.

—¡Tú estás loca!

—¿Por qué, qué tiene de malo? ¿Qué hago aquí? Tengo pocos amigos y en casa siempre estoy sola.

—¿Por qué tienes pocos amigos?

Ella agachó la cabeza y respondió:

—Los de mi colegio son todos unos pijitos niños de papá, no me gusta ninguno; y las chicas son todas unas pavas.

—¿Y no puedes cambiar de colegio en lugar de país?

—Amo a Valdemar.

—Parece el nombre de un transbordador.

—Estúpido —respondió con media sonrisa, dándome un golpe en el brazo. Me tumbé a su lado.

—¿Por qué no haces que venga él aquí?

—No puede.

—Pero ¿dónde lo has conocido?

—Este verano, en el campamento. Fue amor a primera vista.

—¿En serio?

—Sí. Entonces qué, ¿me ayudas?

Si hubiera tenido algún año más, la habría abrazado y le habría explicado que, muy probablemente, lo suyo no era amor, sino solo la necesidad de amar. Qué rollo, las ganas de sentirse enamorado, que se tiran dándote golpecitos en el hombro hasta que les haces caso. Así pasa que, a veces, para no oírlos, les sigues el juego y te contentas con amar a quien no amas.

También le podría haber dicho que su Valdemar era fruto de la distancia; porque es verdad que el amor necesita de continuas comparaciones, cuidados recíprocos y presencia, pero con frecuencia es la ausencia la que hace surgir efectos inesperados.

En lugar de eso me reí y ella se enfadó.

—Erri, no seas gilipollas. ¡Te estoy contando algo serio y tú te ríes!

—Perdona, es que...

En aquel momento abrió la puerta Valerio. Sus ojos se posaron en la media nalga que el pantaloncito de mi hermana dejaba al descubierto.

—¿Qué pasa? —dije.

—¿Eh? —dijo él aún embobado.

—He dicho «¿qué pasa?» —repetí, poniéndome delante de Flor.

Se intercambiaron un saludo.

—¿Y bien? —insistí.

—Mamá quiere saber si luego me puedes acompañar en moto a yudo.

—¿A qué hora?

—A las seis.

—Vale, ahora lárgate.

Retrocedió dos pasos y cerró la puerta.

—¡Y no te hagas demasiadas pajas! —grité justo después.

Flor rio.

—Es verdad que tus hermanos parecen realmente frikis.

—Son frikis.

—Qué pena que no sea un poco más espabilado, ¡es muy mono!

—¿Quién, Valerio?

—¿Quién si no?

—¿Te gusta?

—De cara sí, pero es demasiado friki.

—Y, sobre todo, es mi hermano.

—Bueno, entonces, ¿qué has decidido? ¿Me echas una mano?

—¿Para qué?

—Para comprar un billete de avión a Helsinki.

—Flo, no tengo una lira. Aunque quisiera, no sabría cómo ayudarte. Y además, no quiero ser responsable de la muerte por infarto de tu madre.

—¡Lo sabía, ni siquiera a ti te importa mi vida! —gritó.

Hundió la cara en el cojín y empezó a temblaquear, como si llorara. Tiré de ella del brazo y dije:

—Venga, Flor, ¡deja de hacerte la tonta!

Pero lloraba de verdad. Me miraba mientras las lágrimas le caían veloces por las mejillas. Nunca la había visto llorar y me quedé atontado.

—Eh —exclamé—, ¿en serio? ¿Por un finlandés con nombre de vikingo?

—No lloro por él.

—¿Entonces por qué?

—Porque no tengo a nadie.

—Pero ¿qué dices?

—Sí, está mi madre, pero con ella no me puedo abrir, no puedo decirle todo lo que me pasa por la cabeza. Y con papá, ni te cuento.

—¿Amigas?

—Te he dicho que no.

La abracé y no opuso resistencia.

—Solo te tengo a ti para hablar, Erri. Y ni siquiera tú me escuchas. Es más, a veces casi parece que te olvidas de tener una hermana. O que para ti tu única hermana es Arianna.

—Flor, escucha...

—¡Yo soy tu hermana, no ella! Yo llevo tu misma sangre.

—Lo sé —respondí, y le acaricié el pelo.

—Tú tienes a Arianna, tienes a tu familia, a tus hermanos. Yo no tengo a nadie, solo a ti.

—Ven aquí —contesté, apretándola más fuerte—. Mira, tú eres mi única hermanita. Arianna es mayor y, en cualquier caso, con ella tengo una relación diferente. A esos dos frikis de ahí los quiero mucho, pero tú eres especial. ¿Entiendes?

Flor se apartó y se me quedó mirando; después se pasó el dorso de la mano por la cara.

—Y entonces, ¿por qué no te vienes a vivir con nosotros?

La miré titubeante.

—¿Con vosotros?

—También es tu padre, ¿no?

—Claro.

—¿Y entonces?

—Y entonces, entonces. Me he criado aquí, con mi madre. Ahora ya es tarde. En un par de años querría irme a vivir solo. No puedo volver atrás.

—¿Te irás a vivir solo?

—Me gustaría.

—¿Y podré ir a verte?

—Claro.

—¿Y no estará esa bruja de tu madre?

Sonreí.

—No, no estará. Pero ¿por qué dices que es una bruja?

—¿Por qué, no lo es?

Nos reímos y nos volvimos a abrazar.

—Prométeme que me dejarás dormir en tu casa todos los sábados —me pidió.

—¿Todos los sábados?

—Prométemelo.

—Prometido.

Y crucé los índices para sellar mi palabra.

Flor se tranquilizó y se quedó dormida. La desperté poco antes de salir para acompañar a Valerio a yudo.

—¿Qué le digo a Valdemar? —me preguntó una vez fuera.

—Que tu hermano no puede estar sin ti.

Sus ojos verdes se hicieron aún más grandes, después me saltó al cuello y me besó más veces en la mejilla.

Ya estábamos en la moto, cuando Valerio me soltó:

—¡Pues sí que está buena tu hermana!

—¡Repítelo y te rompo los incisivos!

—Solo he dicho que es una chica guapa.

—No, has dicho que está buena. Además, que sepas que te considera demasiado friki para darte una oportunidad.

—¿Eso ha dicho?

—Sí.

Valerio se quedó mudo.

Aquel día no podía saber que mi frase cambiaría a mi hermano y el curso de los acontecimientos.

ALGO MUY DE ERRI

—No es por incordiar, pero me da la sensación de que papá ha perdido la cabeza. ¿Qué necesidad había de esta escenita? ¿No podía hacer un testamento como todo el mundo? —exclamó Giovanni nada más entrar en la cocina.

—A lo mejor no se fía de nosotros. Le da miedo que acabemos peleándonos.

—Entonces es que no entiende nada a sus hijos.

—Yo no soy su hijo.

—Es como si lo fueras.

Termino de beberme el agua y dejo el vaso en el fregadero antes de darme la vuelta. Pari, que hasta ese momento estaba llenando el lavavajillas con aire indiferente, desaparece en silencio.

—Di la verdad, Matilde y tú no habéis vuelto, ¿no? —dice al rato Giovanni.

—No, no hemos vuelto.

Mi hermano me mira con media sonrisa, como diciendo que a él no puedo esconderle nada, y exclama:

—¡Me lo imaginaba!

—En realidad, ni siquiera sé si el niño es mío —añado, apoyándome con las manos en la encimera.

Giovanni abre el frigorífico y saca una pera, a la que hince el diente sin ni siquiera lavarla. Solo después del primer mordisco, dice:

—También me había imaginado eso. Lo que no entiendo es qué necesidad había de anunciar algo así, si ni siquiera tienes la certeza de que el hijo sea tuyo.

—Efectivamente, no ha sido una idea genial, pero yo también sentía la necesidad de compartir algo bueno con vosotros.

Sonríe un instante y da otro mordisco a la fruta. Después pregunta:

—¿Y Matilde qué dice?

—¿En qué sentido?

Las voces de los demás familiares sentados en el salón parecen provenir de un mundo lejano.

—Que debería llamarla, pero no tengo valor.

—Ah, algo muy de Erri.

—Sí, algo muy de Erri.

La carcajada de mi madre me recuerda que allí me espera un arsenal de preguntas sobre Matilde y su hijo. Me froto los ojos y resoplo.

—¿Qué pasa, no sabes cómo explicar la situación?

—Mmm...

—Pues no la expliques. No estás para nada obligado.

—Me gustaría poder volver atrás y mantener la boca cerrada.

—Todos queríamos volver atrás. Yo también, no sabes cuánto.

Lo miro con curiosidad. Lanza el corazón de la pera a la basura y propone:

—¿Vamos para allá?

Lo agarro del brazo.

—¿Es verdad eso que ha dicho Valerio?

—¿Qué?

—Que no querías ser ingeniero.

Giovanni agacha la mirada.

—Sí, es verdad.

—¿Y por qué no se lo dijiste a nadie? ¿Por qué no me lo confesaste ni siquiera a mí?

—Tú nunca estabas —contesta de sopetón, y se me queda mirando con sus ojos negros. Me siento incómodo; si pudiera, apartaría la mirada.

—¿Cómo que no estaba?

—Vivías con Matilde.

—Bueno, ¿y no podías venir a mi casa?

Giovanni suspira y se gira un segundo para mirar al vacío.

—Mira, Erri, ahora es inútil hablar de ello. He cometido un error y, por desgracia, no es el único. Pero no se vuelve atrás, tú mismo lo has dicho.

—Oye, que tienes treinta años, ¡que tengo la sensación de estar escuchando a mi abuelo!

—Tú también decías lo mismo a mi edad.

—Bueno, pero algo sí que he conseguido cambiar. Si no te sientes

satisfecho con tu vida, también tú estás todavía a tiempo de cambiarla.

Es verdad, el pasado no se puede arreglar a nuestro antojo. Pero, al menos, podemos aprender de nuestros errores para no repetirlos; para no involucrar cada dos por tres al destino que, en realidad, va siempre un paso detrás de nosotros y se alimenta de las equivocaciones que dejamos por el camino.

—¿Te acuerdas de aquella noche que nos tiramos hablando hasta las tres de la madrugada? —Asiento—. Te dije que estaba convencido de haber tomado la decisión acertada para mí y para los que tenía a mi lado.

—Sí, me acuerdo.

—Bueno, pues eso, cómo explicarlo... aquella vez mentí como un bellaco. A ti, pero sobre todo a mí mismo. —Después añade—: Y ahora volvamos allí, que si no nos vienen a buscar.

Antes de salir de la cocina le apoyo una mano en el hombro.

—¡Giovanni, no puedes vivir la vida que mamá se imaginó para ti! —exclamo.

—¿Por qué, tú vives la vida que habías imaginado?

DESEOS SIN PROSPECTO

Recuerdo bien la noche de la que habla Giovannino. ¿Cómo podría olvidarla? Aquella noche Matilde me reveló su relación clandestina con Ghezzi, y mi primera vida dejó de existir.

Entre las muchas personas que podía elegir para buscar un poco de consuelo, elegí justo a mi hermano pequeño. Más que nada, necesitaba impregnarme de su vida aparentemente normal, de una casa buena, una mujer tranquila que nunca alzaba la voz, una hija que les llenaba las habitaciones. Quizá también de creer que existía un lugar en el mundo donde todo parecía tener sentido. Así, cuando me presenté en casa de Giovanni y Clara, me acogieron un poco sorprendidos (no era habitual en mí llamar al telefonillo a las diez de la noche), pero felices por la sorpresa.

Nos tiramos la noche hablando de Matilde, de Ghezzi, de la vida que se me había escapado de las manos sin ni siquiera darme cuenta, y del dolor por no lograr tener un hijo que, muy probablemente, había hecho que mi mujer perdiera la cabeza.

—Ese ha sido el motivo —afirmó Clara sin ningún tipo de duda, después de haber metido en la cama a Renata—, la gran mayoría de las parejas permanecen juntas por los hijos. Son un pegamento natural. Sin ellos, es difícil poner año tras año la misma intensidad y pasión en la relación.

Ya entonces, por el discurso de mi cuñada, habría podido imaginar que el nido de amor en el que había buscado refugio no era tan tranquilo. Mientras Clara hablaba, Giovanni miraba la alfombra.

—Sea como sea, ya verás como no tardará en arrepentirse de su elección, y entonces te tocará a ti decidir si perdonarla —prosiguió Clara—. Ahora me voy a dormir, que en un par de horas Renata se despierta. Ahí tienes la manta y la almohada —dijo, indicando el sillón que tenía a mi derecha—. Echa una buena cabezada y mañana tendrás las ideas más claras.

La miré marcharse y pensé que no había quedado nada de la bella Clara de

hace tiempo. Su sonrisa había desaparecido para dejar paso a una expresión ceñuda, y su mirada parecía vagar siempre ansiosa en busca de algo.

Giovanni se dio cuenta de que la observaba y comentó:

—Te estás preguntando dónde ha acabado su sonrisa, ¿verdad? —Se acercó y me susurró—: La naturaleza es extraña, eliges una mujer y al poco te encuentras al lado otra. ¿Y tú hablas de hijos? Los hijos pueden ayudar a una pareja a estar juntos, es verdad, pero cuando llegan se acabó, ¡*kapput!* Olvídate del sexo de antes, de las risas, de salir, de la despreocupación, de ver una película cada noche. Todo se acabó.

Lo miré de reojo mientras acariciaba el vaso de cerveza que tenía en la mano.

—Quizá teníais que haber esperado un poco más. Sois jóvenes.

—Ya, teníamos. —Giovanni pareció pensar un buen rato antes de volver a hablar—. Erri, pero ¿tú aún quieres a Matilde?

—Sí.

—Es decir, ¿estás locamente enamorado? ¿La deseas a cada instante? ¿No puedes vivir sin ella?

—Bueno, a cada instante, no...

—¿No hay una parte de ti que, en el fondo, esta noche casi se siente aliviada, intrigada por la idea de ser finalmente libre? ¿No notas un hormigueo en el estómago?

Medité sobre lo que me decía y respondí:

—Sí, puede ser...

Giovanni dio un trago de cerveza, se acercó y susurró:

—Me he enamorado de otra.

Me quedé mirándolo alucinado. Nunca me habría imaginado una noticia así, creía que quería a Clara y que era feliz en su matrimonio, con su vida. Indagué con los ojos en su rostro, en su piel suave, en sus pupilas negras y profundas, en el pelo que casi le caía sobre los párpados, y pensé que era realmente guapo.

Era y sigue siendo esta la diferencia entre él y yo, entre yo y muchos hombres que traicionan a sus mujeres y vuelven a casa sonrientes. Yo nunca lo he hecho, nunca he traicionado a Matilde, y no porque sea mejor que los demás. Simplemente porque, ya lo he dicho otras veces, mi aspecto me ofrece pocas oportunidades. No, es broma, en realidad soy solo un cobarde: mi infidelidad siempre se ha limitado a una mirada un poco descarada y a una

sonrisa. Me bastaba con esto para sentirme satisfecho, para retrasar un poco más el encuentro con mi conciencia, la cual intentaba inútilmente recordarme que sus días disponibles iban reduciéndose, así que haría mejor en buscar la forma de no malgastarlos. Habría podido buscar otra mujer o, mejor, intentar querer más a Matilde, comprender qué es lo que ya no iba entre nosotros. No hice ninguna de las dos cosas, solo arrastrarme cansado hasta el día de la rendición. La verdad es que nunca he traicionado a nadie, sino a mí mismo.

—¿Quién es la otra? —pregunté.

—¿Importa?

—No, la verdad.

—Hasta pensé en dejar a Clara.

—¿En serio?

Él asintió.

—¿Y entonces?

—Entonces cambié de idea. Comprendí que las cosas importantes son otras: la familia, los hijos, una casa a la que volver.

—¿Y entonces?

—Y entonces la dejé.

—¿A tu amante?

—¡Pues claro! —Di un trago de cerveza y guardé silencio—. ¿No dices nada?

—¿Qué quieres que diga?

—Por ejemplo, que hice bien.

—Hiciste bien.

—Sí, yo también lo creo —rebatí y añadió—: Utiliza este período para entender realmente qué sientes por Matilde. Tú tienes la posibilidad de hacerlo.

—Ya.

Finalmente se levantó, eructó y concluyó:

—Y mientras lo piensas, intenta echar un polvo.

Me quedé solo en el salón de aquella casa que me era extraña, después de que mi vida se hubiera desintegrado en cuestión de pocas horas. Me tumbé en el sofá y me quedé mirando el techo, incapaz de borrar de mi mente la confesión de Giovanni y lo que me había dicho sobre la familia y la libertad, e intenté preguntarme si realmente en mi interior habría una vocecita que se cachondeaba de mí pensando: «A partir de hoy te toca vértelas con tus deseos

inconfesables, los mismos que hasta ahora te has tragado cada noche con un poco de agua, como si fueran medicinas».

Si aquella noche no hubiera estado concentrado en mis vicisitudes, me habría dado cuenta de la enorme mentira que Giovanni estaba contándome a mí y, sobre todo, a sí mismo. Si hubiera sido alguien que dice las cosas como son, un hermano mayor en el verdadero sentido de la palabra, le habría dicho: «Giovanni, hay algo sin lo cual familia, hijos y casa se convierten únicamente en una cáscara vacía. Lo más importante de todo, aquello a lo que debes el mayor de los respetos: tu felicidad».

PEQUEÑA REFLEXIÓN SOBRE LA FELICIDAD

Aparte de Flor, nunca nadie en mi vida se ha molestado en recordarme que tenía que pensar en mi felicidad. Si la advertencia típica de mi madre siempre ha sido la de «mirar adelante», Mario una vez me dijo: «Elige siempre con tu cabeza». Pensándolo bien, es la sugerencia que más se acerca al concepto de búsqueda de la felicidad. También últimamente, cuando le dije que quería abrir una tienda de cómics, me aconsejó que siguiera mis sueños. Con Giovanni acabo de hablar; mientras que con Valerio, en cambio, solo he podido charlar de la vida en referencia a las que habíamos perdido en algún videojuego.

Un día que estaba particularmente locuaz, papá hizo que me sentara en sus rodillas y sentenció: «Erri, tienes que aprender a ser un poco menos sensible». Por la mañana habíamos visto como un gatito acababa debajo de un coche y no conseguía dejar de llorar. Si me paro a pensarlo, creo que son pocos los padres que empujan a un hijo a desarrollar la insensibilidad.

Arianna, cuando era pequeña, siempre me repetía que tenía que «aprender a odiar, si no nunca tendrás el valor de meterte con nadie». Tenía diez años cuando decía estas cosas. Yo la miraba con la boca abierta y ella pensaba que era estúpido.

Después comprendí que, en realidad, lo suyo no era odio, solo decepción. No existe lo de odiar por odiar, solo se puede odiar si antes se ha querido.

De Rosalinda recuerdo una tarde en Andalucía que, viéndome rodar por la tierra árida, vino corriendo a socorrerme, me levantó por debajo de los sobacos, me limpió la camiseta llena de polvo y dijo: «Erri, tienes que aprender a ver dónde metes los pies. ¡Siempre estás con la cabeza en las nubes!».

Por último, Matilde me dijo una vez: «Erri, me gustaría poder prestarte mis ojos para que pudieras ver cuánta felicidad eres capaz de dar a los demás».

Sea como sea, también tengo que reconocer que si una sola de las personas

importantes en mi vida se me hubiera acercado un día y me hubiera dicho: «Erri, ¿sabes qué? Creo que deberías hacer algo para ser más feliz», yo le habría respondido molesto: «¿Quién te ha dicho que no soy feliz?», y me habría escapado.

Hablemos claro: si hay algo que da realmente miedo, es la felicidad. Nunca sabes cuándo llega.

Y, sobre todo, cuándo se va.

MARIO SE CANSA EL PRIMERO

En el salón están solo Valerio y nuestra madre, que siguen discutiendo, hoja en mano, sobre el reparto de los bienes de casa Ferrara. Giovanni se tira en el sofá y pregunta por Clara.

—Está ahí, con la pequeña —responde mamá, y vuelve a su discusión con Valerio. No están Tomoko ni Arianna.

—¿Dónde está Arianna? —pregunto.

—Con su padre, en el estudio. Llevan un buen rato encerrados ahí...

—¿Qué hacen?

—Ni idea —responde nuestra madre—, creo que Arianna, como de costumbre, está acusando a su padre de haber sido injusto. Era de esperar.

Podría ponerme a discutir, preguntarle por qué motivo no ha gastado ni una pizca de energía en dar amor a una hija que no es suya. Pero como no creo que me fuera a responder, y como estoy seguro de que se trata de una cuestión narcisista (Renata Ferrara solo consigue querer el fruto de su vientre porque, en realidad, solo se quiere a sí misma), me dirijo al estudio de Mario para recuperar a mi hermana antes de que líe una de la que luego se arrepienta.

Un domingo, unas semanas después del nacimiento de Valerio, una terrible ola de calor azotaba la ciudad. Mi madre estaba ocupada con el recién llegado y yo jugaba con Arianna, que cada quince días pasaba un fin de semana con nosotros. Mario, al vernos jugar en el cuartito un buen domingo de finales de junio, pensó llevarnos a Damiani, una piscina cerca de Arco Felice, donde solía ir con Renata. En cambio, para Arianna era la primera vez, creo que su madre no la llevaba nunca a ninguna parte. Así que cuando entramos, abrió la boca de par en par y puso los ojos como platos, y luego se fue corriendo al baño por la emoción. Mario se tumbó en una hamaca a la sombra y se tiró toda la mañana hojeando el periódico, mientras nosotros jugábamos al pilla pilla y a ver quién aguantaba más tiempo bajo el agua. Cuando llegó la hora

de la comida, Mario nos dijo que saliéramos y que nos secáramos. Por aquel entonces Arianna llevaba aparato, y su padre insistió en que se lo quitara para comer. Ella obedeció y lo envolvió en una servilleta de papel. El problema es que al terminar la comida ni ella ni él ni siquiera yo nos acordamos de coger la servilleta, que fue tirada por el camarero de turno. Así que nos pasamos lo que quedaba de tarde hurgando en los contenedores de basura del complejo, mientras Arianna lloraba a moco tendido y repetía sin parar: «No os tenía que haber escuchado. A ver quién se lo dice ahora a mamá. ¡Te odio, no te perdonaré nunca, te odio!». Apuesto a que el pobre camarero que nos ayudó y que se tiró toda la tarde con las manos en la basura, todavía a día de hoy cuenta la historia de aquella niña que decía cosas horribles a su padre; y de este último que, en lugar de mandarla callar, desdoblaba las servilletas sucias de la gente. Si semejante experiencia no la ha podido olvidar el camarero, cómo van a hacerlo aquel padre y aquella hija que, después de tanto tiempo, siguen interpretando los mismos papeles: ella golpear y él encajar los golpes sin rechistar. A saber cuál de los dos se cansará antes.

En el pasillo me topo con Tomoko. Está apoyada en el marco de la ventana que da a un patio interior y habla por teléfono. Sigo por mi camino con la mayor discreción, pero ella se da la vuelta, aparta el móvil de la oreja y dice:

—Perdona, Erri, ¿puedo hablar contigo?

Su voz es como el canto de una sirena que acaba de emerger de las olas. Retrocedo.

—Perdona, te vuelvo a llamar —dice ella y cuelga—. Quería preguntarte una cosa, pero no conseguía encontrar el momento oportuno —admite con una sonrisa.

—Bueno, parece que ahora lo has encontrado.

Le devuelvo la sonrisa y me coloco el cuello de la camisa, como si haciendo eso pudiera parecer más atractivo.

—El próximo miércoles es nuestro «mesiversario», el mío y el de Valerio.

—¿«Mesiversario»?

—Sí, hace un mes que estamos juntos. Como está obsesionado con la cocina española y con el restaurante de tu padre...

—¿Valerio?

—Sí, ¿qué pasa, no lo sabías?

—No, voy poco al local de mi padre.

—Efectivamente, nunca te he visto. Pero he pensado que podrías preguntar si está disponible para una fiesta la próxima semana. Querría darle una sorpresa a Valerio.

—Claro, sin problema.

Ella sonríe y mis mejillas se tiñen de rojo. Es tan guapa que me resulta difícil agachar la mirada.

—Entonces, ¿ya me dices tú? —pregunta.

Pero yo aún sigo inmerso en sus ojos y no escucho lo que me dice.

—¿Erri?

—¿Sí?

—Decía, ¿ya me dices tú lo que sea?

—¿De qué?

—De la fiesta, si está disponible el restaurante.

—Ah, claro, cómo no, el «mesiversario».

Y con una carcajada oculto mi vergüenza.

—Vale, entonces te doy mi número. Apunta.

Mientras tecleo el nuevo contacto en el móvil, me pregunto si es normal que un hombre de cuarenta años se sienta avergonzado frente a una chica de veintiocho. Tengo que apuntarme a un curso para subir la autoestima.

—¡Tu hermano te quiere mucho! —exclama ella mientras traqueteo con la agenda del móvil.

—¿Sí? —respondo distraído. Estoy pensando que, en realidad, lo más adecuado sería un curso sobre simpatía. Un hombre feo que se tiene en gran estima también puede despertar la curiosidad de una mujer, pero quien marca la diferencia es quien consigue hacerla reír. Al menos, eso es lo que dicen.

—Sí, me ha hablado tanto de ti, que tenía ganas de conocerte.

—Espero no haberte defraudado —respondo, guardando el nuevo número.

—No, para nada —contesta ella, y sonríe.

Si no estuviera oxidado por años de vida matrimonial y sexo rutinario, no dejaría escapar el anzuelo lanzado por la sirena que tengo delante. Pero un poco porque me falta el valor para ligar con una mujer tan atractiva; un poco porque no puedo hacer el imbécil con la chica de mi hermano; y, finalmente, otro poco porque acabo de reflexionar sobre el hecho de que Ghezzi no brille ni por autoestima ni por simpatía y por eso no entiendo cómo haya conseguido birlarme la mujer, no respondo y le devuelvo una cándida sonrisa.

Llamo a la puerta del estudio, y es justo Arianna la que me abre. Tiene la cara aún más sombría y hundida que de costumbre, la expresión ausente y los ojos brillantes.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Ella se me queda mirando y no responde, así que me giro hacia Mario, que está sentado detrás del escritorio, y vuelvo a hacer la pregunta.

—Cierra la puerta —dice él serio.

—¿Qué ha pasado? —pregunto de nuevo.

—Lo que ha pasado es que tenía razón en no fiarme, en notar que olía a chamusquina —comenta Arianna.

—¿En qué sentido?

—Cierra la puerta, Erri —repite él.

—En el sentido de que con la historia de la familia feliz podía engañar a nuestros hermanos, pero no a mí. Yo no creo en las familias felices.

Miro a Mario, pero él no habla.

—Bueno, venga, ¿me lo explicáis, por favor?

—Más que donaciones para evitar peleas o ahorrar impuestos —prosigue Arianna impasible, mientras una lágrima comienza a descender a lo largo de su mejilla—, la verdad es otra.

—¿Cuál es la verdad? —pregunto.

Mira primero a su padre, después a mí.

—Te la tiene que decir él.

Cierro la puerta y me acerco en dos pasos al escritorio. Mario casi retrocede, y sus poderosos hombros rozan la maqueta a escala del Amerigo Vespucci que ocupa toda la pared. Una vez mamá, a su típica manera, intentó decir a su marido que quitara aquel estorbo inútil y que colgara, en todo caso, su título universitario; pero él respondió que los títulos sirven para los que no tienen nada más que enseñar de sí mismos. Renata soltó un resoplido de resentimiento y se fue a desahogar su rabia con la pobre asistente de turno.

—¿Cuál es la verdad? —repito, y me quedo mirando a mi padrastro, con las piernas que, de pronto, parecen unos zancos inestables. A saber por qué el cuerpo siempre parece darse cuenta antes que nosotros de cuando está a punto de llegar una mala noticia.

Suspira y habla con dificultad:

—No, es que no quería alarmaros. Los de ahí no saben nada, pero Arianna, ya la conoces, me ha obligado con sus típicos modales a que se lo cuente. Aunque si hubiera sido por mí... Además, no es cierto, yo creo que, a pesar de todo, la nuestra es una familia y...

—Mario, ¿qué ha pasado? ¿De qué verdad estáis hablando?

—Venga, no nos andemos con rodeos —interviene Arianna detrás de mí—, total, lo has entendido, ¿no?

—¡No, no he entendido una mierda! —grito.

Ella lo mira mientras habla conmigo.

—Papá se está muriendo —dice finalmente con un hilo de voz.

UN TERRIBLE PESO

Después del domingo que pasamos en el lago de Averno, volví a ver a Mario al viernes siguiente. Era por la noche y se presentó en nuestra casa después de cenar, mientras yo estaba con las piernas cruzadas en la alfombra viendo dibujos animados. Cuando lo vi entrar con su cara regordeta y sonriente, los ojos se me salieron de las órbitas y eché un vistazo detrás de él en busca de Arianna, que no estaba. Con expresión decepcionada, solté un «hola» y volví a la tele. Él saludó a mamá y vino a sentarse al sofá, detrás de mí, y allí se quedó un buen rato en silencio, a la espera de que ella terminara de prepararse para salir.

Notaba su pesada respiración detrás, pero no me di la vuelta. No porque me resultara antipático, sino porque sin Arianna, él me era indiferente.

Y además, porque no era la primera vez que mamá traía a casa a un hombre. Ya había pasado con Bruno, un arquitecto que siempre llevaba gafas de aviador con los cristales azules y polos Lacoste, incluso en invierno. O con Lucio, un abogado que cenó con nosotros un par de veces y que, sin dignarse a mirarme, hablaba de cosas que yo no entendía. En realidad, todos los amigos de Renata parecían tan poco interesados en mí, que con frecuencia me refugiaba en mi habitación y me quedaba dormido, mientras ellos se tiraban horas hablando.

Por aquel entonces, no me hacía demasiadas preguntas sobre la presencia de aquellas personas. Mamá parecía tranquila y feliz en su compañía, y esto me garantizaba un poco de tranquilidad también a mí.

Pero una noche me desperté sobresaltado por los gritos que provenían del salón. Me levanté y, con los pies descalzos, corrí a ver qué estaba pasando. En la entrada, mamá estaba apoyada con la espalda en la puerta de casa. Nada más verme, corrió hacia mí y me cogió en brazos.

—¿Sabes una cosa, Erri? —dijo—. Que tú y yo no necesitamos a nadie, ¿verdad?

Yo no sabía qué responder y me quedé mirándola de cerca, lo que no ocurría muy a menudo. Tenía los ojos brillantes y me apretaba con fuerza.

—Nos bastamos el uno al otro —prosiguió y me dio un beso en el cuello. Luego me llevó a su habitación y me tumbó en la cama—. ¿Te gustaría dormir con mamá esta noche?

Los ojos se me salieron de las órbitas. Renata Ferrara y Raffaele Gargiulo nunca me habían dejado dormir con ellos; y cuando papá se marchó, ella me había sentado en sus rodillas y había dicho:

—Erri, ahora que tu padre ya no está, me tienes que prometer una cosa. — Me la había quedado mirando con curiosidad y ella había continuado—: Que nunca me pedirás que durmamos juntos y que nunca te presentarás por la noche en mi habitación.

—¿Por qué?

—Porque sería más fácil que durmieras conmigo, pero yo no quiero. — Agaché la cabeza, pero ella continuó con su explicación—. No quiero criarte como a un mariquita que duerme con su mamá. Eres un niño, tienes que crecer fuerte y robusto; no me necesitas, tienes tu habitación.

Tras una breve pausa, prosiguió:

—Entonces, ¿me lo prometes?

Había dicho que sí con la cabeza y había dejado que me llevara a la cama, donde me había dado la vuelta hacia la pared para ocultar mis lágrimas. Un chico fuerte y robusto no llora. Eso es lo que me habría dicho si me hubiera visto.

En cambio, la noche que se peleó con Lucio me llevó a su cama de matrimonio y me llenó de besos por todas partes; y mientras lo hacía, tanto reía como lloraba. Nunca había tenido el gusto de probar sus largos abrazos, aquellos besos que parecían alimentarse de mi piel y sus caricias, mientras fingía que dormía. Habría sido la noche más feliz de mi infancia, si no fuera por aquellas palabras que me había susurrado al oído otras veces: «Eres el único motivo por el que continúo despertándome por la mañana».

Tenía seis años cuando mi madre me cargó con este peso.

SEIS MESES PARA ZARPAR

La llegada de Mario habría tenido que hacerme feliz; a fin de cuentas, su presencia haría que mi papel fuera menos pesado y el amor de mi madre menos sofocante. Lo que pasa es que con aquella edad todo esto aún no lo tenía claro y me regodeaba en mi carga. A mis ojos, Mario era aquel que apartaría de mí la atención de mamá, un enemigo grande y gordo con el que tendría que luchar con la única arma que tenía a mi disposición: la indiferencia.

Y con indiferencia lo recibí aquella noche, con indiferencia seguí mirando la tele y con indiferencia me di la vuelta cuando mamá dijo que me estaba comportando como un maleducado.

Él, en cambio, no parecía para nada ofendido por mi comportamiento y continuaba mirándome con aire bonachón. Finalmente, me tendió un paquete y dijo:

—He pensado que podría gustarte.

Por aquel entonces, solo había una cosa capaz de robarme una sonrisa, aparte del abrazo de mi madre: la visión del papel azul celeste que mi tienda preferida de juguetes usaba para envolver sus paquetes. Agarré el regalo e hice justo eso: sonreír.

Mamá se sentó en el reposabrazos del sofá, al lado de Mario, y dijo:

—¡Su tienda preferida!

Abrí el paquete con un entusiasmo que disminuyó en cuanto me encontré enfrente la maqueta del Amerigo Vespucci, el primer gran velero de la marina militar italiana. La caja estaba llena de minúsculas piezas de madera que de ninguna manera sería capaz de convertir en el velero de la imagen del envoltorio. Mi decepción tuvo que ser evidente, porque Mario se apresuró a añadir:

—He pensado que construir juntos un gran barco sería una buena manera de conocernos.

Me quitó la caja de las manos y cogió el manual de instrucciones. Yo, con la boca abierta, lo miraba tanto a él como a mamá, que a su vez nos miraba tanto a Mario como a mí.

Finalmente, Mario se levantó de golpe, a pesar de su tamaño, y exclamó:

—Bueno, qué, ¿nos ponemos manos a la obra?

—¡Sí! —grité, lanzándome al sillón.

—¿Ahora? —se entrometió Renata, barriendo de un plumazo mi euforia—. ¿No teníamos que salir? —prosiguió, dirigiéndose a Mario.

—Es verdad, Erri, le prometí a tu madre que la llevaría a un buen restaurante, y lo que se promete se cumple. ¿Sabes?, las mujeres se ofenden si no —dijo.

Agaché la cabeza y casi me echo a llorar. El plan de construir el barco se había esfumado incluso antes de empezar y me esperaba una noche en compañía de la tata Luisa, que se presentaba cada vez con una fotonovela bajo el brazo, que después de cenar se ponía a leer en voz alta en el sillón detrás de mí.

—Pero, atención, las promesas que se hacen a los niños no son menos importantes —añadió Mario inmediatamente después—. ¿Sabes qué podemos hacer? —Dije que no con la cabeza y me quedé mirándolo con su regalo en las manos—. Mañana es sábado. Hago que tu madre me invite a comer —dijo, mirándola con una sonrisa—, y así justo después nos ponemos manos a la obra. Nos tomamos toda la tarde y empezamos a proyectar nuestro buque. Aunque necesitaremos mucho tiempo para terminarlo, y mucha paciencia. Pero esa no nos falta, ¿verdad?

Asentí.

—Mientras tanto, ¿sabes qué podrías hacer? Despeja la mesa y empieza a separar todas las piezas iguales en montoncitos. Un trabajo difícil que nos ahorrará un montón de tiempo. ¿Te parece?

Volví a asentir.

—Entonces, ¿qué haces todavía ahí? ¡Arriba, a trabajar! —exclamó, y se agachó para pellizcarme debajo de la barbilla.

Miré a mamá, que sonreía y tenía los ojos brillantes. Cuando cerraron la puerta tras de sí, ni siquiera les hice caso, tenía una tarea importante por terminar para el día siguiente. Durante el resto de la noche, mientras separaba las piezas de madera, no me pregunté por qué mamá tenía los ojos brillantes, ni si con la llegada de aquel hombre a la familia no volvería a dormir con

ella. Solo esperaba que aquellos dos no se pelearan antes de que el buque estuviera terminado.

La empresa se reveló más ardua de lo que creía, y pronto los sábados por la tarde se dedicaron a la construcción del Amerigo Vespucci; hasta el punto de que mamá, al poco, empezó a irse de tiendas mientras yo ensamblaba velas y pegaba cascos con la ayuda de mi nuevo amigo.

Tardamos ocho meses en terminar nuestro faraónico proyecto. En cambio, fueron seis los meses que trascurrieron antes de que mamá y Mario decidieran vivir juntos. Por último, me bastaron solo dos para comprender que también los padres de los demás, si quieren, pueden servirte de padre.

HOMO SAPIENS

Cuando nació Valerio me encontraba en casa de mi padre. Era mayo, ya hacía calor y Rosalinda se pasaba todo el día en el sofá, con la barriga que en dos meses daría a luz a Flor, viendo telenovelas y comiendo «guarrerías», como las llamaba papá. En lo que a mí respecta, me alegraba de que Rosalinda se tirase el día entero en el sofá con combinaciones que dejaban al descubierto sus muslos y su pecho; visto que por aquel entonces, después del colegio, me pasaba toda la tarde en su casa, entre un capítulo sobre el *Homo sapiens* y uno nuevo de *Sentieri*[13].

De aquellos días recuerdo la luz de neón de la fría cocina en la que me refugiaba para estudiar, el zumbido del frigorífico que hacía que me entrara sueño y el aviso de Rosalinda cuando estaba a punto de empezar el culebrón. Entonces corría y me tumbaba a su lado, con la cabeza sobre sus muslos o sobre su pecho, que cada día parecía crecer más, al igual que la barriga.

Con frecuencia me quedaba mirándole el escote, incluso después de que hubiera empezado la telenovela. No sé muy bien qué es lo que provocaba en mí, pero el espectáculo de aquellas dos grandes esferas y del pezón negro que se entreveía bajo el tejido semitransparente de la combinación me ponía nervioso al tiempo que me excitaba.

A determinada hora, Rosalinda se iba a preparar la cena, así cuando llegaba papá, solo tenía que lavarse las manos y sentarse a la mesa. Comíamos en silencio, como mucho con el telediario de fondo, y mientras él masticaba mirando la pantalla, yo me preguntaba cuándo volvería a casa.

Aquellas pocas tardes pasadas en casa Gargiulo me parecieron meses. Por otro lado, hacía poco que papá había vuelto de España y nuestra relación era casi inexistente. Los primeros días fueron traumáticos, me parecía estar viviendo con extraños. Por suerte, Rosalinda tardó poco en ganarse mi confianza. Un día que estábamos tumbados en la alfombra viendo la televisión, me cogió la mano y se la apoyó en la barriga.

«Aquí está tu hermana. ¿Me prometes que siempre la querrás y la protegerás de todo y de todos?».

Luego me alborotó el pelo, me plantó un beso en la frente y se desvaneció en la cocina para preparar una de sus famosas tortillas.

Cuando llegó el tan esperado día, papá se me acercó y dijo: «Ha nacido tu hermano. ¿Quieres ir a casa a conocerlo?».

Asentí sin abrir la boca, preparé mi bolsa en silencio y me despedí de Rosalinda con tristeza. Por la noche conocí a Valerio. Cuando entré en casa, mamá le estaba dando el pecho y, nada más verme, me sonrió y me invitó a acercarme. A su lado estaban Mario, que sonreía feliz, y Arianna, que miraba la escena embobada. Vacilante, me quedé mirando el pequeño ser que parecía desaparecer en el hueco del brazo de mi madre, y me acerqué paso a paso. Arianna, en cambio, quizá por un ataque de celos con respecto a mí, decidió que sería ella la primera en acariciar a nuestro hermano, y empezó a frotarle intensamente la cabeza, aunque mamá le siguiera repitiendo «ten cuidado».

Me vino a la mente su diabólico plan de hacía unos meses, cuando Arianna había sugerido que nos aliáramos para contrarrestar la fuerte presencia de Valerio, y por un momento temí que quisiera hacer daño al niño.

Pero ella continuó acariciándole la cabeza mientras él mamaba tranquilo; y cuando días después le pedí explicaciones, me respondió con una de sus tantas frases que, a lo largo de los años, me han dejado sin palabras: «Erri, una cosa es odiar una barriga, y otra odiar a un pequeño ser indefenso. Ya lo sabes, tú y yo somos una única cosa, pero en esto no puedo estar contigo: si odias a ese niño, tienes un problema en la cabeza y lo tienes que resolver tú solo». Acto seguido se fue y no volvió más al tema.

Nunca he odiado a mi hermano, ni cuando estaba en la barriga ni después, aunque Arianna creyera lo contrario. Y aquella noche, mientras acariciaba también yo la cabecita llena de pelo de Valerio, apaciguando así el deseo de aparente unidad familiar de mi madre, no sentía, como ellos se hubieran esperado, unos delirantes celos. En cambio, sí que me hacía una pregunta muy diferente: ¿por qué mamá no tenía los pechos grandes y negros como Rosalinda?

[13] Telenovela estadounidense que fue retransmitida por la televisión italiana durante treinta años. (N. de la T.)

OCHENTA Y UN AÑOS ES UNA EDAD MUY RESPECTABLE PARA MORIR

En el salón, el ambiente es el mismo de hace unos minutos: mamá parlotea con Giovanni y Clara de su segundogénito; Tomoko sigue al teléfono cerca de la ventana y Valerio está tirado en el sillón que normalmente usa su padre, con el portátil en las piernas y la mirada perdida en la pantalla.

Si no me acabara de enterar de que Mario tiene una grave disfunción cardíaca y de que, en el mejor de los casos, puede vivir cinco años más, me sentaría como siempre en la alfombra e intentaría convivir con la alegre comitiva esperando que el tiempo pase rápido. En cambio, me quedo de pie observándolos, y ellos ni siquiera se dan cuenta de mi presencia. Parece todo tan absurdo, que me gustaría gritar para dar sentido a esta escena irreal.

—Os lo pido por favor, no digáis nada —nos ha implorado Mario—, hablaré yo con ellos, poco a poco.

Arianna se ha cruzado de brazos y ha salido de la habitación. Él me ha sonreído y ha dicho:

—Bueno, Erri, nadie es eterno, tengo setenta y seis años, y si de verdad consigo vivir otros cinco, puedo sentirme afortunado. Ochenta y un años es una edad muy respetable para morir. No me apetece quejarme. En el fondo no vivimos poco, en todo caso vivimos mal.

—¿Por qué no lo dices? —he susurrado.

—Primero quería arreglar las cosas, para que en el futuro no haya peleas entre vosotros.

—Sabes que no nos pelearíamos.

—Puede ser, pero ahora estoy más tranquilo.

—¿Y mamá? ¿Por qué no se lo has dicho a ella?

—Ella lo sabe.

—¿Lo sabe?

—Sí.

«Pues sí que finge bien», me habría gustado añadir, pero él me ha apoyado una mano en el hombro y ha dicho:

—Ahora vayamos para allá y terminemos felices la fiesta.

ENTIENDO POCO DE FELICIDAD

Es el momento oportuno para hablar de la enfermedad de mi madre. Han pasado diez años y aún recuerdo el día en que me llamó para decirme que no estaba bien. Era una noche de julio y estaba en la cola del cine al aire libre en Colli Aminei, junto a Matilde y una pareja de amigos,

—Erri, tengo que decirte algo —soltó mi madre—, ¿dónde estás?

—Estoy entrando al cine, ¿es urgente?

Ella dudó antes de responder:

—No, está bien, si eso llámame después.

—¿Qué ha pasado?

En ese momento mamá pronunció una de sus frases memorables:

—No, nada, es que el pasado martes me encontraron un tumor en el pecho y quería decirte que el lunes me tienen que operar.

Me quedé paralizado y mudo mientras la gente en la cola me adelantaba y Matilde, imaginando que algo no iba bien, me miraba interrogativa.

—Erri, ¿estás ahí?

—Estoy aquí. Lo único que... no entiendo... me das una noticia de este tipo como si me estuvieras diciendo que tienes que irte de crucero.

—¿Y qué tengo que hacer? —replicó rápidamente—. ¿Desesperarme? No tengo ni tiempo ni ganas, prefiero hacer lo que hay que hacer y seguir con mi vida.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo? ¿Directamente el lunes por la mañana?

—Escucha, Erri, es por esto por lo que no te quería llamar, sabía que tendría que tragarme la charla del hijo marginado. Lo que pasa es que Mario ha insistido, dice que ya eres mayor, que tienes derecho a saberlo. Y eso... aquí estamos. No quiero que seas tú el que se ocupe de mí, todavía soy lo suficientemente joven para no tener que confiar mi vida a mis hijos. Estoy en plena posesión de mis facultades psíquicas y físicas, y me sé valer por mí misma, como siempre he hecho. Además, tengo a Mario.

—Espérame, que voy —respondí resoplando.

—No, estoy saliendo —replicó ella—, voy a cenar fuera.

Matilde continuaba mirándome, y nuestros amigos ya habían entrado.

—Joder, mamá, ¿me das una noticia de este tipo por teléfono mientras te preparas para salir?

—Bueno, antes o después te lo tenía que decir, así que he cogido el móvil y me lo he quitado de encima.

—¿Y mis hermanos?

—Todavía no lo saben.

—Pa chasco...

—Son muy jóvenes, déjalos vivir su despreocupación.

—Pero ¿no tendrás que seguir una terapia?

—Sí.

—¿Y no crees que se darán cuenta?

—Jopé, Erri, no me hagas también tú la vida más complicada de lo que ya es. Un problema a la vez: primero vamos a pensar en quitarnos esta cosa fea, y luego ya pensaré en cómo decírselo a tus hermanos.

—Ya no son niños —contesté—, a mí ni siquiera con cinco años me protegiste de la realidad. No entiendo por qué esos dos deben crecer entre algodones.

—Vale, Erri, ahora tengo que irme. Hablamos mañana.

—Me paso mañana.

—Está bien, pero ni se te ocurra abrazarme o mirarme con compasión.

—No te preocupes, te conozco desde que nací.

—Bravo.

Colgué, con Matilde suplicándome con la mirada que la pusiera al corriente. Me metí el móvil en el bolsillo y, suavemente, la volví a empujar hacia la fila.

—¿Era tu madre?

—Sí.

—¿Qué es eso tan grave que ha pasado esta vez?

—Nada —respondí mientras tendía las entradas al taquillero—, mi madre tiene cáncer.

Matilde se quedó parada, a pesar de que la gente empujara para entrar, y abrió los ojos como platos.

—Pero ¿qué me dices?

—La tienen que operar el lunes. Ahora vamos, que empiece la película.

Me siguió en silencio, con la mirada fija en mi cara impassible. Poco antes de que empezara la proyección, me preguntó:

—Pero ¿no deberíamos pasar por su casa?

—Está cenando con unos amigos.

—Sois una familia de locos.

—Sí, puede ser.

Cuatro años después, el día de nuestra boda, estábamos tumbados en la cama del Grand Hotel Santa Lucia, en el paseo marítimo de Nápoles. Acabábamos de hacer el amor, exhaustos por una ceremonia que había durado más de lo deseado, y ella se salió con esta frase:

—En los últimos años, solo he pensado en dejarte una única vez, pero no tuve valor.

—¿En serio? —pregunté con curiosidad, dándome la vuelta para mirarla.

—Cuando tu madre enfermó. La noche que te llamó.

—¿Y?

—Estábamos en el cine.

—Sí, creo que sí.

—Me lo habías dicho como si fuera la cosa más normal y te habías quedado tan tranquilo viendo la película.

—¿Y qué debería haber hecho?

Matilde sonrió y me abrazó.

—¿Llorar, quizá? ¿Desesperarte? ¿O simplemente pedirme apoyo? ¿Desahogarte conmigo?

—¿Tú crees?

—En ese momento me dije que no podía pasarme la vida a tu lado; que eras tan amoroso, tan amable y atento, pero que frente a las emociones, las fuertes, te encerrabas en ti mismo, como si las ingurgitaras para hacerlas desaparecer.

—¡Pues vaya cosas se te pasan por la cabeza!

—¡Entonces reflexioné sobre ello y pensé que me gustabas igualmente!

Y me besó.

Volvimos a hacer el amor (en esa época teníamos la extraña costumbre de repetir) y solo al final, poco antes de quedarnos dormidos por primera vez

como marido y mujer, susurré en la habitación ya oscura:

—No es verdad que no sienta las emociones. La emoción humana más poderosa y antigua es el miedo, y yo me cago encima con frecuencia. —Me esperaba una carcajada, pero ella ya estaba dormida. Entonces alargué el cuello para asegurarme y solo entonces añadí—: Por ejemplo, el hecho de que ahora seas mi mujer me aterroriza. Me hace sentir responsable de tu felicidad. Y yo entiendo poco de felicidad.

DE LA AGENDA DE MATILDE DEJADA A LA MITAD

¿Sabías que tu padre y yo juramos ante una estrella querernos para siempre? Éramos jóvenes, quizá un poco estúpidos, seguro que inmaduros, y era una bonita noche de principios de verano. Hay una fase del enamoramiento en la que todo lo que tiene que ver con la persona que quieres te es aún desconocido. Es un tiempo breve, un período destinado a morir, a apagarse como las estrellas mismas, y aun así es un momento precioso.

Así nació el amor entre nosotros, gracias a una noche que pasamos mirando una estrella. Me gusta pensar que el nitrógeno, el oxígeno, el carbono y el hierro que circularán por tu cuerpecito provienen de aquel astro lejano en el universo y en el tiempo.

AQUELLA TARDE

Volviendo a la revelación de Mario, estaba yo saliendo de su estudio, cuando me ha agarrado del brazo y me ha dicho:

—Erri, te lo pido por favor, piensa en Arianna, eres el único capaz de hacerla entrar en razón. Justo a ella habría preferido no decírselo, tengo miedo de que monte una de sus escenas, que les cuente a todos la verdad. Hazla entrar en razón, tú que puedes.

—Lo intentaré —he respondido.

La llegada al salón de Mario, que se deja caer en el sofá pasando los brazos por detrás de los hombros de su mujer y de su nuera, me trae de nuevo al presente, por lo que me doy cuenta de que Arianna no está con nosotros. Voy a la cocina, pero solo está Pari, que mordisquea un plátano y ve la tele. Echo un vistazo al reloj de la pared, son las diez y media de la noche.

—Y tú, ¿cuándo dejas de trabajar? —digo dirigiéndome a Pari, que me da la espalda.

Ella se da la vuelta sobresaltada, asustada, y clava las uñas en la encimera. Después se lleva la mano al pecho, sonrío y suspira. Probablemente había temido encontrarse con la mirada del sargento y se siente feliz de que el peligro haya pasado. Sonrío, pero no abre la boca.

—¿Entiendes italiano?

—Poco —responde, y apaga la televisión.

—No, no tienes que apagar, puedes hacer lo que quieras.

Pari me mira sin entender, así que doy dos pasos y vuelvo a encender la tele, después saco una silla de debajo de la mesa y le hago una señal para que se siente. Finalmente, digo:

—Me voy para allá, termina de comer con calma —señalo el plátano que sigue apoyado en la repisa de la cocina—, y... perdona.

Ella vuelve a sonreír, y yo salgo de la habitación y voy hacia mi antiguo dormitorio. El apuro reflejado en los ojos de la mujer me ha hecho aún más

difícil la digestión, y si no tuviera en mente cosas más importantes, quizá me detendría a intercambiar cuatro palabras con mi madre sobre el trato que reserva a la pobre india. Pero cuando abro la puerta y me doy cuenta de que Arianna está tumbada en la que fuera mi cama, me olvido inmediatamente de Pari y del *apartheid* de casa Ferrara.

Me siento en el borde y apoyo una mano en su hombro. Un poco más allá está mi sobrina Renata, que duerme en el carrito. Arianna se da la vuelta y se queda mirándome con esos ojos suyos que te desnudan.

—No es justo que nadie sepa nada —dice entonces.

—Lo sabrán, no cambia mucho si esta noche o en unos días.

Ella entorna los ojos y se frota las mejillas con las palmas de las manos.

—Creía que este día no llegaría nunca... —prosigue.

—Bueno, en el fondo Mario ya no es un niño. En cualquier caso, esperemos que le quede aún mucho tiempo.

—¿Tienes un cigarro? —pregunta, sentándose en la cama.

—No, lo siento. Además, está Renata —contesto.

—Mi madre fumó durante todo su embarazo y después. Basta con abrir la ventana.

Me gustaría objetar que su madre no es el ejemplo de la madre perfecta, pero decido pasar y me viene a la cabeza que mamá siempre tiene un paquete en el aparador del pasillo. Salgo a cogerlo, junto a un cenicero que apoyo en el mármol del alféizar. Ahora Arianna se está mirando en el espejo que lleva colgado detrás de la puerta del armario desde hace más de treinta años.

—¿Te acuerdas de cuando nos escondíamos aquí dentro? Era nuestro castillo —dice.

—Cómo no. Pero luego nos quedábamos sin aire.

—Yo nunca, quizá tú —responde, y agarra el cigarro—. ¿Y te acuerdas de aquella tarde?

Ya está. Sabía que tarde o temprano llegaríamos a «aquella tarde».

—Sí —susurro, y aparto la mirada.

—Oye, que no tienes nada de lo que avergonzarte.

—¿Por qué no volvemos ahí fuera y ayudamos a que tu padre ponga fin a la noche?

—Porque no sé fingir.

Sencillo, incluso demasiado.

—Creo que a Mario le gustaría tenerte cerca.

—También a mí me dio corte, aunque no lo demostrara.

—Arianna...

Se acerca, con el cigarro aún apagado entre los dedos.

—Además, tenía miedo de que entrara alguien, de que nos descubrieran y de que me separaran de ti y de esta casa, de esta familia.

No sé qué decir, así que me la quedo mirando y no contesto. En cambio, ella me echa los brazos al cuello y acerca su boca a pocos centímetros de la mía.

—¿Qué haces? —me oigo decir.

Pero ella está como ausente, su cuerpo parece el de una grácil marioneta de mirada apagada que se agarra a sus propios hilos. Un segundo después, sus labios se posan en los míos. Intento retroceder, pero ella me sujeta. En ese momento tengo la sensación de ahogarme y en su gesto violento no siento amor, sino indiferencia. Ya no soy el niño que escuchaba hechizado a su sirena sin corazón y sin emociones.

Me aparto bruscamente y ella se me queda mirando con los ojos muy abiertos, como si nunca se hubiera esperado semejante reacción.

—Ya no somos aquellos dos niños —intento decir.

La mirada de Arianna es glacial cuando contesta:

—Pero ¿quién te crees que eres, Erri? ¿De verdad te piensas que quería besarte?

—Lo estabas haciendo.

—Qué patético —concluye, volviendo a lanzarse a la cama.

Debería irme, dejar que desahogue con otro su rabia; en lugar de eso, me tumbo a su lado y la abrazo. No se da la vuelta, así que la cojo de la barbilla y la atraigo hacia mí. No reacciona, de manera que empiezo a besarle las mejillas suavemente mientras le acaricio el pelo y mi mente vuelve otra vez a «aquella tarde» de hace casi treinta años, al armario que aún sigue ahí, demostrándonos que no basta con mantener encerrados los recuerdos para esperar que se evaporen. Que cuando vuelves a abrir la puerta, ahí siguen, y solo te queda rendirte a su fuerza y cerrar los ojos. La verdad es que la vida es un conjunto de pequeños episodios que después se transforman en recuerdos, y si no somos capaces de darles su justa importancia, quiere decir que no nos merecemos conservarlos en nuestra memoria. Y sin memoria, ¿qué nos queda?

A los pocos segundos, mis labios se encuentran con sus lágrimas, pero

durante un tiempo que me parece infinito continuó acariciándole la piel como si fuera mi hija o, quizá, mi mujer; y mientras la acaricio pienso que ahora lo natural sería besarla de verdad.

De golpe, se me vienen a la cabeza las palabras de Flor: «Haz una locura, al menos por una vez en tu vida», y vuelvo a pensar en todas las veces que me he imaginado el momento, el escenario que he construido en torno al sueño, y me doy cuenta de que la realidad no incluye escenificaciones ni impresionantes fotografías. Arianna y yo nos estamos amando de la única manera posible, en el único lugar que siempre ha protegido nuestros sentimientos. Volvemos a estar juntos, abrazados, con nuestras respiraciones que chocan contra la piel del otro, las pestañas que casi se tocan. De nuevo aquí, ya no para manifestarnos nuestro amor, sino para intercambiar nuestro dolor, para apoyarnos el uno al otro, para jurarnos ahora y siempre que nosotros dos aquí estaremos.

YA NO ME JUEGO LA VIDA

Solo dos personas en el mundo, Flor y Rosalinda, saben el amor que siento por Arianna. Todos los demás (mamá, Mario y mis hermanos), piensan que se trata de amor fraternal.

Tenía veinte años y hacía poco que Giulia me había dejado por el chico rastafari de la camiseta verde. Me pasaba el día con Orlando liándome porros y jugando a videojuegos, y Arianna ya no existía en mi vida. Nos veíamos poquísimo, solo en alguna fiesta familiar en Navidad o Pascua; demasiado ocupados los dos en mantenernos a flote en el lodo, como para preocuparnos por mantener relaciones que nos ligaban a la infancia, una fase de nuestra vida que no queríamos recordar. Hablo en plural, pero en realidad este discurso me lo soltó ella una noche que me la encontré fuera de un bar, en compañía de un hombre barbudo con un perro moteado.

Arianna me besó en la mejilla y me abrazó, pero solo con los brazos, porque las manos las tenía ocupadas con un canuto y una cerveza. Después exclamó:

—¡Qué guapo estás!

Nunca nadie me había dicho una frase así, e incluso a Orlando, que estaba a mi lado, se le salieron los ojos de las órbitas.

—¿Qué tal? —preguntó después.

—Bien, bien —mentí.

Tenía ojeras, el pelo desgredado sujeto por una goma, pendientes de distinto largo que le colgaban de las orejas, un montón de anillos extraños en los dedos y una camiseta anchota con una calavera dibujada.

—Qué bonita tu camiseta —dije por romper la situación incómoda.

—Es una calaca —respondió agachando la barbilla—. ¿Sabes lo que es una calaca?

Asentí para no quedar como un imbécil, pero solo después descubrí que es un esqueleto de colores que los mejicanos preparan para el Día de Difuntos.

—El próximo mes me voy con papá a Sicilia. ¿Vienes? Vamos a dar una vuelta por la isla cuatro días. No estoy nunca con él, he pensado en contentarlo.

—Pues claro, voy, voy.

—Bien, entonces nos vemos allí. —Y me volvió a abrazar, un poco más, aprovechando para susurrarme al oído—: No pienses que ya no te quiero, es solo que formas parte de un período de mi vida que quiero olvidar.

Su cálido aliento me produjo un escalofrío, pero sonreí igualmente y le di un beso en la mejilla. Después me quedé mirándola mientras se alejaba con aquel tipo con pinta un poco de mendigo y poco de intelectual, y con el perro que pegaba saltitos a su alrededor como un canguro. Y envidié a ambos, a él y al perro, porque podían pasar tiempo con Arianna, formar parte de su mundo, aunque solo fuera por una noche, lo que a mí ya no se me concedía. Vistos de lejos, parecían personajes de un cuento, en el que el hombre barbudo interpretaba el papel de príncipe azul.

Orlando, que mientras tanto se había metido en el bar, había vuelto a mi lado. Nosotros dos, al contrario que la pareja de Arianna, no teníamos nada de atractivo; éramos los típicos chicos que todavía no habían entendido qué hacer con su vida y que van por ahí perdiendo el tiempo a la espera de que el día siguiente les traiga algo nuevo.

De vez en cuando me subía una especie de reflujo por la garganta, y aunque Orlando decía que comía demasiadas *pizzas* fritas, yo sabía que, entre otras cosas, era mi deseo de que Arianna volviera a aparecer. Porque la amaba desde siempre, desde un domingo de hacía tantos años, y la echaba de menos. No era culpa de las *pizzas*, era mi insulsa vida lo que mi estómago intentaba vomitar.

Me pasé el siguiente mes esperando volver a verla. Me ocurrió con mucha frecuencia durante la adolescencia, tirarme el tiempo esperando que pasaran los días para poder verla. Tarde o temprano tendré que pedirle una indemnización por ese tiempo. Pero cuando finalmente llegó el día de la partida, Arianna no estaba. Las semanas precedentes no había preguntado por ella, en parte porque estaba seguro de que estaría, en parte porque temía que Mario pudiera intuir mis sentimientos si preguntaba. Por eso, nada más darme cuenta de que no vendría, me hundí en una depresión sin retorno que me

acompañó durante todas las vacaciones en las que, por otro lado, nunca habría participado sin Arianna.

Fueron cuatro días de total oscuridad. Mamá y Mario estaban emocionados y le sacaban fotos a todo; mis dos hermanos aprovechaban las paradas para perseguirse, pillarse, liarse a puñetazos y comer helados que, puntualmente, se derretían en sus camisetas de moda siempre iguales, pero de distinto color, elegidas por Renata. Yo, en cambio, me quedaba en silencio, sobre un muro o en un banco, la mayoría de las veces con los cascos en los oídos, odiando el mundo y la gente a mi alrededor, justo como Vasco cuando cantaba: ... *adesso invece non ci credo più, non credo più a niente, e la mia vita non la rischio più, per nessuno e per niente!*^[14].

Habría hecho como él, habría dejado de jugármela; pero mi vida era tan poco divertida, que no tenía nada que perder. Es por eso que he seguido queriendo a Arianna.

[14] «...en cambio ya no me lo creo, ya no creo en nada, ¡y ya no me juego la vida ni por nadie ni por nada!». (N. de la T.)

LA MIRADA DE ADMIRACIÓN DE UNA MADRE

Durante el viaje, me armé de valor para preguntar por Arianna. Mario me explicó que se había marchado a Barcelona con su novio.

—¿A Barcelona? ¿Y qué ha ido a hacer allí?

—Bah, ya la conoces —respondió—, se le ha metido en la cabeza mudarse a España.

—¿Quiere vivir allí?

—Sí, dice que él tiene muchos amigos y algunos clientes en Barcelona.

—¿Y por qué, en qué trabaja? —se entrometió mamá.

Estábamos en Catania, sentados en un bar en la plaza del Duomo, a pocos pasos de nosotros estaba la fuente del Elefante y enfrente la histórica vía Etnea. Mamá metía su cucharilla de plástico naranja en el granizado de limón, Mario hacía crujir entre sus dientes lo que quedaba de un *cannolo alla ricotta*^[15] y Valerio y Giovanni se las veían con el enésimo cono de chocolate. Yo, en cambio, sorbía por una pajita demasiado pequeña una Coca-Cola caliente, y tenía las manos sudadas por los nervios.

—Es un artista, hace obras extrañas. Arianna me ha enseñado alguna, tipo instalaciones con materiales reciclables.

—¿Y vive de eso? —preguntó inmediatamente ella.

—Creo que sí.

—Pero ¿quiere dejar de estudiar? —pregunté.

—Dice que continuará en España. Pero dime tú si el próximo año tu hermana no habrá cambiado de idea, a lo mejor lo ha dejado con el artista. Evito hacerle preguntas, total, sé que cada dos días se inventa algo nuevo. Así, al menos, no me veo obligado a discutir.

Me sorprendió como nunca que Mario definiera a la mujer que amaba como mi hermana, pero no me dio tiempo a pensar en ello, porque mamá replicó:

—Eres demasiado permisivo con ella.

Mario hincó el diente al segundo *cannolo* y rebatió:

—Prueba tú a vértelas con ella.

—Ni se me pasa por la cabeza, es tu hija, ¡no la mía!

—¿Y cuándo vuelve? —pregunté, interrumpiendo la discusión.

—El martes está en Nápoles.

—Pero, por lo menos, ¿conoces al novio? —preguntó Renata.

—Me lo ha enseñado en foto. Parece un buen tipo, es más alto, tiene barba y un bonito perro.

—¿Tiene barba? —intervine.

—Sí.

—Y un perro moteado...

—Un perro mote... Sí, ¿cómo lo sabes?

—Me encontré con ella el mes pasado.

—¿Y qué te pareció?

—Feo.

Mario se rio; a mamá, en cambio, no pareció hacerle gracia.

—No entiendo cómo haces para estar tan tranquilo con tu hija en otro país con un desconocido. ¿Y su madre no dice nada? ¿No se preocupa?

—Deja tranquila a su madre —respondió Mario, de pronto serio.

—Menos mal que no es mi hija, haría que me muriera de pena —comentó ella, presa de una de sus crisis de ansiedad.

—¡Deja de preocuparte! Arianna, con todos sus defectos, es una buena chica y de buenos principios. Es capaz de apañárselas sola. —Luego se levantó y añadió—: Y ahora volvamos a nuestra visita turística.

Durante el resto de la tarde se me quedó una imagen fija en la mente: el hombre barbudo metiendo sus largos pelos entre los muslos de mi amada.

De vuelta a Nápoles estaba deshecho. Sin Giulia, y con Arianna preparando una vida lejos de mí y de Italia, no conseguía sentirme bien ni con los regalos de Orlando. Fue entonces cuando entró en juego Rosalinda. Arianna se la encontró por casualidad una tarde y empezó a alabar la belleza de España y a decirle lo afortunadas que eran, ella por ser española y Flor por tener una madre de aquella tierra. Al rato, la conversación cambió de rumbo hacia el aquí presente.

—De todas las personas que perdería si me fuera, solo me interesa Erri —

le confesó a Rosalinda—. Si tuviera que decidir no seguir a mi chico, sería por él.

—¿Tanto lo quieres?

—Más —respondió Arianna con los ojos brillantes.

Y en aquel «más», Rosalinda se percató de la verdad. Por eso, un domingo a la hora de la comida, estando solos en la cocina, me dijo estas palabras:

—Creo que Arianna te quiere.

Llevaba una falda corta vaquera y una camiseta fucsia escotada, a pesar de que fuera invierno, y me daba su espalda semidesnuda mientras ponía la cafetera en el fuego.

—¿Y tú qué sabes? —pregunté asombrado y rojo como un tomate.

Me contó su encuentro y al final me dijo:

—En el fondo, no es nada tuyo, ¿no?

—Ya, no es nada mío —repetí con un susurro.

Una frase que me ha acompañado durante toda la vida.

—¡Podríais estar juntos! —prosiguió radiante Rosalinda, como si estuviera recitando en una telenovela.

—Anda ya, mi madre y Mario se pondrían como locos. No, es imposible.

—Entonces, al menos podríais hacer el amor a escondidas —añadió. Sonreí y me encontré mirando embelesado a aquella mujer que parecía mi coetánea—. Así te olvidarías también de aquella otra, ¿cómo se llama? Giulia.

—Arianna tiene novio.

—Pero no lo quiere.

—¿Y tú qué sabes?

—Lo sé, créeme. Las mujeres saben de estas cosas.

—Somos demasiado diferentes, llevamos vidas demasiado diferentes.

En aquel momento entró mi padre para comprobar si estaba listo el café. Rosalinda cambió rápidamente de tema, y solo cuando él ya había salido, se me acercó con la tacita en la mano y susurró:

—Llámalala y quédate con ella. No te preocupes, ¡será nuestro secreto! —Después me dio un beso en la mejilla y, mientras salía de la habitación, susurró—: En cualquier caso, ¡si Arianna te dice que no, es que está muy loca[16]!

A saber por qué, a ojos de Rosalinda siempre he sido un chico guapo. No sé si es cuestión de cariño materno o porque me parezco a su marido. En el

fondo, creo que es una mezcla de las dos cosas. Sin embargo, en determinado momento me dejó de interesar el porqué y disfruté de sus ojos que me veían guapo y atractivo, un poco como el hijo que se deleita con la mirada de admiración de su madre. Con la sutil diferencia de que yo ya tenía una madre. La verdad es que la vida de un hombre está hecha de demasiadas madres y siempre pocos padres.

[15] Dulce típico siciliano, consistente en un cilindro de masa quebrada frita, rellena de requesón azucarado. (N. de la T.)

[16] En español en el original. (N. de la T.)

UNA VISIÓN DESENCANTADA

Seguimos tumbados en la cama, cuando Arianna sonríe un segundo y se vuelve a poner seria.

—Pero  d nde has estado en los últimos veinte años? —Me gustaría responder con una broma, pero ella prosigue—:  D nde estabas cuando te necesitaba y ni siquiera lo sabía?

—Estaba, siempre he estado.

—No te recuerdo en todo este tiempo, a no ser en alguna fiesta inútil, en Fin de Año, en un bautizo. Eres la única persona que realmente cuenta para mí, y en cambio te habías convertido en una cara familiar que solo veía en celebraciones.

—Nos estábamos esforzando en construir una vida, una familia.

—Quizá t , yo no he hecho nada constructivo. No soy capaz de construir, solo s  destruir —contesta, y se levanta de la cama para abrir la ventana y encender, por fin, el cigarro.

—Bueno, la verdad es que también yo he demostrado no ser muy bueno en construir.

—Bueno, de momento ya tienes un hijo. Es mucho más de lo que tiene mucha gente.

—Siempre que sea mío...

— Y qué más te da de qu n sea?  De verdad importa tanto? Si Matilde te ha querido comunicar la noticia, es porque ha decidido que lo quiere contigo, su hijo.

— T  crees?

—Creo que s .

—Llevo días intentando llamarla, pero en el último momento me vengo abajo, no sabría qué decirle. Quizá me d  miedo escuchar la verdad, saber que no es mío.

Arianna da solo tres caladas, luego apaga el cigarro con gestos nerviosos y

se vuelve a meter en la cama, a mi lado, con las piernas cruzadas y la espalda hacia la pared. Mis ojos se detienen en sus pies juntos y en sus calcetines blancos, y me da por pensar que no he vuelto a ver sus magníficas piernas. Arianna no lleva falda, vestido, nada que resalte su feminidad desde hace no sé cuánto. Quizá debería preguntarle por qué.

—Deberías saber que no todas las vidas son iguales, que para algunos las cosas buenas simplemente no ocurren, o lo hacen rara vez. Deberías entender que los que son como nosotros tienen que ser rápidos para atrapar lo bueno que les llega, se trate de lo que se trate. Porque difícilmente te ocurrirá algo mejor.

—No es que sea muy optimista tu visión de la vida...

—La definiría como «desencantada». Ninguna vida es fácil, eso es verdad, pero para algunas los días de fiesta son una rareza. Y nadie sabe por qué. Nadie puede hacer nada. Si dejas escapar este hijo, no tendrás otros y te pasarás tu vejez jugando con los cinco o seis sobrinitos traídos al mundo por nuestros hermanos. No digo que no puedas construir también tú una nueva vida. Lo harás, estoy segura. Pero primero tendrás que enfrentarte a ti mismo, a los demonios de tu pasado. Y mientras tú estés ahí combatiendo, los demás ya habrán recorrido buena parte de su camino. Todo el mundo puede cruzar la meta, pero solo gana el que lo hace primero. —Viéndolo así, solo me queda llamar a Matilde cuanto antes—. Te lo dice una que tuvo la oportunidad y no la aprovechó.

Silencio.

—Ari, ni siquiera eras mayor de edad, no te sientas culpable —intento decir.

—No, no era pequeña, con dieciséis ya no se es pequeño.

—Pues claro que sí.

—No, yo no era pequeña ni con siete. Y tú lo sabes. —Guardo silencio, porque si no debería darle la razón—. Lo que pasa es que, como tú, no sabía de quién era realmente aquel hijo.

—¿En qué sentido? —pregunto, arrugando la frente.

—Es verdad que podía ser de Luca, mi chico por aquel entonces. Pero también podría ser hijo de la pareja de mi madre.

Mi cuello se echa hacia atrás y parpadeo como atontado. Finalmente, consigo silabear:

—¿Qué estás diciendo?

Agacha la cabeza y empieza a frotar con la yema del dedo las costuras del edredón.

—¿Cómo, en serio no te habías dado cuenta?

—¿De qué?

—De que era la amante de mi padrastro.

—Para ya —respondo turbado, mientras me viene a la cabeza lo que me dijo de pequeña, el famoso plan para librarse del americano culpándolo de pedofilia.

—¿No me crees o no tienes valor para escuchar la historia? —Me quedo mirándola sin decir palabra, con el vello de los brazos erizado y el corazón que me oprime la garganta—. Cuando comenté el plan, todavía no había pasado nada. Fue mucho después, tenía unos trece años el día que acabé en la cama con él.

—Dios mío, Arianna, ¿y por qué no me lo habías dicho antes?

Ahogo un grito y me incorporo sentado también yo en la cama.

—No fue culpa suya —aclara de inmediato—, había sido yo la que lo había provocado. Me gustaba ver sus ojos famélicos en mí, lo hacían también los chicos a los que les enseñaba las tetas. Pero con él era diferente, él era adulto y, a pesar de ello, no podía evitar mirarme el culo, babear detrás de mí. Así que me reía de él y me paseaba por delante siempre medio desnuda.

La miro y tengo la impresión de estar viéndola por primera vez. La Arianna que está desentrañando su mayor secreto no es la que había conocido hasta hoy.

—Entonces, una tarde en la que estábamos solos en casa, ya no se contentó con mirarme y me siguió hasta mi habitación. Habría podido echarlo, es verdad; habría podido darle un bofetón, amenazarlo con gritar, con llamar a mi padre, con contarle todo a mamá. En cambio, sonreí y me quité la camiseta. Se le salieron los ojos de las órbitas, tenía un sudor frío, y abría y cerraba las manos. Entonces me di la vuelta y le enseñé el culo, mientras me metía las braguitas entre las nalgas. Después me eché a reír, me estaba divirtiendo; pero él no lo encontró para nada gracioso. En un segundo lo tenía encima, me empujó contra el armario y empezó a toquetearme por todas partes. También entonces habría podido gritar, quizá habría llegado algún vecino; en cambio, guardé silencio y le dejé que continuara. Mientras pasaba la lengua por mi cuerpo, yo me miraba en el espejo y ni siquiera conseguía llorar. E incluso así, era consciente de que ya nada sería como antes.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no has hablado de ello a nadie?

—Aquel día me desvirgó y luego se echó a llorar. Dijo que había perdido la cabeza, que había hecho algo horrible; me rogó que no lo denunciara, que no dijera nada a nadie. Y yo obedecí. Me sentía fuera de mi cuerpo, que empezó a darme asco. Por la noche, en la cama, me pellizcaba en los pezones casi hasta hacerme sangre, y en el baño del colegio me apagaba los cigarros en la tripa...

Me paso una mano por la cara, como si quisiera apartar el sentimiento de culpa por no haberlo visto, por no haberme dado cuenta de nada.

La Arianna adolescente que venía a nuestra casa ya no jugaba conmigo, se quedaba todo el día en el sofá viendo la tele. Hablaba poco, tenía siempre la mirada perdida, nunca miraba a la cara a nadie, comía poquísimo. Debería y podría haberlo entendido. Los adultos deberían y podrían haberlo entendido. Deberían haberse y haberle preguntado algo.

En cambio, nadie dijo nada. Solo mi madre se quejó a Mario de la dejadez de su hija que, entre otras cosas, hacía el salón impresentable.

LA MEJOR FANTASÍA DEL MUNDO

—Me he prometido —soltó un día Arianna sin gran entusiasmo.

—¿En serio?

Fue como un puñetazo que me perforó el estómago.

Ella asintió y guardó silencio, quizá a la espera de otra pregunta que llegó sin tardanza.

—¿Y con quién?

—Con uno mayor que tú y que yo.

—¿En serio? —pregunté de nuevo con la boca abierta.

Ella me cogió del brazo y me sacó al balcón, el sitio donde podíamos desentrañar secretos de todo tipo.

—Quiero hacer el amor con él. Quiero regalarle mi cuerpo.

—¿El amor? —pregunté embobado.

Años de inconfesados deseos se esfumaban ante mis ojos. Si ella hacía el amor, ya no sería mía. Si se entregaba a un chico mayor, ya no me dirigiría la mirada.

—¡Sí, el amor! ¿Por qué, qué tiene de raro?

—¿No eres demasiado pequeña? —contesté.

—Erri, yo no soy pequeña, nunca lo he sido —dijo también aquel día—. Además, los chicos de trece años son pequeños, las chicas no. Hace ya bastante que me vino la regla.

—¿En serio? —pregunté, quedándome de nuevo con la boca abierta.

Ella resopló y contestó:

—¿Solo sabes decir eso?

Efectivamente, la conversación no fue de lo más brillante. Pero tenía trece años, un bigotillo negro, granos en la frente, era demasiado delgado (como mi padre) y tenía los pies planos, llevaba aparato y gafas, y tenía las orejas de soplillo. Vamos, que de brillante tenía poco. Además, su revelación me había devuelto a la realidad: en ese momento supe que nunca conquistaría el

corazón de Arianna, que ella nunca sería mía, que las fantasías que daban vida a mis pajas se quedarían en eso, en fantasías.

—Necesito saber una cosa, pero no sé a quién preguntárselo.

—¿El qué?

—Cuando haces el amor, ¿el hombre se da cuenta si para la mujer es su primera vez?

Los ojos se me salieron de las órbitas. Aquella pregunta me pillaba totalmente por sorpresa. Balbuceé algo incomprensible y ella entendió que no tenía ni idea.

—Vale, como si no hubiera dicho nada. Hagamos así: tú mañana se lo preguntas a algún amigo tuyo un poco más espabilado, y luego me lo cuentas.

—¿Qué tengo que preguntar?

—¡Joder, Erri, tienes que preguntar si un chico de quince años puede darse cuenta de que una mujer no es virgen!

En ese momento la pregunta me salió espontánea:

—¿Por qué, no eres virgen?

—Mañana por la mañana —contestó ella—, vas al colegio, lo preguntas y me cuentas. ¿Entendido? —Asentí—. ¿Tengo que repetírtelo?

Dije que no con la cabeza.

Ella me miró casi con compasión y añadió:

—Oye, Erri, deberías espabilarte un poco, ¿sabes? ¡Así nunca vas a follar!

—No dije nada y ella prosiguió—: ¿Has tocado alguna vez a una mujer?

—Una vez, en una fiesta. Pero no me quedó muy claro.

—¿Y te ha tocado alguna vez una mujer?

—No.

Arianna alargó la mano a mis genitales. Yo agaché la cabeza para seguir la trayectoria de su brazo y cuando volví a alzar la mirada ella sonreía.

—Si me cuentas algo, te hago un regalo.

—¿Qué regalo?

—Te toco yo.

Por la noche, en la cama, aquella promesa fue la base de la fantasía más bonita del mundo.

No me fiaba de Pasquale y de mis otros amigos; sabía que para hacerse los interesantes eran capaces de contar las mayores trolas. Así que aposté por

Ciro, el hijo del bedel, que era el chico más listo del instituto. Quizá porque estaba acostumbrado a pasarse las tardes en la calle; quizá porque, según decían, su padre no era tan amable con sus hijos como lo era con la profesora de italiano, con la que perdía el culo en cuanto le pedía lo que fuera.

Al margen de esto, Ciro fue un gran amigo y me explicó que cuando una mujer pierde la virginidad, sangra. Por eso, en caso contrario, «¡es un putón!».

Al día siguiente expuse de la manera más elegante a Arianna el resultado de mi investigación y la sonrisa se le esfumó del rostro.

—¿Estás seguro? —preguntó.

—Así me ha dicho Ciro —me limité a contestar. Luego, ante su silencio, añadí—: Pero ¿por qué, quién no sangra?

Ella me dedicó su típico gesto inexpresivo de cuando estaba decepcionada y dijo:

—¿Quieres que mantenga mi promesa?

Se me puso la cara roja y balbuceé que sí. Estábamos en mi habitación, la tata Luisa jugaba con mis hermanos en la cocina y mamá hablaba por teléfono en el salón. Arianna miró a su alrededor, me agarró por el brazo y me condujo dentro del armario. No veía nada, me faltaba el aire y tenía miedo de que llegara Renata. Así que estaba a punto de abrir la puerta, cuando noté su mano. Me desabrochó los pantalones y me bajó los calzoncillos, luego empezó a tocarme. Lo que pasa es que no era tan buena como yo, iba demasiado rápido y me preguntaba todo el tiempo si me gustaba. Así que al rato la paré.

—Está bien, basta.

Ella se quedó en silencio, con sus dedos aún en mí, y finalmente comentó:

—Me lo imaginaba, no eres más que un niño torpe.

Retiró el brazo, abrió la puerta y se escabulló. Me abroché rápidamente los pantalones y la seguí.

—Me ha gustado —dije.

Arianna se miró en el espejo del armario mientras respondía:

—Los hombres de verdad, los adultos, saben mostrar su placer a una mujer.

—¿Y tú qué sabes? —pregunté instintivamente.

—Me estoy tirando a un hombre adulto.

—¿Qué dices?

—¿Qué dices? —repitió con voz burlona para reírse de mí. Después se pasó el pintalabios y volvió delante de la tele. Y yo me quedé en la cama con la boca abierta y una de mis tantas preguntas sin respuesta en la punta de la lengua.

«¿Quién es ese adulto?», le tendría que haber preguntado si hubiera sido capaz.

LA PALABRA ADECUADA ES «ANIQUILACIÓN»

—No pongas esa cara —exclama Arianna—, al fin y al cabo, sigo aquí.
Y se ríe.

Ya, pero ¿a qué precio?

—No me parece verdad... —repito en cambio.

—Es todo verdad. Y no sé por qué te lo he venido a contar. Ah, sí, porque estábamos hablando de tu hijo. ¿Quieres saber cómo terminó la cosa? —Asiento—. Pues que en lugar de denunciarlo, me convertí en su amante, y aquel cuerpo con el que ya no sabía qué hacer se volvió suyo. En cuanto mi madre no estaba, hacíamos el amor; o si no lo tocaba, algunas veces incluso cuando ella estaba en otra habitación.

—Dios mío, Arianna, ¿por qué?

—¿Por qué? Es lo que me he preguntado durante tantos, demasiados años, también con el doctor Iazeolla.

—¿Él lo sabía?

—Claro.

—¿Y no dijo nada?

—Cuando estuve yendo a terapia, Barry ya hacía tiempo que había vuelto a América —responde, y apaga otro cigarro en el cenicero.

—¿Estabas enamorada de él?

—No, aunque durante un tiempo lo creí, necesitaba creerlo. En realidad, era él el que estaba loco por mí, me pedía que huyéramos juntos a Texas, que allí comenzaríamos una nueva vida y esperaríamos a que yo fuera mayor de edad. Estaba loco, pero sus planes sin sentido me hacían gracia. Después me eché novio y perdió la cabeza. Empezó a amenazarme, incluso dijo que le revelaría todo a mi madre. Yo le desafié a que lo hiciera; total, a mí me la traía al fresco y él habría acabado en la cárcel. Entonces se echó a llorar y me rogó que dejara a Luca; pero cuanto más lloraba, más me enfurecía. Le di una patada en los huevos, empecé a arañarlo y le escupí a la cara; pero él nada,

me rogaba que entrara en razón, decía que me amaba, y cuanto más me lo repetía, más le pegaba, le arañaba, le tiraba del pelo y gritaba. En determinado momento los vecinos llamaron a la puerta y me inventé que estaba discutiendo por teléfono con mi novio. Desde entonces empecé a odiarlo realmente, me daba asco, a mis ojos ahora era un niño sin huevos.

Me levanto de la cama y me acerco a la ventana. A mi lado está Renata, que sigue dormida, feliz e inconsciente de lo que puede herir la vida. Empiezo a masajearme las sienes. Tengo la sensación de estar escuchando el guion de una película y me parece mentira que la historia provenga de los labios de Arianna. Creía que su infancia, como la mía, había sido difícil, que era una mujer problemática porque era infeliz. Pero esto va mucho más allá de la infelicidad con la que suelo llenarme la boca. Esto es aniquilación. Lo que Arianna lleva en la cara desde siempre.

—Entonces llegó el día en que me di cuenta de que estaba embarazada. Se lo confesé llorando. Él dijo que también podía ser hijo de mi novio y que, en cualquier caso, tenía que abortar.

—Cabrón...

—Dos días después, había desaparecido para siempre. Había vuelto a América. Lo gracioso es que mi madre aún se lamenta por no haberse dado cuenta, por no haberse dado cuenta de que él ya no la quería. Si supiera la verdad, lamentarse iba a ser poco... —Se para a mirarme un instante y añade —: Querías saber el porqué. Bueno, ahora sé el porqué, lo veo clarísimo. Hice todo esto para destruir la vida de mi madre, para castigarla por haber dejado a papá y haberme traído a casa un hombre que no conocía. Y así la privé del amor, quería demostrarle que yo era mejor que ella, más guapa e irresistible que ella. Y para conseguirlo, tiré a la basura mi vida.

Nos quedamos en silencio unos segundos y las voces provenientes del salón se cuelan por debajo de la puerta. Al rato me doy la vuelta para mirarla y no consigo contenerme:

—Quizá hubiera sido más fácil perdonarla.

PEQUEÑA REFLEXIÓN SOBRE EL PERDÓN

En la vida nos comemos tanto el coco con la historia del perdón (perdón por aquí, perdón por allá), que he empezado a hacerlo también yo. Total, todos, algunos más y otros menos, tenemos alguien a quien perdonar y algo por lo que ser perdonados.

Giulia, por ejemplo. La perdoné de inmediato, lo que dura un orgasmo. A Matilde seguro que la perdonaré, el día que me duela menos. Una tarde me encontré hablando del perdón con Mario porque un amiguito del colegio no me había invitado a su fiesta de cumpleaños.

—El perdón forma parte de la vida de cada uno de nosotros —dijo—, si no estuviera, no existirían los errores. Todos nos equivocamos, todos perdonamos. El ciclo empieza pronto. Ya desde nuestros padres. El día de mañana te encontrarás con que tienes que absolverlos también a ellos, también a tu madre.

—Ella no me ha herido —respondí orgulloso.

—Lo ha hecho, Erri. Lo que pasa es que todavía no lo sabes.

A mi padre ya lo he perdonado. No ha sido tan difícil, decidí hacer borrón y cuenta nueva porque me parecería un rollo tremendo seguir cabreado con él y estar de morros cada vez que lo veo.

En cambio, mi madre me sigue planteando algunos problemas. Iazeolla sostiene que si no la perdono, nunca estaré realmente feliz conmigo mismo y con los que me rodean, y que me tocará seguir haciendo terapia. En su teoría hay un fondo de verdad, porque es difícil sentirse en paz con uno mismo si cada semana tu psicoanalista se embolsa ochenta euros.

En cualquier caso, no logro perdonar a mi madre. Me ha herido mucho menos que mi padre, pero con ella la cuenta sigue abierta. Al menos hasta que la vida no me haga replantearme mis prioridades y me obligue a empeñarme más en ser perdonado que en perdonar.

Pero para esto debería convertirme en padre.

EL CHI

—En cualquier caso, ¿no hay por qué tener un hijo a la fuerza! —exclama Arianna, rompiendo el silencio.

—Efectivamente —comento, pero mi pensamiento sigue en la historia de hace unos minutos.

—En cambio, si miras a tu alrededor, parece de verdad que la humanidad no tiene otro objetivo que reproducirse. Caray, que hemos avanzado mucho en los últimos milenios —y saca el enésimo cigarro del paquete—, y aun así, la gente no piensa en otra cosa que en tener hijos.

—Bueno, es el instinto de conservación de la especie —comento—, en esto somos como los monos.

—No, el mono está libre de los prejuicios que hacen esclavo al hombre. Es estar sexualmente reprimidos lo que nos vuelve la especie más agresiva del planeta.

—No es una mala teoría.

—Es la verdad. Por ejemplo, yo creo que tú lo estás bastante.

—¿Qué?

—Sexualmente reprimido.

—Tengo la sensación de estar escuchando a mi hermana Flor.

—¿También ella te llama reprimido?

—Sí, por norma general sí, aunque sin andarse con todos estos preámbulos. Digamos que Flor está acostumbrada a ir directa al grano.

—Hace bien. Y, de todas formas, volviendo a los hijos, creo que la vida es algo tan grande, que no se puede reducir a eso, a reproducirse.

—Para muchos se vuelve una forma de dar sentido a todo. A nuestra edad es normal sentir la exigencia del cambio, de algo nuevo que nos dé sentido. Pero no tiene que ser forzosamente un hijo. O, al menos, no puede y no debe ser solo eso. Mira Clara, antes era una chica alegre y llena de intereses, ahora es solo una madre.

—Eso es —contesta Arianna—, quédate con este hijo, te toca por derecho y es algo bueno que no puedes rechazar; pero no lo conviertas en la única razón de tu existencia. No sabes cuántas amigas mías van por ahí con sus barrigas, orgullosas y altivas de haberle dado, por fin, un sentido a todo.

Su discurso me hace sonreír, e incluso por un instante consigo olvidar la horrible historia que acabo de escuchar.

—¡Y dejad de llevar a los hijos a todas partes! Porque, perdona, cuando nosotros éramos pequeños, ¿no es que saliéramos con nuestros padres! ¿Cuántas noches hemos pasado con la niñera y los abuelos? Ahora se ha vuelto imposible, si quiero ver a una amiga, estoy obligada a tragarme también al mocososo de turno. —No hay quien pare a Arianna, como si hablar le ayudara a expulsar toda la basura que ha salido a la luz—. Estarás pensando que soy una bruja envidiosa porque no tengo hijos.

Y mueve las pupilas en busca de mi mirada.

—No lo pienso en absoluto.

—Que además, en mi opinión, la búsqueda obsesiva del embarazo a toda costa denota otros problemas. Está bien desearlo, intentarlo, pero empecinarse contra la naturaleza no lo acepto. No se traen hijos al mundo para dar sentido a nuestra existencia, no se puede pretender que sus vidas salven las nuestras.

—Matilde y yo nos empecinamos durante mucho tiempo.

—Y os habéis equivocado. Como ves, no tenemos poder sobre la vida. Decide ella. Y ha establecido que este es el momento oportuno.

—O, como diría Flor, simplemente el líquido seminal de su amante es más potente que el mío.

—No, no creo. Pienso que se trata de energía vital. Del *chi*. ¿Sabes lo que es el *chi*?

—No, ni idea.

—Es justo eso la fuerza vital, la energía ancestral presente en cada ser vivo. La vida que se regenera desde hace miles de años.

La miro sin comprender.

—El *chi* circula por tu cuerpo y genera la respiración, la digestión, la circulación, la secreción. Cada célula de tu cuerpo está atravesada por esta fuerza, una energía primordial que conserva la memoria de un pasado antiquísimo. El *chi* es la esencia del significado de la vida, y buscarla significa buscar el objetivo, conseguir el equilibrio con nosotros mismos y

con el mundo que nos rodea.

—¿Y tú qué sabes de estas cosas?

—No me he tirado toda la vida llorando mis penas, ¿sabes? Hago yoga y un curso de artes marciales.

—¿En serio?

—Sí. Kárate.

—Qué bien, te enseñan a defenderte.

—Sí, a defenderme de mí misma. Intento contrarrestar mi fuerza negativa como puedo. A veces, cuando la noto subir por el esófago, pienso que podría hacer cualquier cosa, cualquier maldad. En realidad, todos somos capaces de cualquier cosa. Solo depende del grado de dolor con el que convivamos.

Me llega un mensaje al teléfono. Es otra vez Flor.

Si no me llamas en un cuarto de hora, ¡olvídate de que tienes una hermana!

—¿Quién es?

—Hablando del rey de Roma... Es Flor.

—¿Ella sabe lo de este hijo?

—Aún no he tenido la oportunidad de decírselo. Estoy esperando a verla.

—¿Cómo está?

—Bien, ella siempre está bien.

—¿Cómo lo hace?

—Creo que es un don de la genética. Su madre es una mujer alegre, en paz con los demás y consigo misma.

—Ha encontrado su *chi*.

—Sí, creo que sí.

—Y tú, ¿lo has encontrado?

Hago una mueca.

—¿Tú qué piensas? No es que no lo haya encontrado, es que ni siquiera lo he buscado. En realidad, tengo la sensación de no seguir una corriente, una dirección, sino de ir dando tumbos, chocándome por aquí y por allá como un borracho. Pero al final siempre sigo en pie.

—Bueno, ya es algo. Al menos avanzas a trompicones y no te detienes, no te caes. Ya verás como el niño te ayuda a no volver a vacilar. O a hacerlo solo de vez en cuando. No hay nada externo, ni siquiera un hijo, ni siquiera el

más poderoso de los amores, que pueda curarte de ti mismo. Solo tú puedes hacerlo, solo tu profundo yo.

—No tengo muy buena relación con mi yo. En mi familia tendemos a considerarlo algo de la imaginación, algo así como, qué se yo... los ovnis o el Tío Gilito.

Arianna se ríe y yo también me siento bien.

—Y tú, ¿no piensas para nada tener uno? Un hijo, me refiero —me decido a preguntarle.

—¿Eres tonto? ¡Te acabo de decir que odio a las mujeres con barriga y mirada altiva!

—Tú no serías altiva. Y tampoco te saldría demasiada barriga.

Ella vuelve a sonreír un segundo antes de ponerse seria.

—La verdad es que no puedo hacerme cargo de otra persona. Estoy demasiado ocupada en sobrevivir, como para pensar en vivir. Además, cada día debería proteger a esa pobre criatura de mí misma. No, mejor que no. En cualquier caso, un hijo no se hace solo...

—Yo creo que serías una buena madre.

Arianna gira la cabeza para cruzarse con mis ojos.

—¿De verdad lo piensas?

—Claro. No creo para nada que el sufrimiento fortalezca, como dicen muchos; pero por lo menos abre los ojos, permite ver cosas que a la mayoría permanecen ocultas. Tú sabrías cómo proteger a tu hija del dolor mucho mejor de lo que hicieron tus padres contigo.

Arianna parece a punto de echarse a llorar. Se vuelve a tumbar en la cama, con la cabeza apoyada en la palma de la mano, y contesta:

—¿Quién te ha dicho que sería niña?

—No lo sé, pero me gustaría.

—¿Te gustaría?

Asiento. Ella suspira y comenta:

—Quizá el hijo deberíamos tenerlo tú y yo. Sería lo justo. Pero en otro mundo. —Me acerco y le aprieto la mano. Ella me la agarra antes de continuar—. ¿Sabes qué? Me gustaría tener una hija, pero ya mayor, de cinco o seis años. Me compraría una casa en el campo y alquilaría habitaciones a turistas que estuvieran de paso. Les prepararía mermelada con la fruta de mis árboles; enseñaría a mi hija a tocar la guitarra, en el patio, por la noche después de cenar, y después nos quedaríamos hablando del mundo con gente

que vendría desde lejos. Tendríamos muchos perros y un caballo, a ser posible. Y también me gustaría aprender a pescar, tener la paciencia de quedarme ahí, atenta al agua, sin tormentos en la cabeza; o cocinar exquisitos y extraños majares. Querría simplemente olvidarme de mí, incluso de mi nombre. Me gustaría llevar un poco de buena vida, Erri, solo un poco de buena vida.

Estoy a punto de abrazarla con la fuerza que me queda, pero en ese momento Clara llama a la puerta.

—Perdón —dice, y entra despacio en la habitación—, quería comprobar si Renata dormía.

—Como un tronco —responde Arianna.

Clara sonrío, después se fija en el cenicero y en las colillas apagadas, y se horroriza. Justo entonces mira la ventana abierta e inspira lentamente. Es Arianna la que interrumpe el numerito.

—He fumado yo, pero fuera de la ventana —dice, aunque no sea verdad—, no te preocupes.

Clara no dice nada, pero en realidad está pensando en una manera de huir de esta casa de locos hacia un lugar aséptico donde llevar a su familia para protegerla del mundo y de la vida

—Ahora vamos —le digo mientras cierra la puerta con una lentitud exasperante.

—¡No, no podemos! —exclama inmediatamente Arianna.

—¿Por qué?

—Todavía tengo que confesarte algo. Lo más importante.

—¿Más importante que lo que me has dicho hasta ahora?

—Sí —susurra, pero no me mira.

Suspiro resignado.

—Adelante, ¿qué más has ocultado a la única persona que cuenta para ti?

Su voz suena ronca mientras silabea la frase que hace que me entren escalofríos.

—El accidente de hace todos aquellos años... —Me quedo mirándola, a la espera de que sus palabras confirmen lo que ya he entendido—. No fue un accidente. Quería matarme.

PREPÁRATE PARA LO PEOR

«Prepárate para lo peor...».

Estas son las palabras que aún hoy conservo en mi cerebro. Las pronunció mi madre justo después de haberme contado el accidente de Arianna. Era agosto de 1996 y me encontraba en Grecia con unos amigos, cuando recibí su llamada. Era por la mañana temprano, el temprano de unas vacaciones en la playa, y los gritos de la señora mayor que nos había alquilado el apartamento retumbaban en mi cerebro mientras me tambaleaba hacia su casa (justo enfrente de la nuestra) para responder al teléfono.

—¿Qué ha pasado? —pregunté con voz pastosa.

—Cariño, tengo que decirte algo... —comenzó mi madre.

—¿Qué?

—Arianna... —contestó, e incluso antes de que hubiera terminado de pronunciar su nombre, ya me había despertado totalmente y había vuelto en mí.

—¿Qué ha hecho?

—Ha tenido un accidente...

Silencio.

—¿Y?

—Está muy grave.

Notaba cómo el corazón me latía cada vez más fuerte y me faltaba oxígeno.

—¿Se va a morir?

—Puede ser.

Una hora después estaba en el muelle y tres horas después de viaje hacia casa. Ari había acabado en un barranco junto a la carretera de Acciaroli a Palinuro. Iba sola en el coche y probablemente había bebido.

Aún recuerdo la cubierta del barco que me llevaba a Italia, los cigarrillos encendidos y apagados, los puñetazos a la mochila, la desesperación de no

poder llamar por teléfono para tener más noticias.

«La están operando», había dicho mi madre. Y poco antes de que colgásemos, había añadido aquella famosa frase: «Erri, no sé cuándo conseguirás volver. Pero, bueno..., prepárate para lo peor».

Y eso fue lo que hice durante el viaje de vuelta, me preparé para lo peor.

Ya lo he dicho, nunca nadie me ha protegido de la verdad. Ni siquiera mi madre.

En cambio, Arianna estaba viva, aunque durante tres días tuvieron que mantenerla en coma inducido. Luego se supo que iba hasta arriba de alcohol y de antidepresivos, y que al llegar a aquella curva cerrada apenas había frenado.

Durante años creímos que la culpa había sido de las sustancias que corrían por sus venas. Durante años nos preocupamos de que no volviera a beber y a drogarse con psicofármacos. Durante años intentamos protegerla de los males externos sin tener en cuenta que Arianna el mal lo tenía dentro.

YO, LA OSCURIDAD Y PEARL JAM

En el silencio que sigue, incluso puedo oír la leve respiración de Renata. Y es justo hacía allá donde instintivamente miro, quizá para asegurarme de que de verdad duerma, de que no escuche la enésima historia dolorosa de la noche.

—Sí, había bebido, fumado, iba hasta arriba de psicofármacos; pero no habría ido derecha a aquella curva si no hubiera querido. Me dirigía hacia la muerte, la buscaba y no me daba miedo. ¿Entiendes? ¿Puedes entenderme?

—No —bisbiseo—, no es fácil.

—Ya, no es fácil. Es que aquella noche no conseguí contener la energía de la que te hablaba. Tenía ganas de vomitar, pero no por culpa del alcohol, eso lo sabía. Era algo que ya no iba bien en mí, como si la burbuja hubiera explotado y ya no pudiera volver atrás. Me metí en el coche y empecé a correr por las curvas fuera de Aplinuro, por la ladera de la montaña, con la radio a todo volumen. Estábamos solo yo, la oscuridad y Pearl Jam. Recuerdo la canción, era *Black*, y también el ruido de los neumáticos sobre el asfalto, el resplandor de los faros contra la montaña, el sonido metálico del guardarraíl que se hace añicos como un colín. Luego ya no recuerdo nada.

Cierro los ojos e intento recobrar una respiración regular. Querría pararla, explicarle que necesito tiempo para expulsar toda la podredumbre que me ha volcado encima esta noche. Me gustaría tener fuerza para decirle que es verdad, que las cosas malas te marcan para siempre, pero que un segundo después de que se te echen encima te das cuenta de que puedes ver lo que antes no veías. Por eso, Ari, de ahora en adelante mantén los ojos bien abiertos, que la felicidad es como las partículas de polvo que se esconden en el aire y salen a la luz al primer rayo de sol.

—Fueron los tres peores días de mi vida —digo en cambio.

Ella parece impresionada por mis palabras y se queda de piedra.

—¿En serio?

—En serio.

—No debería, pero me alegro.

—¿De qué?

—De haberte hecho vivir los tres peores días de tu vida. Eso quiere decir que me quieres.

—Sabes que te quiero.

Arianna me acaricia la cara y continúa hablando.

—Aquella maldita noche estaba con un chico, uno de aquel lugar que me gustaba. Nos pasamos toda la noche bebiendo y fumando en mi coche, luego él empezó a tocarme y a mí no me apetecía. Le dije que tuviera las manos quietas, pero estaba demasiado excitado y no me escuchó. Me empujó contra la ventanilla y empezó a besarme por todas partes. No pude más y empecé a darle puñetazos y patadas, a arañarlo y a tirarle del pelo justo como había hecho con Barry. Después lo empujé fuera del coche y lo abandoné en aquel lugar perdido. Lo que sucedió después ya lo sabes.

—Júrame que no volverá a suceder —digo al poco.

Ella se me queda mirando un buen rato mientras se le acumulan las lágrimas en las comisuras de los ojos. Finalmente responde:

—No volverá a pasar.

—Fueron los tres peores días que recuerdo —reitero.

—Lo he entendido.

—Bien.

—Estoy intentando rehacer mi vida, lo estoy intentando con todas mis fuerzas, aunque a veces no sea fácil. Hay algo dentro de cada uno de nosotros que nos empuja a no curarnos, a no poner en marcha la energía durmiente, a no encontrar el *chi*. Es una mezcla de miedo, frustración y rabia que nos arrastra apenas se da cuenta de que damos patadas para volver a la superficie.

—Si quieres, te ayudo yo a volver a subir a la superficie.

—No, tú no puedes hacer nada, Erri. Cada uno tiene que vencer sus propios demonios solo. Tú tienes los tuyos y yo tengo los míos. Se trata solo de tener paciencia, y quizá al final pueda decir que me he salvado. En el dolor, lo entiendes pronto, no puedes tenerlo todo de inmediato; tienes que aprender a tener paciencia y a vivir con el sufrimiento, esperando que el tiempo cure todas tus heridas, aunque tenga que pasar mucho, demasiado, y mientras tanto, junto a él pase también tu vida.

—Ve paso a paso. Ya es algo que ahora estés mejor.

—Yo no quiero estar mejor. Yo quiero estar bien.

Nos abrazamos y su pelo casi termina en mi boca. Tiene el mismo olor que hace tiempo, un aroma que se me ha quedado dentro y que aún hoy me transporta a los dos encerrados en el armario, a mi mejilla contra la suya, a aquel escondite secreto que nunca nadie consiguió encontrar.

UN BUEN ABUELO

—Al final te has decidido. Un poco más y perdías a tu hermana. Porque te recuerdo que tu única hermana soy yo.

—He tenido una novecita que no veas, Flor, perdona.

—¿Problemas?

—Todos los que quieras. Luego te cuento.

—Me gustaría que, al menos por una vez, volvieras de casa Ferrara con una sonrisa.

—Bueno, no es que seamos precisamente la familia de Mulino Bianco.

Estoy sentado en la tapa del váter mientras el resto de mi familia sigue todavía en el salón, del que me he ausentado hará unos tres cuartos de hora, lo suficiente para que Arianna desentrañara su dolor.

—En cualquier caso... volviendo a nuestra familia: he hablado con papá.

—Lo había supuesto. ¿Qué ha dicho?

—¿Resumiendo mucho?

—Resumiendo mucho.

—Que eres una gilipollas.

Silencio.

—Bueno, ninguna novedad. ¿Y después?

—Que es tu vida, y que si la quieres echar a perder, él no puede hacer nada.

Silencio.

—¿Entonces ha ido bien?

—Tienes treinta y tres años, Flor, ¿qué esperabas que dijera? No es que pueda obligarte a abortar.

—¿Y no ha soltado ningún sermón?

—Pues claro que ha soltado un sermón. Y me ha metido por medio también a mí.

—Perdona.

—Dice que no se explica de dónde viene nuestro talento natural para arruinarnos la vida.

—Como si él hubiera tenido una vida lineal...

—Es más o menos lo que le he respondido.

—Bien hecho, hermanote.

—Gracias. Y ahora, ¿qué piensas hacer?

—¿Qué debería hacer? En cuanto vuelva, le digo que me venga a buscar al aeropuerto y le convengo de hacer de abuelo.

—¿Al aeropuerto? ¿No estás en Florencia?

—Ah, se me ha olvidado decirte que he seguido hacia Berlín.

—¿Berlín?

—Sí.

—¿Y qué pintas en Berlín?

—He venido a ver a unos amigos.

Suspiro y cruzo las piernas. Justo después Valerio abre la puerta del baño, que me he olvidado de cerrar con llave.

—Eh, hermanote, pero ¿qué te ha pasado? —pregunta, metiéndose en el baño como si yo no existiera. Entonces me hace una seña para que me aparte porque tiene que hacer pis.

—Espera —le digo a Flor—, aquí tengo a mi hermano, que no se ha dado cuenta de mi presencia.

—¿Qué hermano? ¿Valerio?

—¿A quién tienes al teléfono? —pregunta él. El ruido de su pis hace de fondo a esta surrealista conversación a tres.

—Sí, Valerio.

—¡Pásamelo!

—¿Qué tienes que decirle?

—Pero ¿quién es?

—Quiero saludarlo, ¡pásámelo!

Coloco el móvil en la oreja de Valerio.

—Eh, Flor —le oigo decir—, ¿cómo estás?

La voz de mi hermana sale tan aguda que Valerio aleja un poco la cabeza. En cuanto tiene ambas manos libres, agarra el cacharro y continúa charlando con Flor mientras yo intento olvidar que los dos tuvieron un rollo, que él todavía no se ha lavado las manos y que, posiblemente, no lo hará. Finalmente se despiden, Valerio me devuelve el teléfono y susurra:

—Tu hermana está loca. Pero si no hubiera sido tu hermana, me habría enamorado de ella.

Luego abre la puerta y desaparece.

—¡Qué *crack* tu hermano! —exclama Flor.

—Sí, todo un *crack*.

—Si no hubiera sido tu hermano, habría tenido una historia con él, ¿sabes?

—Flor, te recuerdo que tuviste esa historia con él...

—Qué va, aquello fue una cosa de nada. En cualquier caso, como decía... cuando vuelva, convengo a papá de que, a fin de cuentas, podrá convertirse en un buen abuelo.

—Tengo mis dudas. No me lo imagino como un buen abuelo.

—Está bien, lo importante es hacérselo creer. ¡No es que crea que lo va a ser de verdad!

—¿Y cómo harás económicamente? ¿Has pensado en ello?

—Erri, no me estreses. Faltan nueve meses, ya me organizaré. ¿Has vendido algún ejemplar de mi novela?

—No.

—Qué pena... Bueno, cariño, te dejo. Gracias. Y por favor te lo pido, no te tires todo el tiempo con los Ferrara. Son nocivos para la salud. Aparte de Valerio.

—Adiós, Flor, pórtate bien.

—Adiós, hermanote.

—¿Flor?

—Sí.

—Solo por curiosidad... Pero tu madre sabía ya que estabas embarazada, ¿verdad?

—Sí, sí, lo sabía.

—¿Y por qué no se lo podía decir ella a su marido?

—No, imposible, habrían discutido, y no me gusta que lo hagan por mi culpa.

—Ah, y yo, en cambio, puedo discutir con papá.

—Y qué tiene que ver, tú estás acostumbrado. Además, te viene bien, hace crecer tu autoestima. Adiós.

Y cuelga sin ni siquiera darme la oportunidad de contestar.

Si pelear con mi padre hubiera servido para aumentar mi autoestima, ahora andaría dos metros por encima del suelo. Esto es lo que estaba a punto de

decirle.

EL PODER DE LA HIBERNACIÓN

Era una Navidad de hace unos años, cuando Matilde y yo nos presentamos puntuales para la comida en casa Gargiulo. Como siempre, no había sido fácil encontrar el equilibrio adecuado entre el tiempo que habíamos pasado con su familia y el que habíamos pasado con las dos mías, desenvolviéndonos entre una y otra sin dar lugar a resentimientos y sin ofender a nadie.

Aquel año habíamos decidido que el veinticinco comeríamos con la familia de mi padre, y Matilde parecía contenta con la elección. Nunca me lo ha confesado, pero creo que en el fondo prefiere a Rosalinda que al sargento. Llegamos puntuales, pensando que seríamos los primeros, y en cambio ya estaban todos, incluida toda la familia de Rosalinda que había venido desde Andalucía. Una sorpresa con la que no había contado.

Durante años había esperado el momento en el que volvería a ver a Clarinda. Me había tirado años pensando en ella e imaginándome su vida, su cuerpo de mujer que se plasmaba lejos de mis ojos. Y cada vez que pensaba en ella, me la imaginaba cada vez más hermosa. En mi imaginación, Clarinda era el icono de belleza femenina inalcanzable.

Por eso, cuando la vi venir hacia mí toda sonriente, los ojos se me salieron de las órbitas y tragué saliva, que se me había quedado pegada a la garganta como un trozo de alquitrán. Ningún aura mágica envolvía a la mujer que me abrazaba con cariño. Es más, al principio me entró la duda de que la que me estaba abrazando no fuera ella, sino una vieja tía de Flor de la que no recordaba el nombre.

Pero sí que era Clarinda, lo que pasa es que de la niña de aquel lejano verano no quedaba nada. La que tenía delante parecía un armario de dos cuerpos, mucho más alto y ancho que yo, con el pelo hirsuto, la nariz desmesuradamente larga, los labios encogidos y la piel, que recordaba suave y oscura, como una corteza de cerdo incapaz de vencer la gravedad.

Su entusiasmo al volver a verme después de tanto tiempo fue tan genuino,

que no pude por menos que fingir la misma felicidad. A Matilde le llamó bastante la atención, y me vi obligado a presentarle a mi viejo icono de belleza teniendo mucho cuidado, eso sí, de no dar demasiada información; si no habría sumado dos más dos y habría entendido que el luchador de *pressing catch* que le había dado la mano era la niña de la que le había hablado tantas veces, elevándola a símbolo del enamoramiento infantil.

Clarinda, no hace falta decirlo, llevaba tres pequeños diablos a cuestas, además de un marido con cara de palurdo que no decía ni una palabra de italiano. Los padres de Rosalinda, que durante este tiempo se habían convertido en dos simpáticos viejecitos, al verme no lograron esconder cierta decepción. Debían de recordar un niño con melenita y nariz respingona. Y en la imagen que se encontraron enfrente, mi calvicie era solo uno de los detalles de un conjunto bastante inquietante.

El almuerzo fue agradable, incluso se habló de aquel viaje y de España; aunque yo me tiré todo el rato queriendo gritar: «Clarinda, ¿qué has venido a hacer aquí después de tanto tiempo? ¿Por qué no te has quedado en tu casa?».

Porque en mi imaginación, hasta aquellas Navidades, todo se había mantenido intacto: la granja de entonces, los rostros jóvenes de los padres de Rosalinda, mi pelo, y mi hada morena a la que habría amado para siempre, a pesar de su rechazo, o precisamente gracias a él.

Todo estaba ahí, protegido, hibernado, hasta el desafortunado día en que Clarinda se tomó la molestia de descongelar el sueño.

No, no es verdad, hay otra cosa que le habría querido preguntar y que no pude: por qué se escapó aquel día. Pero habría sido, por lo menos, una pregunta anacrónica. «A saber si ella se acuerda de que me rechazó —pensé—, a saber si alguna vez se arrepintió».

Se lo podría haber preguntado entonces, en aquella granja, seguirla hasta el patio y no quedarme mirando la pared como un imbécil. Igual que debería haber ido tras Arianna, cuando era el momento. Debería haber sido el hermano mayor, dibujar por la noche en lugar de mirar al techo. Podría haberme montado mejor la vida, no quedarme ahí comiéndome el coco con la historia del agujero en el estómago que tenía que rellenar.

La cuestión es que todo lo que no haces cuando tienes que hacerlo lo arrastras como un lastre para el resto de tus días.

DE HOMBRE A HOMBRE

Y aun así, el encuentro con Clarinda no fue lo más importante de aquellas Navidades.

Después de comer, mientras acariciaba al viejo de Ernesto y charlaba con Flor, se acercó papá. Tenía el puro entre los labios y los pantalones sin cinturón le caían fofos.

—¿Vienes conmigo un segundo?

Y me agarró del brazo para llevarme fuera, al balcón.

—¿Con este frío?

—No seas holgazán —contestó serio.

Nos apoyamos en la barandilla y nos quedamos mirando la calle desierta que teníamos debajo, en la cual parpadeaba la cruz verde de una farmacia. De las casas provenían las voces de las televisiones, intercaladas por el barullo de los platos. Hacía mucho frío, y aun así las ventanas de alrededor estaban abiertas, porque en Nápoles hay una relación visceral con la calle y uno no se cobijaría en casa ni ante el más gélido de los inviernos. Dio dos caladas al puro y me preguntó, sin medias tintas:

—La recordabas más mona a Clarinda, ¿verdad?

—Efectivamente.

—Nunca perturbes los recuerdos de la infancia —comentó con media sonrisa.

Le devolví la sonrisa y seguí observando la calle, donde un gato se estaba cepillando unos restos de comida de una bolsa de basura medio abierta.

—Erri, tengo un problema —añadió inmediatamente después. Me giré de golpe. Él suspiró, pero no apartó la mirada. —Creo que me he enamorado.

Me lo quedé mirando durante un buen rato antes de soltar una carcajada. Papá abrió los ojos como platos.

—¿Qué tiene de gracioso? ¿Has entendido lo que te he dicho?

—Disculpa, es que es una escena bastante ridícula.

—¿Qué tiene de ridícula?

—Todo. Tu cara, por ejemplo, y tus palabras...

Me di cuenta de que estaba siendo despectivo, pero las frases me salían de la boca sin poder frenarlas. De pronto, había algo en mi interior que se rebelaba a años de temores y miedos y se tomaba la revancha sobre el hombre que en ese momento me escuchaba atentamente.

—No te tenía por alguien tan estúpido —dijo.

—No, perdona, es que no me esperaba semejante confesión. Durante años ni siquiera nos hemos dado las buenas noches, y ahora me sales con un secreto. ¡Y qué secreto!

—Y qué tiene que ver. Antes eras un niño, ahora eres adulto. Puedo hablar contigo de hombre a hombre.

—Ya, eso, podemos hablar de hombre a hombre. Qué pena que me hubiera gustado hablar contigo también como padre, antes que como hombre.

—¿Qué pasa, quieres aprovechar este momento mío de debilidad para echarme en cara mis errores?

—Sí —respondí—, eso es. Quiero decirte que yo también habría querido pedirte consejo muchas veces y nunca lo hice. ¿Y sabes por qué?

—¿Por qué?

Suspiró, como si ya se imaginase la respuesta.

—Porque no me dejabas acercarme a ti, me mantenías a una distancia de seguridad. Como haces siempre con todos los niños. Como si no pudieras malgastar con ellos tu preciado tiempo.

—Bueno, digamos que no se me dan bien los niños.

—Si te portaras así solo con los de los demás, tampoco pasaría nada; pero con tus hijos quizá te deberías haber esforzado un poco más, ¿no te parece?

Él pareció reflexionar, después dio otra calada y respondió:

—Sí, lo podría haber hecho mejor, no he sido un padre ejemplar. Pero ¿y tú qué vas a hacer? ¿Interpretar el papel del hijo maltratado por su malvado padre para el resto de mis días o aceptar lo que ahora te estoy dando, que es mucho más que lo de antes?

Una vez más, fue capaz de acallarme. Y esta vez no con la mirada severa o con un reproche, sino simplemente con la verdad. Podía seguir echándole en cara sus defectos, o contentarme con lo que estaba dispuesto a darme: una relación de hombre a hombre.

—¿De quién? —pregunté entonces.

—¿De quién qué?

—¿De quién te has enamorado?

Hizo una mueca.

—De una chica mucho más joven que he conocido en el restaurante.

—Qué bien, reincides.

Agachó la mirada y contestó con expresión irónica:

—Es que me estoy haciendo viejo. Mira, incluso tengo unos pelos que me salen de la nariz y de las orejas... y no lo soporto. Así que estoy intentando entender cómo detener esto... lo de volverse viejo.

Después me apoyó una mano en el hombro y sonrió, esperando que yo le devolviera la sonrisa. Pero no lo hice, no entendía qué tenía que ver la vejez con su discurso. También los que huyen envejecen. También a ellos les crecen pelos en la nariz y en las orejas. Esto es lo que le habría querido decir; pero, en cambio, le pregunté:

—Entonces, ¿qué tienes pensado hacer?

—Nada, quería escuchar qué opinabas tú...

—¿Ya no quieres a Rosalinda?

—Rosalinda es mi vida, pero por dentro siento bullir demasiada energía reprimida. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

—Creo que sí.

—Estamos hechos para amar, esa es la verdad. Nuestro corazón no puede quedarse demasiado tiempo a cubierto, si no se marchita. En cambio, muchos liberan el amor que llevan dentro de una sola vez, y después se secan como una esponja apretada entre las manos y dejada a un lado.

Nunca lo había oído hablar de esta manera.

—¿Qué consejo quieres que te dé? —pregunté serio.

—No sé, quizá solo necesitaba desfogarme...

—O quizá impartirme tu lección sobre el amor.

—Puede ser —respondió. Nos quedamos un rato en silencio antes de que me preguntara—: Y tú, ¿cuándo te casas?

—Estamos empezando a planteárnoslo.

—Me lo imaginaba. ¿Estás seguro de tu elección? ¿De verdad es lo que quieres?

—Pues claro —respondí a la defensiva.

Papá levantó las manos y replicó:

—Vale, vale, como si no hubiera dicho nada. Solo quería advertirte de que

no es un deber. Uno puede ser feliz también sin casarse.

—Lo dices tú que lo has hecho dos veces y aún no tienes suficiente.

—Tienes razón. Nosotros, los hombres, soñamos con grandes amores y vidas llenas de aventuras, pero después nos casamos.

—Mira —me aparté de la barandilla—, me puedo imaginar que sustituir a mi madre no fuera difícil; pero en mi opinión, encontrar otra como Rosalinda va a ser una ardua empresa. ¿Por qué no te contentas con lo que tienes, al menos por una vez?

Papá sonrió con amargura.

—Erri, me he pasado toda la vida contentándome. ¿Qué te crees, que de pequeño soñaba con abrir un restaurante de tortillas y hablar todo el tiempo del pasado?

—No sé mucho de tu vida, pero algo bueno has hecho. En primer lugar, dos hijos, y casarte con una mujer que te quiere mucho y te regala tranquilidad. No me parece poco.

Volvió a apoyarme la mano en el hombro.

—Es verdad que has salido muy bien. Entonces es que en el fondo no he sido tan mal padre.

—Siento decepcionarte, pero en mi crianza tú pintas poco.

Su cara dejó entrever por un instante la decepción, y ya estaba yo listo a dar marcha atrás, cuando un segundo después Raffaele recuperó su típica expresión impenetrable.

—Bueno, como si no hubiera dicho nada —farfulló—. Venga, entremos, que si no vamos a pillar una bronquitis.

—¿Y qué harás con esa tipa?

Tiró el puro.

—Haré como has dicho, me conformaré. Total, ya sé cómo se hace.

Una vez dentro me susurró:

—En cualquier caso, me alegro de que al final hayas elegido la segunda posibilidad.

—¿Qué segunda posibilidad?

—Tener una relación de hombre a hombre.

COMO UNA CABRA

El tío Vittorio es el hermano mayor de papá. Dije que contaría su historia, y ha llegado el momento oportuno.

Hoy debería tener más o menos la edad de Mario. Digo «debería», porque no sé nada de él desde hace más de treinta años, desde que discutió con mi padre y con el resto de la familia. Aunque, en realidad, hace tres años me lo crucé por casualidad en una agencia de viajes.

Estaba con Matilde intentando decidir qué hacer ese agosto, con la ayuda de una vieja amiga de mi mujer que desde hacía años se encargaba de organizarnos las vacaciones.

Mientras esperábamos para saber si había quedado algún asiento libre en el vuelo a Creta, en la mesa de detrás de nosotros un viejo con pelo cano que le caía por los hombros, sandalias, camisa de lino blanco y un sombrero de paja deletreó su nombre al empleado que se estaba ocupando de su reserva: Vittorio Gargiulo.

Me di la vuelta de golpe y me sorprendí mirando los hombros de aquel señor que, con toda probabilidad, era el tío al que no veía desde que era niño. Matilde no se dio cuenta de lo que estaba pasando, demasiado concentrada en los movimientos ondulatorios de la cabeza con los que su amiga nos presagiaba un tórrido verano en las playas de la periferia napolitana, a la espera de que se librara cualquier asiento en cualquier vuelo a cualquier lugar exótico.

Me quedé mirando al hombre esperando que antes o después se diera la vuelta. En determinado momento, mi potencial tío sacó el móvil del bolsillo e inició una intensa conversación en español. Y mientras hablaba y miraba a su alrededor, lo tuve claro: ¡era sin lugar a dudas el hermano de mi padre!

Tenía una barba blanca y larga, gafas de sol, y con los dientes sujetaba un puro apagado y fumado a medias. Al principio me recordó a Fabrizio Bentivoglio[17], solo que mucho más viejo; pero, mirándolo mejor, tenía la

boca más fina, los rasgos marcados de los Gargiulo y la misma forma de hablar de mi padre, aquella voz firme y un poco ronca de quien no tiene miedo a nadie. La única diferencia entre Raffaele y Vittorio era precisamente el pelo, y también ahí me sorprendí preguntándome por qué no me había tocado él por padre. Por lo menos, no era calvo.

En realidad, si hubiera sido mi padre, me habría ido incluso peor. Recuerdo que la familia, ya resignada a su comportamiento tan fuera de lo normal, en determinado momento empezó a justificarlo diciendo que, pobrecito, le faltaba un tornillo.

A mí, en cambio, me gustaba mucho, y de verdad que no entendía dónde estaba el problema. Cada vez que nos veíamos, me pedía que le contara mi vida: el colegio, los amigos, mis pasiones. Se quedaba allí, fumando el mismo puro que papá, escuchando las historias de un niño como si tuviera delante a un gran narrador. A veces me hacía regalos extraños, sobre todo libros de autores soviéticos o libritos de poesía, y pretendía que los leyéramos juntos, a pesar de mis bostezos. Y si alguien me regalaba cosas más adecuadas a mi edad, tipo una bonita caja de Lego o de Playmobil, él torcía el morro y susurraba entre dientes: «Haréis que este niño se vuelva un mediocre, uno más».

El tío Vittorio era un tipo extraño, eso sí. Nunca le he visto con una mujer, por ejemplo, y a veces me preguntaba por qué no se echaba novia o se casaba. Pero con frecuencia había oído decir a papá que «era un espíritu libre». Y los espíritus libres, eso lo había entendido, evidentemente no pueden casarse.

Sea como sea, justo porque él no tenía familia, se ligó mucho a la nuestra, sobre todo a mí, y tras la separación de mis padres empezó a venir a casa casi todas las noches, siempre con un nuevo regalo: libros, chocolate, sellos extraños, monedas de algún país lejano, fotografías antiguas, algún botón curioso que se usaba en otros tiempos. En cualquier caso, nunca un juguete normal, decía que los niños tenían que aprender a desarrollar su imaginación.

Muy pronto me acostumbré a sus visitas y por la noche me esforzaba en mantener los ojos abiertos para esperarlo. No me preguntaba por qué tío Vittorio venía cada noche y, por otro lado, ni siquiera sabía que la casa donde vivía era suya. Cuando mis padres se habían casado, él había insistido en que se fueran a vivir a su apartamento. Mamá me explicó después que se tiró semanas para convencer a papá; que, total, a él la casa no le servía, que no

estaba casi nunca, que siempre estaba de viaje. Al final, Raffaele había aceptado el ofrecimiento y su hermano se había trasladado a casa de un amigo.

También el tío Vittorio se había matriculado en Derecho, y también él, como papá, estaba más interesado en la política que en las leyes. En realidad, de adulto comprendí que mi padre intentaba imitar a su hermano mayor: los dos eran hombres cultos, comprometidos con la política, apasionados de la literatura y proverbiales gilipollas. Lo que pasa es que había sido mi tío Vittorio el que había abierto el camino a la rebelión contra el conservadurismo opresivo de sus padres.

En cualquier caso, la noche que no tomé mi primera decisión importante se consumó precisamente en casa del tío Vittorio. Ni siquiera tras la separación quiso que le devolvieran el apartamento. Es más, dijo que jamás de los jamases me echaría. Por eso, mientras papá se construía lejos su segunda vida, su hermano, por el contrario, volvió a casa para ocuparse de mí.

Al menos, eso es lo que yo pensaba.

Tiempo después se supo que el tío Vittorio no estaba solo interesado en mí, sino también en mamá. A decir verdad, la cosa no me pilló del todo por sorpresa, porque un par de veces me había levantado en plena noche para hacer pis y me había encontrado a mi tío fumando por casa en calzoncillos.

Raffaele Gargiulo no se lo tomó demasiado bien.

Al contrario, se lo tomó bastante mal. Y cuando a finales del ochenta y dos volvió a Italia, los dos casi llegan a las manos. Han pasado más de treinta años desde la última vez que se dirigieron la palabra, y en todo este tiempo ni Renata ni Raffaele han vuelto a hablar del tío Vittorio.

Muchos años después, mamá enfermó y mi tío la llamó. Una tarde la vi que lloraba y no tuve el valor de acercarme, creía que era por culpa del cáncer; así que por la noche pedí a Mario que me informara, y este me dijo que mamá se había emocionado porque, después de todos esos años, había vuelto a hablar con el tío Vittorio. Habían estado al teléfono una hora, a pesar de que él se encontrara en Marruecos.

—¿En Marruecos? —pregunté—. ¿Y qué hace allí?

—Ah, no me lo preguntes a mí —respondió—, nunca he visto a tu tío, pero por lo que me han contado, he entendido que no tiene la cabeza muy allá, ¡está como una cabra!

Yo puse una media sonrisa y pensé que me habría encantado estar como

una cabra, como él. Que, normalmente, los que «están como una cabra» son aquellos que tienen el valor de vivir su vida al límite, sin perseguir falsos objetivos y deseos ajenos.

Con el teléfono agarrado entre la oreja y el hombro, el tío Vittorio se levantó y salió. Nuestra agente seguía rebuscando entre las compañías aéreas, así que me levanté con la excusa de fumar y salí también yo.

Él charlaba animadamente mientras caminaba arriba y abajo por la acera, con una mano en la cadera y la mirada al suelo. Me encendí un cigarro y me lo quedé mirando un buen rato, con el corazón que empezaba a latir cada vez más fuerte con la idea de volver a abrazarlo. Mientras hablaba, pensaba en qué decir y qué hacer. Entonces mi tío se dio la vuelta y se cruzó con mi mirada. Fue un instante, nuestros ojos se volvieron a encontrar como tiempo atrás, cuando por la noche, en el sillón, me leía poesías y me miraba para comprender si lo había entendido. Y en aquel instante sentí la misma sensación de entonces, el mismo desconcierto que desaparecía con su sonrisa.

Solo que esta vez no sonrió. Lo tenía enfrente, con el puro entre los dientes y mirándome a la cara, pero en realidad no me estaba mirando. A los pocos segundos se echó de nuevo a andar por la acera y a conversar en español. La sonrisa apenas dibujada me desapareció de la cara y me quedé impasible mirando la figura familiar que ya no tenía nada de familiar. Un segundo después Matilde salió de la agencia agitando dos billetes. «¡Nos vamos a Creta!», dijo y me abrazó.

Le devolví sin fuerza el abrazo, mientras con la mirada seguía a aquel viejo que «estaba como una cabra» y que desde hacía tanto tiempo estaba fuera de mi vida. Pasé a su lado con Matilde, que me apretaba la mano, y el olor de su puro me entró por la nariz y me trajo a la mente a papá y a mi infancia, cuando los dos hermanos se pasaban horas a la mesa, fumando toscanos y hablando de Berlinguer mientras yo los miraba con la boca abierta, ebrio por la perspectiva de llegar a ser, el día de mañana, como ellos: dos leones que se respetan y se protegen mutuamente.

—Aquel viejo fuma los mismos puros que tu padre —comentó Matilde.

—Ya —respondí—, me he dado cuenta.

[17] Actor, director y guionista italiano. (N. de la T.)

DE LA AGENDA DE MATILDE DEJADA A LA MITAD

Esta noche hemos discutido. Hemos alzado la voz y nos hemos dicho cosas feas. Es que tu espera nos está dejando exhaustos. Pero no te preocupes, haremos las paces y todo pasará; no podemos estar el uno sin el otro. He hecho un cálculo: hemos pasado casi cinco mil días juntos. Cada uno de ellos ha contribuido a añadir a nuestra relación una pizca de intimidad, respeto, comprensión, confianza, admiración, amor. Cinco mil días con él son demasiados para lograr estar tan solo una noche sin tenerlo al lado.

Y aun así, tengo la sensación de que no han bastado para decirle todo lo que quería decirle, para hacer todo lo que había que hacer. Pero alivia pensar que habrá otros miles, y que en aquellos miles surgirá también algún día malo, alguna pena, una pelea, gritos; pero la mayoría de estos días, estoy segura, irá bien y contribuirá, a su manera, a añadir otra pizquita de amor a nuestro amor.

NO ME LO PUEDO PERMITIR

Nada más volver al salón, mi madre comienza con esta frase:

—Erri, está noche has estado todo el tiempo a tu aire. ¿Por qué no te sientas aquí un poco con nosotros?

—Siéntate en mi sitio, que nosotros ya nos vamos —dice Valerio levantándose—. Tomoko tiene que despertarse pronto mañana, y yo esta noche tengo un torneo. No querría perdmelo.

—¿Ya os vais? —dice mamá, y se levanta también ella.

—Mamá, que no nos podemos quedar a dormir aquí.

—¿Por qué no? Tu hermano se queda.

Valerio se entremete la camiseta en el pantalón y contesta:

—No lo dudaba...

—Ya hablaremos cuando tú también tengas un hijo —interviene polémico Giovanni.

—Entonces no hablaremos nunca.

—¡Valerio, no digas eso! —reclama mamá.

—Entonces, ¿habéis estudiado bien el reparto? ¿Nada que os genere dudas o preocupaciones? No me llamaréis mañana para montarla, espero...

—No te preocupes —contesta Valerio dando una palmada en el hombro a su padre—, ninguna polémica, nos fiamos de ti.

Mario entorna los ojos y me sale natural mirar a Arianna. Está sentada en un rincón y mira a su padre sin hablar.

Me despido de Valerio, luego Tomoko se acerca a mi oreja y me recuerda el pacto que hemos hecho. Un minuto después, se hace el silencio en la habitación.

—Bueno... —dice mi madre, que nunca ha sabido soportar los silencios—. ¿Por qué no os quedáis también vosotros? —pregunta, dirigiéndose a Arianna y a mí.

—No puedo —responde inmediatamente Arianna.

—Yo tampoco —añado.

—¿Tienes que volver a casa de Matilde? —insiste ella esperanzada.

—No, me voy a casa.

—En una noche tan bonita, en la que nos has dicho que serás padre, ¿y te vuelves a dormir solo a aquella habitación mohosa?

—No es mohosa, mamá...

—Sí, claro, claro...

—Yo me voy a la cama —interviene Mario—. Estoy cansado y mañana yo también tengo que despertarme temprano.

—Entonces aprovecho y me despido también yo —dice inmediatamente después Clara, que se levanta y se despereza—. Renata me levantará al alba.

Giovanni se despide de nosotros y sigue a su mujer. En el salón nos quedamos Arianna, mi madre y yo, que me mira y añade:

—Me alegro del acercamiento con Matilde. En el fondo, siempre he pensado que es una buena chica. Tuvo un momento de debilidad porque no llegaban los hijos, pero te quiere mucho.

Eso se lo cuentas a Ghezzi, lo de que fue solo un momento de debilidad.

—Yo no he dicho que volvamos juntos —contesto.

—Pero yo sí que lo espero. No sabes lo que me gustaría verte asentado y feliz con tu familia.

Arianna me mira y no dice palabra.

—No te preocupes por mí —replico entonces—, piensa más bien en Mario. Ella echa hacia atrás el cuello y balbucea algo, incómoda.

—Renata, lo sabemos todo —interviene Arianna—, papá nos ha contado cómo están las cosas.

—¿Lo sabéis todo?

—Sí —contesto—, con nosotros puedes dejar de fingir.

—¿Por qué os lo ha contado esta noche? Quería hacerlo en los próximos días...

—Porque ni por un instante me he creído el cuento de las ventajas fiscales.

En ese momento Renata Ferrara parece desinflarse de golpe. Los hombros le caen hacia el abdomen, y la cara se derrite en una expresión finalmente genuina, una mezcla de dolor y liberación. Solo después alarga la mano hacia Arianna y dice:

—Ya, tú siempre te das cuenta de todo, ¿verdad? Eres una chica sensible.

Es la primera vez que mamá tiene un gesto de cariño con Arianna, que le

devuleve una frase de agradecimiento. Por eso, intrigado, me quedo mirando la escena. También Arianna parece sorprendida por la reacción de mi madre y guarda las distancias.

Pero, evidentemente, esta noche Renata ha decidido rescatar su propio pasado.

—Tú y yo nunca hemos tenido una verdadera relación —prosigue—, y quizá sea más culpa mía que tuya, pero que sepas que siempre he sabido lo que vales, siempre he sabido que eras distinta a los demás. Sé cuánto has sufrido. Así que eso, quería decir que la historia de tu padre me ha afectado mucho y..., bueno, que siento no haber sido una buena madre para ti, pero esperaba hacerte más fuerte con mi actitud, te quería más robusta, más equilibrada.

—Me querías como tú —contesta Arianna con su típica expresión distante.

A ojos de quien la conozca poco, podría parecer que para ella esta es una discusión como cualquier otra, sin ningún tipo de implicación emotiva; pero yo, como hemos crecido juntos, logro leer en su cara rabia y emoción al mismo tiempo. Arianna está de nuevo a punto de llorar, y quizá le vendría bien. Siempre que mamá no se venga con su típica invitación a mirar adelante.

Pero los últimos acontecimientos deben haber infligido un duro golpe a su culto al rendimiento, porque contesta:

—Sí, puede ser. Pensaba que te venía bien tener al lado una figura femenina fuerte. En cambio, me equivoqué, tu siempre has tirado por tu camino y yo por el mío...

—Agua pasada —comenta Arianna.

—Sí, agua pasada.

Me llega un nuevo mensaje al teléfono. Miro la pantalla imaginándome que es Flor.

Es Matilde.

—Lo más importante ahora es estar junto a papá —exclama Arianna.

—Ya veréis —contesta mamá, y se da la vuelta también hacia mí—. Mario estará bien. Es fuerte, grande y gordo, y resistirá para largo.

Su conversación me llega ahora a los oídos como desde un lugar lejano, el cerebro lo tengo ocupado con las palabras de mi mujer.

Creía que me llamarías. ¿Ni siquiera te importa saber si este hijo es tuyo?

—Perdonad —digo, y me alejo.

—Erri, ¿es que no consigues estar un segundo sin teléfono? —comenta Renata, pero yo ya estoy en el pasillo.

Necesito aislarme para decidir si contestar y qué. Me meto en el dormitorio en el momento en el que llega un segundo mensaje.

En este momento te necesitaría realmente. He dejado a Manuel, no lo quería. Nunca lo he querido.

Levanto la cabeza y me encuentro delante a Clara. Tiene a Renata en brazos, se me queda mirando y sonrío.

—Perdona —digo—, no sabía que estuvieras aquí.

—No, perdóname tú, es tu habitación. He venido a coger a Renata para llevarla a mi cama.

Me quedo mirando a Clara que sonrío mientras su hija duerme en su hombro, y le pregunto a ella lo que, quizá, habría preguntado a Arianna si no estuviera ocupada con una sesión de psicoterapia con su verdugo, que está poniendo toda la carne en el asador para transformarse en víctima.

—Es Matilde —digo señalando el móvil que llevo en la mano.

—¿Reconciliación a la vista?

—No lo sé.

Clara parece reflexionar un instante, y finalmente exclama:

—Bueno, este hijo cambia las cosas. Ahora casi tenéis la obligación de volver a intentarlo.

Cada vez echo más de menos a Matilde, pero incluso si este hijo fuera mío, no sé si bastaría para borrar meses de rencores. No sé si alguna vez conseguiremos hacer borrón y cuenta nueva por su bien y por el nuestro.

Pero todo esto no puedo ni quiero decirlo, entre otras cosas porque es solo una parte de la verdad. Desde hace más o menos un minuto, es decir, desde que me ha llegado el primer mensaje de Matilde, he pasado por todos los estados de ánimo: de la sorpresa a la euforia, de la confusión a una especie de languidez alimentada por la duda de que lo que estoy a punto de hacer (responder o, peor aún, llamar por teléfono) no sea lo adecuado o, sobre todo, que no sea lo que realmente quiero. Porque mi hermano Giovanni no estaba del todo equivocado aquella noche. Junto al inevitable sufrimiento, en estos

meses he convivido también con una especie de hormigueo en la tripa: la esperanza de que, por fin, algo cambiara realmente, que mi vida tomara un rumbo diferente. Y así he seguido adelante, tambaleándome entre el dolor de no volver a tener a Matilde y la satisfacción de una vida en algunos aspectos más gratificante, con menos certezas y alguna expectativa más.

Y ahora tengo miedo de que las ganas de tener un hijo que ha llegado a saber cómo, el deseo de volver a tener a mi mujer toda para mí, aparte de una casa donde haya alguien que me espera y una vida más normal, puedan hacer que desaparezca de mi tripa la sensación de libertad con la que me despierto y que me hacía pensar que sí, que estaba solo y que ya llevaba varios fracasos a mis espaldas, pero que mientras tuviera aquella energía que me corría por el abdomen y me permitía levantarme de cada caída, todo seguiría siendo posible. Perder aquel soplo equivaldría a perderme a mí mismo. Y esto no me lo puedo permitir. Ni siquiera por un hijo.

EL YO DE CLARA

Clara interrumpe mis pensamientos.

—¿No te parece?

—No sé. Tengo miedo de equivocarme.

Entorna por un instante los ojos e inclina la cabeza, y en aquel pequeño gesto vuelvo a ver aquello que me gustaba de ella hace tanto tiempo, en la chica dulce que se presentaba cada mañana en la oficina. Un segundo después, Clara vuelve a ser la mujer que ya no tiene espacio para los sueños.

—Erri —dice, acercándose—, a todos nos asusta tener que elegir, pero cuando llega el momento hay que decidir y no mirar atrás.

—¡Hay que mirar adelante! —exclamo, en un intento de imitar a mi madre y robarle una sonrisa.

Solo que ella, en lugar de reír, se galvaniza y contesta:

—Sí, eso eso, tienes que mirar adelante. A tu hijo. —Dios mío, Giovanni está criando en casa a la futura Renata Ferrara—. Perdónala y vuelve con ella. Hay un niño de por medio.

—No sé si podré perdonarla —digo.

—Se te pasará. Y, por amor a tu hijo, olvidarás.

Podría sonreírle con sorna y librarme así de su presencia para después llamar por teléfono a Matilde, pero decido aprovechar la ocasión para colarme en el yo de Clara.

—Y tú, ¿quieres a Giovanni? —respondo.

Ella abre los ojos como platos.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque pareces dispuesta a pasar por encima de todo por tu hija.

—Así es —replica, con los ojos clavados en el suelo y la mejilla contra la de Renata.

Sonríó para librarla del apuro, pero le ha dolido. Vuelve a mirarme y dice:

—¿Qué te crees, que no sé lo que hace Giovanni?

No consigo contener una mueca, pero ella se me adelanta.

—Lo saben todos, incluida yo. Pero ¿qué tengo que hacer? Dímelo tú. ¿Dejarlo? ¿Dejar a Renata sin padre? ¿Hacer que se vuelva una chica llena de miedos e inseguridades por un capricho mío? —Tras un segundo de silencio, añade—: Perdona, no quería decir que todos los hijos de padres separados sean inseguros...

—Déjalo.

Una lágrima le baja por la mejilla e inmediatamente se la seca con la mano libre, volviendo a bajar la mirada. Qué extraño, esta noche mi exhabitación debe contener un efluvio particular que empuja a las confesiones.

—Lo siento, de verdad que no creía... —intento responder, pero Clara me interrumpe.

—¿En serio no sabías nada? Increíble, debes de ser el primero. Creo que lo sabe hasta tu madre. Valerio seguro. Es más, ¿sabes lo que me ha dicho?

Digo que no con la cabeza.

—Que los hombres son así, que su instinto ancestral los lleva a embarazar al mayor número posible de mujeres con el fin de tener más probabilidad de éxito para garantizar la supervivencia de la especie.

Me viene espontáneamente la risa, aunque no debería. Así que intento remediarlo.

—Ya conoces a Valerio, ¿no? Tiene sus extrañas ideas. No me parece la persona ideal a quien pedir consejo.

—Ya.

—Además, creo que en estas cosas hay pocos consejos que dar, hay que hacer lo que uno siente que tiene que hacer.

—Eso es. Y yo siento que tengo que seguir con Giovanni.

—Entonces haces bien de seguir con él.

Clara agacha la cabeza un segundo y cuando vuelve a levantarla tiene los ojos brillantes. Tiende la mano hacia mi mejilla y en tono irónico exclama:

—Qué se le va a hacer, elegí el hermano equivocado...

Después se va y me deja mirando la puerta, con una pregunta que me ronda por la cabeza: ¿por qué solemos elegir a las personas equivocadas? Quizá porque nunca elegimos realmente al otro por lo que es, sino por lo que nos puede dar. Como en una subasta, nuestra vida se vende al mejor postor.

PEQUEÑA REFLEXIÓN SOBRE LOS ARREPENTIMIENTOS

La teoría de Renata está muy de moda. Cada vez oigo en más sitios decir que no hay que arrepentirse, que quien vive anclado en el pasado no tiene esperanzas en el futuro. En realidad, creo que quien no se arrepiente nunca ha soñado. Y es la falta de sueños la que impide un bonito futuro.

Yo arrastro un lastre de arrepentimientos, todas las esperanzas acumuladas y nunca hechas realidad, como la de hacerme dibujante de cómics o besar a Arianna. También tener un hijo ha sido una esperanza.

La verdad es que entre la esperanza y el arrepentimiento cabe un suspiro.
Y en aquel suspiro pasamos gran parte de nuestra vida.

UN BOTE LLENO DE ESQUELETOS DE ERIZO

Durante un breve período, la familia Ferrara y Gargiulo se juntaron. Ocurrió en el verano del ochenta y cuatro, el de las Olimpiadas de Los Ángeles (aún tengo la imagen de papá y Mario sentados en el jardín, delante de la tele, bebiendo cerveza y comentando las gestas de los atletas).

Valerio y Flor tenían un año. Mario alquiló para agosto una preciosa villa en la playa de Cerdeña, cerca de Palau. Una casa enorme, con tres dormitorios, una cocina comedor con una larga mesa en el centro, un patio y un jardín inmenso que iba a parar a la playa. Un lugar magnífico que nos dejó sin respiración. Por otro lado, la villa estaba también inmersa en un gran pinar que daba al mar y el terreno estaba tapizado de agujas de pino.

A pesar de las protestas de mamá, que la tomó con el altruismo de su pareja y le rogó no hacer tonterías de las que luego se arrepintiera (porque en el fondo no conocía realmente a Raffaele Gargiulo), Mario decidió invitar también a papá con su nueva familia. De hecho, el aquí presente le había dicho que los Gargiulo se iban a quedar en Nápoles.

Papá había vuelto de España hacía casi dos años y hacía unos meses que había conseguido el famoso puesto de taquillero; normal que no pudiera permitirse unas vacaciones. Por eso, una noche Rosalinda me llevó a solas y me dijo lo que habría querido y debido decirme él: «Erri, tu padre querría quedarse contigo este verano, pero nosotros no vamos a ninguna parte, así que es mejor que te vayas con tu otra familia. Si acaso, el próximo año nos vamos todos juntos a España. ¿Qué me dices? ¿Te parece bien?».

Asentí y sonreí, aunque en el fondo me preguntaba por qué tenía que pasar el verano con él, si los anteriores veranos no lo había visto nunca.

De vuelta a casa, mientras estábamos sentados a la mesa, mamá me preguntó por papá.

—¿Qué va a hacer este verano? Ahora que por fin ha decidido hacer de padre presente, ¿se ha molestado al menos en pedirte que te quedes con él?

—No se va. Ha dicho que el próximo año, si acaso, nos vamos todos a España.

Mamá y papá se miraron, y no hicieron ningún comentario. Unos días después supe que papá vendría con nosotros de vacaciones.

—¿Todos juntos? —pregunté asombrado.

—Todos juntos —respondió mi madre, dándome la espalda.

El generoso plan de Mario podría haberse revelado una catástrofe: había muchas probabilidades de que mis padres se pasaran las vacaciones lanzándose indirectas más o menos veladas, o respondiéndose de mala forma. Incluso habrían podido llegar a utilizarme a mí para sacarse de quicio. En cambio, no ocurrió nada de esto, y las vacaciones fueron extraordinarias.

En realidad, mi preocupación duró solo los dos primeros días, durante los cuales vagaba por casa con paso felino, intentando no dar confianza ni a uno ni a otro. En la cena miraba todo el tiempo al plato, en silencio, esperando que no me involucraran en la conversación.

Después, poco a poco empecé a relajarme, también porque Arianna y yo nos pasábamos el tiempo jugando al escondite o al pilla pilla entre los árboles; o nos sentábamos sobre las agujas de los pinos, con la espalda apoyada en un grueso tronco, y nos inventábamos historias de duendes y gnomos que vivían en el viejo bosque. Alguna vez dibujaba viñetas y a ella le entusiasmaban. Y luego, en la playa estábamos casi todo el día con Mario, que nos regaló unos equipos de buceo, un tubo y unas gafas, y nos enseñó a sumergirnos bajo el agua para coger conchas y esqueletos de erizo. Había unos preciosos y de colores, del verde al marrón, del blanco al violeta. Cada vez que pescaba uno, se lo enseñaba a Mario y corríamos a la playa para ponerlo al sol, para que se secase.

Ocupado en mi nuevo papel de descubridor de tesoros marinos, apenas me daba cuenta del pequeño milagro que tenía lugar a mi alrededor. Mamá, en realidad, bajaba poco a la playa y siempre en las horas de menos calor; repetía todo el tiempo que el sol hacía daño, que tenía que pensar en Valerio (en realidad era la pobre tata Luisa la que lo tenía en brazos todo el día) y que, en cualquier caso, prefería quedarse en el pinar. Pero yo había entendido que evitaba pasar demasiado tiempo al lado de mi padre y de su nueva familia. También Rosalinda bajaba a la playa cuando podía, entre toma y

toma, y pocos minutos; por lo que el único que se tiraba horas al sol era justo papá. También podría haber aprovechado mi presencia y quizá pescar conmigo erizos de colores, pero en cambio prefería pasarse el tiempo leyendo tumbado en la arena, con los pies en el agua.

Era muy delgado, tenía una barba espesa y el pelo ya ralo y, aun así, cuando me paraba a mirarlo, con el cuerpo tendido en la toalla de la playa y la piel cubierta de gotas, me parecía una especie de divinidad marina.

De vez en cuando se lanzaba al agua y en un par de brazadas nos alcanzaba a Arianna y a mí, que íbamos y volvíamos del fondo del mar (dos metros, para ser sinceros) a la orilla. Entonces se nos quedaba mirando, alguna vez nos sonreía, otras charlaba un poco con Mario y más rara vez fingía interés en lo que yo estaba haciendo. Después volvía a la orilla, se secaba e iba a dar el relevo a Rosalinda, que llegaba corriendo, se metía en el agua y empezaba a salpicarnos, a reír con nosotros, o incluso se metía ella también a pescar conchas que luego, por la tarde, pintaba con pinceles a la luz de una pequeña lámpara en el jardín.

Con frecuencia me quedaba mirándola y la veía guapísima, con la tez oscura, los ojos claros y su perenne buen humor; y me preguntaba cómo hacía para estar con papá, que en cambio siempre parecía sombrío, y qué tenían que ver ella y Mario con mis padres. A mis ojos las parejas parecían invertidas, Rosalinda debería haberse comprometido con Mario, y mamá y papá deberían haber vuelto juntos.

Incluso Arianna, un día, me preguntó:

—Pero ¿tu padre no habla nunca?

—Poco —respondí.

—Es antipático —dijo sin andarse por las ramas, como era su costumbre.

—No es verdad —respondí inmediatamente.

—Sí, es antipático, aunque sea tu padre.

—No es antipático, es que lo hicieron así.

—Entonces está mal hecho —respondió Arianna, lanzándose a la búsqueda de un nuevo erizo.

Y cuanto más pasaban los días, más mágica se volvía el aura de nuestras vacaciones. La incomodidad general de los primeros días había desaparecido y por la noche los adultos se quedaban charlando durante un buen rato

después de haber dormido a Valerio y a Flor. O los oíamos jugar a las cartas en el jardín mientras nosotros estábamos ya en la cama.

Algunas veces me despertaba por la noche para ir al baño y pasaba delante de las habitaciones de mis familias. A decir verdad, los primeros días mamá había intentado dormir con la puerta cerrada, pero hacía demasiado calor y había tenido que rendirse. Me detenía en el marco de ambas habitaciones y me quedaba mirando sus cuerpos inmóviles, sobre todo el de papá y Rosalinda, que aún no me parecían una familia, mi familia. Papá, como Mario, roncaba, dormía con el pecho desnudo y en calzoncillos, normalmente de lado, con las gafas apoyadas en la mesilla donde había un libro medio abierto. Ella, en cambio, boca abajo, con los brazos bajo la almohada y con Flor al lado en la cuna. Rosalinda no parecía preocuparse demasiado por su cuerpo; mamá, al contrario, no hacía más que estirarse el dobladillo de la falda o el tirante de la camiseta. Rosalinda se entremetía el bañador por las nalgas para broncearse y mamá se ponía uno de cuerpo entero, ella dormía descubierta y mamá se tapaba bien con las sábanas.

Y con todo, eran las dos hermosas. A pesar de ser tan diferentes de cuerpo y de mente, a mis ojos emanaban el mismo brillo. Rosalinda era la vitalidad, la alegría, la juventud; mamá la elegancia y la compostura. Lo que no tenía la una lo tenía la otra, y pronto empecé a preguntarme cómo habrían hecho las dos para enamorarse de aquella especie de divinidad marina, sí, pero «mal hecha», como había dicho Arianna.

En poco tiempo, el extraño y milagroso verano tocó a su fin. La noche antes de marcharnos, papá me llamó a su habitación y me mostró una hoja de periódico que protegía una veintena de esqueletos de erizo de brillantes colores.

Los ojos se me salieron de las órbitas.

—¿Dónde los has cogido?

—En el mar —respondió—, ¿dónde si no?

Les di vueltas en las manos.

—Son preciosos.

—Son tuyos.

—Gracias —susurré.

Habría querido abrazarlo, hacerle ver lo que me emocionaba su regalo y su gesto, pero no tuve valor.

Por suerte, fue él el que dio el primer paso.

—Ven aquí —dijo—, dame un beso.

Y fue así que, por primera vez, posé mis labios en su barba áspera. Después de tantos años, no puedo por menos que agradecerles a él, Rosalinda, mamá y Mario que por mi bien decidieran dejar a un lado sus rencores, al menos durante las vacaciones.

Volví a casa más confundido que antes y con pocas certezas, pero con un recuerdo que no me abandonaría y con un bote de cristal lleno de carcasas de erizo que aún sigue en mi antigua habitación. Con los años, los esqueletos se han hecho añicos y han perdido color, pero, aun así, si me quedo mirándolos, aún me parece sentir el perfume de aquel verano milagroso.

Perfume de pino, de brisa marina, de antimosquitos, de parrilladas, de cerveza, de niños.

De familia.

LA DANZA DE LAS PEQUEÑAS COSAS

Si Manuel Ghezzi hubiera sido uno de esos hombres arrogantes, con traje de raya diplomática y zapatos brillantes, con el nudo de la corbata del tamaño de una pelota de tenis y un SUV como metáfora de su virilidad, me resultaría fácil odiarlo.

En cambio, Ghezzi es un hombre modesto, contenido, siempre amable, sonriente, sanote, repartidor de consejos, buen oyente, inteligente. Ni guapo ni feo. Quizá un tipo, como se dice en estos casos, de los que por la mañana te cuentan la película que han visto la noche anterior, que te hablan del libro que tienen en la mesilla, que se la trae al fresco el coche, la ropa cara, el fútbol, y que no se pasan el día hablando de tías buenas. A uno casi le daría por pensar que a un hombre así la vida solo le ha regalado satisfacciones y alegrías. Si no, ¿quién tendría la fuerza de repartir sonrisas mientras la vida se le desmorona?

Y, sin embargo, Ghezzi perdió a su mujer hace diez años en un accidente de carretera. Aquel día se tenían que haber ido de vacaciones, habían alquilado un apartamento en Calabria junto a una pareja de amigos. Pero en el último momento Ghezzi tuvo que posponer la salida por una reunión de trabajo, así que quedaron que su mujer se fuera yendo con la pareja, y que él los alcanzaría en tren al día siguiente. Por suerte, sus dos hijos estaban de campamento con los *scouts*.

El caso es que, no sé muy bien cómo, el coche que transportaba a la alegre comitiva acabó debajo de un tráiler y los tres murieron en el acto. En la empresa fue un duro golpe para todos, nadie encontraba palabras de consuelo para semejante tragedia.

Ghezzi se ausentó solo dos días, para los funerales, y en estos años nunca se ha escudado en su dolor ni se ha hecho la víctima.

En resumen, Ghezzi es el compañero ideal.

Pero, por supuesto, no la pareja ideal. Ya una vez había conseguido

encontrar una mujer a la que le atrajera su desconcertante normalidad, pero sería difícil repetir el éxito. Al menos, eso creía yo.

En cambio, Matilde necesitaba precisamente un hombre normal, amable, atento, presente y sin demasiadas pretensiones. Pensándolo bien, Ghezzi era el prototipo perfecto. Cómo empezó lo suyo, ni lo sé ni lo quiero saber, pero creo que Matilde sustituyó el deseo de ser mamá con la necesidad de volver a transformarse en hija.

Algo así.

Una noche volví a casa más melancólico que de costumbre, y las cuatro paredes de colores, en ausencia de Flor (que, si no me equivoco, estaba en casa de un amigo en Londres), me parecieron más grises que las de mi antigua oficina. Abrí el frigo y cogí una cerveza, después me tumbé en el salón y encendí la televisión. Si hubiera sabido llorar, lo habría hecho. En lugar de eso, me quedé mudo mirando la pantalla y pensando en mi vida precedente sin decir una palabra. Es que la lejanía de Matilde me estaba haciendo descubrir pequeñas cosas de su día a día que había olvidado o que había dado por descontadas. Por la noche tenía la sensación de notar el olor de la crema que se ponía en las manos y el roce de los pies que, una vez en la cama, frotaba uno contra otro hasta que le entraba sueño. O notaba en el aire el efluvio de la acetona con la que se quitaba el pintaúñas, y me daba la vuelta para mirar la mesilla como si esperara encontrar aquellas bolitas de algodón rosa que siempre me tocaba tirar a mí. Como las cápsulas del café, que no había forma de que las tirara a la basura. Y justo de la cocina es de donde me parecía que provenía el mismo ruido de cuando fregaba los cubiertos bajo el chorro del grifo, seguido siempre del mismo gesto de manos, una bofetada rápida al aire para dejar gotear el agua. Luego aquella forma de doblar el trapo: lo agarraba por las dos esquinas y después dibujaba un semicírculo hasta que se tocaban los índices. Movimientos rápidos, cuestión de segundos. Y a pesar de ello ahí estaban, en mi mente. Como el sonido de pasar las páginas, acompañado del tintineo de los vasos en el fregadero. Leía de pie, por la mañana antes de irse a trabajar, mientras se tomaba el zumo de naranja. Yo llegaba corriendo a la cocina (siempre se nos hacía tarde) y me la encontraba allí, inerme, guapísima, concentrada y silenciosa, con su pelo negro que le caía por los ojos, con un pie cruzado por

encima del otro y su ahusada mano envolviendo el libro. Y luego en el baño, mientras me lavaba los dientes, a veces me parecía volver a oír el ruido con el que el cristal del vaso acogía su cepillo, un rápido tintineo que me avisaba de que estaba a punto de venir a la cama. En el coche, me solía dar la vuelta hacia el lado del copiloto y casi la veía mientras se pasaba el pintalabios mirándose en el espejito del parasol o se recogía el pelo con las dos manos, con la horquilla entre los dientes y el escote de la camiseta que dejaba entrever la suave curva de su pecho. Aquella noche, en cambio, escuché el clic metálico con el que cerraba la funda de las gafas un segundo antes de abandonarse al abrazo del sofá.

No necesitaba una foto para volver a encontrar a Matilde, me bastaba con escuchar, cerrar los ojos y esperar que todos aquellos ruiditos comenzaran a moverse en mi mente. Una pequeña danza de sus gestos cotidianos. Y he entendido que son precisamente ellos, los pequeños gestos de cada día, las costumbres, incluso las obsesiones, los que nos descubren a una persona. Nuestras minúsculas y preciosas cosas son visibles solo a quien las observa con atención todos los días. Son el gran privilegio que concedemos a quien nos quiere.

La voz de Malaika en el descansillo me despertó. Abrí la puerta, pero ya había entrado en su casa. Llamé. Me abrió en bata y sonrió.

—¿Qué haces? —pregunté, aunque era evidente. Estaba maquilladísima y debajo de la bata se entreveía un top de raso negro.

—Trabajo —dijo ella.

—Ah, entonces perdona —respondí desconsolado.

Se me quedó mirando.

—En cuanto termine, voy un rato a tu casa.

Y fue así que, una hora después, mientras desfogaba mi tristeza gracias a una charla con Malaika y a un poco de alcohol, llegó la llamada de Matilde. Respondí al vuelo, por miedo a que el teléfono dejara de sonar.

—¿Qué tal? —comenzó ella.

Respondí alzando los hombros, que por teléfono ni siquiera se ve.

—Estaba pensando en ti —prosiguió Matilde.

Ante aquellas palabras, la hasta ese entonces indispensable presencia de Malaika se hizo del todo fuera de lugar. Me levanté del salón, le hice un gesto

a la vecina de que esperara un segundo y me metí en el baño.

—¿Qué pasa, Matilde? —pregunté después con voz dura.

—Nada, te echaba de menos.

—No puedes llamarme para decirme estas cosas. A lo mejor incluso con Huevos Colganderos durmiendo a tu lado.

Su voz se endureció.

—Te he dicho que no lo llames así, no se lo merece. Él no tiene la culpa y es una buena persona.

—Será todo lo bueno que quieras, pero es viejo.

—Por si lo quieres saber, desde ese punto de vista es más imaginativo de lo que te piensas...

En aquel momento mi estómago empezó a rugir.

—¿Qué quieres, hablarme de cómo es tu amante en la cama?

Ella suspiró.

—No, es solo que no me gusta que le tomes el pelo. No se lo merece.

—Es tu amante.

—No ha sido buena idea llamarte por teléfono —contestó tras una breve pausa.

—Me da a mí que no.

—Entonces adiós.

—Adiós.

De vuelta, me encontré con que Malaika se había quedado frita en el sofá. Abrí un armario de la cocina y me ventilé una dosis de Gaviscon, intentando apagar el fuego que amenazaba con quemar todo. Después me quedé mirando a mi vecina y me pregunté si sería correcto despertarla. Al final me fui a la cama e intenté dormir, buscando no darle demasiadas vueltas a un tiempo que ya no me pertenecía. Cerré los ojos y me esforcé en creer que, a veces, el pasado viene a susurrarte algo al oído solo para ayudarte a cambiar el presente.

SIRIO

La primera noche con Matilde fue una experiencia inolvidable. Desde hacía unos meses la rondaba de manera educada, pero sin que fuera muy evidente, en parte porque era la hija del jefe, y en parte porque no sabía nada de su vida, ni siquiera si tenía novio. Durante semanas, el cortejo se limitó a una tímida sonrisa (por suerte siempre correspondida), a alguna mirada furtiva, a alguna broma rápida en el ascensor o a ofrecerle un café en la máquina del primer piso.

Después, un día, su padre se presentó en mi despacho con su hija del brazo y me dijo:

—Erri, quiero que Matilde aprenda a usar ese programa absurdo que utilizas tú. Yo no entiendo ni papa. Ponte a ello y enséñale a usar ese *software* para psicópatas.

Estaba hecho, por fin tenía un motivo para pasar tiempo con ella. Me levanté de golpe y le cogí una silla, luego la invité a sentarse y me quedé de pie preguntándole si quería algo.

—Algo que pueda conseguir en el radio de cinco kilómetros —precisé.

—¿Siempre eres tan dispuesto con las mujeres? —respondió riendo.

—Solo con las hijas de mi jefe.

—Soy la única hija de tu jefe —contestó ella, denotando desparpajo, además de una cierta disposición para aceptar mis lisonjas.

—Entonces eso quiere decir que todas mis atenciones se dirigirán a ti.

Matilde volvió a reír y comprendí que la había conquistado en cuestión de dos minutos y con solo tres bromas. Casi un récord para mí, acostumbrado desde siempre a utilizar lo mejor que podía lengua y cerebro para contrarrestar la insuficiencia estética que me hacía salir siempre con retraso con respecto a mis contrincantes.

De pequeño me definía como un maratoniano, alguien que elige la larga distancia, como mucho un mediodista. Al contrario de muchos de mis

compañeros, que gracias a sus indudables cualidades físicas eran auténticos y genuinos velocistas, yo continuaba la carrera a paso lento, kilómetro a kilómetro, a la espera de que alguno de mis rivales tropezase o se quedara sin aliento. En ese momento le robaba su puesto. Más de una vez pasó que chicas que acabábamos de conocer se fijaran primero en otro, para después darse cuenta con el tiempo de que estaban mucho más interesadas en el aquí presente.

A pesar de que nuestra relación hubiera empezado a lo grande, tardé al menos diez días en invitarla a salir. Habíamos trabajado codo con codo durante todo ese tiempo y ella aceptó con entusiasmo. La invité a cenar en Baia y después la llevé a la playa de Capo Miseno. Era junio, había aún poca gente por la calle y la noche parecía perfecta. Ella miró las estrellas y preguntó:

—¿Tú tienes un sueño?

Me quedé con la boca abierta y balbuceé algo incomprensible, porque de otra forma habría tenido que confesarle la verdad, que ya no tenía ningún sueño y que ni siquiera sabía por dónde empezar para encontrar uno nuevo. Por suerte, Matilde pasó a otra cosa. Si, en cambio, hubiera seguido hasta el fondo, se habría dado cuenta inmediatamente del peligro y se habría alejado para siempre. Quien no tiene en su interior proyectos para perseguir, tiende a apagar también los de los que tiene al lado, como un agujero negro que engulle la luz que se acerca demasiado. En cambio, al poco nos besamos y empecé a desabrocharle la camiseta y el sujetador. Matilde me detuvo y dijo que no, que aquel no era el lugar adecuado, que nos verían y que no se sentía tranquila.

—¿Y entonces dónde? —pregunté.

—¿En tu casa?

Miré el reloj. Eran las once de un día festivo, y con toda probabilidad Mario y mi madre ya estarían durmiendo. Nos colamos en casa como ladrones, de puntillas y tanteando en la oscuridad, exactamente igual a como hacía tiempo atrás con Giulia. Una vez que llegamos a mi habitación, ella exclamó:

—Creo que tus padres todavía están despiertos, he visto la luz de la televisión al fondo del pasillo.

—Ninguno de los dos es mío. Él porque no es mi padre, ella porque no puede ser de nadie —respondí mientras tiraba de ella hacia la cama.

Matilde rio y preguntó:

—¿Y tus hermanos? ¿Duermen también?

—Tranquila, no están.

Más tranquila, se calmó y empezamos a explorar nuestros cuerpos con gran pasión. Nos desnudamos mientras nos besábamos, esparciendo por la habitación la ropa que dificultaba nuestra necesidad del otro. Luego nos tendimos en la cama y nos intercambiamos nuestros cuerpos, las respiraciones, el sudor, la sonrisa. Vamos, que estaba allí, con mi sueño erótico de las últimas semanas retorciéndose encima de mí, cuando me sonó el móvil. Rechacé la llamada y volví a Matilde, pero al segundo el maldito cacharro volvió a sonar.

—Responde —dijo ella jadeando.

Resoplé y miré la pantalla. Era Valerio. «¿Y ahora qué quiere?», me pregunté.

—¿Erri?

—¿Qué pasa? —respondí brusco.

—¿Dónde estás?

—En casa, ¿por qué?

—Necesito que me hagas un favor.

Me pasé la mano por la cara mientras Matilde parecía incómoda por la situación, por nuestros cuerpos desnudos y aún poco acostumbrados a la intimidad.

—¿Qué favor?

—Me tienes que venir a buscar.

—Ni de coña, Valerio.

—Pero si ni siquiera sabes dónde.

—Me da igual. No puedo ir.

—Erri, estoy en problemas.

—¿Qué problemas?

—Luego te explico, ¿ahora puedes venir a buscarme? Estoy con Filippo bajo el puente de Gianturco.

—¿Bajo el puente de Gianturco? ¿Qué haces en Gianturco a esta hora?

—Luego te explico. Entonces, ¿qué, vienes?

Suspiré y crucé la mirada de Matilde. Colgué, me volví a vestir y dije:

—Lo siento. ¿Qué haces? ¿Me acompañas o me esperas?

—¿Aquí?

—¿Dónde si no?

Ella pareció pensárselo y respondió:

—Te acompaño, así también conozco a tu hermano. El raro de los dos, apuesto...

—Eso sí, te aviso de que tu vida marcharía mucho más tranquila si decidieras no mezclarte con la familia Ferrara.

—¿En serio? ¿Y qué tiene de tan especial este Valerio? Mira que cada familia tiene su oveja negra.

—La verdad es que no estaba pensando en Valerio...

—Ah, ¿no? ¿Y de quién debería tener miedo entonces?

—De mi madre —respondí sin dudarlo.

Lo que había pasado es que Valerio, que se acababa de sacar el carné de conducir, había salido de casa a eso de las once, veinte minutos antes de que yo llegara, para ir a recoger a Filippo, su amigo de toda la vida. Pero en plaza Vanvitelli no había nadie y las calles estaban desiertas, y como ya se habían fumado su hierba, tenían que divertirse de alguna forma: ¿y qué mejor manera que visitar las calles de la periferia más transitadas por trans para tomarles el pelo educadamente?

Se habían acercado a un travesti en una bocacalle de vía Foria y Filippo había comenzado con su típica sarta de bromitas estúpidas y vulgares. A pesar de que el tipo en cuestión había amenazado con llamar a alguien, ellos se habían seguido divirtiéndolo y estropeando su ya poco próspero negocio, y al final él había pedido ayuda.

Y la ayuda era un hombre con cara ruda y picada de viruela, al volante de un gran Mercedes, que se había acercado y, sin decir palabra, había levantado el brazo para apuntar con una pistola a la cara de Filippo. Valerio había palidecido de golpe y la adrenalina que le salpicaba las venas había prevalecido sobre la hierba que le corría plácidamente por la sangre: metiendo primera, había salido a todo gas. Una pena que también el bárbaro rabioso se hubiera lanzado en su persecución, que se prolongó a lo largo de toda vía Marina, con Valerio y Filippo gritando como locos (este último, por otra parte, con la cabeza entre los muslos como un avestruz), y el pistolero tras ellos con su robusto coche alemán espoleando a la pequeña joyita automovilística de Renata Ferrara, un Twingo fucsia que ella usaba

poquísimo y que después de no sé cuántos años había recorrido apenas doce mil kilómetros.

Al final, cerca de Gianturco, el indomable perseguidor había conseguido flanquearlos y había dado varios golpes al lateral, enviándolos derechos a la acera. Solo entonces había dejado la pistola y había vuelto satisfecho con sus travestis.

La reconstrucción detallada de los hechos nos fue dada por mi hermano y por su amigo mientras volvíamos a casa, después de constatar que solo podíamos abandonar la exjoyita de nuestra madre allí donde había sido abatida.

—Pero ¿cómo se os ha pasado por la cabeza hacer algo así? —pregunté en determinado momento, en un intento de parecer un angelito a ojos de mi nueva conquista.

—Venga —se entrometió Matilde—, lo hecho, hecho está. Pensemos mejor qué decir a vuestra madre.

—Eso es —comentó entusiasta Valerio—, ¿qué decimos a mamá?

—Qué dirás... —respondí.

—Venga, Erri, no me puedes dejar tirado. Soy tu hermano pequeño, tengo derecho a que te ocupes de mí.

Matilde rio y yo ahogué una palabrota, pensando qué imaginativa mentira soltar a la sabueso de Renata Ferrara.

—¡Podríamos decir que alguien nos ha dado un golpe y se ha escapado! —sugirió Filippo.

—¡Pero si parece que el Twingo ha saltado encima de una mina antipersona! ¿Cómo se va a creer que haya acabado así por un coche que os ha dado un golpe sin querer y que ha huido? —contesté.

En el interior se hizo el silencio.

—De ser así, me veré obligado a decirle la verdad —susurró Valerio en un momento de desaliento.

—¿Los insultos al travesti y la persecución a lo *Starsky y Hutch*? Por favor... —comenté.

—Tengo una idea —nos interrumpió Matilde.

Nos dimos la vuelta los tres para mirarla. Ella tomó aire y, toda contenta, anunció:

—Diremos que han robado el coche. Fuiste a cogerlo y no lo encontraste. Solo tenemos que poner la denuncia. Pensarán que han sido los ladrones los

que lo han dejado así.

Valerio se volvió hacia mí con los ojos saltones.

—Pero ¿de dónde la has sacado? ¡Esta mujer es un genio!

Aquella noche, Matilde del Gaudio entró extraoficialmente en la familia Ferrara, mientras la joyita automovilística de mamá, tras años de fiel servicio, salió honorablemente.

En aquella playa de Capo Miseno, Matilde y yo nos volvimos a encontrar al año siguiente, en nuestro primer aniversario, que pasamos cogidos de la mano mirando las estrellas.

—¿Ves aquella? —me dijo en determinado momento.

—¿Cuál?

—¡Aquella tan brillante!

—No la encuentro.

—Jopé, Erri, sigue mi dedo.

—¿Aquella de allí?

—Sí. Es Sirio. Y es el mayor astro del cielo. Lleva ahí desde siempre, y seguirá después de nosotros. Piensa en todos los ojos enamorados que se han posado en ella en todo este tiempo. Cuántos sueños guarda. Quizá sea por eso por lo que brilla tanto.

—¿Y entonces? —dije con aire divertido.

—Entonces júrame ante ella algo inmenso, muchísimo más grande que tú y que yo, que el mar y que el mundo entero: ¡que no nos dejaremos nunca!

—Lo juro —respondí inmediatamente.

—Así no. De verdad.

—Lo juro, te lo juro.

—¡Un juramento no tiene valor si no lo crees de verdad!

—Matilde, te lo he jurado.

—Dame la mano y repite: juro ante Sirio...

—Me siento ridículo... —intenté objetar, pero ella ya me había cogido la mano—. Juro ante Sirio... —comenté entonces.

—Que tú y yo nunca nos dejaremos, que envejeceremos juntos...

—... que envejeceremos juntos...

—¡No! Que nunca nos dejaremos y que envejeceremos juntos...

—... que nunca nos dejaremos... —repliqué esforzándome en contener la

risa.

—Juro que nunca me cansaré de ti y de tus besos.

—Nunca me cansaré de ti y de tus besos.

—¡Juro que no habrá noche, de ahora en adelante, en la que no mire esa estrella sin saber dónde estás!

—¿Todavía? Pero ¿cuánto dura este juramento?

Ella me miró decepcionada, así que tomé aire y recité la fórmula:

—¡Juro que no habrá noche, de ahora en adelante, en la que no mire esa estrella sin saber dónde estás!

—¡Lo has jurado!

—Lo sé.

—¡Ahora ya no puedes echarme atrás! —dijo con una sonrisa hundiéndome la cabeza en la arena para besarme.

Cuando conseguí liberarme, precisé:

—A menos que Sirio, mientras tanto, se apague.

—Estúpido.

Sí, estúpido yo, que en los últimos años no he mantenido el juramento y he olvidado que también la más brillante de las estrellas de vez en cuando necesita que se le eche un vistazo y se le confíe un sueño, para que continúe brillando.

NO ERA VOLUNTAD, ERA MIEDO

—Me voy —digo a Mario, que se está lavando los dientes.

Me hace un gesto para que espere y me apoyo en el marco de la puerta del baño. Se seca la cara con extrema lentitud y dice:

—¿Te acuerdas aquella vez que fuimos a Florencia a ver el partido?

—¡Cómo no! —respondo de golpe.

—¿Y aquella *fiorentina*? ¿Cómo era de grande?

—Así —digo, indicando el tamaño del bistec con las manos.

—Fue una bonita excursión.

—Ya.

—¿Jugó Maradona?

—Sí, incluso marcó, pero al final perdimos tres a uno.

—Sí, es verdad. Pero ¿fue el año que ganamos la copa?

—Sí.

—¿Cuántos años tenías?

—Mmm, doce.

—Sí, doce. Increíble. ¿Y te das cuenta de los que tenía yo?

Agacho la cabeza para pensar, pero él se anticipa.

—Cuarenta y seis.

—Pocos más que yo ahora.

—Ya —contesta impasible.

—¿Cómo es que te ha venido a la cabeza?

—No sé, estaba lavándome los dientes y he visto ante mis ojos la escena de ti con aquel bistec tan enorme, que ni siquiera sabías por dónde empezar y me daba la risa.

—Me parecías mucho mayor, ¿sabes?

—¿Un viejo?

—No, viejo no; sabía que eras un adulto, eso es, me dabas seguridad. Si te comparo entonces conmigo ahora, me parece imposible que haya tan pocos

años de diferencia.

Sonríe y se rasca la barriga. Luego apaga la luz del baño y se dirige al dormitorio. Yo lo sigo.

—Es normal, tampoco yo me sentía tan adulto. Era un niño grande al que le gustaba ir a ver un partido contigo.

—No, tú eras mucho más que un niño grande. Eras un padre.

Mario me mira con ternura, da dos pasos y me apoya la mano en el hombro. Entonces lo aprieto contra mí con toda la fuerza que tengo en el cuerpo, como si no estuviera esperando otra cosa, y solo entonces me doy cuenta de cuánto necesitaba uno de sus abrazos. Él intenta retroceder, azorado, pero finalmente me aprieta contra él. A saber por qué en la vida, cuanto más se avanza, más se tiende a eliminar algo: primero los besos, después las caricias, los abrazos y, finalmente, las palabras. En lugar de eso, habría que añadir. Siempre.

—Tú también serás padre —comenta entonces.

—Así parece...

—Y serás muy buen padre.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé y punto.

Me agarra por la nuca y añade:

—No sabes lo feliz que me ha hecho la noticia. No quiero entrometerme en tu vida, en tu relación con Matilde, pero estoy contento con este niño. Me hace feliz volver a ser abuelo. —Sonrío y él me da un palmadita en la mejilla—. Todo irá bien.

Querría preguntarle a qué se refiere con esta última frase, si al nacimiento del niño, a mi relación con Matilde o a su enfermedad. Pero no tengo valor para hacer la pregunta y me quedó ahí, con su mano callosa detrás de la nuca, disfrutando estos instantes.

—El día que me regalaste el Amerigo Vespucci... —exclamo después, mirándolo a los ojos.

—Sí...

—Nada, solo que... te habría aceptado también sin regalo. Algo en mi interior sabía que eras el adecuado. —Vuelve a rascarse la barba, como hace siempre que no quiere conmoverse, pero yo insisto—. ¿Te acuerdas que me pediste que separara todas las maderitas de la caja?

—Mmm, no, han pasado muchos años...

—Me dijiste que separara las piezas, así al día siguiente podríamos empezar a construir el barco. Y yo lo hice, lo que pasa es que llegado a cierto punto estaba tan cansado que, cuando me levanté de la mesa, se cayó todo al suelo. Recogí cada una de las piezas y me llevé la caja a la cama. Se me hizo de día para completar el trabajo.

—Muy bien —dice sonriendo—, siempre he sabido que cuando quieres, sabes sacar una voluntad de hierro.

Me lo quedo mirando un instante antes de admitir:

—No era voluntad, era miedo.

—¿Miedo? —Asiento—. ¿Miedo de qué?

—De perderte.

Mario me mira y se queda en silencio.

—Creía que si no terminaba mi trabajo, al día siguiente romperías tu promesa.

—Nunca se rompe una promesa hecha a un niño.

—Sí, ahora lo sé. Pero en aquel momento no podía saberlo.

Él parece cada vez más incómodo y creo que preferiría cambiar de tema. Entonces voy directamente al grano:

—Pues eso, lo que estoy intentando decirte es que algunas veces la vida te recompensa con algo muy valioso. Tú has sido la mejor recompensa posible.

—¿Así que quieres hacerme llorar esta noche?

—No, por favor.

—Lo único que he hecho es ser yo mismo —admite.

—Lo sé, y esa ha sido la diferencia.

Nos quedamos unos segundos en silencio antes de que él retome la palabra.

—Erri, no es asunto mío, pero a veces hay que cerrar los ojos y tirar adelante. Nada es perfecto, y mucho menos las relaciones humanas.

—Ya, me he dado cuenta.

—Por eso, si puedes, y si realmente quieres, intenta salvar tu relación con Matilde. Ella te quiere.

—Qué extraña manera de demostrarlo.

—A veces, para huir del dolor, la gente hiere a otros o hace cosas sin sentido a ojos de los demás.

—Ya, tú de esto sabes algo.

Mario parece descolocado por mi comentario.

—Nos pasa a todos, todos antes o después herimos y a todos nos hieren. El

amor, Erri, está lleno de alegrías y momentos felices, de dolor y decepciones. Es como la vida, una inmensa fragua de pulsiones, algunas de ellas desagradables. No hagas como muchos, que para afrontar el dolor deciden dar la espalda al amor. Enamórate, sufre, llora, desesperate, grita, cabréate, da patadas; pero afronta las emociones, vívelas. Vive. Cueste lo que cueste, hijo, cueste lo que cueste.

Pasa una eternidad antes de que encuentre el valor para volver a hablar:

—Te llamo mañana.

—Eh, ¿no estarás encima de mí durante los próximos cinco años?

—Puede ser —contesto guiñándole un ojo.

Hay hombres justos en este mundo. La suerte más grande de la vida es encontrarse a uno por padre.

TODOS HERIMOS Y A TODOS NOS HIEREN

La frase con la que he descolocado a Mario se refería a la manera en que Renata Ferrara intentó sustituir el dolor por el cáncer de pecho refugiándose en los brazos de un compañero de televisión, un periodista calvo y con perilla que se encargaba de los deportes en *Il Mattino*. En aquel período, mamá me llamó más de una vez para saber si me interesaba el baloncesto, el voleibol, el *rugby* o el fútbol femenino. A la enésima proposición le pregunté cómo es que tenía entradas para todos esos encuentros deportivos de Nápoles y alrededores, y ella balbuceó incómoda que se los regalaba su antigua redacción. En el momento no me extrañó y lo dejé pasar. Fue cuando empezó a llamarme cada quince días para saber si quería ir a la tribuna del San Paolo[18], cuando empezaron a surgirme algunas dudas.

La noche del Napoli-Juventus me llamó Giovanni.

—Ey, hermanote, ¿tú también vienes al partido?

—Sí, ¿tú también tienes entrada?

—Claro, mamá tiene un montón.

Habría querido pedir explicaciones, pero él colgó inmediatamente. Así que en las gradas, antes del pitido del comienzo, mientras sorbía por una pajita una Pepsi caliente, volví al tema.

—¿Y cómo hace mamá para tener tantas entradas?

Giovanni contestó sin dejar de comer su cruasán, casi divertido.

—¿No lo sabes?

—¿Qué?

—Mamá tiene un amante. Un periodista deportivo.

Casi me ahogo.

—Pero ¿qué dices?

—Lo ha descubierto por casualidad Valerio. En realidad, yo ya tenía mis sospechas: lo de las entradas, las llamadas de teléfono y los continuos mensajes, esas cosas. Luego Valerio me dijo que la vio con un tipo en un bar

del centro.

—¿Qué hacían? —pregunté, ventilándome de un sorbo la bebida, después de haber tirado la minúscula pajita que servía para cualquier cosa, menos para sorber.

—Ni idea, creo que hablaban. En cualquier caso, Valerio dice que la situación era inequívoca.

—¿Y él qué hizo?

—Nada, se marchó.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Has hablado con ella? ¿Le has preguntado algo?

—Pero ¿de qué?

—¿Cómo que de qué? Si es verdad, si hay otro. Y por qué.

Los equipos entraron en el campo y Giovanni se unió a los coros que provenían de las tribunas. Solo entonces añadió:

—Erri, casi parece que no te hubieras criado en nuestra familia. —Lo observé, pero volvía a tener la mirada fija en el terreno de juego, donde los jugadores se intercambiaban un apretón de manos—. No es la primera vez que sucede en los últimos años. También papá tuvo una relación con una secretaria joven. ¡Un pibón, además!

—¿Mario?

—Sí, Mario —respondió, dándose la vuelta solo un segundo para mirarme—. Pero ¿que creías, que el suyo fuera el amor más grande del mundo? También los Ferrara se traicionan, como todos.

Volví a mirar el rectángulo verde, pero estaba demasiado trastornado para dedicarme al partido. Me volví a dirigir a Giovanni.

—Pero ¿tú cuántos años tienes para hablar así?

—Casi...

—Sí, lo sé, pero pareces uno de esos viejos que ya no cree en nada.

—¿Y tú, en cambio, cuántos años tienes?

—Siempre doce más que tú.

—Eso es. ¿Y aún crees en el amor absoluto?

Luego empezó el partido y mi hermano ya no me prestó atención. Me quedé mirando a los hombres que perseguían el balón en el campo y, mientras tanto, le daba vueltas a las palabras de Giovanni, a por qué, incluso habiéndonos criado en la misma casa, éramos tan diferentes. A por qué tenía

ya aquella visión desencantada de la vida y qué habían liado mi madre y Mario para transmitir a sus hijos semejante idea del mundo.

«Todos antes o después herimos y a todos nos hieren» me diría Mario años después, y yo asentiría. Pero aquella noche en el estadio aún pensaba que los amores verdaderos resisten a los impactos de la vida y permanecen invencibles. Aquella noche, en el fondo, me consideré afortunado: a pesar de todo, de las discusiones y de la separación de mis padres, me había criado con el ideal de la familia perfecta y lo habría dado todo para lograr construir lo que no había tenido de niño.

Hoy puedo decir que Giovanni, a pesar de ser más joven, había entendido mejor que yo que la relación entre mamá y Mario duraría para siempre, a pesar de las repetidas crisis y alguna traición esporádica; y que el amor, el verdadero, no debe resistir al tiempo, sino a las heridas.

[18] Stadio San Paolo. Estadio de fútbol del S.S.C. Napoli. (N. de la T.)

DE LA AGENDA DE MATILDE DEJADA A LA MITAD

Desde hace un tiempo, la gente dice que he cambiado. Puede ser, todo el mundo cambia constantemente. Tú también lo harás con frecuencia. Solo que los cambios dan miedo, es algo que quien tienes al lado no acepta gustosamente. Por eso, tarde o temprano te encontrarás con alguien que obstaculizará tus ganas de cambio, te dirán que ya no te entienden, que eres egoísta. Con toda probabilidad seremos justo tu padre y yo los que te tocaremos las narices, los que no te comprenderemos, los que te acusaremos de no ser ya como antes. Tú como si nada, sigue tu camino, a costa de herirnos, a costa de herirte.

Recuerda, eres y siempre serás solamente responsable de tu felicidad.

GAMBINO ME SALUDA DESDE LEJOS

En cuanto Crispino del Gaudio se enteró de la relación entre su hija y Manuel Ghezzi, levantó el auricular y me llamó.

—Erri —comenzó con su típica voz firme.

No me resultó difícil imaginármelo detrás de su mesa de cristal, hundido en el sillón de piel en el que cada vez que se movía parecía que se tiraba un pedo, en el despacho que daba a todo el campo de Nocera, con vistas al Salerno-Reggio Calabria. Me imaginé que se estaría fumando el típico puro y que tendría el ceño fruncido mientras jugueteaba con el cable del teléfono y miraba la foto de familia a su derecha. A saber si yo seguía en aquella foto, o si Ghezzi me había sustituido también ahí.

—Tengo que hablar contigo.

—¿De qué?

—De la familia —respondió con un susurro.

Me quedé en silencio y finalmente dije:

—Soy todo oídos.

—Por teléfono no. ¿Podrías hacerme el favor de venir a la empresa?

—¿A la empresa?

—Sí.

Esperé a que terminara de echar el aire contra el auricular.

—¿Es muy importante?

—Sí.

Y es así que me encontré de nuevo en mi vieja oficina. Durante todo el camino por la autopista me pregunté cómo me recibirían mis excompañeros; qué expresión vería dibujada en sus caras, si compasión, burla o, incluso, satisfacción. Juraría que Gambino seguiría celebrándolo. Por otra parte, durante años yo había sido el hijo «adoptivo» del jefe, el único que había atraído la atención de su princesa, que vagaba por los pasillos de la empresa con trajes elegantes.

En cambio, me crucé solo con la secretaria del jefe (una vieja fea elegida por mi suegra después de una cuidadosa evaluación) y un par de inocuos compañeros que apenas me saludaron. Por suerte, no estaban ni Gambino ni Matilde, ni siquiera Ghezzi. A los dos últimos la verdad es que no esperaba encontrármelos, mi suegro no podía ser tan estúpido. En cuanto a Gambino, bueno, durante la conversación con el padre de mi mujer esperé de todo corazón que le hubieran despedido al día siguiente que a mí.

—Erri —comenzó mi suegro, levantándose para venir hacia mí con los brazos abiertos.

Jamás en su vida Crispino del Gaudio me había dado semejantes muestras de cariño, así que guardé las distancias, seguro de que en breve volvería a ser el cabrón que siempre había sido.

—Siento lo que ha pasado —dijo una vez sentado, visiblemente irritado por mi respuesta poco calurosa—, pero ¿me crees si te digo que yo no sabía nada? Pero nada, ¿eh?

—Te creo —respondí inmediatamente.

—Si hubiera sospechado mínimamente algo, lo habría alejado a él, no a ti. —Y se quedó mirándome con una sonrisa idiota, esperando que se la devolviera. Lo cual no sucedió—. Pero ahora que está hecho, ya no puedo remediarlo. Al menos hasta cierto punto. —Seguía mirándome mientras lo escuchaba atentamente, y sobre sus labios se aferraba un bigote poco cuidado y amarilleado por el humo—. Resumiendo, que Matilde se ha vuelto loca, no sé qué le pasa por la cabeza. Imagínate, ni siquiera está viniendo ya al trabajo. A él, en cambio, no puedo echarlo, aunque ya he mandado a los abogados que encuentren cualquier razón para ponerlo de patitas en la calle. Con todo el dinero que ganan, tienen que encontrar una cláusula que me permita despedir al gilipollas que ha arruinado el matrimonio de mi hija.

—No es culpa de Ghezzi —respondí sin mover siquiera un músculo de la cara.

—Ya, puede ser. De momento, para empezar lo ponemos de patitas en la calle y después vemos. Y a saber si mientras tanto Matilde se echa para atrás.

—Creo que lo quiere.

Él resopló y se apoyó en el respaldo.

A pesar de ser un hombre de aspecto cuidado, siempre vestido de punta en blanco y perfumadísimo, algunos detalles lo desenmascaran. El bigote amarillo, por ejemplo, y las uñas mordisqueadas, los pelos de las orejas, los

dientes estropeados por el humo. Detalles que, claro está, no escapan a los ojos atentos de una mujer. Y aun así, Crispino es un hombre que gusta. Sería fácil aducir el motivo a su posición económica y a su prestigio, aunque siempre he tenido la sospecha de que en la base de su éxito con el sexo opuesto se encuentra su capacidad para cortejar. A mí, a decir verdad, nunca me ha robado una sonrisa, pero con los hombres siempre ha sido un gruñón. Pero como por los alrededores haya una mujer, entonces Crispino del Gaudio se vuelve un hombre divertido, un adulador, un romántico cuentista.

Al poco de empezar a trabajar allí, comprendí que si había que comunicarle una mala noticia o, peor aún, un error en los procedimientos, era mejor ir acompañado de una chica en prácticas o de alguna compañera. Bastaba con que la mujer en cuestión no superara los treinta y cinco. Bajo este umbral uno podía estar seguro de que todo terminaría con unas risas y un cortejo más o menos velado. En cambio, si la señora tenía entre treinta y cinco y cuarenta años, entonces dependía del día: si Crispino estaba de buen humor, podías esperar que todo fuera como la seda; en caso contrario, estabas obligado a tragarte la bronca. Por último, por encima de los cuarenta era mejor presentarse en su presencia solo y confiar en su gracia.

—Erri, qué lo va a querer ni qué lo va querer; que tiene casi mi edad, por favor. Matilde solo está atravesando un período de confusión, nos ocurre a todos y no por eso se tiran por la borda los matrimonios. ¿A ti nunca te ha pasado, nunca te has sentido confuso?

—No sé...

—No me digas que no ha habido otra que te la haya puesto dura, Erri, que a mí no me puedes contar gilipolleces. Y por supuesto que no quiero saber si te has llevado a la cama a alguna en prácticas, no es asunto mío, lo importante es que por la noche vuelvas a casa con Matilde, como hace un hombre de verdad.

—No me he llevado a la cama a ninguna en prácticas.

—Ya —dijo poco convencido, y cambió de discurso—. Tengo un plan —dijo, acercándose con el cuerpo al cristal de un quintal apoyado sobre dos cabezas de león de mármol.

—¿Qué plan?

—Un plan para salvar vuestro matrimonio.

—¿Es decir?

—Te vuelvo a contratar —sentenció tranquilo, dejándose caer de nuevo

sobre el respaldo de su sillón. Luego sonrió, una vez más sin recibir respuesta. Después de dar otra calada al puro, retomó su discurso—: Te vuelvo a contratar a ti y despido a Ghezzi, así Matilde estará obligada a verte todos los días y podréis hablar, volver a estar cerca. ¿Qué me dices? ¿Es o no es una gran idea?

—Pero, en realidad...

—Lo sé, no te preocupes, a Matilde le diré que me he visto en la obligación de volver a llamarte porque no podía renunciar a tus diez años de experiencia.

Me habría gustado contestarle que mis diez años de experiencia habían dado igual para que me pusiera de patitas en la calle cuando no tenía ni idea de lo de Ghezzi. En cambio, preferí hacer añicos su entusiasmo infantil y contesté:

—Crispino, en serio, agradezco tus esfuerzos, pero volver aquí sería el error más grande de mi vida.

Abrió los ojos como platos y se quedó mirándome.

—Ahora tengo otro trabajo —añadí sin mirarlo.

—¿Otro trabajo?

—Sí.

—¿Qué trabajo?

Podría y debería haberle respondido: «Disculpa, ¿y a ti qué leche te importa?». Pero como seguía siendo mi suegro, dije:

—En el terreno de la edición.

¿Podía acaso revelarles que me pasaba los días con Flor dibujando viñetas en las paredes de mi nueva tienda de cómics?

Se llevó las manos a la cara y se atusó el bigote. Después preguntó:

—¿Se gana bien?

—No está mal —respondí acompañándome de un gesto de la boca.

—¿Y Matilde?

—Estoy intentando hacerme a la idea y olvidarla.

—De eso nada —gritó él, volviendo a pegar el pecho al borde del cristal—, no tienes que decir eso. No puedes rendirte así, un hombre no se deja apabullar por los acontecimientos, ¡sino que intenta manejarlos! —Me habría echado a reír en su cara, si no hubiera añadido con tono piadoso—: Erri, te lo ruego, no dejes que vuestro matrimonio se vaya al traste, no dejes a mi hija en manos de un viejo, te lo ruego, hazle entrar en razón.

Me levanté.

—Tú hija, por lo que parece, ya no razona.

—¿Quieres que hable yo con ella? Hablo yo, le explico cómo están las cosas... —prosiguió levantándose para venir hacia mí.

—Crispino, por favor... —intenté decir, pero él era un río de dolor.

—Erri, nosotros te queremos, lo sabes, no nos puedes hacer esto.

—¿Haceros qué? Ha sido tu hija la que me ha dejado.

Avancé con dificultad hacia la salida, con Crispino pegado a mi culo y rogándome como si fuera un oráculo. Y con todo y con eso, a cada paso me sentía más libre y seguro con mi nuevo camino.

—¡Lo siento, pero no vuelvo atrás! —exclamé en el umbral.

Él se quedó mirándome, con los brazos caídos y una expresión mezcla de estupor y derrota en la cara.

—Erri...

—Cuídate, Crispino.

Y me escabullí del despacho.

Me despedí de la secretaria fea y me dirigí a la salida con una sonrisa arrogante en la cara y el típico hormigueo en la tripa. Antes de dejar para siempre Natura S. L. a mis espaldas, eché un vistazo al otro lado de la puerta entreabierta de mi viejo despacho. Detrás de la mesa se entreveían dos piernas cruzadas, con dos mocasines negros y calcetines amaranto. Alargué un poco el cuello para descubrir la cara de aquel que se había apoderado de mi puesto y me quedé anonadado: Gambino sonreía socarrón mientras ondeaba de un lado a otro en señal de saludo su viscosa manita.

LOS BUENOS SOLO GANAN EN LAS NOVELAS

Nos encontramos la calle desierta y el aire fresco esperándonos fuera del portal. Arianna se mete las manos en la cazadora y dice:

—No ha estado nada mal la noche, ¿eh?

—Digamos que las he tenido más ligeras.

—¿Qué haces? ¿Vuelves a casa?

—¿Por qué, tienes otra propuesta?

—Bueno, podría pedirte que pasaras toda la noche conmigo, quizá paseando o charlando como hacíamos hace tiempo. Pero pienso que es mejor que vayas a casa a llamar a Matilde.

—¿Quién te ha dicho que quiero llamar a Matilde?

—Lo harás. Porque es lo correcto y porque te mueres de ganas de hacerlo.

—También podría llamarla en unos días.

—No creo. No es tu estilo.

—Me conoces bien, ¿verdad?

—Eres la persona que mejor conozco del mundo, no lo olvides.

—Ya, tienes razón.

Pasamos un rato en silencio delante de los escaparates apagados, con la mirada perdida en los charcos que reflejan las luces amarillas de las farolas y las paredes de los edificios nobles que nos rodean. Al otro lado de la calle hay una pareja parada delante de una tienda de decoración que parlotea señalando los objetos que hay dentro.

—Me gustaría ser como esos dos —dice ella—, una pareja normal, como tantas otras, que pasea a la salida del cine y se para a conversar sobre qué revistero iría mejor en el salón, junto al sofá.

—No te creas que la normalidad es luego tan divertida.

—Para mí, que la he practicado poco, parece un objetivo inalcanzable.

—Hay gente que lucha cada día para no caer en una relación de dependencia, se enamora de otros y destruye todo lo que ha construido

precisamente porque no soporta el peso de la normalidad. Tú, en cambio, querrías hacer justo lo contrario.

—La cuestión es que si has construido algo que no te gusta, que se te queda pequeño, siempre puedes dar una patada y mandar todo a tomar viento. Pero si no tienes nada que destruir, te apetece dar patadas...

—Bueno, visto así, me da que tienes razón.

—¿A ti te gustaba tu vida con Matilde?

—Al principio, después de la separación, me parecía que lo había perdido todo, hasta a mí mismo. Pero luego, poco a poco, me di cuenta de que había un montón de cosas que echaba de menos de mi vida anterior.

En la esquina de la calle hay una *focacceria* aún abierta con un empleado en su interior que friega el suelo. Arianna se detiene en el umbral y pregunta si puede tomar una *focaccia*. El tipo se da la vuelta de golpe y apoya la fregona en un rincón. Luego se mete detrás del mostrador y corta un trozo de la única *pizza* que queda.

—No es que tenga muy buen aspecto —le susurro al oído mientras el hombre mete el trozo en el microondas.

—Si vieras lo que como en casa... —responde ella cogiendo la *pizza*.

—Y aun así, esta noche casi no has tocado la comida.

—Sí, estaba demasiado nerviosa. Cuando estoy con ellos no me siento a gusto, es como si cada vez me encontrara con extraños, esa es la sensación. No sé si me entiendes.

—Sí, te entiendo. ¿Y ahora, en cambio, sí estás a gusto?

—Ahora sí, contigo sí. Tú eres distinto, parece como si hubieras nacido por equivocación ahí...

—Sí, yo también lo creo. Soy una equivocación, ¡esos dos juntos no podían hacer más que gilipollices!

Ella contesta seria:

—No quería decir eso. Para mí no eres una equivocación.

Tiende la mano a su mejilla y respondo con ironía:

—¿Qué harías sin mí?

Ella abre los ojos como platos divertida y me observa como hacía de pequeña, cuando le contaba mis más inconfesables secretos. Termina de masticar y responde:

—Erri, eres demasiado engreído, basta con decirte una palabra amable y te la tragas. Deberías encallecerte un poco, ¿sabes? Las mujeres se aprovechan

de los que son como tú.

Después da otro mordisco a la *pizza* y va hacia la caja, y yo aprovecho para sacar el teléfono del bolsillo y escribir un SMS a Matilde.

¿Te parece si nos vemos ahora?

Arianna vuelve con dos cervezas heladas, y tira la servilleta y el último trozo de la *pizza* a la papelera.

—Vamos —dice, y, mientras salimos, me tiende una Corona ya abierta.

—¿Sabes cómo me siento? —comento tras unos segundos de silencio.

—¿Cómo?

—Como un viejo tronco lleno de ramas secas que me roban la energía.

Arianna se detiene para mirarme. Todavía tiene la botella abierta apoyada en los labios y suelta una carcajada.

—¡Qué bonita imagen! —comenta después—. Acertadísima. Es verdad, pareces justo un viejo y sabio árbol parlante, ¡como los de los cuentos!

—Tú ríete, ríete, que yo lo digo en serio. No consigo liberarme de nada en la vida, nunca tiro nada. Si hay una camiseta rota y asquerosa, yo me la quedo.

—¿Y qué tiene que ver Matilde con todo eso? ¿Querías tirarla también? ¿También es una rama seca con la que cargar?

—No lo sé. Sé que en cuanto la vea, lo único que podré hacer es besarla, pasar la noche juntos, y ya no podré renunciar a ella.

—Mmm... —susurra Arianna pensativa.

Pero yo no he terminado.

—Por otro lado, tengo miedo de dejar que se vaya, como todo en mi vida. Los árboles abandonan sus frutos maduros a su destino. Yo, en cambio, tengo todo en mis ramas: relaciones equivocadas, rabia, palabras no dichas, emociones reprimidas... y me quedo viendo cómo me pudro cada vez un poco más.

Ella se para.

—¿Sabes lo que pienso?

—No.

—Que eres demasiado bueno, y que los buenos se pudren primero. —Reflexiono sobre lo que me ha dicho y me engancho también yo a la botella—. Los buenos siempre pierden, Erri, de una u otra manera.

—¿Y qué debería hacer? ¿Volverme malo?

—Sería una buena idea, pero casi imposible de llevar a cabo. Creo que ni siquiera con la ayuda de Iazeolla lo conseguirías.

—Gracias.

—De nada —responde y da un último trago.

—A lo mejor sí que debería intentarlo con Iazeolla, volver a su consulta y explicarle esto de los buenos, contarle mi problema para cortar las ramas. Quizá...

—¡Quizá deberías dejar de darle vueltas a todo!

Me paro y me la quedo mirando.

—¿Sabes qué más pienso? —añade inmediatamente después—. Que eres una persona farragosa y retorcida, y que hablas hablas hablas y no haces nada.

—¿Eso es lo que piensas de mí?

—Sí, ¡eres un tostón! —prosigue con tono irónico y acelera el paso.

—Capulla —respondo con una sonrisa.

—Capullo tú, que no haces nada por cambiar tu vida. No hagas como yo, que desde siempre, cuando la felicidad se acerca demasiado, encuentro la forma de echarla a patadas.

«Empatía» significa comprender plenamente el estado de ánimo de los demás, ya se trate de alegría o pena. Significa «sentir dentro». He comprendido rápido que la magia no existe, pero gracias a Arianna he descubierto que la empatía se parece mucho.

La atraigo hacia mí, nuestros cuerpos otra vez juntos. Ella apoya su mejilla en mi hombro.

—¿Sabes que la primera vez que te vi tenías apoyado un álbum de cromos en las rodillas, y que cuando me regalaste los repetidos pensé que de mayor me casaría contigo, que serías el hombre de mi vida?

Abro los ojos de par en par incrédulo, nunca habría pensado que recordaría aquel día.

—¿En serio?

—Sí. Como ves, el instinto no se equivoca nunca, debería haberme fiado y haberte cortejado para el resto de mis días, aunque fueras el hijastro de mi padre.

Sonrío y estoy listo para responder, pero ella me mira a los ojos y dice:

—Cuántas gilipolleces no habría hecho si hubieras estado conmigo.

—Arianna, escucha...

—Es que el cariño llama al cariño. Puedes despreciar el mundo. Puedes sentir que le debes algo a la vida. Incluso puedes pensar que nadie merece tu amor. Pero si encuentras a alguien que se sobresalta con una caricia tuya, no puedes hacer como si nada: tienes que dejar, al menos por un momento, de odiar.

No encuentro palabras para responder, así que ella se aleja con un resoplido:

—Pero ahora ya vale de tristeza, estoy harta. ¿Me llevas a mirar el mar?

—¿Ahora?

—Ahora.

Un segundo después me llega un mensaje al teléfono. Arianna se me queda mirando y parece suplicarme con los ojos que no mire la pantalla. Saco el móvil del bolsillo. Es Matilde.

Estoy debajo de tu casa. Te espero incluso dos días, si hace falta.

—¿Matilde?

—Sí.

—¿Tienes que irte con ella?

—En teoría no estaría obligado, pero...

—Pero eres de los buenos, ¿verdad? Y los buenos vuelven con su mujer.

—Es que me da miedo creérmelo.

Se pone seria y me mira a los ojos:

—¡Erri, no basta un desengaño amoroso para no volver a creer en el amor!

—Frente a mi mueca, Arianna guiña un ojo y añade—: Venga, arriba, siempre hay tiempo para mirar el mar. Ve a descubrir si ese hijo es tuyo.

Le cojo las manos y la vuelvo a abrazar. Después apoyo mi frente contra la suya y me alejo. A los pocos pasos, me doy la vuelta.

—¿Ari? —Se da la vuelta—. Pero ¿los buenos al menos ganan alguna vez?

Arianna sonrío desde lejos y responde:

—Claro, en las novelas y en las películas, siempre.

Sonrío con amargura y vuelvo a andar. Es ella la que me llama de nuevo.

—¡Erri!

—¿Qué pasa?

—¡Mira que no tienes por qué hacer esa pregunta! —grita.

—¿Qué pregunta?

—Si el hijo es tuyo.

EL REY DE LOS PRIMOGÉNITOS

Cuando todos tus amigos empiezan a procrear casi no te das cuenta, ocupado en tu vida, y pasas de una clínica a otra con el típico regalo comprado en el típico Prenatal de debajo de casa. Sonríes, das besos, das la enhorabuena, das la mano y miras a los familiares que casi se dan de tortas para ver de cerca al recién llegado.

Después la nueva familia vuelve a casa y vas a verlos, cenas con ellos mientras el pequeño duerme (porque los recién nacidos duermen siempre), y entonces piensas: «Está bien, tampoco es que haya cambiado tanto con respecto a antes, conseguimos tener una relación casi humana». Y sin embargo te equivocas, porque antes de que te des cuenta el recién nacido se convierte en un niño que anda, elabora alguna palabra con sentido, llora, hace caca cada dos minutos y quiere jugar hasta el infinito, hasta que cae rendido de cansancio.

Ahí empiezas a ser consciente de que tu vida y la de tus amigos de siempre están empezando a tomar rumbos diferentes, porque ellos no duermen por la noche, ya no practican sexo, no ven películas, no leen un libro. Solo piensan en el niño. Y después de las típicas charlas sobre los cólicos del lactante, los pobres abuelos que querrían ver más a los nietos, la necesidad de una tata día y noche (o al menos por el día), sobre la promesa no mantenida de la suegra de que se ocuparía del nietecito y en lugar de eso piensa en cualquier cosa menos en él, sobre la matrícula de la guardería que por lo menos se queda con el niño medio día; después de los extenuantes cálculos del balance familiar que no permiten a la joven mamá dejar el trabajo, llega el momento en el que el silencio se apodera de la escena para recordarte que la amistad de hace tiempo es solo un recuerdo lejano.

Pero es solo un instante, porque acto seguido el niño ya está correteando del salón a la cocina, y a turnos alguien tiene que ir tras él. Y es así que esperas que, tarde o temprano, el pequeño caiga rendido, para poder

intercambiar con ellos algo parecido a una conversación que no esté centrada en la mejor marca de pañales del mercado. Lo que pasa es que llegados a ese punto, los pobres padres estarán cansados y tendrán que aprovechar el sueño del niño para descansar también ellos.

Cuando vuelves a casa, en tu cabeza resuenan frases como «quiere estar siempre en brazos», «ahora se le empieza a entender», «te echa unas sonrisas...», «te la monta como no te pases toda la noche jugando con él», «cansa, no te puedes imaginar lo que cansa». Y entonces, por la noche en la cama, casi piensas que sí, efectivamente, que es una suerte que tu mujer no se quede embarazada, porque si no tú también te volverías un autómatas que solo habla de pis y caca sin ni siquiera saber lo que está ocurriendo en el mundo.

Pero todo esto no es nada comparado con el hecho de que al poco, a menudo repitiendo los típicos análisis clínicos para saber por qué demonios no quiere llegar un hijo propio, tienes que lidiar con los mismos amigos, que esta vez han traído al mundo a su segundo hijo. Y entonces vuelve a empezar el *tour* por las clínicas de Nápoles, el típico regalo de Prenatal (donde, en realidad, yo me perdía examinando un mundo para mí extraño y del que si no hubiera estado Matilde, nunca habríamos salido), la visita de cortesía, las cucamonas al nuevo recién nacido, un beso al que ya no es recién nacido y luego corre que te corre a casa, a hacer el amor esperando no perder una oportunidad y conseguir al menos el gol de bandera. Lo único que, mientras tú te pasas el balón no sé cuántas veces intentando llegar a la portería, tus amigos con dos pases incluso meten gol; y así, sin saber cómo, te vuelves a encontrar con una barriga en tu vida, pero siempre una barriga equivocada, de una mujer que tiene que ver contigo poco o nada.

Y entonces empiezan los sentimientos de culpa, los autoanálisis, la búsqueda de un motivo donde no lo hay. Hasta que un día aprendes a vivir con ello, decides despedirte de tus viejos amigos con los que ya no tienes nada que decirte (también porque ahora los caprichos, los llantos y las cagadas se han multiplicado por dos), y te lanzas en busca de alguna otra alma solitaria que, por diferentes razones, sigue ocupada pensando en su propia vida en lugar de en la de su progenie.

En una de las últimas visitas neonatales ocurrió algo que me impresionó y me hizo pensar en mis hermanos.

La pareja que habíamos ido a visitar a la clínica acababa de traer al mundo a su segundo hijo, con evidente y poco disimulado descontento por parte del primogénito. La llegada al mundo del hermanito había fastidiado bastante al amo de la casa, que tanto sonreía y acariciaba al recién llegado, como le mordía el brazo o le soltaba alguna torta. Cuando llegó el momento de darle el pecho, se armó la marimorena: el mayor no soportó que el pequeño se apropiara de su pecho (suyo y solo suyo) y empezó a lloriquear porque quería agarrarse también él.

También Valerio hacía lo mismo con Giovanni, naturalmente a escondidas, y naturalmente desencadenando el llanto desesperado del hermanito.

Podría extenderme sobre el hecho de que mamá y Mario supieran lo que estaba pasando e hicieran como que no lo veían; sobre por qué los padres piensan que el primero tiene derecho a desfogarse con el segundo, que «en el fondo ha sufrido un trauma, tendrá también que exteriorizar su rabia».

Y a quién le importa si el segundo, que sin tan siquiera haber llegado al mundo, ya recibe puñetazos y pataditas sin saber de dónde le llegan. Pero prefiero dirigir mi atención al hecho de que, en realidad, los primogénitos tienen suerte: pueden disponer de su hermanito como si fuera una especie de antiestrés. Siempre ha sido así, y funciona fenomenal, al menos para los primogénitos. El problema del que sirve de antiestrés no es asunto mío, porque, afortunadamente, yo entro en la categoría de los primogénitos. Yo soy el rey de los primogénitos, primogénito de dos familias diferentes, primogénito de dos hermanos y una hermana.

Y aun así, a pesar de mi liderazgo, no he podido canalizar mi rabia hacia los segundos, como me correspondería por derecho. Cuando nacieron mis hermanos yo ya era un niño crecido, casi un adolescente, y habría sido cuanto menos inoportuno que hubiera empezado a dar pellizcos a Valerio o a Flor, o que hubiera pretendido engancharme al pecho de mi madre o al de Rosalinda.

Vamos, que el sacrosanto derecho me fue negado, e incluso en ese caso terminé por tragarme mi rabia, y seguí sin usarla. Una pena, porque la rabia no es para nada algo estúpido. Como el miedo, sirve para actuar cuando es necesario o, mejor dicho, para reaccionar; y las reacciones hacen nacer cosas nuevas, rompen equilibrios. La rabia que sabe qué camino tomar siempre te trae a su vuelta algo bueno.

NO TIENES POR QUÉ HACER ESA PREGUNTA

Apenas doy la vuelta a la esquina, ella está allí, apoyada en la pared de mi edificio, esperando mi llegada. No la veo desde hace más de un mes y encontrármela a pocos pasos me llena de emoción.

Matilde todavía no se ha percatado de mi presencia, tiene la cabeza agachada mirando el móvil y un pie apoyado en la pared. Me quedo observándola desde lejos y descubro que estoy emocionado. No sé si volveremos juntos, no sé si ha venido para volver conmigo o para comunicarme que el hijo es de Ghezzi y que yo no tengo nada que ver; pero sé que basta con que esté cerca de mí para sentirme turbado. Porque me acabo de dar cuenta de que ella sigue en mi interior, en el corazón que la ha reconocido y ahora da saltos para hacer añicos su jaula de hueso y en el estómago que, sin saberlo, se ha alimentado de sus muestras de amor.

Alza la vista y me ve. Nos quedamos mirándonos durante un instante, después sonrío y yo hago lo mismo. Entonces se aparta de la pared y viene hacia mí.

«Ya ha cogido algún kilo», pienso mientras sigo sonriéndole.

—¡Te has cortado el pelo! —exclamo en cambio en cuanto estamos uno enfrente del otro.

—Sí. ¿Cómo me queda?

—Bien.

A lo largo de los años ha cambiado de peinado varias veces y nunca ha ocurrido que no me gustara. Matilde es guapa con el pelo corto y con el pelo largo, con un kilo menos o uno más. Si tienes una nariz bonita y un poco respingona, ojos grandes y pestañas largas, pómulos altos y boca carnosa, puedes permitirte incluso ganar algún kilo. El problema de estar atento a los carbohidratos afecta a los que, como yo, tienen mala relación con sus rasgos.

—¿Por qué no me has respondido?

Eso, ¿por qué?

—He tenido una velada complicada. —Se me queda mirando—. Mario tiene problemas de corazón. Nos lo ha dicho esta noche.

A Matilde le cambia la expresión.

—¿Es grave?

—Bastante, los médicos le han dicho que puede vivir otros cinco años.

Agacha la cabeza un instante.

—Lo siento, no lo sabía.

—¿Cómo ibas a saberlo?

—¿Y tus hermanos cómo están? —dice tras un segundo de incómodo silencio.

—Bien, gracias. —Noto casualmente que por la única que no ha preguntado es por mi madre—. Clara está otra vez embarazada. También Flor espera un niño.

—¿Flor?

—Sí.

—¿Y quién es el padre?

—No lo sabe.

Matilde guarda silencio. En otra ocasión estoy seguro de que haría algún comentario sobre la noticia. Y entonces me entran ganas de hablar de Arianna, de todo lo que me ha contado, de los traumas que ha tenido que sufrir, de su vida absurda y en buena parte secreta para mí. Pero me contengo, hay cosas más importantes de las que hablar.

—¿Quieres subir?

Asiente y le abro camino. Por las escaleras exclama:

—¡No te imaginaba yo viviendo en el centro!

«Y yo no te imaginaba con Ghezzi», querría responderle, pero paso y cojo el manojito de llaves. Una vez dentro, mira a su alrededor y comenta:

—Qué bonito.

Lanzo las llaves en la mesa y me lleno un vaso de bicarbonato.

—Veo que no has cambiado mucho —declara, luego se sienta en el sofá con cautela y aparta un cojín agarrándolo con la punta de los dedos.

Se me escapa una risita.

—¿Por qué te ríes?

—Por nada, tampoco tú has cambiado demasiado. Sabía que lo harías.

—¿Qué?

—Apartar el cojín como si fuera una bolsa de basura.

—Ya. Hemos estado juntos tanto tiempo, que sería raro lo contrario.

—¿Así que no te has olvidado de mis defectos?

—Son tantos...

—Yo, en cambio, los tuyos los he ido perdiendo por el camino. Al principio me los encontraba siempre delante de las narices y esto me permitía no pensar en ti. Después, en determinado momento, dejé de verlos. Evaporados, como pompas de jabón. Así es todo más difícil.

Los ojos se le vuelven enormes y brillantes.

—¿Lo ves? Dices algo bonito y ni siquiera te das cuenta.

Ha llegado el momento. Me ventilo el Brioschi[19] y me siento a su lado.

Es Matilde la primera en hablar.

—Oye, necesito contarte cómo están las cosas y me gustaría que no me interrumpieras...

—Nunca lo he hecho.

—Sí que lo has hecho, y muchas veces. —Suspira y continúa—: No quiero discutir, quiero hablar, intentar aclararlo.

—Entonces hazlo, aclara.

—¿Ves como interrumpes?

Esta vez suspiro yo.

—He dejado a Manuel, he comprendido que no lo quería, que había hecho una estupidez. Es como si la noticia del niño hubiera hecho que despertara del letargo de los últimos meses. Había metido la cabeza en la arena, como los avestruces, no quería escuchar nada, necesitaba no pensar. Y Manuel me ha ayudado.

—Y ahora que ya no te sirve, te deshaces de él —comento, y me quedo mirándola con rabia.

—No, para nada. Hemos hablado, le he dicho la verdad, he intentado hacerle ver cómo estaban las cosas, que todavía te quiero. Y... él lo ha entendido. Hay personas que cuando les cuentas la verdad, te creen.

—¿Qué quieres de mí, Matilde?

—No he terminado.

—Entonces date prisa.

Parece herida por mi dureza. Duda. Tras un segundo de silencio, llega la tan temida pregunta:

—¿No me preguntas si el hijo es tuyo?

Me llevo las manos a la cara y me vienen a la cabeza las últimas palabras

de Arianna. Exacto, tampoco tengo por qué hacer esa pregunta, se añadiría a la larga lista de cuestiones pendientes por falta de valor. El problema es que el estómago no quiere ni oír hablar de volver a tragarse una sola sílaba no dicha. Por eso miro a los ojos a Matilde y escucho cómo mis labios preguntan:

—¿Es mío?

[19] Marca de bicarbonato sódico. (N. de la T.)

MARTA NO SE DEJABA

Como ocurre con lo de elegir, tampoco es que nunca me haya complicado demasiado con las preguntas. Porque a veces las preguntas llevan consigo respuestas que implican una elección. Siempre es la misma historia. A no ser por absoluta necesidad, siempre he evitado preguntar. Cuando Valerio se presentaba por la noche en mi habitación, por ejemplo. O una tarde con Giulia, al principio de los turbulentos (para mí) años noventa.

Encerrado en mi habitación, con la música a tope y la asistenta que limpiaba al otro lado de la puerta, solo tenía ojos para ella, la sirena que me robaba el sueño. Pues sí, porque Giulia ya me había dejado y había vuelto, y yo era tanto su amante, como el amigo que la consolaba, como el objeto sexual a su merced.

En realidad, lo entendí con el tiempo, su «reenamoramiento» se había debido más bien a un ataque de celos o, mejor aún, a su instinto posesivo, a su egoísmo. Lo que está claro, es que no se debía al amor.

Desde hacía unas semanas, de hecho, había ligado con una chica de su escuela, una tal Marta, de pelo corto, ojos negros de cervatillo, cintura estrecha y culo a mandolina. Sin embargo, mi objetivo principal era acercarme a ella para obtener información sobre Giulia, nunca habría pensado que Marta pudiera interesarse en mí. En cambio, por increíble que parezca, ella empezó a mostrarme cierto interés. Llegaba yo a la plaza y se ponía roja, empezaba a reír sin motivo con sus amigas, me lanzaba miradas furtivas.

Pronto, Marta y yo nos intercambiamos los números de teléfono y comenzamos largas conversaciones nocturnas centradas sobre todo en Giulia. Un día me pidió que fuera a buscarla por la mañana para llevarla a la escuela en Vespa. Nuestra llegada no pasó inadvertida a mi ex, que empezó a mirarnos a hurtadillas, lo que me produjo un siniestro placer.

Un día, mientras estaba sentado en la Vespa, Giulia se acercó a mí.

—¿No está ella?

—No, tiene fiebre —respondí divertido.

—Ya veo —comentó, jugando con el mango del acelerador. Después dio un largo suspiro y formuló la pregunta que estaba esperando—: ¿Estáis juntos?

Habría respondido con gusto que sí, pero no habría sido verdad, y Marta lo habría descubierto pronto.

—No —respondí entonces.

—¿Os habéis besado? —preguntó inmediatamente después.

Otro «no» habría acarreado una vertiginosa pérdida de interés en mi amada, así que me vi obligado a asentir. En realidad, con Marta había compartido una especie de beso rápido. Lo que había pasado es que al instante después de que nuestras lenguas se rozaran, mi mano se había escurrido como una serpiente bajo su sujetador, a lo que ella respondió abriendo los ojos como platos y, después de dar un paso atrás, se me quedó mirando como si enfrente tuviera a un asesino en serie. Finalmente me había pedido que la acompañara a casa.

En aquel gesto había encontrado, por fin, la respuesta a la pregunta que desde hacía días me rondaba la cabeza: ¿cómo era posible que una chica tan guapa no tuviera novio y, sobre todo, saliera conmigo?

Marta no se dejaba.

Entre nosotros había una evidente disparidad estética que a nadie le pasaba inadvertida.

Cada vez que entrábamos en un bar o que estábamos en mi Vespa charlando, todo el mundo lanzaba largas miradas a Marta, después se fijaban en mí y se quedaban maravillados o no daban crédito, depende.

A mí me pegaba más alguien como Giulia, no como Marta. Marta era demasiado perfecta; Giulia, en cambio, algún defecto sí que tenía, aunque a mis ojos fuera espléndida. Para empezar, algún kilo de más y los ojos y la frente pequeños. Y además, para ser sinceros, tenía un culo bastante pronunciado y solo un atisbo de cintura. Y aun así, en lo que a mí respecta, no había otra como Giulia. Aparte de Arianna. Pero esta es otra historia.

—Marta nunca se dejará —fue el comentario satisfecho y cruel de Giulia.

—No estés tan segura —respondí con una sonrisa sarcástica. Me estaba jugando la oportunidad de volver a conquistar a mi ex gracias a una colosal

mentira. Marta no sé dejaría. Era evidente. Y aun así, Giulia dudó. Aproveché y rematé la jugada—: En realidad, podría ocurrir mucho antes de lo que piensas...

Empalideció.

—¡Si estás con ella, hemos terminado!

—¡Entonces vuelve conmigo!

Giulia pareció pensárselo, luego se acercó a mi oído y, con tono malicioso, susurró:

—¿Me llevas a tu casa?

—¿Cuándo?

—Ahora.

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

—Es que no sé si en casa está mi madre... Quizá haya salido, podría estar solo la asistenta...

—¿Y bien?

Giulia me miraba ceñuda, cansada y ofendida por mi inseguridad. Me estaba ofreciendo su cuerpo y yo me permitía no darle las gracias como si fuera la Virgen.

—Sube —respondí.

Y de un plumazo puse fin a la discusión y a mi amistad con Marta.

—¡Córrete dentro! —exclamó en el momento cumbre del acto, mientras la música de Depeche Mode resonaba en los cristales y la escoba de la filipina golpeaba contra la puerta.

Me quedé bloqueado y la miré.

—Pero ¿qué dices?

—Córrete dentro —repitió en pleno éxtasis, tanto es así que me vi obligado a teparle la boca.

—Pero...

—¿Qué pasa, no me quieres lo suficiente? —jadeó mientras se retorció.

—No, es que...

Giulia paró y se me quedó mirando con aire severo.

—Si no lo haces, sabré que no me quieres.

Habría debido y podido negarme, pero significaría tener que elegir, una

posibilidad para mí imposible de afrontar en estado de lucidez, con que imagínate a pocos pasos del orgasmo. Por eso completamos el acto y después nos quedamos un buen rato besándonos, yo dentro de ella.

Mientras nos volvíamos a vestir, Giulia tenía una extraña sonrisita en la cara. Yo pensaba que era debida a mi muestra de amor y no dije nada. Como tampoco hice preguntas sobre cómo se podrían desarrollar las cosas. Me atormenté durante tres noches con el solo pensamiento de tener un hijo, con la enorme tontería que había hecho y por qué no había conseguido decirle que no, hasta que ella me desveló la verdad.

—Tomo la píldora.

—¿La píldora?

—Pues claro, Erri, ¿qué pensabas, que quería un hijo tuyo? ¿A nuestra edad?

Sonreí.

—Claro, qué estúpido soy.

Giulia y yo no volvimos juntos, Marta me retiró el saludo (justo lo que quería Giulia) y el niño, obviamente, no llegó.

Y aun así entonces, en aquellas tres noches, mientras daba vueltas en la cama intentando controlar mi miedo, notaba cómo algo hormigueaba en mi tripa, justo como me ocurriría muchos años después. Quizá es que una parte de mí sabía que un hijo sería el único hilo que me habría unido para siempre a Giulia. Una parte de mí intuía que el hormigueo había venido para decirme que estaba listo para ser padre y que, si no aprovechaba la oportunidad, a saber cuánto tendría que esperar.

En lugar de eso decidí que, según como había llegado, el hormigueo se iría. Y así sucedió. A los pocos días la sensación desapareció. Y con ella se fue también el extraño deseo de ser padre.

Giulia salió definitivamente de mi vida pasados unos meses, sin que casi me diera cuenta. Una tarde, muchos años después, nos encontramos delante de una heladería, ella con su novio y yo con Matilde. Nos saludamos desde lejos, una tímida sonrisa y un gesto con la mano; después, hala, cada uno por su camino. Matilde me preguntó quién era esa chica y yo respondí: «Una a la que le estoy agradecido porque eligió compartir una parte de su vida conmigo».

No sé, creo que, en realidad, las cosas son así, la gente se conoce, se gusta, se quiere, recorren juntos una parte de su camino y, finalmente, se pierden sin un motivo real.

O, quizá, sí que hay un motivo, y es el de permitir nuevos encuentros, diferentes amores, otros comienzos.

DE LA AGENDA DE MATILDE DEJADA A LA MITAD

La esperanza es algo muy bueno, lo mejor. Por eso, esta será mi última página, he decidido terminar aquí con el cuaderno, antes de que mis palabras se contagien de la ausencia de esperanza. Sería como dar la razón a los que dicen que el peligro de esperar es sentirse decepcionados. Hace dos días Erri me dijo su verdadero primer «no». El más importante de todos. Y la semana pasada, al verme escribir, me preguntó si no sería mejor cortar con la agenda. Aquella noche lloré. Me sentía sola, traicionada. Luego entendí que él, simplemente, había agotado su reserva de esperanza, y me quedé dormida. Lo quiero, pero no le permitiré robarme la esperanza, sería como renunciar a mi vida. Y a la tuya. Y no puedo permitirlo. Tengo que mantener esta llama porque servirá para verte venir al mundo.

Ese día, cariño, te lo juro, estas páginas volverán a llenarse.

NO SERÁ UN MEDIO HIJO

Matilde se me queda mirando un buen rato, suspira y, finalmente, responde:

—Sea cual sea la decisión que quieras tomar, el niño es nuestro.

Me doy cuenta de que estoy temblando y que incluso querría contestar, si ella no retomara inmediatamente la palabra:

—No me preguntes cómo es posible, durante años lo hemos intentado y aquí está. Este hijo es tuyo porque te quiero a ti, siempre te he querido solo a ti, porque contigo siempre he querido un hijo. ¿Qué diferencia habría si el semen no fuera tuyo?

—¿Que qué diferencia habría, dices? —grito, como si por fin la rabia hubiera conseguido explotarme en la garganta—. ¡Habría toda la diferencia del mundo! En primer lugar, porque me pasaría todos los días mirando a mi hijo para ver si se parece a mí o si tiene la misma expresión apagada de Huevos Colganderos; y en segundo lugar porque, si de verdad fuera hijo de Ghezzi, ¿no crees que tendría derecho a saberlo?

Una lágrima le corre por la mejilla mientras responde con sus ojos clavados en los míos:

—He esperado este momento durante años, Erri, y no dejaré que me lo quiten. No quiero a Manuel, cometí un error porque sentía que me volvía loca, estaba fuera de mí; pero ahora sé bien lo que quiero.

—Y no te importa lo que quiera yo.

Matilde se pasa la mano por debajo de la nariz.

—¿Por qué excluyes *a priori* que sea tuyo?

—Porque lo hemos intentado durante años y no lo hemos conseguido. Porque si este santo hijo no llegó entonces, no veo por qué debería llegar justo ahora, que ya no somos marido y mujer, que no somos pareja, que no somos nada.

Ella empieza a llorar más fuerte y agacha la cabeza para ocultar los hipidos

que le hacen sobresaltarse. Me levanto y pongo un vaso debajo del grifo; después me vuelvo a sentar a su lado y le ofrezco el agua. Bebe a pequeños tragos mientras intenta recuperar una respiración regular.

—Te estoy pidiendo que me vuelvas a querer, que creas en mí. Te estoy pidiendo que me vuelvas a elegir, y no porque haya llegado el niño, sino porque no conseguimos estar alejados. Elígenos primero a nosotros y después a él.

—Una petición a la Matilde —respondo.

Verla reducida a ese estado me ha dado unas ganas tremendas de abrazarla, y si aún no me he movido es porque estoy intentando con todo mi ser entender algo, tomar una decisión por primera vez. Y respetarla. Las elecciones que te cambian la vida normalmente son invisibles, se presentan de improviso y se evaporan en una fracción de segundo, dejándote aturdido y con una extraña sensación, como cuando llevas un rato con una palabra en la punta de la lengua y entonces vuelve a caer por el esófago, sin que el cerebro consiga atraparla a tiempo.

—Explícame por qué.

—¿Por qué qué?

—Por qué Ghezzi.

Se deja caer contra el respaldo.

—Ya sabes por qué, lo hemos hablado.

—No, no sé por qué y, a decir verdad, nunca hemos hablado. Sé que una noche te acercaste, me mordiste la mano y luego dijiste que te estabas tirando a Ghezzi.

Ella empieza a jugar con la alianza en el dedo. Ni siquiera me había dado cuenta de que se la había vuelto a poner. Entonces respira hondo antes de atacar:

—He intentado convencerme de que éramos una familia, te lo juro. Pero luego me decía que llevábamos juntos demasiado tiempo y que sin un hijo estábamos destinados a dejarnos, que antes o después te sentirías atraído por una más joven, quizá una nueva Clara que acabara de llegar a la empresa, y que yo me quedaría sola.

—¿Yo? ¿Por una más joven?

—Sí, tú.

—Por regla general, no impresiono mucho a las chicas. Tampoco a las talluditas, para ser sinceros.

—Y luego Manuel empezó a ir detrás de mí, siempre era amable, ya sabes cómo es, siempre dispuesto a sonreír, a escuchar mis problemas, siempre tenía una palabra de consuelo. Vamos, que no sé cómo ni por qué, acabé en su cama.

Entorno los ojos para apartar la imagen de ella con Huevos Colgaderos y me levanto de golpe para abrir la ventana. Necesito aire fresco, respirar y pensar. La luz en medio de la calle oscila movida por el viento. Unos metros más abajo, una motocicleta que pasa haciendo sonar el tubo de escape se come la calle y el humo del tubo llega a mi nariz, haciendo que instintivamente eche para atrás el cuello. De la ventana de enfrente llega el brillo de una televisión aún encendida. Una vez Matilde me acusó de ser poco asertivo.

—¿Qué significa? —pregunté.

—Quiere decir que eres incapaz de explicar de manera clara tus emociones o tus opiniones. O aceptas todo con pasividad o te pones histérico.

En aquella ocasión me puse histérico y la mandé a tomar viento, a ella y a sus palabros indescifrables. En cambio, tenía razón. Nos acostumbramos a las palabras de quien tenemos al lado, igual que nos acostumbramos a sus rasgos, así que al final ni nos damos cuenta de si está diciendo algo sensato.

Nunca he sido un tipo asertivo. No sé explicar de manera clara lo que siento, no soy capaz de luchar demasiado tiempo por una opinión, no sé cómo defender mi punto de vista sin chocar con el interlocutor de turno. A veces no sé hacerme respetar, otras soy yo el que falta al respeto.

Creo que mi poca asertividad se debe a una escasa autoestima. Tampoco es que mis padres me dejaran mucho espacio de niño, no me permitían decir lo que pensaba. Así que pronto aprendí a quedarme callado. Si durante la infancia te están todo el tiempo repitiendo que lo que opinas importa tres cojones, al final creces con esta convicción.

Matilde se acerca y me abraza por detrás. Querría apartarme, pero no lo consigo, me resulta imposible moverme.

—Estoy intentando explicarte que cometí un error, el más grande de mi vida, y que lo entendí casi inmediatamente, desde aquella noche en la fiesta. Estoy tratando de decirte que quizá haya una razón para todo esto, si durante años no conseguimos tener un niño y justo después de la separación, cuando vuelvo a sentir una verdadera atracción por ti y por la noche noto que echo de menos tu cuerpo, solo entonces llega el embarazo. Quizá nos estábamos

equivocando, me estaba equivocando. Te habías convertido en el fin para alcanzar el mayor de mis deseos, solo tú podrías dar sentido a mi vida dándome un niño; y, en cambio, las cosas no funcionan así. Quizá se necesita una energía diferente, una pasión diferente, quizá solo si se hace el amor como lo hicimos aquella noche en el baño, como si no pudiéramos hacerlo de otra forma, como si el contacto de nuestros cuerpos nos dejara sin respiración, quizá solo entonces se libera la energía que da la vida.

Llega un mensaje a mi móvil.

Ahora podría darme la vuelta y abrazar a Matilde, confesarle que sus palabras me han impresionado y emocionado, que quizá tenga razón, que habíamos asfixiado un acto de amor convirtiéndolo en lo que no es. Podría comunicarle que el día de mañana solicitaré una prueba de ADN, pero que mientras tanto aceptaré la situación. Incluso podría besarla y decirle que sí, que quiero el hijo, para bien o para mal, porque tampoco es que las cosas vayan a ser siempre como las habíamos imaginado, que lo importante es que, en cualquier caso, lleguen de alguna manera. En cambio, ni digo ni hago nada, me aparto del abrazo y vuelvo a entrar.

El SMS es de Flor. O, mejor dicho, el MMS. Abro la foto: ella sonriendo junto a un chico con el cuello tatuado, mientras miran al objetivo y me muestran una jarra de cerveza, como queriendo brindar conmigo. El texto es larguísimo y dice:

Acabo de terminar de ver Persépolis. ¡Es preciosa! Esta ciudad es preciosa. Ahora estoy aquí con mi amigo Jakob, que te saluda. En cuanto vuelva, vemos la película juntos tumbados en el sofá, a lo mejor mientras tú le dedicas alguna palabrita amable a Soledad en mi barriga. ¿Qué dices? Una buena programación, ¿eh? Te quiero. ¡Dios, qué bonita es la vida!

Tecleo la respuesta mientras Matilde se acerca y me mira con curiosidad.

—Es Flor —digo mientras escribo.

¿Qué haces? ¡No debes beber!

Solo después Matilde me tiende una hojita. Es la ecografía del niño.

—Es esa judía de ahí —dice, y señala con el meñique tembloroso un punto preciso.

Alargo el cuello y me quedo mirando un rato la sombra en el papel, hasta que sucede algo extraño: me olvido de la cerveza de Flor, de Ghezzi y de la alta probabilidad de que el esperma sea suyo y de que el día de mañana el niño se parezca a él; y pienso solo que no, que este hijo no tendrá que ser un medio hijo, que no tendrá que ir dando tumbos de un lado a otro, que no tendrá que tener dos madres, dos padres, dos casas y unos cuantos hermanos dispersos. Y mientras estoy reflexionando, Matilde me abraza y me besa en el cuello, y entonces mi piel se estremece al contacto inesperado. Me coge la cara y me besa con su lengua caliente; y yo siento que no puedo contenerme, y la beso y la toco y me dejo llevar.

Matilde se quita el jersey y la camisa en pocos movimientos, después me desabotona los pantalones y me mete la mano en los calzoncillos. Y entonces mi párpado empieza su habitual coreografía, solo que esta noche estamos demasiado concentrados en reencontrarnos como para prestarle atención. Le arranco el sujetador y estoy a punto de morderle el pezón con voracidad, cuando me doy cuenta de que es distinto a como lo recordaba, más turgente y con la areola más ancha. En realidad es todo el pecho el que es más grande, lo que no me disgusta en absoluto. Pero Matilde no me da la posibilidad de reflexionar, me agarra por el bajo de la camisa, me atrae contra ella y luego se tumba en la cama.

Entonces hacemos el amor con fuerza, pasión, como si no pudiéramos evitarlo.

—Dime que me quieres —susurra Matilde entre un gemido y otro.

Sé que siempre te he querido, sé que tú no me has hecho sentir «medio»; pero también sé que todavía no consigo perdonarte y que no puedo fingir que no haya pasado nada. Sé que, en el fondo, bastaría simplemente con olvidar, ya que lo que cuenta es lo que permanece en nuestra memoria. Todo lo demás es como si nunca hubiera existido. Sé que estoy contento de estar aquí, pero al mismo tiempo tengo miedo de perder ese hormigueo en la tripa que me ha venido a buscar hace un tiempo y que me hace sentir bien.

Sé que quiero un hijo y que querría saber elegir siempre lo mejor. Sé que las indecisiones sirven para enmascarar el miedo y que la vida no pierde el tiempo con quien no encuentra el valor de ir tras ella. También sé que a saber si llegará otro hijo y cuándo. Así que esta noche elijo no tener más miedo, la elijo a ella, a la vida.

Tomo aliento y exclamo:

—¡Te quiero, te quiero!

Y mientras lo repito, mi mirada se posa en la ecografía que hay junto a su hombro; y vuelvo a pensar que aquella mancha que un día será mi hijo tendrá lo que Arianna y yo no hemos tenido nunca, y será una persona normal, uno de tantos, quizá no demasiado sensible o profundo, pero feliz, alegre, sonriente, positivo, como Flor, como Valerio, alguien que se enfrenta al día a día sin demasiados miedos, con los hombros fuertes y el estómago lleno. Él no tomará Gaviscon después de la comida, no tendrá ramas secas que se pudren, sabrá elegir por sí solo el mejor camino y podrá decir lo que piensa. Es más, tendrá que decir lo que piensa.

En la pantalla del móvil aparece la respuesta de Flor:

¡Qué coñazo! No estoy bebiendo, ¡que no soy tonta! Hermanote, deberías relajarte y disfrutar de la vida. Emborráchate, folla mucho, hazte un porro y ríe. Dibuja más y píllate un perro. ¡Haz una gilipollez en tu vida!

—¿Qué haces? —exclama Matilde.

—No, nada, perdona —respondo, y lanzo el móvil al sofá.

Estoy haciendo una gilipollez, Flor (aunque dar la bienvenida a una vida está claro que no lo es), a pesar de que la última vez que hice caso a uno de tus consejos por poco acabo empalado.

No sé si todo esto servirá para hacerme sentir mejor, lo espero. Pero ¿sabes lo que he comprendido? Que a veces la verdad se presenta mientras estás sonriendo o cuando te sientes en el lugar adecuado, y que aprovecha tu embriaguez para recordarte que ella ya lleva ahí un tiempo y que tú no te has dado cuenta, demasiado ocupado en dar vueltas sin rumbo con tal de no ver la desarmante simplicidad, es decir: que finalmente te das cuenta de que tienes todo lo que siempre has deseado a tan solo un paso de ti. Nos pasamos la vida persiguiendo lo que no tenemos y apenas nos damos cuenta de todo lo que tenemos a nuestros pies.

En unos meses ya no será la tristeza la que me despierte.

Se encargará de ello mi hijo.

AGRADECIMIENTOS

Alguien dijo que si nunca cambiara nada, no habría mariposas. Ha pasado poco más de un año desde el lanzamiento de mi primera novela en Longanesi, y a pesar de ello a mí me parece un siglo, porque cuando llenas tu vida de vida, el tiempo parece hacerse a un lado. Hace quince meses no tenía la más mínima idea de lo que pasaría. En este año he recorrido más de cinco mil kilómetros en coche; he perdido una infinidad de trenes, dos aviones; he viajado por quince regiones italianas y en Alemania he participado en unas ochenta presentaciones; he hablado en teatros, librerías, radio, tele, salas de conferencias, universidades, al aire libre y bajo techo, en bares, en restaurantes y en muchos festivales; delante de decenas de personas o solo frente a dos, con chaqueta y jersey o con un polo, en el mar y en la montaña. He ganado dos premios. He conocido más gente que en los últimos diez años. He entablado muchas amistades. He cenado en mil lugares diferentes con personas siempre distintas. He dormido en hoteles de cinco estrellas, *bed and breakfast*, casas rurales y habitaciones de alquiler. He recibido y regalado muchas sonrisas. He escrito esta novela. He sido padre.

Mi primer «gracias» va para mi mujer Flavia, que un caluroso día de julio me llevó al mar mientras escuchaba la larga historia de Erri. Este libro es también para ti, que nunca me has hecho sentirme «medio».

Gracias a Stefano Mauri, por sus bonitas palabras y por haberme acogido con cariño y amistad en su gran familia.

Un «gracias» especial a Cristina Foschini, que con su delicadeza ha entrado de puntillas en mi vida para ayudarme a volver a encontrar la sonrisa.

Gracias a «mi» Silvia Meucci. La vida es un continuo esperar algo importante. Tú has sido una de mis mejores esperas.

Gracias a Alberto Suarez, que me cuida desde lejos.

Gracias a Giuseppe Strazzeri, por todo lo que ha hecho por mí y por este libro. Y porque sabes rellenar los espacios con tu amable ánimo.

Gracias a Guglielmo Cutolo, mi editor, por su mirada que sabe ver en profundidad, por sus preciados consejos y por la aguda ironía con la que disimula su sensibilidad. Y por la enorme mole de trabajo a la que le obligo a enfrentarse a causa de mi imaginación, a la que no consigo poner freno. No te preocupes, durante un tiempo me estaré quieto. Solo durante un tiempo.

Gracias a Alessia Ugolotti y a Patrizia Spinato por haberse ocupado con cariño y atención de mi novela.

Gracias a Raffaella Roncato, que creyó inmediatamente en mí y en Erri; y a Tommaso Gobbi y Valeria Veronesi, por el tiempo que me dedicáis. Y a toda la familia Longanesi, por su gran trabajo del día a día.

Gracias a Gianluca, por las palabras de cariño que me dice cuando está borracho.

Gracias a mis abuelos, que me han hecho sentir importante. Y a mis tíos, por el mismo motivo.

Gracias a mi perra Greta, que cada día me recuerda la importancia de las pequeñas cosas.

Gracias a Francesco, que ha estado cuando tenía que estar. He leído en alguna parte que no hace falta tener hijos para ser madre. Tú tienes hijos, pero habrías sido padre también sin ellos.

Gracias a todos los libreros que me han acogido con entusiasmo y que en este año me han apoyado e invitado, que han adoptado a Cesare y aconsejado *La tentación de ser felices*. Sin vosotros, todo esto no habría sido posible.

Gracias también a todos los blogueros que han hablado bien de mi libro. Vuestras palabras han sido savia de vida.

Gracias de corazón a mis lectores, a todos vosotros que, de gira por Italia, me habéis llenado de cariño, mensajes, correos electrónicos, cartas, hojas arrugadas, poesías, pensamientos, abrazos, historias privadas, fotografías. Sin vuestra gran pasión por la lectura, este enorme carrusel no funcionaría. Espero no haber traicionado vuestra confianza con la historia de Erri y de su extravagante familia.

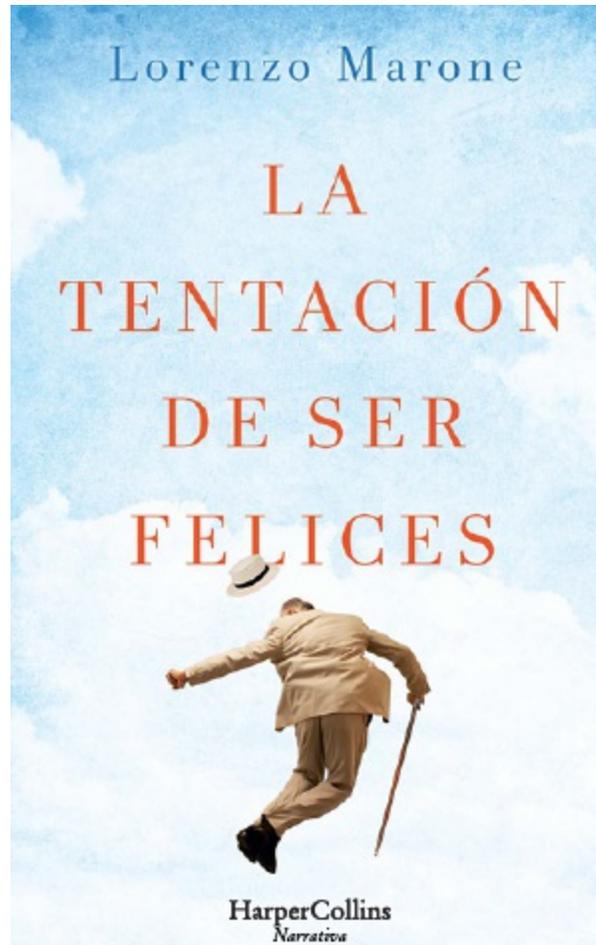
Un último «gracias» para todos aquellos que han elegido compartir aunque solo sea una pequeña parte de su camino conmigo.

Dicen que para que uno pueda cambiar su vida, hace falta un largo recorrido introspectivo, o la llegada de un acontecimiento externo de gran fuerza. A mí me llegó la escritura. Que, al contrario, es algo interno. Porque es siempre por dentro donde nace la energía que rompe el cascarón, el capullo

que libera la mariposa. Hasta la próxima historia.

Ah... me olvidaba: mi familia no está ni en la trama ni en los personajes, si acaso en los detalles.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com